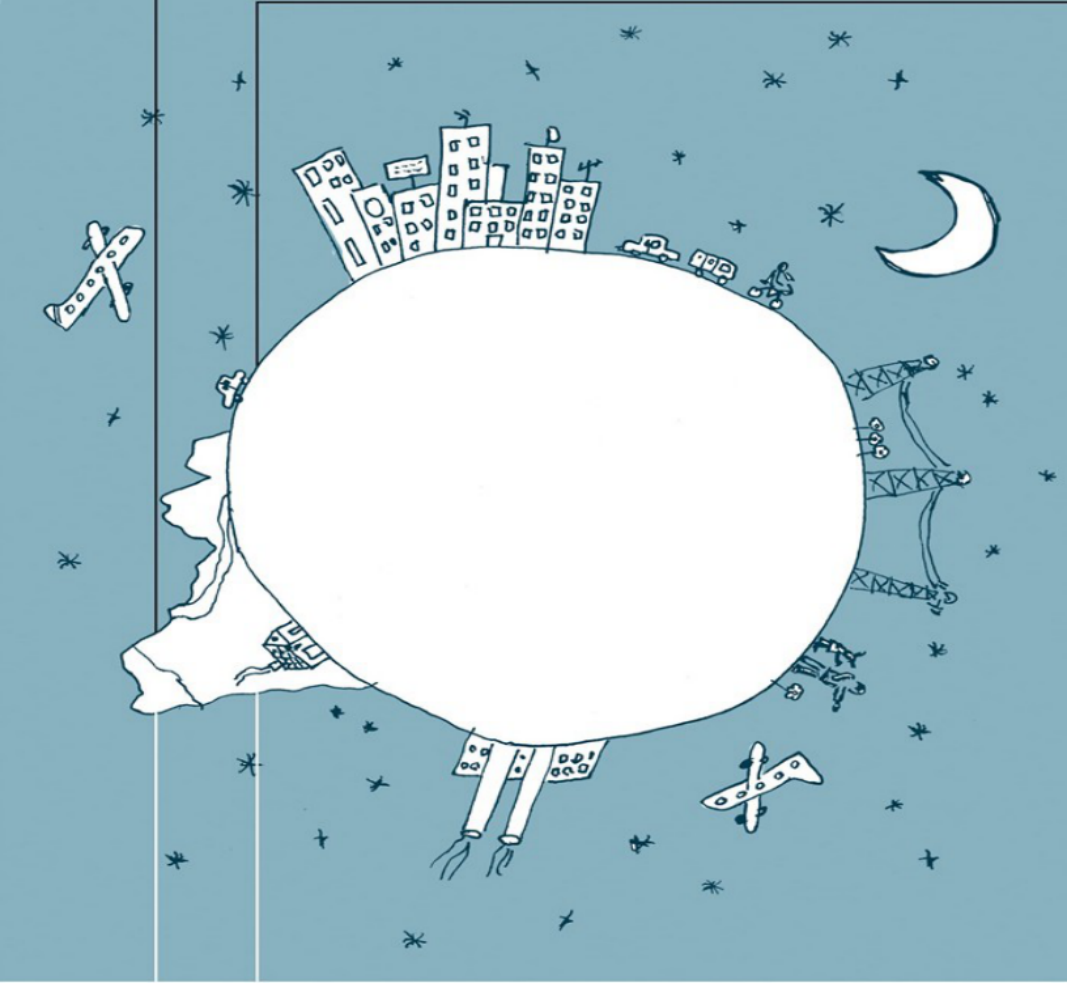
ALFAGUARA

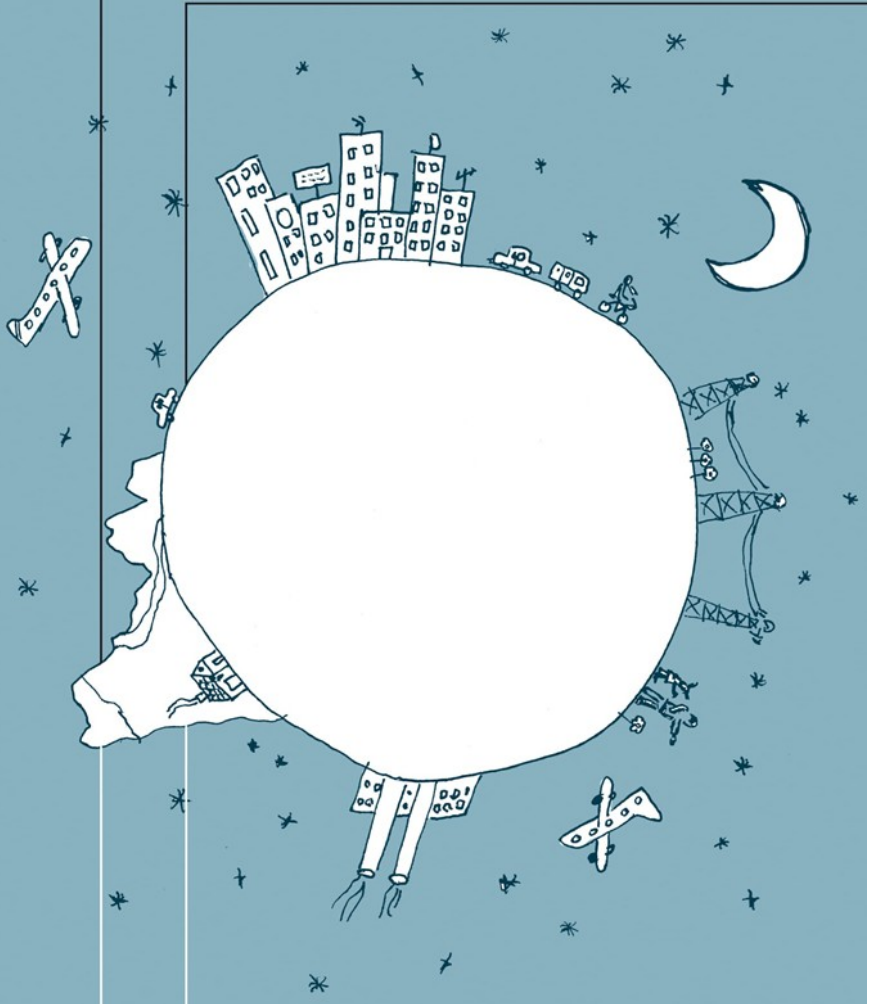
Vidas terrestres

Rodrigo Muñoz Avia



Vidas terrestres

Rodrigo Muñoz Avia



ALFAGUARA

Vidas terrestres

Rodrigo Muñoz Avia

Índice

Portadilla
Índice
Dedicatoria
Cita
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Agradecimientos
Biografía
Créditos
Grupo Santillana

A mis padres

El Otro Mundo existe precisamente para definir este mundo. Podemos situarlo en otra cultura o en otro ámbito, en la ciudad o en el campo, en un libro o en la gota de agua de un charco vista a través del microscopio. En cierto sentido, cada persona es Otro Mundo para las otras.

PATRICK HARPUR
El fuego secreto de los filósofos

1.

El jueves por la noche, muy tarde, el marido de Marga despegó de la cama y con el mayor desprecio, como si estuviera tirando unos calzoncillos en el cesto de la ropa sucia, dijo que se marchaba, que ya no podía más. En realidad eran ya las seis y siete minutos de la mañana del viernes, pero para el caso, es lo mismo. Marga lo sabía porque a esas alturas llevaba mucho tiempo despierta, dando vueltas sin parar en la cama. Cada vez que se giraba sobre su lado derecho, de espaldas a Charlie, se encontraba con los números del despertador, verdes, inmensos, tan grandes como debían de estar sus ojos picajosos en medio de la oscuridad. Sí, las seis cero siete de la mañana, y el anormal de Charlie se levantó y encendió la luz y como una pelota de goma empezó a rebotar de un lado a otro de la habitación.

La verdad es que Marga llevaba un rato calentando el ambiente. Daba vueltas sin parar, se incorporaba sobre el brazo y se dejaba caer, metía unas sacudidas tremendas sobre el colchón que a Charlie debían de estar poniéndole de los nervios. Estaba convencida de que él también estaba despierto, aunque Charlie era un ser tan escrupuloso y perfeccionista que apenas hacía ruido para dormir, y muy raras veces roncaba, y cuando lo hacía daban ganas de grabarlo con un casete para demostrarle al día siguiente que él también tenía defectos, o para demostrarte a ti misma que estabas casada con algo más que un sutil aroma a perfume caro.

Resultaba que Charlie se había liado con otra mujer. Imposible saber quién. Imposible saber la edad ni si era una enfermera o una de esas buenas señoras que acudían cada dos por tres a la consulta a hacerse una limpieza bucal. Fue al comienzo de la noche, también en la cama (curiosamente, porque Charlie siempre había detestado hablar en la cama, un lugar que, al menos últimamente, sólo entendía para dormir, y nunca más de siete horas), cuando Charlie dejó caer que a lo mejor se iba. Lo dijo así, con todas las letras y después de cuatro meses sin dirigirle la palabra:

—Estoy pensando irme de casa.

Marga sintió tantas cosas a la vez al oír esto que sufrió una especie de colapso por dentro, una presión que le ahogaba en el pecho y en el cuello. ¿Cómo podía ser tan egoísta? ¿Cómo podía ser tan cobarde de decirlo de esa manera? ¿Cómo era capaz de traicionarla así después de

diecisiete años, sólo porque a alguna clase de enfermerita le hubieran hecho gracia los tres trucos de magia que se sabía desde sus años de colegio mayor? Sí, en efecto, desde el punto de vista de Marga aquello no era más que una confesión de infidelidad, porque ni en un millón de años Charlie se atrevería a irse de casa y romper su vida de esa manera. Pero Marga se equivocó.

El caso es que Marga, como era tradición en ella, respondió con toda la ironía y mala idea que pudo, diciéndole que podía irse cuando quisiera, pero que se llevara también a Susana, la hija de ambos, ya con dieciséis años la criatura, y que si se iba no se le ocurriera volver, porque su puesto lo iba a ocupar su amante (intentó ponerle nombre, pero no se le ocurrió ninguno), con el que ya no tendría por qué verse más veces en el hotel. Luego estuvo más de tres horas despierta, calentándose la cabeza. Se dio cuenta de que podría pasarse toda la vida reprochándole cosas a Charlie y aún le faltaría tiempo.

Tras dos horas escasas de sueño se despertó a eso de las cinco y cuarto, y empezó su festival de giros y saltos sobre el colchón. Cuando se cansó de la escasa acogida que tenían sus piruetas, decidió ponerse boca arriba. Tensó la sábana sobre su cuerpo. Quiso estirar también la sábana de abajo y despegarse de ella, que el aire circulara. A lo mejor ésta era una manera de intentar detener su mente, una manera de no ponerle más caras ni nombres ni tallas de pantalón a la ya famosa señorita. Sus piernas buscaron parcelas frescas de sábana en el Himalaya del sur de la cama: demasiado tarde para esas alegrías, demasiado relieve amontonado en los lados del matrimonio.

De pronto, casi sin darse cuenta, recordó cuando recién casados era capaz de extrañarse, en el inicio de las noches, de que los sueños que ella comenzaba a atisbar no fueran los mismos y no empezaran a la vez que los de Charlie. Estaban tan unidos en aquel momento, tan acostumbrados a compartirlo todo, que ella no esperaba nada distinto del mundo de los sueños. Marga no podía quejarse: la vida le había dado muchas oportunidades de ser ingenua. Y a lo mejor se las seguía dando. Probablemente por ello, o por una combinación de razones diversas, Marga alargó un poco su pierna derecha, despacio, hacia la zona de Charlie. Un movimiento ciego, imprudente e inexplicable. Sentir con la punta del pie la temperatura del cuerpo de su marido, su presencia, nada más, constatar la ubicación de los objetos como lo haría un radar. O a lo mejor tener una capacidad enorme para borrarlo todo, una inmensa e intuitiva y corporal voluntad de perdón. El caso es que la ejecución de aquel desplazamiento lateral de su pierna, progresivo y un poco felino, le pareció a Marga el movimiento más femenino de cuantos hubiera realizado en los últimos días. Su pie de mujer tuvo tiempo de reconocer el electrostático cosquilleo capilar que anunciaba la presencia de la pierna derecha de Charlie. Con el

dedo gordo y otros dedos cercanos, sintió el calor de su piel, y todo explotó.

—¡¿Es que no puedes dejar de dar vueltas?! —dijo él y la cama se sacudió y Charlie se quedó sentado en el borde. Estaba enardecido, probablemente agotado después de la presión psicológica a la que Marga le había sometido con tanto vaivén.

—Huy, claro que puedo, pero para eso tengo que querer.

—Marga, por favor. ¿No te das cuenta?, ¿no te das cuenta?, ¿no te das cuenta de lo que está pasando? —ya no hubo manera de parar aquello. Charlie encendió la luz y se puso a declamar como un poseso, como si una especie de tirria contra todo, acumulada durante sus cincuenta y un años de vida modélica, explotara precisamente en este momento—. ¿Sabes lo que te digo?: que me voy, que me marcho, que ya no puedo más. ¡Hombre que me voy!

A Marga le deslumbró la luz. Intentó abrir los ojos. En sus párpados revoloteaban constelaciones de confetis oscuros sobre un fondo blanco. Charlie estaba ya rebotando de un lado a otro. Parecía un muñeco al que habían dado cuerda. Un muñeco que anda y que habla, y que hoy ha aprendido a enfadarse.

—Estoy hasta los huevos de todo, esto ya no tiene sentido, ¿sabes?

—Ay, claro, pobrecito, mira la pena que me das. Eres patético, no te vas a ir a ningún lado. Apaga la luz, por favor.

Charlie no respondió. O sus movimientos fueron una respuesta. Se subió a la silla y sacó la bolsa beige del maletero. Empezó a llenarla con camisas, confetis, calcetines, calzoncillos, confetis.

—Por una vez voy a hacer lo que realmente quiero.

—¡Llevas toda la vida haciendo lo que quieres!, ¡jamás he conocido a una persona más egoísta!

Charlie se acercó una camiseta doblada a la nariz y la olió. Era un hombre pequeño, de calva brillante y barbilla afilada. Llevaba el cinturón del pantalón desabrochado y hoy tenía ojeras.

—Huele a tabaco, has vuelto a fumar en el cuarto. Esto es insoportable, cuántas veces te he dicho que me molesta que fumes aquí.

—Y además en la cama —dijo Marga—, ese placer de los sábados no me lo quita nadie, con mi periódico y mi cafecito.

Charlie arrojó la camiseta a la bolsa de viaje.

—Ahora vas a poder hacerlo cuanto quieras.

Marga no respondió. Ese comentario de Charlie dolió más que ninguno.

—Me voy, si te parezco patético, lo siento, me voy. Ya hemos perdido bastantes años de nuestra vida.

Marga se sacudió las sábanas y las mantas en un arrebato. Se levantó impetuosamente y sacó la bolsa de viaje de su marido a

patadas de la habitación. Se hizo daño en el pie, por supuesto, pero eso qué importaba.

—Ahora me vas a dejar dormir, gilipollas.

Tras una última patada, más con el tobillo que con el pie, la bolsa se desplazó un trecho grande sobre el suelo y chocó contra la puerta. Marga abrió y empujó la bolsa con el exterior del pie, como quien ahuyenta a un chucho.

Charlie también se detuvo un momento en la puerta de la habitación. Miró a Marga y dijo:

—Lo siento, no quiero hacerte daño —y se fue.

Marga cerró la puerta con violencia, dio un manotazo al interruptor de la luz y se metió en la cama. A los quince segundos tuvo ganas de fumarse un pitillo, pero tenía el tabaco en el salón y no quería salir a buscarlo mientras Charlie pudiera estar todavía por allí. Un poco más tarde cambió de opinión y fue a por él. Por suerte, Charlie estaba encerrado en la cocina.

Se fumó un pitillo bien a gusto, con las piernas arropadas y la espalda apoyada en el cabecero de la cama. Encendió la radio del despertador, para no oír los posibles movimientos de Charlie, o más probablemente para no oír sus propios pensamientos. Ya a esas horas había noticias: Bagdad, Londres, la franja de Gaza... Y un extraño acontecimiento que tenía en vilo a la población japonesa: la aparición de un gran objeto de aspecto viscoso y origen desconocido en una pista de esquí cercana a Sapporo, en la isla de Hokkaido. Marga no comprendió muy bien qué demonios le pasaba a la sustancia esa, pero el caso es que había despertado todo tipo de fantasías entre los japoneses. Estupendo.

A las siete de la mañana, después de tres cigarros y con la cabeza un poco más ordenada gracias a la radio (a su regularidad, a su constancia, a su capacidad de clasificar el mundo en compartimentos estancos), entró al baño a ducharse. Esperó a que el agua saliera caliente, procurando no mirarse al espejo. Luego se metió en la ducha, pero no se lavó el pelo. A sus casi cincuenta años Marga conservaba buen tipo. Siempre había sido de constitución muy delgada y un poco baja. O sea, un poco ratonil, como le gustaba a ella decir, pero envidiable para la mayoría. Presumía de no tener apenas canas y de conservar la piel de la cara más tersa que pudiera imaginarse. Sólo la de la cara: en los últimos meses Marga había sufrido una afección en la piel de lo más antiestética. Le salían calenturas por las piernas, por la espalda, por el pecho o los brazos, a veces del diámetro de una pelota de tenis y enormemente rojas. Al principio se asustó bastante, y Charlie también, pero luego el dermatólogo le quitó toda importancia y lo atribuyó a los nervios, quizá a una situación de estrés emocional. ¡Qué mono! ¡Y lo malo es que podía tener razón, aunque Marga no se

diera cuenta en su momento!

Era difícil decir, desde luego, cuándo había podido empezar a enquistarse su relación con Charlie, cuándo había comenzado a soplar el «levante», como ella decía. Tampoco era fácil saber con exactitud cuándo empezaron a extenderse esas calenturas de su piel, pero la verdad es que tampoco pudo haber una distancia muy grande entre las dos cosas. Así al menos comenzó a creerlo Marga al cabo de unas semanas, y así de paso ya tuvo algo más que reprocharle a su marido y a su reciente modelo de comportamiento. Muy al contrario, Charlie no dejó de buscar otras posibles causas a esa dermatitis sebácea que no parecía vírica pero que, según él, era preferible contrastar con más especialistas.

Los ingredientes esenciales de todo «levante» que se preciara solían ser los mismos. Silencio de uno, silencio del otro, y al cabo de tres días de incomunicación total, explosión feroz de Marga, siempre de ella, hubiera empezado quien hubiera empezado. En los últimos meses esto había sido así, pero el silencio de Charlie, aparte de estar aparentemente injustificado, no terminaba nunca, y sobrevivía a cuantos arrebatos de furia femenina se viera sometido. De esta forma, la situación comenzó a alargarse tanto que el silencio pasó a ser un vacío completo. Charlie ignoraba a Marga manifiestamente, prescindía de ella en todas sus actividades o consideraciones, hasta las más rutinarias. Y Marga, incapaz de no acudir a la lucha, y de no hacerlo con sus propias armas, se dedicaba a mofarse de él cuanto podía, en su cara, a reírse de su comportamiento, a fastidiarle en niveles siempre inferiores a los que la actitud de él se merecía, al menos según ella.

La verdad es que en este tiempo Marga nunca estuvo cerca de sospechar las verdaderas causas de lo que sucedía, y ésta era probablemente una de las cosas que más le hacían sufrir ahora. Ninguna teoría que explicara la actitud de su marido le parecía válida, lo cual, por muchas mofas que hiciera y muchas pullas que lanzara, acabó desconcertándola terriblemente. Y angustiándola, porque eso angustia hasta al más pintado, o sea a ella, que tenía todo el cuerpo pintado con manchurrones rojos, que iban y venían azarosamente, que ni picaban ni escocían, pero que ofendían a la vista una vez tras otra.

Ahora todas las cosas se habían volcado hacia un mismo lado. En cierto modo se habían resuelto, aunque para Marga todavía fuera pronto para aceptar una manera así de explicar lo sucedido. Mientras se acariciaba las manchas con la esponja natural y el gel de glicerina, se dijo que la vida siempre avanza hacia delante, e intentó creerse un mensaje así, intentó repetírselo mientras se duchaba, pero sus palabras no tuvieron suficiente poder de persuasión sobre un cuerpo cansado y una cabeza tan embotada como exasperada. Dedicó más tiempo del habitual a la ducha. Lejos de la paz, lejos de la indiferencia, se entregó

con escasa fe al mito del agua renovadora.

Se secó y salió del baño. En el dormitorio hacía más frío, pero al encontrarse de nuevo con los restos de la batalla (las mantas embarulladas, la ropa de Charlie por el suelo, las colillas espachurradas en la tapa de la crema hidratante) sintió un sofocón que le encendió la piel. Fue un momento de calor, y luego de frío en la espalda. Probablemente como reacción a esto buscó una de sus faldas más bonitas y se la probó. Luego la blusa negra ceñida. Luego la chaqueta de ante. Las medias de cebra. Los zapatos granates y la bufanda naranja.

Abrió la ventana. No se fijó en si hacía bueno o malo. Dejó el cuarto ventilando y fue a desayunar. Cuando estaba preparando el café (Charlie sólo había hecho café para él y no había lavado la cafetera), apareció su hija Susana en pijama. Desayunaron juntas, entre bostezo y bostezo de Susana, que apenas tomó nada aparte del Colacao.

—Si no comes, no seré yo quien te lleve al hospital —dijo Marga.

—Vale.

Susana cogió un par de galletas.

—Cómetelas.

—¿Y papá?

—Se ha ido pronto, tenía un congreso.

Susana se llevó una galleta a la boca y la masticó cansinamente. Marga puso la mano sobre el brazo de su hija. Se miraron unos segundos, hasta que a Susana le dio la risa. Marga sonrió y retiró su mano.

—Estás muy guapa —le dijo Susana sin mirarla.

—Gracias.

—Me encantan esas medias, podías dejármelas un día.

—Claro. Toma otra galleta, por favor, luego te duele la cabeza.

Marga se puso de pie y dejó su taza en el fregadero. En lugar de meterla en el lavavajillas, como siempre, la fregó distraída. Se dio la vuelta y miró repentinamente a su hija.

—Entonces, ¿estoy guapa?

Susana no tuvo tiempo de responder. Marga se acercó a ella y le dio un beso en la frente. Antes de salir de la cocina le pidió que no llegara tarde al instituto y que se abrigara bien.

Entró al cuarto y cerró la ventana. En un momento hizo la cama, guardó la ropa de Charlie en el armario y tiró las colillas en el retrete. De pronto se sentía ágil, despierta, activa. Se miró en el espejo y vio que no tenía muy mala cara, contrariamente a lo que esperaba. Se dio brillo en los labios y un poco de rímel en las pestañas. Se quitó las medias. Las dobló con cuidado y se puso otras, unas negras, nuevas.

Dijo adiós a su hija, que estaba en el baño, y dio un par de golpes con los nudillos en la puerta, a modo de despedida. Una costumbre

extraña, pensó Marga, una costumbre heredada, algo que había visto hacer muchas veces a su padre, que en su condición de médico sabía dejar un signo de distinción cada vez que visitaba a un paciente y se despedía de él. Entró con cautela al cuarto de Susana y le dejó las medias de cebra encima de la cama. Cogió un papelito y apuntó algo. Te las regalo.

En el portal, en la calle, sintió que los pasos la acompañaban, que ella misma iba un par de metros por delante de su propio cuerpo, que sorprendentemente seguía sintiéndose bien, fuerte y dispuesta a casi todo. La avenida de Filipinas era como una lanzadera del viento, que venía helado desde el norte, desde la sierra y desde la ciudad universitaria, y se impulsaba en las propias paredes de los edificios para adquirir mayor fuerza. Las paredes de los edificios: precisamente el lugar que una escoge para caminar pensando que van a guarecerla del frío.

Se abrochó el impermeable y caminó velozmente hacia Ríos Rosas. Allí cogía la línea azul de metro hasta Sol. Luego, calle Mayor y Esparteros para arriba, hasta la misma puerta del Ministerio. Pasado el cruce con Bravo Murillo se dio cuenta de que no se había fijado en la temperatura que marcaba el termómetro de la isleta. No quiso darse la vuelta, pensó que en realidad le importaba poco la temperatura que hiciera. Pero cuatro o cinco pasos más adelante se obligó a sí misma a hacerlo: sin dejar de andar giró la cabeza y vio la hora en el reloj, y un instante después la temperatura. Seis grados, se dijo, todo está bien, se dijo también, todo está muy bien.

Bajó las escaleras de la estación con enorme velocidad, casi sin apoyar el pie en los escalones. Con una exactitud milimétrica, de la que ella misma era la primera sorprendida, sacó el billete del abono, lo insertó en la ranura, empujó el rodillo y descendió el último tramo de escaleras hasta el andén. Cuando se asomó al andén el metro entraba por su derecha. Una puerta se detuvo donde ella se detuvo. Entró y milagrosamente encontró asiento junto a la puerta de enfrente.

Tres mujeres y un hombre estaban sentados frente a ella. Se fijó en la expresión de sus bocas, esa caída de las comisuras, ese gesto de amargura con tendencia a la fosilización, y sin embargo pensó que todos ellos tenían suerte, porque no habían vivido una ruptura en esa mañana, porque ése era un día normal en el que nadie les había abandonado. Miró alrededor, al resto de las caras, los libros, los periódicos de fútbol, los hombres y las mujeres recién duchados, peinados, vestidos. Pensó que una hora antes todos aquellos hombres y mujeres estaban metidos en una cama, calientes, arropados, ajenos a todas las miradas y todos los pensamientos del resto de los humanos. A todos les había sonado el despertador, todos habían tenido que

vestirse de mundo. Todos habían pensado que, de una forma u otra, esto que estaban haciendo no lo iban a hacer siempre. Que de una forma u otra, su vida iba a cambiar para mejor. Eso es lo que pensaban.

En la estación de Iglesia entró un drogadicto. Llevaba pantalones de pitillo y un anorak de Coca-Cola que le quedaba enorme. Se plantó en medio del pasillo, con las piernas abiertas y haciendo equilibrios para no caerse. Empezó a hablar sin previo aviso, con una prontitud que incluso pareció sorprenderle a él mismo:

—Muy buenos días a todos. Estoy aquí para solicitarles su ayuda. Aunque no lo parezca yo soy un habitante del planeta Tríniton y he venido a la Tierra en misión especial, pero unos canallas me han robado mi nave, es extrañísimo. Yo quería pedirles su generosa ayuda, la que buenamente puedan, pero que a mí me será de gran ayuda para sobrevivir en este planeta extraño y localizar mi nave. Gracias.

El chico sacó un platito de plástico de un bolsillo del anorak y recorrió el vagón ofreciéndoselo a la gente. Marga, divertida, dejó un euro en el plato.

Un poco más tarde, entre las paradas de Tribunal y Gran Vía, el metro se paró en medio del túnel. Marga se giró hacia la ventanilla pero no vio más que el propio reflejo de su cara en el cristal. Entonces el motor, las turbinas, la ventilación, todo aquello que puede hacer ruido en un vagón de metro, se detuvo, y las luces se apagaron, todas, salvo unos pilotos de emergencia en los extremos del vagón. ¡Qué extraño! Al parecer a veces ocurría en otras líneas de metro, pero no en ésta.

La gente comenzó a chascar la boca. Miraban la hora, hacían comentarios en alto, llenaban la relativa oscuridad con palabras de acompañamiento. Dos chicas adolescentes se reían y cuchicheaban, pero sólo lo hicieron en el primer o segundo minuto. Cuando el tiempo empezó a alargarse y aquel metro no daba ningún síntoma de estar vivo, las palabras fueron desapareciendo del ambiente: todos juntos en silencio, acompañados de una luz tenue y una tensión de espera que retardaba cada uno de sus movimientos posibles. Marga cruzó las piernas, echó la cabeza hacia atrás hasta apoyarla en el cristal y cerró los ojos. El metro había parado para ella, por ella y con ella. Marga tenía ahora la certeza de que era así.

Esta certeza no desaparecería en un largo rato, aun cuando segundos después los motores volvieron a funcionar y Marga abrió los ojos.

Mucha gente se bajó en Gran Vía. Ella siguió hasta Sol.

2.

Es algo sencillo, que siempre vuelve a ocurrir. La llegada de la luz. Las noches pueden ser inciertas, recurrentes, desmembradas y obsesivas, como el pensamiento del insomnio, que te envuelve y ofusca y te condena a una existencia demasiado egocéntrica. Las noches pueden ser frías y ventosas, y entonces los ondulados tejados de plástico saltan con cada ráfaga y durante horas te acompañan sus golpes secos. (Una música fatal para el que, en soledad, a cinco kilómetros del pueblo más cercano, intenta dormir en el altillo de su nave industrial. Dormir, o no pensar, o leer o fumar un pitillo más a la luz de un flexo: da igual lo que hagas, al final el sonido esporádico del viento en las copas de los árboles, y, pocos segundos después, el de las planchas de plástico que se hinchan y percuten con fuerza sobre las otras planchas y sobre sus soportes metálicos, viene a decirte que a tu alrededor todo es grande, muy grande, y esencialmente opaco, y que si al mundo le da por asediarte a ti no te queda más que encogerte en la cama, o intentar plantarle cara al pequeño espacio que ilumina tu flexo, no más de tres metros a la redonda.) Las noches pueden ser todo lo terribles o absorbentes o desasosegantes que la fortuna decida, pero al final siempre vuelve a ocurrir, es algo sencillo, el mundo no sabe comportarse de otra manera. En algún momento al final de cada noche, un momento tranquilo, un sutil paño de luz grisácea comienza a espesar el aire, sin alardes, sin gestos de prepotencia, sin puntos de inflexión que nadie pueda celebrar. Los objetos aparecen de nuevo, brumosos y sin contraste. Cada instante parece la congelación del tiempo, siempre el mismo tiempo, pero la acumulación de todos los instantes va trayendo la luz y la normalidad, una victoria taimada sobre la noche, arrítmica y desconcertante, pero ya lejana. El aire, como una lechada, reinaugura el mundo, inventa las distancias, devuelve a cada objeto la individualidad que la noche usurpó. Asistir a este momento es comprobar la firme estabilidad de los objetos que te rodean, la consistencia del mensaje que te manda la realidad en su conjunto. Cuando por las noches apuntas con la linterna a cualquier objeto, éste parece decirte: estoy aquí, pero todavía no vengas conmigo. Cuando por la mañana ese mismo objeto reaparece, su mensaje individual se convierte en un mensaje universal que te invita a formar parte del mundo. Ocurre cada día, cada veinticuatro horas,

cada vuelta que da la Tierra sobre sí misma. Es un monumento diario a la sencillez, al orden y a la esperanza. La llegada del día es tan poco estruendosa, tan natural, que en cierto modo uno llega a olvidarse de que alguna vez, quizá unos minutos antes, existió la noche.

Tumbado de medio lado y arropado hasta la barbilla, Pedro estudiaba el lento fluir de la luz a su alrededor. Cada instante era un hito en sí mismo, tan distinto del anterior como del posterior, y Pedro pensó, una vez más, que quería pintarlos todos ellos. Siempre las cosas admitían más luz, todo momento era irremediablemente superado por anticuado y tenebrista. Se trataba en realidad de pintar uno cualquiera de esos momentos, bastaba con apresar la complejidad y la temporalidad que encerraba cualquiera de ellos, esa capacidad de incorporar a todos los demás, de anticipar toda la viveza del día que queda por llegar. Como ya hiciera con la luz roja del atardecer cayendo sobre la mesa de la cocina, pintar ahora la luz del amanecer, con todas sus implicaciones. Probablemente no hubiera un tema más adecuado para su pintura, que cada vez rehuía más el color y los fuertes contrastes, y emulaba el blanco y negro de las fotografías convencionales o las gamas tostadas de las fotografías viradas.

Antes de levantarse, se llevó las manos a la cara y se frotó los pómulos, la nariz y los ojos con fuerza. Ese gesto, más que el primero de la mañana, pretendía ser aún el último de la noche, o quizá ese punto de inflexión que él sí que necesitaba. Se calzó sus babuchas y se embutió en la chilaba de pelo de camello que su amigo Leo, también pintor, le compró en Marraquech. Se estiró (las piernas, los brazos, la espalda y los dedos) y retiró la contraventana del ventanuco, un grueso alistonado doble de pino que, en las noches frías, atornillaba con paciencia a la pared, sobre cuatro tacos de plástico insertados en el cemento con ese fin. Aflojó los tornillos y dejó la contraventana en el suelo, con el pulso y la fuerza de quien hace estas cosas con placer, porque son ritos que a uno le ayudan a formar parte del mundo. La nueva fuente de luz norte dio otro aire al altillo, que parecía más desnudo, más pequeño, más inhabitable. El altillo no era en realidad más que una gran cama elevada que Pedro, con una estructura de estanterías metálicas, se había construido en una esquina de la nave industrial donde vivía y pintaba. Era como una pequeña habitación en alto, con un colchón de matrimonio sobre el suelo de aglomerado, una vieja cajonera de mercería a modo de mesilla, y las estanterías llenas de libros separándole del resto de la nave. Destrepó por la escalerilla y fue al baño, en la esquina opuesta al altillo. ¡Qué mal había dormido!

El baño era el lugar más frío de la nave. La orina desprendía vapores desde el retrete, y el vaho que Pedro exhaló desde su boca se mezcló con ellos. En el suelo había una estufilla eléctrica que sólo utilizaba cuando se duchaba, en aquellos extraños días en que los

acontecimientos le invitaban a hacerlo. Entonces pensó en ello: hoy era uno de esos días, esta tarde se daría la conjunción de acontecimientos necesaria para que Pedro se afeitara y se duchara. Se bajó de nuevo la chilaba y enchufó el termo de agua caliente, para que estuviera listo antes de las cuatro. La conjunción de acontecimientos tenía un solo nombre: Luz Pérez Veiga. A las seis de la tarde en la estación de Alcalá.

Abrió la puerta de la nave y se asomó a ver el día, desde arriba, apoyado en la barandilla de la escalera. Saludó con la mano a Constable, el perro de la nave de enfrente. Constable se levantó, se estiró y movió el rabo a modo de saludo. Pero no se acercó a Pedro. Una cadena de unos cuatro metros conectaba su cuello con una argolla en la pared, y ése es un motivo suficiente para que un perro noble no acuda a buscar el cariño de un humano que le trata bien y acostumbra a darle de comer. Constable, una suerte de perro lobo, famélico y viejo, era prisionero de su amo, el propietario de la finca y de las naves, que había acordado un descuento en el alquiler de Pedro a cambio de que éste diera de comer al animal. Lo que quería el amo era que la puerta de su propia nave, aquella que utilizaba para su uso personal (almacén esporádico de materiales de construcción), estuviera bien protegida, y con este acuerdo consiguió que la seguridad de su nave no estuviera sólo en las manos de aquel animal caballuno de mirada vidriosa, sino, en cierto modo, también de Pedro.

Tanto Pedro como Constable estaban contentos de verse. La noche había sido larga y los dos se habían portado bien, cada uno en el pequeño espacio que le estaba asignado. No ladraron, no aullaron, no protestaron a los amos de su destierro o de su clausura.

—Luego, luego —dijo Pedro cuando Constable, simpático, le miró de medio lado, invitándole a la proximidad.

Pedro levantó la cara y renovó el aire de sus pulmones. El vaho de su boca se parecía al cielo de color ceniza, bajo, invernal y castellano, y a la neblina de cuento que se atisbaba entre los pinos del bosque, más abajo, entre las naves y la carretera de Alcalá. Las tierras de alrededor estaban peladas, recubiertas aún de una capa de escarcha que también tendía al gris, como sus cuadros, y todo el paisaje invitaba inmediatamente a la introspección, quizá una manera de darle poesía a aquella árida representación del invierno. Delante de su nave y de las de al lado, el suelo de tierra se había endurecido por el hielo. La escarcha estaba tan dura y tan incorporada a la tierra que ni siquiera era capaz de brillar.

Nadie vivía en aquellas naves, nadie las visitaba casi nunca. Que Pedro supiera, sólo dos de ellas, aparte de la suya, estaban alquiladas, pero en ningún caso como vivienda. Por lo general la gente no quería trabajar o guardar sus cosas en un lugar tan apartado y desprotegido.

La idea de construir allí unas naves industriales se había demostrado, con el tiempo, poco afortunada. La idea de pintar y vivir allí, muy exigente. No peregrina o excéntrica, como tendían a pensar los padres o los amigos de Pedro, sino literalmente implacable. Todo lo implacable que necesita un alma confusa que aspira a la simplicidad.

Constable ladró un par de veces para que Pedro le hiciera caso.

—Luego, pequeño, luego —y al oírse pronunciando estas palabras, al sentirse dueño de una voz y capacitado para la comunicación con otros seres, Pedro pensó en la periodista Luz Pérez Veiga y en el reportaje que iba a hacerle. Se ilusionó: hacía mucho tiempo que nadie se interesaba por él y por su pintura. Luz era una mujer guapa, alegre, frágil... El estómago le dio un vuelco, sintió un cosquilleo nervioso ya casi olvidado. Pero contrariamente a lo que había ocurrido otras muchas veces con anterioridad, Pedro no renegó de ello, no puso obstáculos a ese atisbo de ilusión, no pretendió nivelar todas las vivencias y todos los proyectos con el mismo rasero, el rasero de la normalidad.

Probablemente como resultado de un largo periodo de desencuentros (con la vida, con el arte, con la ciudad, con las mujeres, con los padres, con los amigos, con el género humano en su totalidad), Pedro había aprendido en estos meses de destierro (otro mecanismo de defensa) a vivir a ras del suelo, al día, a no conceder un plus de valor a ninguna de las vivencias posibles, a mutilar el deseo en cualquiera de sus perspectivas.

Pero ahora era distinto. Luz Pérez Veiga, la perspectiva de estar hablando con ella en el estudio, de enseñarle los cuadros, de responder a sus preguntas, era un objetivo tan... atractivo. En seguida volvía a cargarse el estómago de electricidad. No merecía la pena disimular o pasar el día como si nada de eso fuera a suceder. Hoy todo podía tener un aire de película. Hoy uno podía volver a sentirse el protagonista de algún relato, de una vida intensa y aventurera. Cada uno de los pequeños actos que realizara a partir de ese momento tendría un sentido, una dirección, una razón de ser. Lejos de la noche o de la neutralidad amalgamada del amanecer, los objetos tenían ahora una única fuente de luz, una perspectiva, una sombra, una respiración.

Cerró la puerta tras de sí y se sintió dispuesto a darle un nombre a cada una de las cosas que encontrara, como a Constable, el perro de enfrente, a quien Pedro, a los pocos días de llegar a la nave, decidió prestarle uno. Caminó por la nave deleitándose en cada uno de sus detalles, adoptando involuntariamente el punto de vista de una mirada extranjera, como si fuera, por ejemplo, otro pintor, o quizá un marchante de arte, o una mujer, a lo mejor una mujer interesante y sensible, una periodista que trabaja para una revista de decoración y

que admira la pintura de Pedro de Blas y quiere conocer su estudio-vivienda.

Según se entraba, a la izquierda, quedaba el altillo, o sea, un doble muro de estanterías metálicas, que en esta vertiente estaban enteramente pobladas por parte de la interminable colección de objetos encontrados de Pedro. Clavos, herraduras, piedras, cortezas de árbol, calaveras de animales, insectos secos, viejas cerámicas... A la derecha, muchas más mesas con el resto de la colección. Flautas, armónicas, mapas antiguos, una bola del mundo, maquinillas de afeitar, plumas estilográficas, canicas, rodamientos, cerraduras, figuritas de barro, palillos chinos, gafas de sol, monóculos, pipas, tijeras, fotografías viejas... A Pedro le gustaba pensar que tenía su propio gabinete de las maravillas, como los que había conocido en reproducciones de grabados del siglo XVII, repletos de un sinfín de objetos dispares, exóticos y habitualmente inservibles.

Un poco más allá de estas mesas se veía el verdadero centro emocional de la nave, la pared de pintar. Una pared alta, de cemento visto e iluminada por un gran lucernario de cinco hojas en el techo. Apoyado en dos cajones de frutas, un cuadro de dos por dos, aún sin terminar, con la imagen en blanco y negro de un enorme avión en el momento de despegar. «Éste es el último cuadro, allí tengo más.» Pedro se detuvo en el centro de la nave, giró sobre sí mismo y recorrió con la vista todo su perímetro, adoptando simultáneamente los papeles de anfitrión y observador, el héroe de hoy y el admirador-a, desdoblándose en un juego esquizofrénico bien saludable que jamás practicaba y que le estaba reportando enorme placer. «En aquel pupitre trabajo muchas noches, dibujo o leo o escribo mis cosas, esos ventanales los arreglé yo, entra una luz maravillosa por las tardes, aquél es el baño y ésta es la cocinilla, aquí me apaño bien. En total, con el altillo, ciento cuarenta metros, no está mal.»

Sin despedir por completo al espectador de sus actos, Pedro dio por concluida la visita turística, se reubicó en su personalidad estándar, que ahora resultó particularmente confortable, y regresó al cumplimiento de las rutinas de cada mañana, elevadas ya, después de dos años, a la categoría de ritos. Se dirigió a la cocina, abierta e incorporada al resto del estudio, y se lavó la cara en la pila, sobre los platos y la sartén de la noche anterior. Desde hacía varios meses no utilizaba el lavabo del baño, porque la tubería del desagüe debía de estar picada y calaba la pared por dentro y hasta los ladrillos se estaban deshaciendo por la humedad. A Pedro le gustaba asearse en la cocina, lavarse los dientes, afeitarse; se sentía más acompañado que en el cuarto de baño. Se miró en el espejo que colgaba de una de las baldas de la cocina, antes de secarse la cara, y se acarició con el dorso de la mano una barba de dos semanas ya muy cana. Le gustó

comprobar que no aparentaba tener la edad que tenía, sino en cierto modo bastante más. Quizá si su imagen resultaba atractiva era, simplemente, porque respondía a su forma de vida.

Preparó café y encendió la estufa con piñas y astillas. Con esa vieja estufa, comprada en el Rastro, y el largo trecho del tubo, que recorría oblicuamente varios metros hasta encontrar la salida por encima de los ventanales del sur, Pedro caldeaba toda la nave en muy poco tiempo. Encendió una piña con su mechero de gasolina, la colocó estratégicamente bajo un montón de astillas con forma de tipi, y el fuego prendió con rapidez. Cerró la estufa. Abrió el tiro. Se sirvió café en un vaso de caña. Leche condensada de la nevera. Muchas vueltas con una cucharilla.

Se sentó en el sillón de orejas, de escay granate y multitud de tachuelas como caminos de hormigas, y, con el vaso de café entre las manos, contempló el gran cuadro que presidía la estancia. El avión que despega, con el morro levantado, las alas inmensas abarcando todo el ancho del cuadro, las ruedas a escasos dos metros de la pista de despegue, larga, recta, repleta de líneas e indicadores, y todo ello en blanco y negro. Mi cuadro. El gran avión. El gran pájaro sin color. El animal tecnológico. El descomunal gasto energético que supone levantar un peso así del suelo. Pedro dio un sorbo satisfecho al café. Le gustaba el cuadro, le gustaba el café, le gustaba la estufa, le gustaba la rutina de un día cómodo en el que todas las cosas salen bien. Aún faltaba por terminar la esquina superior de la derecha, un trozo de cielo y un par de edificios del aeropuerto de Barajas. Por lo demás, el cuadro ya estaba, y no debía empeñarse en retocarlo más o en cambiar la luz. Hoy volvía a parecerle una obra impresionante. Llevaba varios días en que el cuadro no le parecía nada. Hoy le parecía algo, bastante, muchísimo. Era tan pictórico, y tan grande, y tan real. Los aviones despegan y alguien puede pintarlos de esa manera. Él, sólo él puede pintarlos de esa manera.

Ésta era una propiedad de los cuadros que a Pedro le obsesionaba. Que tenían días buenos y malos, que antes de volver a encontrártelos por la mañana y saludarlos, nunca se podía saber si habrían pasado o no una buena noche. El momento de sentarte en el sillón y mirarlos a la cara era crucial para ellos y particularmente difícil. Tenían días tímidos, días huraños, días vanidosos, días altivos, días tristes o días tremendamente apáticos. Y tú sólo podías descubrirlo al cabo de unos segundos, siempre desde el sillón y con un café entre las manos. *«It's a good day for my picture»,* dialogó mentalmente Pedro con un marchante de Nueva York. Dio otro sorbo al café y empezó ya a rebuscarse el tabaco en un bolsillo de la chilaba.

Era un buen día para el cuadro, sí. Superaba con creces (en fuerza, en dramatismo, en pasión) cualquiera de los bocetos que Pedro había

hecho, tanto en papel como en madera. Había bocetos de aterrizajes, de ristras de aviones estacionados en sus terminales, de varios modelos de despegue. Le gustaba el tema. Probablemente éste fuera el comienzo de una serie. Tenía más de cincuenta fotografías espléndidas, en blanco y negro, claro está, que había revelado en el cuarto de baño de su padre, donde de vez en cuando (cuando iba a visitarle a Madrid) todavía montaba su pequeño laboratorio de andar por casa. Eran fotografías tomadas desde muy distintos ángulos y lugares. Había pasado un par de días recorriendo el perímetro vallado de todo el aeropuerto y buscando posibles lugares desde donde disparar con su cámara. En más de una ocasión fue recriminado por algún guardia jurado y una vez tuvo que ir corriendo hasta la moto y salir a toda velocidad antes de que un vigilante le quitara la cámara. Pero entre todos ellos, un lugar destacaba sobre los demás: el final de la pista, aquella cadena de telas metálicas que cerraban la pista de despegue y a la que Pedro llegaba con la misma moto desde la carretera de Paracuellos. Desde allí estaba tomada la foto del cuadro. Ése sí era un lugar mágico. Y terrible a la vez. E increíblemente excitante. La espectacular velocidad de aproximación del avión. El espectacular sonido, que literalmente te aplasta contra el suelo. La punta del avión levantándose, enseñando el gaznate, levantándose, las ruedas levantándose, la panza, el gran monstruo levantándose, todo despegándose del suelo, volando, pasando por encima de ti, gigante, increíble, apoteósico.

Pedro llevaba más de diecisiete años con la pintura, por no decir que llevaba toda la vida. Pero lo que podríamos denominar su primer cuadro al óleo lo hizo con catorce años, una vista de los tejados de la calle Libertad desde la casa de su madre, y ya totalmente impregnado de su personalidad pictórica. Siempre con lo mismo en la cabeza. Una mirada y una necesidad interior inquebrantables. Pintor aunque se caiga el mundo. Nadie en la facultad consiguió perturbarle o desviar mínimamente su manera de ver las cosas. Prácticamente nadie consiguió enseñarle nada, y menos en algo que estuviera relacionado con la técnica. Tener un padre diseñador y una madre pintora había allanado mucho el camino.

Sus padres se habían separado cuando Pedro tenía ocho años. Vivió los primeros años de separación en casa de su padre, hasta que su madre regresó de un periplo vital y emocional por el mundo y se instaló en la calle Libertad, y desde entonces, con trece años, Pedro vivió con ella. Cuando terminó la carrera Pedro compartió un estudio con una chica, Virginia, pero se enamoró de ella y ella no se enamoró de él, y Pedro dejó el estudio y durante mucho tiempo se le quitaron las ganas de pintar. Tiempo después le ofrecieron dar clases de dibujo en un colegio del barrio de su padre y aceptó durante un año, no

aguantó más. Volvió a pintar. Volvió a dejarlo. Pintar y exponer ocasionalmente en algún lado no le daba ni la cuarta parte del dinero que podría necesitar para ser autónomo. Sufrió en sus propias carnes lo que es esa atroz dependencia del dinero, esa impotencia que significa constatar diariamente hasta qué punto está restringida tu libertad o tu creatividad. Pintas, no pintas, eres pintor o te dedicas la mayor parte del día a pasear por la ciudad y a gastarte el dinero que no tienes en quincallerías del Rastro.

Entonces un buen día un amigo te presenta a un extraño personaje serbio, al parecer coleccionista multimillonario que quiere abrir galería en Madrid y tiene ya una pequeña oficina en un primer piso de la calle Claudio Coello y te dice que quiere conocer tu obra y muestra un entusiasmo que a ti, desde luego, te parece plenamente justificado y te hace sentir literalmente en las nubes, como un pequeño Vermeer de Delf tardíamente reconocido y que pasea por las calles del barrio de Salamanca tras la cita con su marchante yugoslavo o serbio o lo que sea, que le va a mover varias exposiciones en Francia y en Alemania y que de momento se ha quedado en depósito con sus siete mejores obras, entre otras el retrato de su madre durmiendo. Y también entonces, o sea, en realidad un par de meses después, resulta que en una fiesta donde abundan tus ex compañeros de la facultad vuelves a encontrarte con Virginia, la chica con la que compartiste estudio pero nada más, y charláis animadamente de un montón de cosas y a ti, ahora que tienes un marchante multimillonario, ya no te importa hablar de pintura, o ya no te importa hablar naturalmente de pintura, y os vais rellenando mutuamente el vaso de plástico con la caipiriña de Luis y empezáis a sentir que en realidad compartisteis muchas más cosas de las que parecía cuando compartisteis aquel estudio y que seguisteis compartiéndolas cuando cada uno en su rincón tuvisteis aquella separación que al parecer, lo que son las cosas, no fue sólo traumática para Pedro, sino también para Virginia, ella también lo pasó mal. Acabáis devolviendo juntos la caipiriña en la plaza de Santa Ana. Acabáis los dos en la buhardilla de Virginia. Estáis los dos desgarrados por el mismo lado y lo solucionáis con un montón de arrumacos sobre el futón de Virginia. Al día siguiente despertáis, os envolvéis con una sábana y empezáis a sacar los últimos cuadros de Virginia. Pintura. Diecinueve días después te traes tu maleta, tus cosas, tus cuadros y tu caballete. Pintura. Cincuenta y cuatro días después de susurraros en el oído, de compartir los mismos tubos de óleo, de disertar y disentir veinticuatro horas sobre veinticuatro sobre la función del arte, hoy, ayer, siempre, el sexo del arte, la mujer y el arte, el dinero y el arte, el arte y el amor y la pareja y la amistad, resulta que acabáis entrelazados en una maraña que os ata y os asfixia y os raspa por todos los lados y no sabéis salir de ella más que a

tijeretazo limpio, a petardazo limpio, a insulto limpio y sucio dolor. ¿Es que no podríais tener más cuidado?, ¿es que no sabéis meteros en el agua sin salpicar, sin abriros la piel en pedazos y dejaros las vísceras colgando? Dos meses después de semejante inmersión en el fulgor y el odio llamas a tu marchante serbio al que no localizas y le buscas en la oficina de Claudio Coello pero el portero te dice que abandonó el local a primeros de mes y tu amigo Leo te dice que él también le está buscando, que todo el mundo le está buscando, y poco a poco, o sea, de golpe, descubres que el marchante serbio es un elemento de cuidado, que ha estafado a medio Madrid, que le busca la policía, que lo de la galería de arte seguramente fuera una tapadera de otras cosas y que los siete cuadros que le dejaste en depósito han sido utilizados para agasajar a varias putas de lujo, o para proteger del frío la chabola de un camello de Las Barranquillas, o para decorar las paredes de azulejos de su mansión neokitsch en Belgrado. Te encierras diez días en casa de tu madre y decides hacer exactamente todo lo contrario de lo que la gente te recomienda, porque la experiencia te ha demostrado que hacer caso a lo que la gente te recomienda implica hacer lo que la gente te recomienda pero no lo que a ti te apetece hacer, pero luego la gente que tanto te recomienda no rinde cuentas de los resultados obtenidos y todo lo que sabe hacer es volver a recomendarte lo que tienes que hacer, y por ello decides buscar curro como fontanero, albañil, electricista, pero no pintar ni ser pintor ni triunfar ni tener una vida feliz ni convencional como quiere todo el mundo que te recomienda sin parar lo que tienes que hacer. Y cuando consigues ganar cuatro perras lo que haces es buscar el lugar más barato que exista y más lejano posible, lo que quieres es estar solo y lejos y mal, lejos de la gente, de las presiones, lejos de cualquier clase de expectativa, lejos del arte y del amor y de tus padres, y encuentras una nave industrial a treinta y cinco kilómetros de Madrid y cinco kilómetros de Alcalá de Henares y que te alquilan por cuatrocientos cuarenta euros, una nave vacía, aislada y muy mal acondicionada, un lugar para vivir y también para pintar, sí, pintar, pero pintar como manera de respirar, de estar vivo, de ser lo que uno es al margen de todo lo que los demás quieren que seas, al margen de esa persona que durante veintinueve años ha sido fabricada a golpes y dudas y bamboleos, y al margen de esos padres que más que padres pretenden ser tus mejores amigos, pero que en realidad no están, o están en una esquina, siempre lejos, tan lejos que lo mejor es alejarte tú, y así, seguramente, estar más cerca de ellos que nunca, quizá estar por primera vez con los dos a la vez, los dos igual de cerca, a treinta y cinco kilómetros.

Dos años después, la terapia de choque había tenido sus efectos. Pagando un precio alto, desde luego, y con un desgaste psicológico

considerable, pero recuperando al fin una cierta forma de estabilidad o de fe en el entorno y en uno mismo. La fe: por naturaleza una facultad muy desarrollada en Pedro, pero también muy frágil, muy capaz de derrumbarse hasta unos niveles casi incompatibles con la supervivencia. Sobre una cimentación sólida y paciente, día a día, se había levantado ahora la nueva personalidad de Pedro, solitaria y rocosa y seguramente intransigente en muchos aspectos, pero de nuevo capaz de ilusionarse con las cosas como un niño. Pedro volvía a ser pintor, o lo era de verdad por primera vez en su vida, lo que él entendía por ser pintor, algo que se mide no por los resultados, no por lo que produces ni por lo que expones ni por lo que vendes, sino por las causas, los orígenes, lo que te lleva a pintar o a necesitar pintar, lo que te lleva a mirar de una determinada manera la realidad y a transcenderla. Aquí está el pintor. Esta tarde será entrevistado por una periodista de Madrid.

Se encendió un pitillo y con él todavía en los labios se levantó para tapar el cuadro con dos largas planchas de contrachapado. Volvió a sentarse y apuró el cigarro. Sin la imagen del avión delante, pensó un rato en la chica, de nombre, Luz; trató de imaginar su cara, que ya no recordaba muy bien tras el único encuentro que tuvieron en un café de la calle Fuencarral, y sólo fue capaz de reproducir mentalmente la imagen de sus labios, finos, vagamente delimitados, y comunicados con la piel de alrededor mediante pequeñas fisuras por las que parecía escaparse la ya escasa coloración del labio. Pero el resto de la cara no adquiría forma en su imaginación. Los ojos claros, sí, como caídos, el pelo muy corto, y poco más, poco más... La voz le llegó de pronto: una voz emitida al límite de las fuerzas, sin ninguna resonancia, en un lugar tan cercano al alma como alejado de las cavidades del tórax. El tórax, ¡qué concepto!

Una idea empezó a rondarle la cabeza, pero decidió cobijarla en un lugar seguro y ponerse de nuevo en marcha. A las ideas había que tratarlas bien. A él le gustaba reservárselas, como un niño se reserva la cubierta de una tarta de chocolate para el final.

De momento decidió lavar los pinceles. No lo hacía todos los días, pero sí un par de veces a la semana. Hoy no iba a utilizarlos. Los limpió con aguarrás y luego los lavó uno a uno con agua y jabón, frotándolos con sus propios dedos, dedos gruesos de pintor, ásperos, despellejados y con las uñas muy cortas y perfiladas con un cerco incrustado de pintura. Lavar los pinceles era otra de esas muchas rutinas elevadas a la categoría de ritual y que a él, a diferencia de la mayoría de sus compañeros, no le importaba llevar a cabo. Los pintores trabajan con las manos.

Se cambió y salió a dar un paseo por el campo. Ahora sí, se acercó a Constable y le acarició un rato. El perro se revolcó en el suelo. Pedro

le frotó la barriga con energía, le buscó las cosquillas, le dio sonoras palmadas en el hocico mientras el perro trataba de mordisquearle. Tan mayor y con tantas ganas de jugar. Pedro le dio una colleja y emprendió la marcha... pero cometió un último error fatal: volverse de nuevo para mirarle. ¿Por qué hoy era todo igual al resto de los días y a la vez distinto? Hacía ya mucho tiempo que Pedro había aprendido a no mirar directamente al perro cuando lo abandonaba, a convivir, en cierto modo, con la condena del animal. Su consuelo era saber que cuando regresara volvería a encontrarlo contento. Pero hoy hizo demasiado caso a una punzada de sentimentalismo que en otros días y otras circunstancias habría sido rápidamente sofocada. Le miró y se dejó seducir por la cara triste de Constable, y por un fulgor de indómita bravura que aún le ennoblecía la mirada. Ahora ya no tuvo marcha atrás. Sin pensarlo siquiera un instante, se acercó al perro y le desató el collar. Sabía que al hacer esto podía estar alterando las condiciones de su relación con él, ya muy arraigadas, y también con el dueño, que quería a ese perro vigilando la entrada de su propia nave, pero también sabía, hoy lo sabía, que ese perro merecía algo más y que él estaba en condiciones de dárselo y de asumir las responsabilidades de todo lo que pasara: llega un momento en que ciertas cosas caen por su propio peso, y uno sabe reconocer ese momento. Constable movía el rabo, le mordisqueaba de nuevo, parecía realmente entusiasmado con aquellas atenciones. Pedro tiró el collar y la cadena al suelo e inició un rápido trote para incitar a Constable a que le siguiera. Libertad, perro, libertad, ya lo tienes.

—¡Venga, pequeño, vámonos de paseo!

El terreno de tierra que pertenecía al perro, de forma semicircular, estaba pisado, escarbado y aplastado. Constable le miró desde allí, movió el rabo, saltó, pero no se alejó un ápice de su círculo de acción. Pedro se reía. Volvió a llamarlo, pero fue inútil.

—¡Ven, ven aquí, Constable!

Constable seguía dando saltos, o se tumbaba con el hocico entre las patas y lloriqueaba, pero no salía de allí. Seguía sintiendo la existencia de esa cadena que le unía a la pared, igual que los mutilados sienten picores o dolores en la extremidad amputada. Pedro se marchó solo. Pensó que a lo mejor dentro de un rato, cuando estuviera caminando por el campo, el animal aparecía a su lado, corriendo con un palo en la boca. Se alejó unos diez metros y se giró una última vez. La mirada de Constable era la misma que unos minutos antes. Pedía clemencia.

Se fue por el camino de los viveros, una gigantesca finca de más de diez hectáreas y repleta de abetos y cipreses que se vendían en Madrid. El camino rodeaba la finca por dos de sus lados y luego subía hacia un terreno un poco más elevado y salvaje, el único sin labrar ni explotar en toda aquella zona. Allí respiraba Pedro el olor de la jara y

arrancaba tomillo para infusiones. Allí acudía algunas noches de verano a observar las estrellas o la inmensa cúpula de luz que cubría Madrid. Allí se imaginaba viviendo en una pequeña casa, suya, hecha a su medida y a su gusto, y con todo el campo de alrededor para él solo. Pero alguien le dijo que toda aquella loma y las siguientes hasta llegar casi a Camarma eran del ayuntamiento de Alcalá y no se podía edificar en ellas. Mejor, pensó, así se conservan.

Llegó a la parte más alta y contempló la vega del Henares. La luz del sol, débil y sesgada, mantenía una tenaz lucha con la espesura de un cielo bajo y cenizo, pero Pedro calculó que a eso de las doce o la una el panorama se habría despejado y el sol reinaría, un poco cansado ya, sobre una gran techumbre azulada. Se sentó en una piedra a mirar. Apoyó los codos sobre las piernas y buscó esa idea, en los anaqueles de su estructura mental, que con tanto celo se reservó antes. El etiquetado decía: figura humana, pintar a Luz. Intentó desarrollarlo. Se trataría (si acaso) de proponerle a Luz que se dejara fotografiar, animarla (si acaso) a ser su modelo, mostrar (si acaso, sólo si acaso) el mayor entusiasmo por su figura, por la posibilidad de pintarla, por la magia de su mirada, por la naturalidad y sencillez de su físico, su manera de estar sentada, de pie, tumbada, desnuda (sólo si acaso). ¿Y si se lo pedía?

En estos dos últimos años, Pedro no había trabajado en la figura humana, pero había algo en la actitud de aquella chica que le atraía, no sólo porque era guapa, sino porque en su presunta fragilidad, en su manera de mover su cuerpo de marioneta por el mundo, había algo misterioso, en cierto modo impenetrable. No se sabía bien si era una figura desvalida frente al mundo, o si al contrario, su fragilidad y naturalidad eran la respuesta de quien no teme al mundo, de quien no tiene que demostrar nada, de quien no mide nada, no compara nada, porque sólo las presencias más trémulas pueden asustar al mundo, las que rehúyen el cuerpo a cuerpo y se afirman con voz neutra de pájaro. ¿Son los pájaros seres desvalidos?, ¿o son seres suficientes, capaces de penetrar el aire y casi con arrogancia dominar el mundo? Ver a Luz Pérez Veiga en el contexto de su casa-estudio, fotografiarla (si acaso) en ese momento de indefensión total frente a la profusión y amplitud de un espacio nuevo, captar (intentarlo, si acaso) la dualidad entre indefensión frente al mundo e indiferencia frente al mundo. ¿Y desnuda? ¿Era la misma la dualidad? ¿Cuánto llega a proteger la ropa a una chica como ésa?

¿Y si se lo pedía? No ya sólo que se dejara fotografiar, que posara para él, que aceptara ser modelo de su pintura, sino también que se mostrara desnuda, que pasara (si acaso) un poco de frío y un poco de vergüenza. ¿Y si se lo decía, que la vergüenza se pasa pasándola, y que él era una persona con la que no había por qué tener vergüenza?

¿Qué tenía que perder él, apartado del mundo, alejado de las convenciones, por proponer semejante cosa?

Entusiasmado con la idea, se levantó de la piedra y comenzó a caminar azarosamente por allí, abandonado a sus pensamientos. Le parecía que no había nada más vigente que pintar la piel humana, el cuerpo desnudo, que era ése el escenario donde se desarrollaban todas las batallas, un límite exacto entre entidades inexactas, invasivas, absorbentes, permeables. Aunque no se trataba de buscar argumentos teóricos. No había que buscar excusas. Si pintaba a Luz desnuda sería porque le apetecía, porque nada podía apetecerle más, de la manera más inmediata y auténtica. Una pintura que se hace así acabaría llena de «verdad», y eso era lo único importante. Levantó con la punta del pie un par de pequeñas piedras. Se fijó en la forma retorcida de un palo y se agachó a cogerlo. Parecía la cabeza de un pájaro, con el pico y la curva de la frente. Después de todo, el desnudo era un género. No era muy probable que una chica como Luz se asustara por una cosa así. Es el mundo de los artistas, estas cosas se hacen con la mayor naturalidad. Luego te vistes y ya está.

Pedro estaba en cuclillas observando el palo cuando oyó un silbido a su espalda y luego un impacto en el suelo. Se giró. No vio nada. Sólo piedras y hierbas bajas y un cielo gris. Pero lo había oído. Un silbido. Un impacto. Dio una vuelta sobre sí mismo. Estaba en una elevación del terreno: comprobó que a su alrededor, en un radio de unos doscientos o trescientos metros, no había nadie a la vista, ni lugar alguno para esconderse. ¿Un pájaro?, ¿quizá un pájaro? Comenzó a rastrear la zona. Primero con la vista, en una serie de barridos rápidos. Luego, más pormenorizadamente, recorriendo metro a metro el terreno, leyendo cada mínima señal y ahuecando cada planta pegajosa de jara. Entonces, un pequeño objeto gris, del tamaño de una galleta, le llamó la atención. Era muy distinto a las piedras cercanas, brillante, aplastado y de aspecto no muy consistente, como si fuera un ser vivo, pero sin serlo, evidentemente. Estaba posado en el suelo húmedo, y a su alrededor no había ninguna señal de impacto en el terreno. Se agachó a mirarlo más de cerca. Quiso cogerlo y sentirlo y llevárselo a la nave junto con las demás piedras y objetos de su colección. Pero se abrasó las yemas de los dedos. El objeto estaba incandescente y resultó ser de una masa blanda pegajosa. Sin dejar de agitar al aire los dedos quemados, buscó algo que le sirviera para recogerlo. Estaba nervioso, sí, pero sus movimientos eran precisos y pausados, como siempre. Encontró dos palos pequeños de un tamaño parecido y, manejándolos torpemente con la mano izquierda, la que no se había quemado, los utilizó a modo de pinza y apresó el objeto. Hebras de hierba y cantidad de piedrecillas y tierra se quedaron pegadas en su parte inferior. Se fue hasta casa con las pinzas en alto, vigilando en

todo momento la estabilidad de su magnífico hallazgo, poseído por su mágico magnetismo.

Constable, tumbado en el mismo extremo de su territorio, no hizo siquiera amago de levantarse cuando vio llegar a Pedro. Sólo movió un poco la cabeza para mirarle, como si ya intuyera que ahora la atención de Pedro estaba centrada en otro asunto.

—Los dioses están que trinan, Constable. Haces bien en quedarte ahí.

Entró en casa y dejó el objeto y los palos sobre una plancha de zinc. Metió los dedos bajo el grifo de la cocina. Dos ampollas enormes en el corazón e índice, y un trozo de piel robado en el pulgar. La adherencia de la masa era tal que debía de haberle arrancado un trozo de huella dactilar. Luego cogió algo de tierra de la puerta y se vendó los dedos con un ungüento de arena y vinagre, tal como hacía su abuelo en Calahorra cuando le picaban las avispas. Le escoció, pero aguantó. Todo lo que cura, duele.

Cuando el objeto se hubo enfriado, Pedro pudo por fin despegar los dos palos que había utilizado como pinzas. Pasó más de una hora explorando la masa, que había perdido su adherencia pero no su consistencia blanda, casi fluida. La pesó, la deformó con una espátula, la olió, la mojó con la punta de un pincel y la acercó a un imán. Lo hizo todo con aires de investigador experto, pero ninguna de sus pruebas le iluminó en absoluto. Algún día debería enseñar su hallazgo a un geólogo, ¿o quizá a un biólogo?

Dos horas más tarde se quitó el vendaje de los dedos y comprobó que habían mejorado. Dejó la plancha de zinc con el objeto en uno de los estantes de su colección. Era lo primero que, esta tarde, quería mostrarle a Luz.

3.

Empezó la mañana redactando el informe que le había pedido su jefe. De todas las cruces que a una podían caerle al llegar a la oficina ésta era la peor. Informe. «¿Podrás tenerlo para esta mañana? Gracias.» Y ahora ya puedes quitarte el impermeable e irte a tu mesa y saludar a tus compañeros y encender el ordenador y ponerte cuanto antes a escribir esto que lo necesito para ya, preciosa. Marga pensó que si el anormal de su jefe se enterara de que Charlie la había abandonado esta mañana se acercaría a ella con cara compungida, le pondría la mano fofa en el hombro y le diría: «Marga, vete tranquila a casa, de verdad, no te preocupes en absoluto...». Pero Marga, por supuesto, estaba muy lejos de querer contarle semejante cosa a su jefe. Sintió que el hecho de ocultárselo la hacía más fuerte. «Claro que haré el informe, claro que lo tendré en esta mañana, claro que tú no sabes todo lo que me pasa a mí por dentro.»

Esta clarividente certeza le hizo entregarse con devoción al trabajo. No se molestó siquiera en llevar el impermeable a las perchas. Lo dejó en el respaldo de su silla y se agachó para encender el ordenador. Cuando levantó la cabeza, vio a su compañera Paula sentada enfrente. Paula se había recogido el pelo con un pañuelo verde. Paula era una de las mujeres más guapas que conocía Marga, y también de las más tímidas.

—No funciona Internet.

—Joder... —dijo Marga.

—Puedes usar el de Estella. Hoy va a llegar tarde.

Marga cogió un cuaderno y el dossier que le había entregado su jefe y se fue al despacho de Estella, la asesora de comunicación, cuya conexión a Internet, por algún extraño motivo, no fallaba cuando las demás. Actividad: una buena manera de seguir siendo alguien, una buena manera de preservar los secretos. Los secretos te dan fuerza para trabajar; el trabajo te ayuda a envolverlos mejor.

—¿Puedo contarte luego una cosa? —le dijo Paula cuando Marga pasó por su espalda.

Hoy la voz de Paula parecía algo más que un delicado susurro que tiembla en la garganta. Marga puso la mano en el hombro de su compañera y se alegró de que tomara una iniciativa como ésa.

—Claro —dijo.

Dejó la puerta del despacho entreabierta y se sentó a la mesa de Estella. El ordenador estaba ya encendido. En la red interna encontró un par de comunicaciones sobre la acción cultural de la SEACEX en Asia que le servían. En Internet, la propia web de la AECI le permitió enlazar a las webs de las entidades colaboradoras en Asia: Shanghai, Pekín, Tokio, Seúl... Se bajó textos, cortó, pegó, tomó notas. En menos de media hora ya tenía un esquema bastante claro de lo que sería el informe, y de la procedencia de los contenidos. Una lucidez casi química hacía trabajar su cerebro con una precisión inusitada. Para que veas.

Comenzó a redactar el informe. Decidió quedarse en el despacho, usando el ordenador de Estella hasta que llegara o hasta que alguien necesitara esa conexión. Buena gana de andar cambiándose de ordenador todo el rato si podía utilizar aquél. Cerró el navegador y descubrió que la imagen del escritorio era una foto de la niña de Estella, de unos dos años. Marga, por primera vez desde que entrara media hora antes en el despacho, miró a su alrededor. Descubrió un par de fotos más de la niña sobre la mesa, un bote de cristal con caramelos, un vaporizador nasal y una serie de notas escritas en post-it alargados. Hizo amago de irse. Cogió el cuaderno. Era una mirona en una mesa que no era la suya y a la que nadie había invitado. Sintió que profanaba un templo de intimidad ajena. Echó la silla para atrás y... cambió de opinión. ¿Es que no tenía ella derecho a participar de una historia como aquélla? ¿Es que acaso la desgracia que llevaba dentro debía apartarla como a una apestada de las rutas convencionales de la felicidad? Pues no, nada de eso. Hoy iba a trabajar en ese despacho y sanseacabó. No había ningún motivo para regresar a su ordenador e intentar trabajar en aquella pantalla tan pequeña, víctima de los interminables cotilleos sobre la televisión que Paco y Paloma se contaban cada mañana a su lado. No. Hoy, su desgracia era su fuerza. Un galón más en el escalafón.

Antes de continuar con el trabajo, los caramelos del bote de cristal apresaron su mirada. Escogió uno de envoltorio rojo. Tomar caramelos, desde que fumar en el Ministerio estaba prohibido, era una manera muy extendida de luchar contra la ansiedad, pero a Marga esa estrategia nunca le había funcionado muy bien. Quiso tirar el papelito en una papelera, pero no había y decidió meterlo por la boca de una rana de cerámica de ojos saltones cuya función no estaba muy clara. Saboreó el caramelo (¿cereza?) y, ahora sí, abrió un documento de Word y empezó a redactar el texto. «Entre los objetivos centrales del Ministerio de Asuntos Exteriores está el complementar la imagen ya difundida de la cultura española con la diversidad de expresiones contemporáneas que pueblan el paisaje cultural de nuestro país.» La comodidad del teclado de Estella y el tamaño de la pantalla colmaron

de satisfacción a Marga. La expresión «está el complementar» le pareció fea. «El Ministerio de Asuntos Exteriores tiene entre sus objetivos principales complementar...» Releyó. Lo dio por válido y siguió. ¿Cuál era esta labor en el marco concreto de la cooperación con Asia?

Dos horas más tarde había conseguido su objetivo. Un informe de nueve folios (incluyendo tres tablas y dos hojas de citas en prensa) en el que se resumían los principales logros de la AECI en Asia en todo lo relacionado con la cultura: arte, música, literatura, etcétera. Como si Marga supiera algo de esto, es la caraba. Entregó el informe a su jefe, que lo cogió con una mano, lo miró, miró a los ojos de Marga, volvió a mirar el informe y, por último, lo dejó sobre su mesa, a la derecha de los papeles que le ocupaban en ese momento. «Gracias, Marga.» Marga se fue. Sabía que el informe estaba bien hecho y que la egolatría de su jefe se vería suficientemente satisfecha cuando él mismo, en lugares que Marga podía imaginar muy bien, introdujera unas cuantas de esas coletillas que tanto le gustaban al director general («rica en tradición e historia», «la vitalidad de la cultura en la España de hoy», «el castellano como punta de lanza de nuestra política exterior») y que Marga, por no darle gusto a la ranciedad de sus jefes, se negaba a escribir.

Al pasar por delante de la secretaria del jefe levantó la cabeza con altivez, para evitar el daño de su mirada celosa y también, por qué no, para provocarla un poquillo. Se alejó de allí y volvió a su mesa. Misión cumplida. A las once ya había entregado. Tiempo récord.

Paula se le acercó de nuevo. Se desplazaba sobre el suelo como un espectro. Cada día más delgada, cada día con algo más triste en la mirada.

—¿Trabajas esta tarde? ¿Quieres que comamos juntas? —estaba nerviosa, hacer estas preguntas le costaba mucho—. Quiero contarte una cosa...

Paula dudó un momento si decir algo más, pero no fue capaz.

—Claro, claro —dijo Marga extrañada—. Déjame llamar a casa y te comento.

Acercó la silla a la mesa. Alguien le había dejado allí encima un par de cartas, de la Embajada de Portugal y de la Consejería Cultural de la Embajada de España en México, por supuesto abiertas y con entrada en el registro del lunes. Marga se negó a leerlas. Si alguien, algún compañero, quería pedirle algo, que viniera personalmente a decírselo. Las apartó y abrió su agenda. Hoy era viernes, 22 de noviembre, justo la columna de la derecha de su agenda. Al ver todas las notas y garabatos del resto de la semana, las llamadas, las citas, los compromisos apremiantes, los compromisos inexcusables y los compromisos verdaderamente absurdos, Marga pensó que era ella

misma, sí, la que en días anteriores había anotado todo aquello allí. Por entonces estaba casada con un marido que se llamaba Charlie y nada hacía presagiar una perspectiva tan sesgada para la última columna de la derecha. Tanto desequilibrio, exactamente aquí. Viernes. ¿Eran tan distintos los días? ¿Eran tan distintas las personas?

Apartó la vista de la agenda. Realizó un par de llamadas y redactó, esta vez en su propio ordenador, una nota sobre la próxima visita del ministro a Senegal, que ya debería haberle enseñado a su jefe ayer o anteayer. A su lado, Paco y Paloma hablaban de la gran masa viscosa aparecida en Japón, y bromeaban sobre el fin del mundo. Veinticinco minutos después, la nota, sencilla donde las haya, estaba ya terminada, pero hasta el lunes por lo menos no estaba dispuesta a visitar de nuevo el despacho de su tan admirado jefe. Era difícilmente explicable lo que le pasaba hoy a Marga, de dónde le venía esa sensación placentera con el trabajo y esa actitud resuelta. Parecía como si nada ni nadie la obligaran, como si tuviera más libertad, como si hoy tuviera la potestad de mandarlo todo a paseo y eso precisamente le hiciera no querer mandarlo. Por primera vez en mucho tiempo, probablemente en toda su vida, trabajar era la mejor de cuantas cosas podía hacer Marga en ese momento.

Pero curiosamente decidió no hacerlo más, al menos de momento. Extremando una forma de rebeldía que hoy le estaba enteramente autorizada, decidió dejar su puesto de trabajo y bajarse ella sola a la calle a tomar un café y fumar un pitillo. ¿Dónde? No sabía dónde. ¿Por qué? Tampoco lo sabía. Todo esto era muy insólito. Pero le daba igual. Probablemente las cosas insólitas tienden a acercarse unas a otras. Dios las cría y ellas se juntan.

Rechazó los bares de enfrente y se metió en la Plaza Mayor. Paseó por ella fumando un pitillo, sin ningún rumbo fijo, abstraída en sus pensamientos. Se preguntaba dónde había quedado toda su mala leche de esta mañana, dónde había quedado la tirria por el egoísta de su marido, de dónde venía ahora ese anatómico bienestar que le hacía prescindir de lo sucedido y sentirse tan dueña de sí misma, tan ella misma. Sí, estaba siendo fácil conseguirlo, retener la ira, seguir adelante, salir reforzada de esto, aunque duela.

—Lo siento, no quiero hacerte daño.

Fueron éstas exactamente las palabras de Charlie. ¡Qué pobre!

—Lo siento, no quiero hacerte daño.

—Lo siento, no me haces ningún daño, no consigues hacerme ningún daño.

Algo hizo reír a Marga, mientras caminaba: fue, simplemente, recordar cómo había sacado a patadas la bolsa de Charlie de la habitación, y la cara que se le quedó. Cerca de Cuchilleros, se dio la vuelta y caminó por los soportales. ¿Es esto todo lo que se siente

cuando te abandonan?

Se sentó un rato en los escalones de la estatua central, al sol. Sintió por dentro, como un fluido embriagante que le recorría las piernas, el peculiar erotismo de la rebeldía, una sensación ya casi olvidada, pero muy placentera. Recordó los años de bachillerato en León, cuando ella y su amiga Mariví hacían novillos los viernes por la tarde y se sentaban al sol delante de San Isidoro, a fumar y hablar y no estar más en el colegio con las monjas y las demás compañeras. Recordó sus sueños de vida libre, lejos de las imposiciones de sus padres, lejos de los convencionalismos de una ciudad tan pequeña, lejos de la atadura que supone ser la mayor del doctor Rivera. Recordó sus ansias de conocer mundo, de conocer Barcelona, de conocer París, Londres, Roma, Viena, lo que fuera. Los entusiastas proyectos que las dos hacían de vida en común en una gran ciudad como Madrid. La cantidad de novios que podrían llevar a su imaginario reducto en la capital antes de, finalmente, cuando ya hubieran acumulado suficiente experiencia, decidirse cada una por el que más les gustara. La aspiración casi paradójica, pero muy sincera, de alcanzar el más convencional de los matrimonios, es decir, justamente el representado por lo que habían visto en sus casas. Y en fin, la imagen utópica, desenfocada y casi improbable, que las dos proyectaban de sus vidas a los cuarenta y pocos años, cuando ambas alcanzaran la Nochevieja del año 2000, fecha en la cual, a las tres de la madrugada, habían prometido encontrarse exactamente en ese lugar de San Isidoro. Bueno, no se encontraron, claro que no se encontraron. La verdad es que Mariví y Marga se perdieron la pista al poco tiempo, cuando Marga se vino a la universidad de Madrid y desde entonces poco más supo de su amiga. Que ya no vivía en León sino en... ¿Ponferrada? Que se había casado pero que... ¿no había contado alguien que se había separado? El caso es que no se vieron en la Nochevieja del 2000. Y Marga se acordó, se acordó en esa fiesta absurda, en casa de Tito y Angelines, pero no tuvo la osadía de contárselo a Charlie, de contar en voz alta que a esa misma hora había quedado delante de San Isidoro de León con una amiga a la que llevaba más de veinte años sin ver, y que, evidentemente, ya no iba a ir. No se atrevió a contarlo en voz alta y tener que escucharlo ella también. El matrimonio podía ser un sueño, pero había anulado también otros muchos sueños. El matrimonio, o quizá la vida.

Se levantó y regresó caminando por la plaza, junto a una pareja de turistas norteamericanos. Era graciosa la seguridad con la que hoy se sentía autorizada a hacer todo esto, con el mayor descaro. Cuando regresó al trabajo encontró sobre la mesa la rana de cerámica de Estella y un puñado de caramelos. Debajo de ellos había una nota. «Me alegro de que te gusten tanto los caramelos.» Marga se fijó

entonces en los envoltorios, y también en algún caramelo chupado de sabor incierto, que ocupaban la boca abierta de aquella rana hasta casi hacerla reventar. Sintió vergüenza de su descuido, de no haberla vaciado y limpiado, de haber dejado una huella tan sucia de su larga presencia en el despacho de la asesora de comunicación. Cogió la rana, la vació y limpió en el baño y se la llevó personalmente a Estella. No, hoy no era un día para amilanarse. Abrió la puerta con cuidado.

—Estella, perdona, qué vergüenza...

—La próxima vez que no haya red llamáis a Gerardo y que lo solucione, este despacho no puede ser aquí el...

Estella tenía la manía de interrumpir a la gente que hablaba, pero, simétricamente, tenía también la manía de no terminar nunca las frases que empezaba.

—Perdona.

Marga le dejó la rana sobre la mesa y preguntó:

—¿Qué es?

—¿El qué?

—La rana.

—Pues una rana, Marga, una rana con la boca abierta, eso es todo. ¿Qué más quieres que sea?

—Ya, no lo sé.

Marga no reaccionaba, seguía con la vista posada sobre la rana.

—¿Estás bien?

—¿Por qué lo dices?

—No lo digo por nada, Marga, sólo quiero saber si estás bien.

—Sí, estoy bien.

—Espera, llevas un hilo colgando.

Marga se miró la falda, localizó el hilo y tiró.

—No tires, que es del dobladillo —dijo Estella, y sacó unas tijeras de un cajón y cortó el hilo.

A las dos Marga llamó a Caty, la asistenta que iba todas las mañanas a casa, para comentarle que ni Charlie ni ella comerían allí, que le dijera a Susana que comiera sola, pero que la esperara luego, que a eso de las cuatro y media volvería. Le confirmó a Paula que podían comer juntas. Entró un momento al baño y las dos se fueron a un restaurante de comida casera en la Cava Alta. Para Marga aquello seguía contribuyendo al aire extraordinario que hoy tenía todo. Paula y ella se caían bien, charlaban de vez en cuando, pero poco más. Jamás habían comido juntas, jamás habían quedado fuera del Ministerio. Era una incógnita saber qué tendría Paula tan importante que contarle. Pero le hacía ilusión. Los secretos se solidarizan. Cuando tienes un secreto muy grande necesitas encontrar los secretos de los demás.

—Me voy, dejo el trabajo —dijo Paula cuando Marga, que servía vino en las copas, no la miraba.

Paula era más joven que Marga, siete años, y también más alta y delgada. Tenía algo triste en su porte, en sus movimientos pausados, en la palidez de su piel, que escondían mucho más de lo que enseñaban. Sólo la nariz, finísima, pero un poco larga, permitía asomarse a los misterios de su personalidad, como un intermediario entre ella y el mundo. Era increíblemente guapa, pero la infelicidad que parecía corroerla por dentro la marchitaba por momentos.

—¿Te vas?, ¿adónde?

—Dejo a mi marido y a mis hijos —Paula tragó saliva. No levantó la vista de su copa de vino, que agitaba—, lo dejo todo y me voy fuera. A las siete cojo un avión en Barajas. Sé que es increíble pero lo voy a hacer.

Marga intentó respirar, efectivamente. Bebió vino. Pensó. Sonrió como pudo de medio lado. Por primera vez en toda la jornada sufrió una punzada de dolor que le recordaba a algunas de las sentidas por la mañana en casa. ¿Qué pasaba hoy que a todo el mundo le daba por desaparecer? ¿Estaban las personas dividiéndose en dos, las que abandonaban y las que eran abandonadas?

—¿Y eso? —dijo, con un leve soplo de aire.

—Me he enamorado —Paula no pudo controlar la sonrisa que se le puso en la boca y en toda la cara, y que para Marga era desconocida hasta entonces—, me he enamorado.

Hubo un pensamiento casi invisible que recorrió la cabeza de Marga a enorme velocidad, un aborto de pregunta que apenas pudo leer: ¿Paula? ¿Charlie? Pero no hubo más crédito para esos pensamientos y Marga se aferró a la sensatez del sentido común. Estaba abrumada. No entendía que Paula formara parte del grupo de los que abandonan (ese grupo tan reprobable, tan despectivo, tan altivo), ni entendía que a Paula (Paula la triste, la tímida) se le ocurriera hacer esa declaración de aquella manera y en aquel momento y en aquel restaurante. La sonrisa que puso Paula al decir que se había enamorado no la hizo más guapa sino más fea, menos enigmática, y con unos dientes demasiado oscuros por algunas zonas.

—Tú no le conoces. Se llama Miguel Ángel. Le conozco desde hace dos años, fue Javier precisamente el que lo trajo a casa por primera vez. En verano estuvimos con una pareja en Galicia, ¿te acuerdas que te lo conté?, pues son ellos, Miguel Ángel y Ana, los dos son biólogos.

Marga negaba levemente con la cabeza. Tenía ganas de preguntarle a Paula si de verdad iba a abandonar a sus hijos. Pero no reconocía en absoluto a la persona que tenía enfrente, quizá porque nunca la había conocido. Su apariencia enigmática estaba muriendo definitivamente. Y su timidez, al parecer, también.

—Es increíble lo que puede cambiar la vida en un par de años.

—¿En serio vas a abandonar a tus hijos?

La expresión de Paula cambió. Algunas compuertas se cerraron de nuevo. En su interior se fraguaba una lucha intensa.

Su mirada se posó en la mesa.

—No sé.

Levantó la vista y empujó, luchó, quiso salir.

—¿Me das un pitillo? —dijo con fuerza.

Marga no conocía al marido ni a los hijos de Paula, pero sí había visto las fotos de su mesa. El marido, Javier, era informático y tenía una pequeña empresa de software y servicios para otras empresas. No era muy alto, no más que Marga, y sí más bien gordo, más bien calvo, más bien pedestre que otra cosa. De esa gente que parece llevar escrito en la cara el «debe» de haberse casado con una mujer infinitamente más guapa que él. Como un sudor que te impregna la frente o una grasa que te impregna el pelo y que a cada momento te recuerda una deuda histórica que nunca tendrás medios para reponer. Sin embargo, jamás dijo Paula una sola palabra mala de él. Al contrario. Aquel hombre informático parecía el único capaz de sobrellevar esa especie de tristeza antigua de Paula, la de una virgen guapa y pálida.

Paula se encendió el cigarro. Marga no tenía noticias de que Paula fumara. No se la veía muy diestra con el mechero. Luego Paula se cercioró de que no había entrado ninguna llamada en su móvil, sobre la mesa. Su equilibrio parecía depender de fuerzas muy diversas.

—Tenía que contárselo a alguien —sonrió—. Tú siempre me has caído bien..., sé que si se lo cuento a mi hermana o a alguna amiga van a intentar que recapacite. Y no quiero recapacitar, al contrario: lo único que me importa es que nadie me quite esto de las manos. No me importa si me juzgas o me regañas. Sólo necesito que alguien más sepa lo que voy a hacer, ¿sabes?, no sé muy bien por qué, pero es así.

Paula cogió a Marga de la mano. Una mano fría, la de Paula, casi carente de vida.

—Me parecía que en ti podía confiar. Me pareces una persona muy valiente, no sé, muy coherente, sé que me vas a decir lo que piensas, pero que no me vas a recriminar.

Debía reconocerlo: al sentir la mano de Paula y escuchar sus palabras, Marga percibió dentro un rescoldo de emoción que se avivó incluso más de la cuenta. Todo lo que estaba ocurriendo era extraño, desde luego, pero también muy emocionante. Y muy verdadero. Era una persona de verdad abriéndose de verdad.

El camarero dejó en el centro unos trigueros a la plancha. Paula apenas consideró su presencia, ahora no podía parar, aunque por naturaleza su voz tendía a convertirse en un susurro.

—Tengo un poco de miedo. No miedo a lo que estoy haciendo..., eso

estoy dispuesta a asumirlo.

—Te da miedo que falle él.

—No, creo que no.

—¿Entonces?

—No sé, estoy impaciente. A lo mejor me doy miedo yo misma. Estoy deseando que llegue esta tarde y despegue el avión y todo esto se termine...

—Esta tarde es dentro de un rato.

Paula sonrió y asintió con vergüenza, sin mirarla. Se metió un espárrago en la boca, como si eso fuera a protegerla de algo. Marga cogió otro. El sabor de la sal gorda le trajo recuerdos del mundo, la realidad de las cocinas, de los restaurantes, las hijas y los maridos dentistas.

—Nunca lo había sentido con nadie. Ni con Javier ni con nadie. Mi vida es mucho más complicada de lo que parece, pero algo así nunca lo había sentido, en serio, ni siquiera sabía que fuera posible hacerlo. Me hace muy feliz, me da mucha energía. Me da igual no estar ahora mismo con él, sé que le voy a ver y eso me alegra. Aunque no le vea puedo sentirlo, ahora mismo lo siento, noto su pensamiento, o su forma de sentarse, su forma de andar, o su olor. Lo noto y sé que es mío, y a él le pasa lo mismo, y cuando estamos juntos podemos permanecer durante horas sentados el uno al lado del otro sin decir nada, porque estamos tan bien, es distinto a cualquier cosa, me da vergüenza, pero es una energía que te hace sentir bien, nunca en la vida me había pasado algo así, ni con mis hijos, es muy distinto.

En el segundo espárrago, Marga cambió de opinión y decidió comerlo con cuchillo y tenedor. No tenía ganas de hacer más torsiones con el cuello ni de enseñarle a Paula todos sus empastes, estéticos, camuflados, blancos, perfectos... El sello eterno de un marido meticuloso que te arregla la boca entera pero que luego está más de quince días sin besarte, no se sabe por qué. Paula, sin embargo, atrapó otro espárrago con la mano y se lo metió en la boca. Siguió hablando con la boca llena. ¿Quién era la tímida?

—¿Te cuento cómo ha sido todo?

Marga tragó y asintió a la vez. Paula se sintió insegura de pronto.

—Perdona, no quiero...

—Por favor —dijo Marga y clavó los ojos en los de Paula, buscando su confianza.

—Si me enrollo mucho me paras. ¡Qué raro es todo esto!

—Vale.

—Miguel Ángel es biólogo, no sé si te lo he dicho. Javier lo conoció en el trabajo. Javier tiene una empresa de informática, de Internet y cosas de ésas, y trabaja mucho para la universidad. El caso es que colaboraron en una ocasión y pronto hicieron migas. Primero

quedaron algunos días para jugar juntos al fútbol... —al decir esto Paula rió con ternura, como si hablara de una costumbre bárbara pero poco reprochable—, luego empezaron a tomarse una caña después del partido, y cada vez se fueron haciendo más amigos hasta que un día Javier me contó que quería invitarle a cenar, a él, y a su mujer, Ana Gaztelu. La cena fue muy agradable, todos nos caímos muy bien y estuvimos muy a gusto. Lo que pasa es que algunos nos caímos mejor que otros. Yo creo que lo nuestro fue casi un flechazo, aunque luego tardáramos bastante tiempo en reconocerlo. Su mujer también me cayó bastante bien, y me sigue cayendo. Ella es bióloga, está en Serrano, en el Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Tienen una hija, Irene, es de la edad de mi hijo pequeño, César, ocho años.

—¿En serio? —dijo Marga.

Paula no pareció comprender la pregunta. En realidad, Marga tampoco sabía muy bien lo que quería decir. O mejor dicho: no se atrevía a decirlo. Lo que Marga quería decir era: «¿De dónde sacáis fuerza para arrasar un paisaje como ése, dos familias y tres niños? ¿En serio vais a hacerlo?».

Superado este momento de incertidumbre, Paula siguió hablando.

—El caso es que empezamos a salir los cuatro juntos, salíamos al cine, a cenar, tomábamos copas hasta tarde. Javier decía que estábamos viviendo nuestra segunda juventud, y era verdad. Bueno, en realidad yo creo que Javier y yo nunca hemos tenido juventud y que ésta era la primera vez que podíamos disfrutar de planes así. Sentíamos un cosquilleo por la llegada del fin de semana, un estado de efervescencia maravilloso. En mi caso se mezclaban otras cosas con ese cosquilleo, fui entendiéndolo poco a poco. Luego empezaron a llegar los viajes, los puentes, la Semana Santa... Era muy raro, como si las dos familias hubiéramos estado esperando toda nuestra vida para encontrar unos amigos de verdad.

—O una pareja de verdad —dijo Marga.

—Sí, no sé, pero éramos amigos. Lo último que yo podría imaginar es algo entre Javier y Ana Gaztelu, y supongo que lo último que Javier podría imaginar es algo entre Miguel Ángel y yo. Pero mira.

¡Qué pocas ganas tenía Marga de comer! Abandonó dos trozos de espárrago en el borde del plato y bebió un poco de vino.

—La verdad es que es muy guapo, Marga, creo que por ahí empiezan todos los problemas.

Paula rió al decir esto. Volvió a mirar su móvil, un tic nervioso, un velo a su risa o a su comentario.

—Siempre me pareció muy atractivo. Es imposible no quererle, todo el mundo le quiere, se está bien con él, es de esas personas que desde el momento en que lo conoces te das cuenta de que tiene algo, lo notas en sus ojos, o en cómo mira, en sus comentarios, en el respeto

que muestra por todo y la autoridad, sabes, la autoridad moral que siempre ejerce con los demás, en serio, yo creo que Ana Gaztelu nunca ha sido consciente de lo que tenía.

Nadie es consciente de lo que tiene, hasta que... Este pensamiento de Marga no necesitó llegar a su fin. Pero ¿qué tenía Marga antes de esta mañana?, ¿qué había perdido?

—En seguida me di cuenta de que me gustaba, y luego descubrí que yo también le gustaba a él. Al principio ocurría muchas veces que yo buscaba disimuladamente su proximidad. Cuando salíamos yo buscaba sentarme a su lado o caminar junto a él, y sentir el calor de su cuerpo, de su pierna rozando las mías o de su hombro junto al mío o el roce de su mano al enseñarme la carta de un restaurante, y lo hacía sin saber que él hacía lo mismo, lo hacía como un pequeño juego de mi intimidad. A mí me parecía un capricho infantil que yo me concedía y que me divertía y que siempre procuraba disimular y dosificar cuanto hiciera falta, para que nadie, ni siquiera él, pudiera darse cuenta. Es lo máximo que llegué a hacer, y lo hice con la seguridad de que nada de eso afectaría a mi relación con Javier, al que seguía queriendo, ni a la relación de Miguel Ángel con su mujer, a la que, supongo, también quería.

—Traigo ya los segundos. ¿No queréis más espárragos? —dijo el camarero.

Paula miró a Marga.

—No —dijo Marga.

Marga había pedido chipirones en su tinta con arroz. Paula, codornices rellenas. El camarero preguntó si estaba todo bien y se marchó. Marga miró el plato de Paula y rió. Paula también.

Marga cogió un poco de arroz.

—Hasta que un día pasó algo —dijo.

—Sí... ¿sigo?, ¿no te importa?

—Por favor, es apasionante.

Esa risa común pareció unirlas más que ninguna de las cosas ocurridas hasta el momento.

—Fue en los Picos de Europa, en el puente de mayo del año pasado. Nos fuimos todos, niños incluidos, a un hotelito rural de Llanes, y un día subimos a los lagos de Covadonga. Después de un rato andando nos sentamos junto a los lagos, hacía una tarde increíble, y yo me empeñé en rodear los lagos y subir a una ladera que había al otro lado. Me fui sola, pero al rato oí que él venía detrás de mí, y a mí me hizo tanta ilusión que me puse muy nerviosa y con el sol y todo eso hasta me mareé un poco. Tuve que sentarme un rato, él se sentó a mi lado, me dio aire, me hizo reír y luego me dio la mano para subir el resto de la ladera. En aquel momento yo era la persona más feliz del mundo. Pero cuando llegamos arriba no creas que me soltó la mano,

me llevó todo el tiempo como a una niña pequeña y los dos nos sentamos a ver los lagos desde arriba y la sierra y el cielo que estaba alucinante. Y así estuvimos, de la mano, y ninguno supimos abrir la boca, claro. Cualquier cosa que dijéramos estropearía aquello. Luego bajamos y nos juntamos con los demás como si tal cosa. El resto del viaje estuve permanentemente atacada de los nervios y como en una nube. Otra noche, hacia el final, los cuatro bebiendo sidra en una taberna, fui yo la que tuve el valor de cogerle de nuevo la mano por debajo de la mesa y no soltársela, aun cuando Javier y Ana Gaztelu estaban sentados enfrente de nosotros.

Paula bajó un momento la cabeza a su plato.

—Vaya rollo que te estoy metiendo.

—Que no —dijo Marga, que atacó su plato de chipirones, no porque tuviera hambre, sino por una extraña sensación que la incitaba a equilibrar el discurso de Paula con algo más de peso en su estómago.

—Cuando llegamos a Madrid todo quedó aparentemente olvidado, como si no hubiera sucedido. No hablamos de ello. Pero yo sabía que en aquellos días de Picos de Europa habían cambiado muchas cosas en mi interior.

Clavó la mirada en Marga.

—Esto sólo lo sabes tú porque yo te lo voy a decir, Marga: llevo muchos años metida en un pozo muy profundo, nadie tiene la culpa, sólo yo, es algo que ni siquiera yo puedo comprender. Bueno, pues ese día empecé a ver una salida, empecé a abrirme y a respirar de una manera que ya casi había olvidado —respiró, sin dejar de mirar a Marga—. Pasados dos o tres meses volvió a ocurrir y ocurrió varias veces más. Seguíamos sin hablar de ello, porque lo que hacíamos nos era suficiente para sentirnos las personas más afortunadas y felices del mundo.

A todos nos gusta hacer manitas, todos seguimos siendo adolescentes, pensó Marga mientras masticaba el calamar.

—Un día quedamos en un café, me acuerdo perfectamente porque era 11 de septiembre. Hablamos un montón de todo lo que había pasado en Nueva York años atrás y de nuestras sensaciones, de la cantidad de cosas que te planteas cuando ocurre algo así. Pero luego hablamos de lo nuestro, sí, esa vez hablamos, mirándonos a los ojos. Él me cogió la mano, era la primera vez que lo hacía así, en público, lejos de nuestras familias, y me preguntó sonriente, cariñoso: «¿A ti qué te pasa, eh, qué pasa dentro de esa cabeza prohibida?». Le respondí que no me pasaba nada, y que me gustaba que me cogiera la mano e irme a mi casa y saber que cuando él llegara a la suya también iba a estar pensando en mí. Estuvimos de acuerdo en que nunca deberíamos llegar más allá de donde habíamos llegado, que hacerlo sería traicionar horriblemente a nuestras parejas, a nuestros amigos y

a nosotros mismos, que sería una manera de estropearlo todo, porque tal como estábamos éramos felices, sabiendo los dos que teníamos al otro, que podíamos seguir sintiéndolo aunque no estuviéramos a su lado. No sé si me estaba engañando a mí misma, pero yo pensaba que me era suficiente saber que él me quería, que yo ocupaba el lugar número uno en su pensamiento, que cuando cada uno veíamos el telediario en nuestra casa o apagábamos la luz de la mesilla junto a la cama sabíamos que el otro estaba pensando en nosotros, dedicándonos todo su pensamiento y enviándonos mensajes telepáticos a través del espacio. Estuvimos de acuerdo en que llegar a más y vernos solos y todo lo demás iba a ser, aparte de peligroso, una manera de anticipar el fin.

Paula se quedó mirando a Marga. Parecía demandarle algún comentario.

—Es increíble —dijo Marga, sin creer demasiado en sus palabras—, pensé que algo así sólo podía vivirse en la adolescencia.

Paula miraba la boca de Marga y se rió.

—Tienes los dientes negros, por la tinta.

Marga se tapó la boca con la mano, rió también por cortesía y se enjuagó con vino.

Paula se llevó un par de trozos de codorniz a la boca. Mientras comió no levantó la cara del plato para mirar a Marga. Eso sí, ordenó muy bien sus palabras venideras. Nada más peligroso que un tímido, cuando se destapa. Nada más peligroso que un marido timorato, cuando se desmelena. Ya lo dice el manual de instrucciones: antes de abrir una olla a presión conviene meterla un rato bajo el chorro de agua fría. Dientes negros, qué espanto.

—Pero supongo que en el fondo sí que queríamos llegar más lejos, al menos yo. Cuando sientes algo tan fuerte, llega un momento en que las cosas se precipitan. Fue el verano pasado, en Galicia, en Playa América, alquilamos una casa sobre el mar quince días, y una tarde en que todos los demás, incluidos los niños, se fueron en bicicleta hasta Bayona, pasó lo que tenía que pasar, que ninguno de los dos tuvimos la fuerza suficiente para no tocar algo más que las manos del otro, ni siquiera para quedarnos en unos cuantos besos y piropos al oído, ¿sabes?, fuimos más lejos...

Paula sonrió un poco y buscó una complicidad que Marga se negó ahora a darle.

—Pero, claro, aquello no nos asustó ni nos sació, al contrario. Nuestra fuerza venía desde un lugar muy profundo. A partir de ese momento quedamos definitivamente enganchados, no porque lo que pasó fuera de una manera ni de otra, sino porque entendimos que llevábamos mucho tiempo reprimiéndonos y que una vez que habíamos cruzado esa raya íbamos a querer cruzarla siempre.

Entendimos que ya era imposible echarse atrás y nos metimos de cabeza en aquel juego cada vez más peligroso. La verdad es que tenemos pocas ocasiones para vernos, pero lo hacemos, Marga, lo hacemos. Quedamos de vez en cuando en algún hotel, cada vez distinto, para que nadie se acostumbre a vernos. Sé que es lo último que puedes imaginarte de mí.

¿Por qué no odiaba Marga a Paula? ¿Por qué no tendía a proyectar todo lo que Paula le estaba contando en su propia experiencia con Charlie? ¿Por qué le era tan absolutamente indiferente si Charlie quedaba o no en un hotel con alguna fulana de su consulta? ¿Por qué había de llamar «fulana» a la mujer que se enamorara de Charlie? ¿No tenía esa mujer también derecho a vivir una historia de amor sin que nadie la denominara fulana, del mismo modo que no había por qué considerar fulana a la propia Paula?

No comió más chipirones, no quería más tinta negra en la boca ni en el estómago. Paula le cogió la mano de nuevo. Ahora parecía emocionada.

—No sabes cómo te agradezco esto, Marga, te estoy dando la charla...

—No tienes que agradecerme nada.

—Necesitaba contarlo, necesitaba que alguien se pusiera en mi lugar y entendiera lo que voy a hacer. Yo quiero a Javier, yo quiero a mis hijos más que a nada en el mundo, pero ha llegado un momento en el que no puedo evitarlo, es mi vida, es una fuerza que algún día tenía que explotar, yo lo sabía —Marga detectó un brillo en los ojos de Paula—. Ahora toca ser valiente y tirar para otro lado, lo que salga estará bien. Miguel Ángel tiene la oportunidad de trabajar en Alemania, en una universidad, y allí que nos vamos los dos. De momento seis meses, y luego, Dios dirá.

Paula sonrió, y en un mismo gesto se echó hacia atrás, miró a Marga y retiró su plato casi intacto hacia un lado. Con la misma sonrisa añadió algo más.

—¡Zas! Mi vida partida por la mitad, apostar fuerte antes que morir de tristeza en casa. ¿Me das otro pitillo?

A Paula le costó acertar con la llama en el extremo del cigarro. Marga también se encendió otro.

—¿Y qué pasa con tus hijos?

—Con mis hijos y con Javier. Las dos cosas me cuestan igual.

Marga esperó a que Paula diera una calada, respirara el humo y lo volviera a expulsar. Viva la revolución.

—Hablé con Javier la otra noche. Te aseguro que es una de las cosas más difíciles que he hecho en mi vida. Quería explicarle algunas cosas mirándole cara a cara. Creo que ya es bastante duro que te dejen como para encima tener que sufrir la humillación de no recibir

explicaciones. Quería explicarle que él no tenía la culpa de nada de esto y que en el fondo yo le seguía queriendo. Le dije que necesitaba estar sola seis meses, que los dos lo necesitábamos, que hablaría con los niños y les explicaría todo y que ellos lo entenderían, que por favor no me preguntara más ni intentara indagar adónde iba, que no tenía ningún rollo con nadie ni nada, pero que me iba a ir, que no pedía su perdón ni siquiera su comprensión, que sabía que eso era imposible, pero que al menos quería no abandonarle de buenas a primeras sin más explicaciones.

Lo siento, no quiero hacerte daño. De nuevo esta frase cruzó en diagonal el pensamiento de Marga. Quizá por primera vez en su vida entendió que, tras todo el cinismo que siempre había encontrado en ese tipo de comentarios, podía haber algo de verdad.

—Javier es la persona más buena y tranquila del mundo, es un santo, de verdad, pero estaba tan desconcertado... Me da mucha pena. Me dijo que los hijos tenían que ser lo más importante para nosotros, y yo le respondí que no había nada más importante para mí que mis hijos, pero que estaba segura de que el bien de nuestros hijos empezaba por nuestro propio bien, que mis hijos no podrían ser felices con una madre confusa y totalmente desequilibrada por dentro, que algún día serían los primeros en agradecerme que viviera mi propia vida y confiara en ellos y no sacrificara mi vida por su vida, porque al final ésa iba a ser una condena demasiado pesada también para ellos, y que además nadie había dicho que fuera a abandonarlos definitivamente, ni que me olvidara de ellos, ni que fuera a dejar de verlos...

—Pero...

—Es como si me fuera de viaje. Cuando vuelva quiero compartir la custodia con Javier. No sabes lo bueno que habría sido para mí y para todos que mi madre hubiera hecho lo mismo cuando yo tenía diez años.

A Marga no le pareció tan sencillo, pero prefirió no interferir.

—Bueno, pues le dije eso y él me dijo que no quería que hablara con los niños, que no se me ocurriera hablarles de nada de esto, y se cogió su pijama y se encerró a dormir con ellos en su habitación. Esto fue anteanoche. Ayer llegó muy tarde a casa y se volvió a encerrar en el cuarto de los niños. Pero yo ya había hablado con ellos.

—¿Qué les dijiste?

—Que me iba de viaje, simple y llanamente, que me iba de viaje durante unos meses, que se quedaban con papá y que intentaría llamarles lo más posible. Nada más, Marga, no hizo falta que les dijera nada más porque lo entendieron y lo aceptaron perfectamente.

—Ya.

—Más adelante podré contarles todo lo que ha pasado, pero ahora

no creo que estén preparados, ni ellos ni su padre.

—¿Y ella, la mujer de Miguel Ángel, no le contará nada a Javier?

—Ella tampoco sabe nada. Miguel Ángel le ha contado que se va a trabajar a Alemania, pero que prefiere ir solo, que quiere estar concentrado en el trabajo, que necesita pensar y ordenarse la cabeza.

—Y coincide con que tú te vas de casa.

—¿Por qué no?

—Esas cosas se saben, Paula. Ella y Javier saben mucho más de lo que os pensáis —dijo Marga, y pensó que ella no había sido siquiera capaz de sospechar la existencia de una amante de Charlie.

—Yo creo que no, y si no, lo siento —ahora Paula estaba mostrando algo parecido al carácter. No sólo no era tímida, ahora también sabía ser categórica—. Mira, si lo descubren, mala suerte. Entretanto, todos más felices. Te digo que he hablado con Javier, que no me he ido escopetada por la puerta de atrás, pero contarle todo, que yo le cuente que estoy con el amigo que él me presentó y que me voy con él a Alemania... sinceramente creo que no está preparado para eso, que no lo merece. Vamos a darle tiempo a las cosas.

—Ya —Marga asintió. Pensó que Paula, después de todo, era muy valiente. Tenía una forma de valentía que a Marga le estaba vedada, una firmeza y seguridad en sus pasos verdaderamente admirables. No le habría contado toda la verdad a Javier, pero al menos había tenido el valor de hablar con él cara a cara. En cambio el otro, Miguel Ángel, revelaba una actitud muy distinta. Él se dejaba abierta la puerta de atrás. Él no le contaba nada a su mujer, simplemente se iba seis meses a trabajar. Él no apostaba demasiado, se preservaba una confortable zona de seguridad. Una vieja historia, la vieja historia de siempre. ¿Decírselo a Paula? ¿Comentarlo en voz alta? ¿Era ése el papel de Marga? Sintió cansancio. ¿Quién era ella para dar lecciones a Paula? ¿Quién era ella, anclada en tierra por un peso superior al de una losa, para minar el más emergente de los viajes posibles, un despegue triunfal de los sueños y el amor? ¿Volvería ella a vivir algo así?

El camarero les preguntó si querían probar un poco de arroz con leche, y les dejó un platito en el centro de la mesa. Por primera vez en mucho tiempo, Marga miró a su alrededor y vio que el restaurante se había vaciado casi por completo. Sólo un par de mesas cerca de la escalera estaban ocupadas por sendas parejas. ¿Amantes? ¿Era hoy el día internacional de los amantes? Marga se dio cuenta de que tenía los pies fríos, de que la puerta estaba entreabierta y debía de llevar ya un rato así.

Probó el arroz con leche. Miró a Paula.

—Pues me da pena que te vayas, ahora que nos estamos haciendo amigas y nos contamos las cosas...

Paula rompió a reír. Marga también.

—He pedido una excedencia —dijo Paula—. Qué raro, qué raro es todo —y miró un instante la hora.

Marga sonrió.

—No te importa que te lo haya contado, ¿verdad? Necesitaba contártelo, nunca se lo había contado a nadie. Soy una romántica, hija, ahora de repente creo en el amor. Supongo que siempre había creído.

—Haces bien, te lo digo de verdad, haces muy bien —fue Marga la que dijo esto, con un sentimiento que a ella misma la pilló desprevenida.

Paula le acarició la mano.

—Y tú, ¿estás bien?

—Sí, estoy bien.

—Ni siquiera te he dado la oportunidad de contarme nada.

—No te preocupes, hay poco que contar. Te deseo muchísima suerte, Paula. Ahora voy a tener que irme, quiero llegar a casa antes de que se vaya mi hija, ya sabes que los viernes toca revolución en las calles.

Pidieron la cuenta. Paula se había quedado desfallecida, vacía. Parecía que toda la energía estaba de nuevo en manos de Marga, que por alguna razón tenía ganas de salir de allí corriendo lo antes posible. El camarero trajo la nota y Paula se empeñó en invitar. Se despidieron en la calle con dos besos y una mirada, nada muy distinto de lo que podrían haber hecho cualquier otro día. Marga no tuvo la impresión, en ningún sentido posible, de que aquello fuera una despedida, y pensó que Paula tampoco debió de tenerla. En las condiciones que ambas estaban viviendo, el concepto de despedida quedaba reservado para experiencias mucho más contundentes.

Todo lo que sucedió después podría ser considerado un rapto, un rapto de su conciencia. Por puro automatismo Marga comenzó a caminar hasta Puerta Cerrada y luego hasta Tirso de Molina, para coger el metro. Pero sus piernas, que marchaban deprisa, estaban desacompasadas con su mente, todavía embotada, todavía en una nube, todavía circular y recurrente. ¿Qué estaba pasando? ¿Qué cosas tan extrañas estaban pasando hoy? ¿Quién era ella? ¿Cuál era su vida? ¿Acaso su vida era la de esa mujer que abandona a su marido y sus hijos? ¿Qué estaba pasando? ¿Estaba Paula abriéndole una puerta? ¿Estaba contándole que las historias de amor todavía eran posibles? ¿Estaba haciéndole sentirse también protagonista de su vida, regalándole en cierto modo su propia historia para que Marga se sintiera protagonista de ella, para que palpara el poder de la aventura y de lo que significa estar viva? ¿Cómo podía Marga, lejos de derrumbarse, pensar todas estas cosas? ¿Es que algo parecido al destino, quizá una especie de sibilina mente cósmica, estaba

reorganizando los contenidos de su vida, distribuyendo sus vivencias y manipulando sus sensaciones para que el armazón de sus sentimientos no se fuera a pique tras lo sucedido por la mañana? Alguien había colocado allí esa comida con Paula, alguien había inventado a esa compañera de trabajo y su romántica historia, alguien lo había hecho coincidir todo en aquel viernes extraño. Alguien velaba por Marga y le enseñaba el camino.

Eso es lo que pensó Marga.

Se dio cuenta de que estaba esperando en un paso de cebra, de que hacía sol, de que sus pies seguían fríos, y entonces se dejó llevar, efectivamente, por la impresión de que era ella la que estaba dejando a Charlie, que era ella la que llevaba cuatro o cinco horas (quizá desde el paseo por la Plaza Mayor o incluso desde el desayuno con su hija Susana) dejando a su marido, que en realidad el amor por su marido estaba ya terriblemente desgastado desde que ella se enamoró de otro hombre. ¿Quién? ¿Se llamaba Pablo, o Francisco, o Ricardo, o Diego? Alguien tan atractivo, imaginó Marga, tan divertido e inteligente, que todas las demás cosas de su vida habían pasado a segundo plano. Alguien por quien merece la pena romper un modelo de vida y diecisiete años de convivencia y mandarlo todo a paseo. Cruzó la calle. Sí, los sueños de Paula y los de Marga eran los mismos. Y seguramente, había que reconocerlo, también los sueños de Charlie fueran los mismos. Era el sueño de estar vivos, y Marga se dijo, según cruzaba la calle, que había que seguir alimentándolo, había que seguir alimentándolo, había que seguir alimentándolo. Qué día tan extraño.

Al bajar las escaleras del metro se dio cuenta de que había olvidado el bolso en el restaurante. Tardó otros diez minutos en regresar, y descubrió que alguien había borrado el escenario de todo lo que había vivido con Paula en la última hora. El restaurante estaba asolado, con todas las sillas sobre las mesas, el suelo lleno de montañas de serrín, polvo y servilletas que el camarero estaba barriendo y una horrible música rumbera impidiendo cualquier forma de comunicación. Marga tuvo que darle al camarero un golpecito en el hombro para que se diera cuenta de su presencia. El camarero le guiñó un ojo y sacó el bolso de detrás de la barra. Esta rumba tan flamenca. Marga salió, respiró y cogió un taxi en Puerta Cerrada. En el taxi pensó que a lo mejor Paula, también, era ya sólo un borrón en el mapa de la ciudad.

4.

El avión era ahora una gran carroza que se movía hacia atrás. Con los brazos extendidos, todos reculamos despacio, así, con los brazos extendidos.

—Ya le han dado la comunicación al piloto, eso se lo dicen desde la torre de control, todo OK, inicie aproximación, ja, ja.

Vox pópuli es que los pilotos están siempre en contacto con la torre de control, que hablan con los de la torre y discuten de política y son informados de los resultados de los partidos de fútbol y si son franceses hasta hablan de libros y de Henri Lévy y del anormal de Sartre.

—Me pregunto cómo harán para salir marcha atrás, supongo que será un botón, pero luego habrá algo para graduar la velocidad, no creo que tengan acelerador, ni volante, ¿tendrán volante?, ¿cómo hacen los aviones para girar cuando están en tierra?, ¿tendrán volante los aviones?

José María. Hombre cabal junto a la ventanilla, primera fila de clase paupérrima. Pareja de españoles subsistiendo a su lado, mediana edad, mirando hacia el frente. Pareja de españoles humildes, discretos, y que en realidad debían de tener ya más de sesenta años. Se revisan el cinturón de seguridad sin parar pero no saben que es ridículo, porque ellos nunca podrán despegarse del asiento, están pegados a él. Forman parte de él. Disculpe que me siente encima, señora, pero es que usted es mi asiento, pensó José María. Ella era la reina y llevaba el bolso cogido sobre las rodillas. El marido era un hombre pequeño, con una camisa blanca que le estaba dos tallas más grande. Como a Molière, como a Shakespeare, como a los locos. Cuando hablaban entre sí lo hacían en voz muy baja.

José María no.

—Cabe la posibilidad de que el piloto tenga una palanca —agregó —, como los coches americanos, sabe lo que le digo, una de esas palancas que las mueves hacia delante y hacia detrás, no lo sé, ¿no les estaré molestando?

José María pensó que debía interpretar ese gesto apenas perceptible como una negativa. El hombre pequeño había movido un poco la cabeza sin dejar de mirar al frente, hacia esa pared de plástico que era también la pared del baño y el fin de la clase turista. La carroza real

seguía retrocediendo a marcha constante. Se alejaba del fuelle culebrero por donde habían entrado todos aquellos pasajeros tan responsables y ahora, que ya debía de tener ángulo para girar, se detuvo. Empezó a deslizarse hacia delante, en paralelo a la terminal, y luego giró a la izquierda, siguiendo una ruta pintada en el suelo por los súbditos.

—Una vez conocí a un hombre que había trabajado en la señalización de un aeropuerto, currito puro, pintando rayas, revisando luces, esas cosas. Decía que se sentía un puto cabrón trabajando al servicio de los yuppies que viajaban en estos cacharros, que trabajando en un aeropuerto es cuando mejor te das cuenta de la división que hay en la sociedad, decía que la sociedad se dividía en los que viajan en avión y los que no van a viajar en avión en su puta vida, así de claro, y que a todos esos socialistas que se creen tan progres y tan marxistas él los ponía una temporada a descargar maletas, ése sí que es el submundo, dejarte la espalda a costa de todas las cremas faciales y zapatos y maquinillas de afeitar y corbatas y pijamas doblados y Biblias y *Playboys* que la gente no era capaz de dejar en su casa, aunque sólo fuera durante una semana.

El avión avanzaba por aquella pista. No era fácil calcular la velocidad a la que iría. La gente no se separaba ni de las Biblias, qué gracia.

—A saber qué velocidad lleva. Si estuviéramos en una autopista con otros coches al lado podríamos calcularlo, pero aquí, nada sencillo, nada sencillo.

Miró hacia el pasillo. Una azafata iba asegurándose de que los compartimentos superiores estaban cerrados.

—Esta vez yo no he traído maleta, vamos, sólo esa pequeña, la he metido ahí, así tardo luego menos, pero cuando vinimos mi madre y yo a París, le hablo de hace cinco años, trajimos dos maletas enormes cada uno, claro que aquello fue una mudanza en toda regla, nos vinimos a vivir a París y cogimos todas las cosas más valiosas y las metimos en las maletas, lo hizo mi madre, mi madre siempre ha sido muy buena haciendo las maletas, guardó todas esas... había cosas que no queríamos que se estropearan en la mudanza, gloriosas reliquias, y las llevamos nosotros en el avión, treinta y seis kilos llegó a pesar una maleta, imagínese, y mi madre con setenta años... tuve que bajar yo las cuatro maletas a la calle y meterlas en el maletero del taxista, que decía que tenía lumbago, y luego tuvimos que pagar un plus en la facturación, no me acuerdo cuánto fue, pero bastante. Esta maleta es muy pequeña, las llaman de azafata, ésta la hice yo anoche, no que la fabricara yo, entiéndame, que la rellené yo, total, yo necesito poco. Entre nosotros, mi madre piensa que ahora mismo estoy en natación y que luego voy a ir al cine en Montparnasse con otros compañeros de

natación y luego a cenar al Hippopotamus. Esta noche la llamo y le cuento que estoy en Madrid. Va a poner el grito en el cielo. De Madrid al cielo, ja, ja.

Al girar de nuevo el avión, pudieron verse por la ventanilla otros dos prototipos aéreos desplegables también llamados aviones que habían girado anteriormente y que también desfilaban hacia la pista de acelerar y empezar a volar.

—Hay otros dos delante. Los españoles siempre llegamos tarde, ja, ja.

Shakespeare miró un instante a la ventanilla y José María pudo verle los ojos, que también eran ventanillas. La cara del hombre giró como giran los aviones y ya no pudo verle las ventanillas. Quizá fueran las ruedas las que giraran, pensó José María.

—Estoy pensando que tienen que ser las ruedas las que giran. Otra cosa es cuando el avión está en el aire, entonces sí son las alas y la cola y todo eso, pero aquí en tierra, tienen que ser las ruedas. Lo que se me escapa es si el piloto tendrá un volante para las ruedas o no, eso tengo que preguntárselo a una azafata.

Precisamente en ese momento la azafata rubia, la más guapa, llegó a toda velocidad junto a ellos y sacó de uno de los compartimentos para maletas un trozo de cinturón de seguridad, una mascarilla amarilla, un salvavidas amarillo y una hoja plastificada de instrucciones que dejó en el suelo junto a sus pies de azafata rubia con zapatos. Azafata rubia se colocó en el centro del pasillo y esperó a que la azafata con cara de haber discutido con su novio esa misma mañana le diera la orden de empezar desde... el otro extremo del pasillo. José María se giró y vio que casi todos los asientos del avión estaban ocupados por personas responsables.

—Ahora empieza el ballet —le dijo a Shakespeare—. Mi opinión es que si las azafatas no estuvieran tan buenas esto no habría Dios que lo soportara. ¿Se da cuenta de que nos tratan como a trozos de carne humana? Ésta es la prueba más clara que conozco de que la gente lo acepta todo, míralos cómo atienden todos. Es que no hay derecho. Pero ¡a quién se le ocurre, hombre!

La voz azafatil de los altavoces explicaba ahora dónde estaban las salidas de emergencia del avión. Azafata rubia movía los brazos hacia delante, hacia los lados y hacia atrás. Hacia delante, hacia los lados y hacia atrás. Compendio televisivo de gracia, de simetría y de eso que la gente entiende por profesionalidad.

—Pero ¡qué bonita eres!

La azafata miró de reojo, pero sin perder la compostura, hacia el autor de semejante comentario. La esposa de Shakespeare se incorporó un poco, y también miró a José María.

—¡Y que nunca te abandone el desodorante!

Shakesperina le chistó ahora para que se callara.

—Perdone, perdone —dijo José María—, pero hay cosas que hay que decirlas. Las ponen aquí a las pobres criaturas, ¿por qué?, ¿quiere que se lo diga? Pues porque si hay un accidente y todos nos matamos nadie podrá denunciarles porque no nos hayan advertido de todas las medidas de seguridad. Manda huevos, como diría el otro.

Azafata rubia hizo varias veces el gesto de abrochar y desabrochar el cinturón, dejó el cinturón en el suelo e hizo varias veces el gesto de colocarse la mascarilla en la boca, dejó la mascarilla en el suelo e hizo varias veces el gesto de colocarse el salvavidas y tirar del asa que lo hincha.

—Explican lo del salvavidas por si el avión se cae en un lago de los Pirineos, digo yo, porque otra cosa no creo que haya de París a Madrid. ¿Sabe usted que para ser azafata hay que saber nadar? Y bastante bien, tengo entendido. Supongo que es por si un avión se estampa en medio del Atlántico, para que puedan ir a buscar ayuda.

Cuando terminó el ballet, Azafata rubia se dirigió a José María como una institutriz.

—Abróchese el cinturón y póngase en posición vertical. Vamos a despegar ya.

Era toda una advertencia de Azafata rubia, que a José María le motivó especialmente. Obedeció y volvió a mirar por la ventanilla-ojo del avión, guardando sus fuerzas. Ya no debían de quedar aviones por delante.

El set de azafatas desapareció del pasillo. La última, Azafata con cara de haber discutido con su novio, corrió la cortinilla.

—Tripulación, preparados para despegue —se oyó decir a una voz serena, masculina, concentrada en su labor.

—¿No piensa que el piloto debería preocuparse más de su trabajo como comandante de la nave que de poner esa voz pretendidamente serena y rutinaria? Él es ahora el único responsable de que este cacharro coja velocidad y se separe del suelo, o sea que más le valdría dejarse de mensajitos a las macizas de las azafatas, que ya tendrá tiempo en Madrid de invitarlas a Dry Martini en el bar de su hotel.

Shakespeare debía de estar buscando un final alternativo a *Romeo y Julieta,* porque ni se inmutó. El último movimiento escénico de la gran carroza real empezó a producirse en ese momento, con fastuosidad. El avión entró en pista. José María pudo ver toda la longitud de cemento refulgente y francés donde en pocos segundos iba a pergeñarse el despegue. Todo giró sobre su propio eje y la pista desapareció de la ventanilla. Estaban en posición. Parados. Silencio total en el auditorio. La gran pausa, el gran silencio, el gran pájaro que acecha el horizonte.

Éste sí era el auténtico ruido de las turbinas. Ahora sí que íbamos a salir. Pocas veces puede una cantidad así de hombres estar tan de

acuerdo. Todos estamos de acuerdo en que la suerte está echada, ja, ja. Que no somos nada al lado de esta máquina gigante y de este sistema impuesto que se empeña en levantar monstruosidades del suelo. Que como las cosas se den mal van a tener difícil reunir nuestras muelas en una bolsa de plástico. Somos respetuosos, montamos en avión, somos hombres, vamos a volar.

Cuando el avión arrancó, José María y sus dos compañeros de vuelo sintieron que algo les empujaba contra el respaldo del asiento. La aceleración era intensa, la vibración de todos los plásticos que embellecen el interior del avión también. Nadie dice nada, apenas nadie respira. José María sonríe con satisfacción y perversidad. El instante es tan fatal, tan único, que tiene pinta de ser eterno.

La aceleración no se incrementa, es la misma, empieza a parecer larga. De repente el suelo desaparece y alguien cubre los pies de hígados fríos. Algo en el interior del cerebro parece estar ya subiendo mucho más deprisa de lo que lo hace el gran pájaro, lento y pesado. Un fluido curvilíneo hace de cama y nos acaricia el interior de la zona ano-rectal. Esto es lo que se llama volar por obligación y que los huevos se te queden revenidos. El cerebro sigue haciendo acoples hasta ubicarse en posición. Subimos. Ya todos subimos a la vez por la gracia de Dios. En tierra se quedan los rumiantes.

Volamos, somos hombres, montamos en avión, somos respetuosos.

—La aeronáutica es un puro ejercicio de ensayo-error. Las cosas pueden salir de dos maneras, o bien, o mal. Cuando se estampó el Concorde, que salió también de aquí, de Charles de Gaulle, dijeron que era por una placa metálica que había en la pista y salió disparada y se metió en el motor y lo incendió todo. No digo yo que no, pero es una manera tramposa de decirlo. Lo que pasó es que a veces los aviones se caen o se estrellan o explotan, y lo hacen por la sencilla razón de que eso también tiene que pasar, es lógico, si los aviones vuelan es precisamente porque a veces se caen o se estrellan o explotan. ¿Me explico? Si un avión no vuela no se cae, y si no se cae, no vuela.

El sonido que emitió el tren de aterrizaje al ser guardado (friiiij, clac clac, toc) asustó a Shakesperina.

—Eso es el tren de aterrizaje. Ya lo han metido.

Al unísono sonaron las lamparitas como campanitas de un jueguecito. Pueden ustedes desabrocharse los cinturones, o sea, lo peor ya ha pasado.

El hombre pequeño y su mujer parecían estar muy poco relajados.

—¿Sabe lo que estaba haciendo yo cuando se estampó el Concorde?

—Ya, pero ahora... —insufló Shakespeare en forma de palabras.

—Sí, un instante. ¿Sabe lo que estaba haciendo? Estaba durmiendo. ¡Durmiendo! ¿Y qué te puede pasar si estás durmiendo? Que te

despiertes. ¿Y qué te puede pasar si estás volando? Que te caigas. ¿Y qué te puede pasar si estás vivo? Que la diñes, ja, ja, ja. Mi madre me despertó y me dijo que se había estrellado el Concorde. Esas cosas pasan.

Éstas eran las nubes que solían cubrir París, y se habían metido en ellas. Shakespeare y su mujer eran un bálsamo en el antimundo. O dicho de otra manera, un antibálsamo en el mundo. Estaban tan nerviosos que parecían pedazos de fiambre antes de ser rebanados en lonchas para un bocadillo.

—¿Miedo a volar? ¿Quieren que les consultemos a las azafatas cuál es la seguridad de estas naves? ¿Quieren que nos expliquen las abrumadoras estadísticas que juegan a nuestro favor? No deben inquietarse ustedes, por favor, deben alegrar esas caras, éste es el lugar más seguro donde pueden estar. Cuando tomemos tierra en Barajas, salgamos del avión, recorramos el aeropuerto y cojamos un taxi, entonces sí, empezará el momento más peligroso de nuestro viaje. Estar aquí es mucho más seguro que estar en casa. ¿Cuándo se ha visto que una casa vuele?

—Nunca, pero ahora vamos a descansar un poco, eh.

—Lo mejor para quitarse el miedo a volar es pasar a la cabina y charlar con los pilotos, y que les expliquen cómo funciona todo. Yo nunca he pasado, pero a mí esto no me da miedo, se lo digo porque si ustedes tienen miedo es una tontería que lo estén pasando mal pudiendo comentárselo a la azafata.

Superada la capa de nubes algodonosas se abre el reino de la luz, donde circulan los aviones como bólidos brillantes en línea recta y enorme desprecio de lo terrenal. Aquí a la materia sólo le quedan dos opciones: o corre mucho, como los bólidos, o se va para abajo, al mundo de las penumbras, donde el suelo es un tope y todas las cosas, hasta el aire, se amontonan demasiado.

—¿Saben qué avión es éste? No me he fijado si era un Boeing o un Airbus. Cuando vine con mi madre a París hace cinco años era un Airbus, esa vez sí que me fijé. Pero éste... El Airbus es un prototipo europeo, sabe usted, como nosotros, ahora todos somos europeos. En cambio el Boeing es americano. Tendría gracia que fuera un Boeing, un avión americano en una ruta París-Madrid y repleto de europeos. Les aseguro que los yanquis no compran Airbus, ellos tienen otro concepto de sí mismos y de su capacidad tecnológica. Estados Unidos es un país que se hizo con los más pobres de los europeos, y esos pobres lo único que quisieron siempre fue trabajar y sobrevivir y al final conseguir un mundo distinto y mejor que el europeo, o sea, conseguir darle por culo a la vieja Europa que les había echado a patadas. ¿Ustedes han leído alguna vez *Le Monde Diplomatique*? A mí me los deja un compañero de natación cuando ya los ha leído, aunque

luego tengo que devolvérselos. Suelo irme al *Tabac* de Claude, en Vaugirard, y me lo leo. Porque leer *Le Monde Diplomatique* con mi madre al lado no me gusta nada, mi madre está completamente loca y no para de hablar, nunca para de hablar, de lo que sea y entonces yo confundo lo que dice mi madre con lo que dice *Le Monde Diplomatique,* y los dos discursos me parecen iguales, todo me suena al discurso de un loco que no hace más que decir lo mismo y ver fantasmas por todos los lados, sabe usted, mi madre siempre está viendo fantasmas y persecuciones y conspiraciones por todos los lados, y *Le Monde Diplomatique* también.

Azafata rubia pasó entregando mercancías a los pasajeros. Eran objetos negros envueltos en plástico, que tras una observación más concienzuda de Shakesperina, de su enjuto esposo y del propio José María, se revelaron como auriculares para los oídos y la música y quizá alguna película sobre parejas de enamorados que sólo saben meterse la lengua. En los aviones nunca ponen películas de catástrofes aéreas. Y los días que ha habido un accidente importante no reparten los periódicos. Como si se sintieran culpables de algo.

Shakesperina se guardó los auriculares sin abrir en su bolso sobre las rodillas. El dramaturgo británico, que en realidad era de un pueblo llamado Trijueque, rompió el plástico, desenredó el cable, asió la clavija y buscó en vano algún agujero donde meterla. José María le observaba con pasión y verdadera filantropía. En ese momento Azafata con cara de discusión prematrimonial pasó con más auriculares.

—Señorita, ¿no podría explicarle aquí al caballero cómo funciona esto?

La cortesana metió la clavija en uno de los agujeros donde Enjuto ya lo había hecho y apretó el botón + con auténtica saña. La uña roja, tan rectangular, tenía forma de pala, o de pétalo nacarado.

—Ahora, ahora —dijo el hombre.

—Que les comentaba a estos señores que para quitarse el miedo a volar podrían pasar a cabina y desmitificar todo esto. Los pobres están que no respiran, mírelos. Vamos, y si es menester, a mí tampoco me importa acompañarles.

—Hoy no creo que sea posible, pero no se preocupe, si se puede yo les aviso.

Shakesperina le hizo un gesto a Azafata mal de amores y le dijo algo al oído. Desde el punto de vista de *Le Monde Diplomatique,* o de su propia madre, allí se estaba conspirando algo, una confabulación se estaba tramando en contra de José María, al que Desengaño miró cuando dejó de escuchar el subrepticio mensaje que Shakesperina le transmitió.

Afortunadamente la azafata se fue, sin tomar medidas por el

momento. José María miró a Secretitos.

—Pío pío que yo no he sido.

Secretitos le chistó.

—¡Chissss!

El de Trijueque cogió el brazo de la mujer para tranquilizarla.

—Parece un borracho —dijo ella sin atreverse a mirarle a la cara.

—Yo no bebo, el alcohol no me gusta, me pongo triste y el médico me lo ha prohibido.

Shakesperina rumiaba palabras como una oveja, pero no se la entendía. Ni siquiera ella se entendía a sí misma.

—Estoy loco, señora, hay una diferencia.

—Qué barbaridad —rumió la oveja mirando a su esposo el macho cabrío. Él debió de sentirse obligado a hacer algo para serenar aquello. Miró a José María e hizo un movimiento parecido al de guiñar un ojo, pero no le salió bien.

—La señora está muy cansada y le agradecería un rato de silencio.

—No seré yo quien les moleste —dijo José María enseñando la palma de las manos.

Miró por la ventanilla. Cielo. Azul muy claro. ¿Qué temperatura podría haber allí? Hacia atrás podía ver la terminación del ala y uno de los motores. Volvió a mirar el cielo. Azul muy claro. Unos treinta grados bajo cero. ¿Dónde se escondía Dios? ¿Qué sentido tenía la existencia de un ser inmaterial en el cielo, donde precisamente todo era tan inmaterial? En aquel mundo Dios sería un don nadie. De estar en algún sitio, Dios estaría entre las cosas, en los bosques, en el metro, en los tugurios.

El hombre enjuto volvió a plantarse los auriculares en las orejas de pueblo y se circunscribió a su mundo de satisfacciones breves. Daba al + con menos saña que la enfermera-azafata. José María sacó una libreta del bolsillo de su chaqueta y un lápiz. Miró un instante el autorretrato del loco en la primera página, sin camisa, sentado delante del espejo de un baño, con ojeras. Buscó una página libre y comenzó a dibujar al hombrecillo, con su camisa blanca de largas mangas, Molière. Empezó por la nariz, y las palabras de su pensamiento se volcaron en los trazos del lápiz y ya nadie conseguía oírle, tampoco él oía ya su pensamiento, oía sólo el lápiz. Pero se equivocó y no tenía la goma y no tenía ganas de hablar, sólo de dibujar y borrar esa especie de moco. La goma no estaba en ninguno de los bolsillos de la chaqueta. Entonces miró con urgencia a Shakesperina.

—Perdone, ¿puede alcanzarme mi abrigo?

Ella parecía haber olvidado súbitamente la lengua española. Parecía convencida de ser la abeja reina a la que nadie tiene derecho a hablar.

—Si me levanto yo, les voy a molestar un poco y además como han metido ustedes sus bolsas y abrigos delante del mío va a ser mejor que

lo maneje usted todo.

El argumento obtuvo resultados inmediatos. La amante de Molière era todavía más baja cuando estaba de pie que cuando estaba sentada. Sacó alguna de sus bolsas, apartó algo mientras enseñaba sus axilas de jersey añil y se dio por vencida en seguida.

—Lo siento, no alcanzo.

—Venga, mujer, sí que llega, inténtelo, inténtelo.

—No llego —y colocó las bolsas de nuevo, cerró la portezuela y se volvió a sentar airada.

José María miró de nuevo su dibujo. No corregirlo equivalía a permitir que todas las cosas del mundo salieran mal. Levantó la mano y apretó el botón cuadrado con el dibujo de una camarera. Lucecita + Campanita = Azafatita. Al momento se acercó Azafata rubia, que volvió a apretar el mismo botón cuadrado y la lucecita se apagó. Miró con interrogación.

—Necesito una goma.

—¿Una goma?

—Una goma de borrar, por favor. Sé que me la va a conseguir.

—A ver —y desapareció.

El tiempo estaba detenido a la espera de la goma. También los motores del avión. Una mano se movió delante de la cara de José María. Una mano larga y nívea, que enseñaba en la palma una goma blanca de nata, rectangular, con un plástico amarillo alrededor.

José María miró a la persona responsable de ese milagro. Era una azafata de ojos azules y ondulaciones pelirrojas en su coleta. José María sonrió con candor y cogió la goma.

—¿Eres una princesa?

La sonrisa fue la característica respuesta enigmática de las princesas.

Siguió dibujando de buen humor. El agujero de la nariz, la punta aplastada de la nariz, la subida cuesta arriba... ¡Qué nariz más rara tenía Molière! Y el caso es que la nariz le quedó bastante bien. Los ojos, tan achinados, y tan cercanos entre sí, el estropajo velludo de las cejas, los labios, muy finos, y cerrados de pura nada... Borró y pintó de nuevo el labio de arriba, tan difícil en su hendidura central, y luego algunas de las arrugas, lo más fácil, y a la vez lo que daba más personalidad al dibujo. Molière sabía que estaba siendo retratado, pero se le veía tan feliz con sus auriculares que seguramente prefirió hacerse el loco antes que mostrar algún recelo por ser observado tan meticulosamente. José María llegó al momento más gratificante: el pelo y, sobre todo, el cable zigzagueante de los auriculares.

José María no dibujaba muy bien. Llevaba sólo veinte días haciéndolo. Se le ocurrió un día que estaba tomando el sol en una de las sillas del Jardín de Luxemburgo.

—Vi que a mi lado había una chica sentada en el poyete del estanque dibujando las sillas, no las personas, sólo esas sillas metálicas que llevan toda la vida en el Jardín de Luxemburgo. Entonces me fui a Saint-Michel a comprar papel y lápiz y me puse en otro lado a dibujar personas sentadas en el aire, sabe usted, sin silla ni nada, con la idea de darle el dibujo a la chica para que lo pusiera al lado de su dibujo de las sillas. La chica aceptó mi dibujo con una sonrisa y luego me dijo que si además del dibujo le regalaba la idea y se la regalé y me fui. A veces la gente se asusta cuando te acercas a ellos, y es peor porque tú también te asustas. Pero aquella chica no se asustó. Me fui muy contento.

José María no recordaba si era el propio Molière el que le había preguntado o había sido él el que había empezado a hablarle de su afición al dibujo.

—Luego he hecho algunos retratos, ¿ve?, éste soy yo. Son retratos anárquicos, como yo. ¿Entonces le gusta cómo ha quedado usted? Todavía me falta la camisa, pero mire, hacemos así y así y ya está, la camisa. ¿Quiere que se lo regale?

Molière estaba confuso. En una centésima de segundo giró la cabeza hacia su mujer y, al no obtener una durísima reprobación, accedió a coger el regalo.

—Gracias —dijo.

—Usted lleva dentro un corazón blanco —dijo José María.

Este idilio se interrumpió con motivo de un culo de azafata que apareció por el pasillo arrastrando un carrito repleto de bandejas de comida. Al otro lado del carrito asomó Azafata mal de amores. Al no tener asientos delante de ellos tuvieron que ponerles una especie de prótesis a modo de mesitas enganchadas en sus propios asientos. Desamor les repartió las bandejas de comida. Cuando se la iba a dar a José María, dijo:

—A usted no sé si darle comida, no se está portando muy bien.

—A usted no sé si darle una hostia, tampoco se está portando nada bien.

Molière y su esposa gritaron al unísono. Molière, a quien el maltrato al lenguaje molestaba particularmente, miró con enorme severidad a José María. La azafata estaba encendida como *un feu rouge*.

—¡Hasta aquí podíamos llegar! —dijo entonces la mujer de Molière y quiso ponerse de pie. Su marido la detuvo.

Azafata plantada consiguió articular unas palabras.

—No sé por qué tiene que decirme una cosa tan fea si yo no le he insultado a usted.

—Su obligación es darme la comida a mí también.

—Era sólo una broma.

—Ya está —dijo Molière, y José María se vio sorprendido al ver que

el hombrecillo le entregaba su propia bandeja de comida. La azafata recogió velas, le adjudicó otra bandeja al hombrecillo y preguntó por la bebida. La madre de Molière pidió un zumo de uva, el hijo también, y José María, por empatía, también. El carrito se fue pasillo atrás.

—Todo menos enfadarse, todo menos enfadarse —dijo el hijo de la madre de Molière a José María.

—Tiene usted razón, claro que la tiene, pero hay un matiz muy importante: no soy yo quien me enfado, son ellos los que me enfadan, ¿entiende?, no es lo mismo.

—Bueno, pero sí es lo mismo, no hay que enfadarse.

—Es usted un pacifista, ¿no? Ja, ja, ja.

Destaparon los platos rectangulares de comida. Ensalada de pasta con aceitunas negras. Ternera guisada con zanahorias y puré de patatas. Cubiertos de plástico, sal, pimienta, mantequilla, pan, quesito, palillo, servilleta, vaso de plástico, taza de plástico, azúcar, cubito de leche, sacarina, servilleta refrescante.

—No falta de nada, eh.

—No —dijo el pacifista.

—Cuando yo vine con mi madre a París nos pusieron un sándwich de rosbif y un platito con tres quesos, era por la noche. Yo me comí el sándwich de mi madre y le di a ella el brie, que le encanta.

Molière y José María empezaron a comer a la vez.

—Hace cinco años que no regreso a España. ¿Quiere usted saber lo que voy a hacer en España? Voy a la boda de mi hermano Dimas, el proscrito. Mi madre no sabe que voy, esto es lo último que se puede imaginar, y mi hermano tampoco. Cuando me llamó para invitarme a su boda, se casan por lo civil, sabe usted, en Chinchón, esta tarde a las siete, voy con el tiempo un poco justo pero llego, qué sorpresa se va a llevar, pues cuando me llamó le dije que no iba a poder ir a la boda, que mamá no iba a querer que yo fuera solo, y Dimas lo comprendió. Aunque tenía mucha ilusión en verme en su boda, lo comprendió, porque vivir en París no es lo mismo que vivir en Madrid. Si yo me casara en Versalles, por ejemplo, para Dimas y Eliana sería un problema venir y yo lo entendería. ¿Y sabe qué? Que la otra noche decidí asistir a la boda de mi hermano, por mucho que para mi madre Dimas sea Dimas el mal ladrón y por mucho que a lo mejor después de esto mi madre no me deje ya nunca más entrar en su casa. Fue la otra noche, al bajar a tirar la bolsa de basura al cubo, cuando decidí ir a la boda de mi hermano, hacer caso a las cosas que dice mi madre y hacer también caso a otras cosas que no dice mi madre, y además de sacar la basura visitar a tu único hermano, que en realidad me importa bastante poco como persona, pero que es mi hermano y es el único que tengo. Además, a mí me gusta mucho viajar y más si es a España. Mi hermano es un músico malo de solemnidad. Tiene cuarenta y dos

años y todavía no se ha dado cuenta de que está dotado para cualquier cosa menos para la música. El problema es que Eliana, que es su novia, lleva toda la vida diciéndole que es un genio. Según mi madre, Eliana tiene de hippie lo que yo de cura, porque según ella los hippies se caracterizan por no aceptar nada de lo ajeno y Eliana es una cazarrecompensas insuperable. Está buena la ensalada, ¿verdad?

A Molière le estaba sentando fantásticamente comer. Se le veía más suelto, mucho más relajado. Comía y asentía mientras José María hablaba. Para José María hablar con la boca llena era una de las cosas más satisfactorias que había.

—No sé si le he dicho que mi madre está completamente loca, es una cosa impresionante oírla cuando está en vena. Está peleada con todo el mundo. Con decirle que nos tuvimos que ir de Madrid porque consideraba que allí la querían engañar sólo por ser francesa... Está convencida de que la gente no tiene nada mejor que hacer que conspirar en su contra. En contra de ella y en contra de mí. Yo soy la única persona con la que no está peleada, y eso que la mayoría de los días me dice que soy el peor bicho que existe en el planeta y que todas mis afecciones psiquiátricas son un invento que yo me he hecho toda la vida para pasármelo bien y vivir del cuento, pero que en realidad yo podría vivir y trabajar como todo el mundo. Cuando me dice eso yo la insulto mucho más y me encierro en mi cuarto y salgo a la cocina y tiro todas las cacerolas por el suelo y le digo que estoy loco a mucha honra y que siento mucho que ella no pueda aceptar tener un hijo así, porque en realidad nunca lo ha aceptado, le digo, nunca ha comprendido que estar loco es una cosa muy válida, pero que más le valdría aceptarlo y no hablar de afecciones psiquiátricas ni gilipolleces y mirarse un poco al espejo y ver quién está aquí más loco y ver qué modelo de comportamiento le ha dado ella a su hijo. Entonces ella se pone como un basilisco y dice que si estoy tan convencido de que ella no me ha educado bien pues que me vaya a la tumba de mi padre a pedirle unos cuantos consejos, que es muy cómodo eso de borrarse del mapa como hizo mi padre para que todo el mundo te idolatre y piense que fuiste un padre perfecto y un marido perfecto. «¿Marido perfecto?», dice mi madre, *«je rigole»*.

—Qué significa —dijo Molière, untando mantequilla en un biscote.

—*Je rigole?* ¡Qué risa! ¡Qué risa me da!

La ensalada de pasta con aceitunas negras sabía exactamente a nada. Era milagroso el procedimiento por el cual la aeronáutica conseguía que algo tan sabroso como una aceituna negra tuviera una existencia tan plana. La aniquilación del deseo, de la efusividad, de la comunicación podía llegar a estos niveles. ¿Cuántos imbéciles no presumían ya de la ausencia de sabor como una virtud culinaria?

—Mi padre murió en el año 85, yo tenía veintisiete años y desde

entonces mi madre no ha levantado cabeza. No es que antes estuviera muy bien, pero era distinto. Mi padre era historiador, era algo conocido, ¿sabe usted? ¿A usted le gusta la historia?

El pequeño deglutidor de biscotes con mantequilla se encogió de hombros. Seguramente desconocía la posibilidad de que la historia pueda gustar o no gustar.

—A mí tampoco. ¿Sabe lo que me pasa a mí cuando leo un libro de historia, aunque sea de mi padre? Que todo me parece mentira. No me creo absolutamente nada. Me parece que hay mucha más verdad en las novelas, por ejemplo, y precisamente porque no pretenden ser verdaderas. El problema de la historia es que pretende contar la verdad y eso, si usted se para a pensarlo, es tremendo. A mi padre se le notaba mucho que se dedicaba a contar la verdad. Cuando mi hermano y yo nos peleábamos siempre escuchaba a los dos y luego sacaba su veredicto, que nadie podía discutir y casualmente siempre era favorable a mi hermano Dimas. Mi padre pensaba que él era capaz de llegar siempre al fondo de las cosas, de comprender la verdad de los hechos y sus motivaciones, y por eso le sacaba de sus casillas enfrentarse a sucesos en los que yo hubiera estado implicado, ja, ja, porque en realidad el funcionamiento de mi mente se le escapaba por todos los lados. Tampoco debe creer usted que yo estoy realmente muy loco, no crea. Lo que pasa es que mi mente es distinta y yo soy el primero que a veces no la comprendo bien, pero es que ése es el asunto, que nunca se debe intentar comprender a un loco, nunca, y eso es lo que para una mentalidad como la de mi padre resultaba imposible. Él no lo hacía con mala intención, pero se sentía tan seguro de sí mismo y tan... ecuánime, sí, se dice así, que al final, pues eso, que se ponía nervioso conmigo.

Tres tenedores con tres macarrones cada uno hacen un total de nueve macarrones, que masticados y segmentados en diez porciones cada uno, hacen un total de noventa fragmentos de macarrones que deglutir.

—¿Cómo piensa usted que sería la historia de la civilización, por ejemplo, imagínese, la historia del imperio romano, contada por un loco? Sería la releche, en serio, sería la releche.

—No lo dudo, no lo dudo, a este ritmo todos locos —Molière fue víctima de este ataque de locuacidad, seguramente provocado por la comida.

—Bueno, no tanto como mi madre, ja, ja, ja. Mi madre está lo que se dice loca de atar. Tenía que verla usted hablando por teléfono, es capaz de estar cuatro o cinco horas seguidas hablando sin parar. Últimamente le ha dado por llamar a un montón de personas para pedirles cantidades ingentes de dinero que según ella les prestó hace por lo menos treinta años y que todavía no le han devuelto. Es

completamente mentira, claro, estoy seguro, lo malo es que ella piensa que es verdad. ¿Ve usted lo difícil que es saber la verdad? Bueno, pues mi madre es capaz de perseguir a esas personas durante meses, llamarlas hasta diez veces diarias y abrumarlas con una cantidad de datos insultante sobre los préstamos que les dio, y luego se dedica a llamar a todos los amigos de esas personas y a difamarles, les cuenta a los amigos que tal persona es una estafadora, y que a ella le debe doscientas mil pesetas desde 1974 y que si no podría mediar para convencer a su amigo, y así se pasa el día hablando por teléfono y contándole su vida a la gente. Es increíble. Desde el punto de vista de mi madre más de la mitad de la población mundial le debe dinero o está conchabada con los que le deben dinero. Si todo eso fuera verdad mi madre habría prestado más dinero que el Fondo Monetario Internacional, es maravilloso.

Apartó el rectángulo de macarrones y bebió un trago de zumo de uva, la bebida favorita de la madre de Molière, la albondiguilla con jersey añil, y sin darse cuenta ya estaba contando que cuando murió su padre fue cuando de verdad Dimas y él empezaron a conocer a su madre.

—Comprendimos que en realidad ya debía de estar loca antes de la muerte de nuestro padre, aunque para nosotros sólo fue evidente entonces, cuando tuvimos que estar tanto tiempo con ella y padecerla. No sé por qué al morir mi padre parece que los papeles se invirtieron. Antes mi madre me cuidaba a mí, ahora era yo principalmente el que cuidaba de ella. Los locos que cuidan y que sólo aceptan ser cuidados por otro loco, tiene gracia. Parece que al morir mi padre un buen cacho de locura pasó de mí a mi madre. ¿Entiende lo que quiero decirle? Ahora que no había nadie buscando la verdad yo estaba mucho menos loco, es lógico, y ahora que no había nadie buscando la verdad mi madre se podía permitir estar mucho más loca, también es lógico. ¿Usted cree de verdad que yo estoy loco? Quizá no debería fiarse tanto de mis palabras. ¿O es que el que yo afirme que estoy loco ya me vuelve loco ipso facto?

Al parecer Molière consideró que no debía responder. Estaba entregado al divertido concurso de cortar la ternera con un cuchillo de plástico.

—Dígame —insistió José María—, ¿cree de verdad que estoy loco?

—Yo no lo creo así —dijo el concursante de Trijueque.

—Bueno, bueno.

—Este cuchillo no sirve para nada.

—¿Quiere que se lo corte yo?, ja, ja, ja.

Hombrecillo sonrió.

—¿Sabe lo que hace mi madre cuando yo me enfado? Esconde todos los cuchillos de la casa y las tijeras. Dice que como estoy loco hay que

tener cuidado conmigo porque puedo querer dañarme a mí mismo, pero ella sabe de sobra que eso es mentira, que nunca en la vida he querido dañarme a mí mismo, y que en realidad lo único que pasa es que la loca es ella, que piensa que a lo mejor le clavo un cuchillo cuando está durmiendo, piensa que es la tía más rica del mundo y que tanto Dimas como yo no queremos más que quitarle el dinero. ¿Quiere usted mis biscotes y la mantequilla? Tampoco tengo mucha hambre.

Molière le miró de hito en hito. Cogió los biscotes con la desconfianza de quien no puede creer que un bien tan valioso le sea entregado sin ninguna contrapartida.

—Ya le he dicho que mi madre y yo nos vinimos a París hace cinco años. Alquilamos la casa de Argensola y con el dinero que nos daban alquilamos un pequeño apartamento en la Rue Mabillon, cerca del Boulevard Saint-Germain, sabe usted. Mi madre no aguantaba más en Madrid y a mí la verdad es que me daba un poco igual y con tal de no oír más las protestas de mi madre contra una ciudad y un país en los que llevaba viviendo casi cincuenta años, accedí a sus deseos y nos fuimos a París, el ombligo del mundo, el lugar en el que todos los franceses, incluidos los parisinos, se miran, la ciudad más monumental del mundo, sí, y la más inhabitable y más inhumana. ¿Sabe usted que los franceses adoran España? ¿Sabe usted que les encanta hacernos la pelota permanentemente? ¿Sabe por qué? Por la sencilla razón de que se sienten superiores. París es una ciudad llena de hombres y mujeres, sobre todo mujeres, caminando como modelos y escuchándose a sí mismos mientras hablan con la persona que tienen al lado. No hay nada que guste más a los franceses que escucharse a sí mismos y no hacer ni puto caso a los demás. Como mi madre. Mi madre, cuando se calla, es sólo para que su interlocutor le saque algún tema de conversación sobre el que ella pueda explayarse acto seguido. Yo creo que el *francés,* sabe usted a qué me refiero, una buena mamada, se inventó aquí sólo para tener calladas a las mujeres, ja, ja.

Cortar la carne con semejante utensilio fue un juego que atrajo a José María durante unos segundos. Pero ese cuchillo revelaba demasiado de la futilidad e inutilidad de nuestro paso por el mundo. José María cogió uno de los dos filetillos redondos de ternera, lo enrolló con los dedos y se lo metió en la boca. Por lo menos no se nos queda cara de gilipollas. Hizo lo propio con el otro filetillo, que esta vez, como si fuera un churro, lo mojó en el puré de patata.

—Claro —con la boca llena—, ella está encantada en París, a ella que la gente hable le parece lo normal. Dice que en París al menos no la persigue nadie, no como en Madrid, y que París es su ciudad, la ciudad donde ella siempre ha tenido el alma, la ciudad donde creció, y que en el fondo ella ha tenido una existencia muy desgraciada toda su vida por culpa de su marido, que nunca quiso darle el gusto de vivir

en París, que era donde ella se encontraba bien. Eso también hay que entenderlo. Uno sabe bien cuál es su sitio, dónde se siente bien. A mí en cambio me da igual. París es inhumano y asqueroso, pero a Madrid le pasa tres cuartos de lo mismo.

El carrito de las azafatas estaba de vuelta por el pasillo.

—¿Café?

—Sí —dijo la suegra del compañero de José María.

—¿Me da la taza?, la blanca, eso es.

—Perdone, es que a mí no me han puesto ese postre de chocolate... —la suegra estaba mirando a los pasajeros del otro lado del pasillo.

—Lo tiene usted debajo de la servilleta —dijo la azafata.

—Ah, ji, ji —dijo la suegra.

—Yo no tomo, gracias —dijo el compañero.

—¿Tiene poleo? —dijo José María—. ¿Sí? Pues no quiero, gracias, es que odio el poleo, ja, ja.

El carrito se fue con todo su peso y su tintineo.

—Ésa es una costumbre de la gente que detesto, la de pedir poleo en los restaurantes, yo un poleo, yo también, ¿se ha fijado alguna vez en que cuando alguien pide un poleo todos los demás se apuntan?

—Sí —asintió Jacinto Benavente con una sonrisa.

—Igual su mujer quiere mi postre de chocolate, la veo tan ilusionada.

—No, no —dijo nuestro premio Nobel.

—¿No le conviene?

—No, no.

—En ese caso me lo comeré yo, tiene buen aspecto.

La boca, los labios, la lengua, el avión entero se convirtieron en un bocado espeso de chocolate, una capa de pasta cubriéndolo todo con su poder impermeabilizador.

De pronto José María extendió su mano derecha delante del hombrecillo, con seguridad.

—Me llamo José María —dijo masticando las palabras con chocolate.

El hombrecillo le miró.

—Ya, Eduardo, ya —dijo.

La respuesta de Jacinto Benavente combinada con el sabor del chocolate fue causante de sensaciones muy extrañas. ¿Eduardo? Benavente se había echado hacia delante y había puesto sus manos sobre los hombros de... ¿José María?

—Eduardo, ¿qué te parece si descansamos un poco, hijo?, vamos a descansar un poco, vale.

¿Eduardo?

—No me llamo Eduardo, oiga, creo que me confunde usted.

Shakespeare resopló.

—Te lo pido por favor, Eduardo, estoy cansado, ha sido una mañana muy dura, sé que puedes entenderme y descansar tú también un rato.

—Que no me llamo Eduardo, oiga, qué manía. ¿No le estoy diciendo que me llamo José María? A ver si ahora el loco va a ser usted, hay que fastidiarse.

—Bueno, lo que tú quieras.

—Pues sí, lo que yo quiera. Estábamos hablando tan a gusto y tiene que venir a llamarme Eduardo. Ni siquiera me ha dejado que le cuente cómo se produjo el divorcio entre mi madre y mi hermano Dimas.

—Vale ya.

—¿No quiere que se lo cuente? Mi madre piensa que Dimas me quitó a mí la casa de Concepción Jerónima...

—No tienes ningún hermano que se llame Dimas, Eduardo, para un rato, por favor, para un rato esa cabecita.

La mujer añil de Dickens intervino.

—Eduardo, ahora vas a hacer caso a tu padre y vas a dormir un ratito como todos.

—Mire usted, buena mujer, porque sea la esposa de un dramaturgo famoso no tengo por qué hacer lo que me diga. Y le digo que me llamo José María y que aquí nadie es mi padre por la sencilla razón de que mi padre murió hace casi veinte años.

Shakesperina miró a Dickens.

—Déjale el cuaderno, anda, que dibuje un rato.

Verdaderamente el mundo se estaba convirtiendo en un lugar inhabitable. Ahora resultaba que todo hijo de vecino se arrogaba la potestad de estar como un cencerro. ¡Venga, todos locos, *vive la France*!

—Hijo —dijo Dickens—, te conozco demasiado bien para no darme cuenta de lo que has pasado en estos meses en París. Sé que ésta es tu manera de recibirnos y sé que puedes alargarla cuanto quieras, lo sé. Pero tienes que entender también que nosotros lo hicimos por tu bien, que si te trajimos aquí es porque pensábamos que necesitabas un cambio así, porque te encanta Francia y hablar en francés, y porque en esta clínica estaban los mejores especialistas del mundo. Si nos hemos equivocado te pedimos perdón, te pedimos perdón, no nos gusta nada verte sufrir, pero no nos castigues más. Deja ya este juego, por favor, no nos castigues más. Nosotros también sufrimos al verte así. Sé que puedes entenderme, que estás escuchando, que sabes de lo que te hablo.

José María el reflexivo es una reflexión hacia dentro que en centésimas se vuelca hacia fuera.

—¿Es usted capaz de decirlo en verso también?

—¿Nos vas a perdonar o no?

—Eso no rima.

—Nunca más lo haremos, nunca más te separarás de nosotros, pero ahora dime que te llamas Eduardo.

—Y dale.

—Déjale, le estás atosigando, dale el cuaderno y ya está —dijo Agustina de Aragón.

—Pero qué cuaderno, señora. Si se refiere usted a mi cuaderno de dibujos lo tengo yo, mire, debería prestar más atención.

Dickens movía ahora la cabeza de un lado a otro en pesadumbre negativa. Qué vida tan pesarosa la de Dickens.

—Mire, aquí lo tiene, éste es precisamente mi hermano Dimas, fíjese qué retrato. Le hice aposta ese cuerpo de sapo, Dimas suda mucho, como los sapos.

Dickens miró el dibujo.

—A ver, ¿cuánto tiempo dices que llevas dibujando, hijo?

—Lo primero: no me llame hijo; y lo segundo: ya le he contado la historia, fue el otro día en el Jardín de Luxemburgo cuando empecé a dibujar.

—¿Y cuánto tiempo hace que no ves a ese hermano Dimas que dices que tienes? Al parecer años. Algo no me cuadra.

José María mantuvo la mirada fija en la cara del hombrecillo. Luego miró el dibujo de Dimas. Claro que era Dimas.

—¡¿Me está llamando mentiroso?! ¡Porque si me está llamando mentiroso prefiero que me lo diga a la cara!

Dickens respiró pacientemente.

—No te vas a enfadar. Dime que no te vas a enfadar y que no vas a montar ningún escándalo, Eduardo.

—Si le dejaras no pasaría esto —Añil.

—¿Me está diciendo que miento? ¿Es que no puedo acaso haber hecho el dibujo a partir de una foto?, ¿es que ni siquiera puedo tener una foto de mi propio hermano?, ¿es que acaso usted es un policía encargado de encontrar errores en todas mis palabras? ¡Por Dios, que para investigadores de la verdad ya tuve bastante con mi padre!

José María se guardó el cuaderno indignado.

Dickens habló en voz baja, mirando al frente, como recitando uno de sus últimos textos.

—Ese Dimas es un compañero interno en Epinay y ayer lo pudimos conocer. La que dices que es tu madre se llama Annabel y habla muy bien español porque vivió mucho tiempo en España. Las enfermeras nos contaron que está todo el día peleada con Dimas porque dice que Dimas le roba el dinero, y que todos lamentasteis mucho la marcha de otro interno al que llamabais el catedrático, que tú pretendes decirme ahora que era tu padre y que murió hace mucho tiempo. ¿A quién estás engañando, hijo? ¿A nosotros? ¿A ti? ¿Es que ser Eduardo no te parece que está suficientemente bien? —de nuevo respiró con

profundidad—. Creo que ya hemos tenido suficiente, así que el día que vuelva Eduardo a tu cabeza me avisas, mientras tanto te agradecería que me dejaras descansar un rato.

El hombre emotivo se colocó los auriculares, le dio al + y bajó los párpados. José María no tenía los auriculares puestos ni los ojos cerrados, pero portaba otras muchas corazas extrañas. La realeza implicaba esas cosas, la sangre azul. Uno nunca conoce su destino, y quizá tampoco su origen. Descubrió que al otro lado del hombrecillo cerrado, Añil estaba mirándole. José María rehuyó esa mirada y se dejó caer en su asiento.

Mientras miraba por la ventanilla (su pensamiento hecho uno con la falta de concreción del ficticio espacio exterior) las enfermeras recogieron las bandejas de la comida y retiraron las mesillas-prótesis. Segundos después se atenuaron las luces y las azafatas desaparecieron de la circulación. A su alrededor la gente inclinaba los asientos y se entregaba a la somnolencia o a la observación de aquel documental sobre salmones y sobre osos que se comen a los salmones. ¿Dónde estaba José María?, ¿dónde estaba su pensamiento?, ¿cómo podían estar ocurriendo tantas cosas a su alrededor sin su consentimiento?, ¿quién le estaba otorgando tanta prioridad al mundo?

Ya no se sentía con capacidad para abrir de nuevo la boca. Ahora las cosas, en su fingido reposo, ganaban terreno poco a poco. Como el sonido del avión, que uno aprende a contar con él. Como las personas que nos rodean. Como el sistema al que pertenecemos y obedecemos sumisamente, sin siquiera ser conscientes de que lo hacemos. Miró un instante a su izquierda, al hombre que le había hablado con pasión, y que seguía con los ojos cerrados. Apartó la mirada con dolor y echó su respaldo hacia atrás. No tenía ganas de dibujar. No tenía ganas de cerrar los ojos. No tenía ganas de pensar. No tenía ganas de ser. No era José María, no era Eduardo, no era nadie. Un cuerpo apoyado en el respaldo.

Minutos más tarde las luces se intensificaron de nuevo y las azafatas invadieron el pasillo del avión. Se acercaba una zona de turbulencias. Los asientos debían ponerse en posición vertical y los cinturones abrocharse.

Él obedeció a las consignas. Subió el respaldo y se apretó el cinturón. No quiso mirar los movimientos parecidos de esa persona que tenía al lado. Aquél era un conjunto de personas maduras respetando las normas internacionales. El avión empezó a sufrir los baches, empezó a demostrar que estaba vivo y que mantenerse en el aire no era un trabajo tan fácil como parecía. En uno de los baches más severos, la mano del hombre se apoyó en su brazo y descansó sobre él unos segundos. Tampoco ahora miró al autor de ese movimiento. La mano se volvió a retirar.

Muy poco tiempo después, la zona de turbulencias desapareció. Los indicadores luminosos con el símbolo del cinturón de seguridad en el panel superior se apagaron. Un susurro de satisfacción recorrió el avión a sus espaldas. También ellos, a su izquierda, comentaron algo. Pero, definitivamente, él no estaba capacitado para girar la cabeza. No sabía de qué manera teñir la realidad que tan sibilinamente le asediaba, no sabía de qué manera defenderse de ella.

Entonces todo fue más grave de lo que nadie pudiera imaginar nunca. Un golpe seco, terrible, sordo, sacudió el avión. ¿Qué pasa? En el mismo momento las luces se apagan y las indicaciones de emergencia en el pasillo y en la puerta comienzan a parpadear fatalmente. ¿Qué pasa? Los pasajeros, que han sentido el golpe en su propio cuerpo, sólo saben emitir una respuesta: un grito corto y agudo. El avión se inclina hacia delante, se inclina, pierde altura a una velocidad que al organismo le resulta evidente. Se nota en el estómago, se nota en la vibración de todo el aparato, en los golpes que dan los objetos en los maleteros, en los vasos que ruedan por el suelo, en el silencio por el que las caras pálidas se han decantado. ¿Qué pasa?, ¿qué pasa? Nadie detiene la caída, nadie detiene este intenso temblor, ninguna oración tiene fuerza suficiente para enderezar las cosas. Nunca se ha visto a las azafatas tiradas en el pasillo, pero hoy ocurre. Están agarradas al brazo del asiento que tienen más cercano y se miran entre sí. Hoy no tienen respuestas para nadie. Sólo una pregunta descomponiéndoles la expresión. ¿Qué pasa?, ¿nos ha tocado a nosotros? El avión empieza a dar golpes más intensos hacia arriba. Hacia abajo. Hacia los lados. Persiste su inclinación hacia delante, pero también hacia la derecha, cada vez más inclinados hacia la derecha. ¿Qué pasa? Se abre un compartimento superior y algunas maletas vuelan durante unos instantes, retenidas en el aire, hasta que giran sobre sí mismas y se estampan contra el panel del baño. Nadie grita. Apenas nadie piensa. Toda la experiencia de estas personas se proyecta en una sola orden: esperar, por Dios, tener fe en que las cosas pueden seguir saliendo bien. ¿Qué está pasando? Por favor, que termine ya.

Los segundos son tan largos y angustiosos que nadie es capaz de reconocer la mejoría, que llega muy discretamente. El recelo de todos es muy grande. ¿Quién se atreve a decir que el avión está estabilizándose? ¿Quién se atreve a respirar cuando las sensaciones pasadas están todavía tan encendidas en nuestra piel, en cada parte de nuestro cuerpo, en todo lo que ha sido la totalidad de nuestras existencias, resumidas en sólo unos instantes y a la vez rebatidas? ¿Quién se atreve a decir que el peligro ha pasado cuando el avión sigue notablemente inclinado hacia la derecha? Pues quizá una azafata, que mira a las demás y se levanta, se coloca la falda y

desaparece pasillo adelante, seguida por el resto de sus compañeras, lívidas, y a la vez ya capaces de pedir tranquilidad a la gente. El pasaje se queda solo, no termina de respirar. Pero el avión ha conseguido detener su caída y en seguida la inclinación hacia la derecha también se corrige. Todos se dan cuenta ahora de que el avión está ganando altura otra vez. Al fin suenan voces humanas entre el pasaje, llantos, suspiros.

Él se gira, mira por la ventanilla y su mirada es atraída con fuerza hacia atrás, hacia el ala. Una especie de vapor blanquecino le impide distinguir bien. Se vuelve velozmente hacia el asiento de su izquierda.

—Papá, hay algo pegado al ala, hay algo pegado al ala, mira, mira.

5.

Llegó a casa a las cinco menos cuarto. El taxi la llevó por Bailén, Ferraz y Moncloa, y tardó poco. En el recorrido, Marga trataba de recuperar la historia de Paula, pensar en la nueva vida que su compañera iba a emprender, pero sabía que ya era muy difícil hacerlo. A medida que se acercaba a casa sentía que algo se descomponía en su interior, que la gran nube que hasta ese momento lo había ocupado todo se volatilizaba en cuestión de segundos. Ahora le parecía increíble que la historia de Paula hubiera podido confluir, aunque sólo fuera durante una hora, con la suya. Una hora de coincidencia en la comida, y luego cada existencia se alejaría por caminos bien distintos. Como dos larguísimas vías de tren que se cruzan en forma de aspa y que a lo mejor nunca más vuelven a encontrarse.

Nunca le había gustado coger taxis en solitario. En ellos se sentía especialmente observada, prisionera. Era extraño plantarse en el asiento de atrás y dejar que el taxista te llevara donde le dijeras. Era contrario a Marga, tan activa y a la vez tan amante de su libertad y de su anonimato. En cierto modo lo vivía como una derrota, una derrota que había de vivir en silencio, mirando por la ventanilla, en un tiempo de espera inútil. Puede que la vida se pareciera a esto y que a una le quedara tan poca faena como acomodarse en un asiento, mirar un rato por la ventanilla y dar palique al conductor. Pero Marga se rebelaba contra esta posibilidad. En realidad ahora lo único que quería era llegar a casa antes de que su hija Susana se hubiera ido.

El taxi subió por Boix y Morer y la dejó en la esquina con la avenida de Filipinas. Caminó hasta el portal, se alegró de no encontrar al portero al otro lado del mostrador y no tener que saludarle, y entró en el montacargas, el único ascensor que estaba abajo. Por primera vez en todo el día, Marga tenía pavor a enfrentarse con lo que le había ocurrido, el escenario del crimen y el escenario de muchos años de convivencia. Y tenía pavor a una liturgia, la liturgia del que quizá fuera el primer regreso a casa de una nueva era.

Giró la llave a la derecha, el resbalón de la cerradura se encogió con un golpe seco, y la hoja de la puerta respondió al movimiento del brazo, dejando ver el parqué del suelo y luego el pasillo en su totalidad.

—¿Susana?

La voz de su hija respondió desde el cuarto de baño.

—Estoy aquí, ahora salgo.

Marga dejó las llaves en el secreter, y el impermeable y el bolso en el perchero, y fue a esperar en el salón, tan ordenado y limpio como acostumbraba a dejarlo Caty, la asistenta. Se sentó en el mismo borde del sofá, en el extremo de la derecha, y giró su cuerpo hacia la izquierda, hacia el pasillo, ansiando ya la llegada de su hija. De inmediato se levantó, recorrió de nuevo el pasillo, sacó el tabaco y el mechero de su bolso y volvió al salón. Era un misterio saber cómo conseguía la asistenta dejar las mesas completamente despejadas, libres de cartas, folletos, periódicos y chismes de toda índole. Era un misterio saber por qué siempre tenía que apilar todos los ceniceros limpios y guardarlos en el aparador, si lo primero que iba a hacer Marga cuando llegara a casa era sacarlos. Era una especie de lenguaje secreto que a la asistenta le gustaba hablar, dejar en cada objeto el sello reconocible de su paso por la casa.

Se encendió un pitillo. Miró a la librería y le resultó demasiado conocida, fatigosamente familiar. Marga necesitaba sentir que todo era en cierto modo nuevo. Que aquélla no era la misma casa de todos los días. Necesitaba poder creer en alguna historia: por ejemplo, que era ella, efectivamente, la que estaba dejando a Charlie, la que emprendía una aventura nueva, loca, emocionante. Que estaba empezando a vivir, como Paula, como los enamorados. Pero ahora resultaba ya muy difícil pensar así.

Ni siquiera había entrado a su habitación. Ni siquiera sabía si Charlie habría vuelto a casa en algún momento de la mañana o si le habría contado algo a Susana. Prefería no saberlo, o mejor dicho, prefería (se lo imponía en un ejercicio de voluntarismo) que aquello que hubiera ocurrido le resultara completamente indiferente. A partir de ahora sería ella lo único importante, y no Charlie. Le traía al pairo lo que hubiera hecho o dicho ese mequetrefe. Ya está.

Sonó la puerta del baño y apareció Susana disfrazada de viernes. Se había empolvado la cara de blanco y dado pinceladas de rosa tanto en los labios como en los pómulos y los párpados. El rímel le señalaba las pestañas, pero a la vez, desde el punto de vista de Marga, escondía la belleza natural de los ojos oscuros de Susana. Tan pintada, su cara parecía más grande, pero estaba muy guapa. Tenía empapada la ancha pelambrera rizada, y probablemente engominada, aparte de teñida de un rojo muy oscuro desde hacía algunos meses. Por lo demás, llevaba el ombligo al aire, como era habitual, una camiseta ajustada de manga larga, una minifalda vaquera que le ensanchaba las caderas y unas botas de piel por debajo de la rodilla.

—Hola.

—¿No me das un beso?

Susana rodeó el sofá y le dio un beso a su madre.

Marga sintió en el cuello el roce del pelo mojado de Susana.

Susana se dejó caer en el sofá, a un metro de su madre.

Marga pensó que en la calle hacía frío y que ese pelo mojado... Se reprimió.

—Estás muy guapa.

—Vale.

—¿Has comido bien?

—Mamá, por favor.

—Ay, qué calvario —dijo Marga teatralmente—. Pobrecita mía que tiene que soportar a una madre preguntona.

—Tengo un poco de prisa.

—Vale, vale. ¿Ha llamado papá? —lo preguntó, de su boca salió esa pregunta.

—Creo que no. He estado en mi cuarto, tampoco estoy segura.

—Ya.

El pitillo de Marga se estaba consumiendo entre sus dedos. Lo miró y lo apagó en el cenicero, sin dar siquiera una última calada.

—¿Qué vas a hacer?

—No sé. Hemos quedado en casa de María.

—¿Vais a hacer botellón?

—Ay, mamá, no hacemos botellón, qué chorrada.

—¿Qué hacéis entonces?, ¿adónde vais?, ¿vais a la discoteca?

—Que no, nos quedaremos en casa de María, o nos daremos una vuelta, yo qué sé.

—Y si una amiga te ofrece una pastilla, ¿tú qué dices?

—¡Mamáááá!

—Vale, vale.

Marga sonrió. Recorrió con su mirada el cuerpo sentado de Susana, de los pies a la cabeza. Pensó que no dejaría que nada de lo que le sucediera a ella con Charlie afectara a su hija, que no permitiría de ninguna de las maneras que la adolescencia de su hija se estropeara por culpa de un par de padres inmaduros.

Susana jugaba con el dobladillo de su minifalda vaquera. Marga le sujetó la mano y se la retuvo entre las suyas.

—¿Vas a ser inteligente?

—Superinteligente.

—Quiero que seas la más inteligente de todas tus amigas.

—Bueno... —Susana hizo amago de escabullirse.

—Si eres inteligente ahora, si te demuestras a ti misma y a los demás que eres inteligente y que puedes imponer tu criterio, lo agradecerás toda la vida. Ninguna otra edad te va a exigir tanta inteligencia como ésta. Y eso no significa que no te lo pases bien, o que no transgredas ciertas cosas, pero eres tú quien tiene que

controlarlo.

Susana asintió y sonrió con superioridad. Se liberó y se puso de pie.

—Si quieres puedes llegar a las once —dijo Marga—. Si por lo que sea te vas a retrasar, me llamas con el móvil.

—¿A las once? Gracias —dijo Susana.

Dio un beso a su madre.

—Mira, me he puesto tus medias, muchas gracias.

La mirada de Marga se dirigió entonces a las rodillas apenas visibles de su hija, y al reconocer las medias de cebra, sus favoritas, se acordó del arrebato que esta mañana le había llevado a regalárselas. El trecho de media a la vista era tan pequeño que el efecto de cebra apenas podía percibirse, pero si a Susana le gustaban así...

—¿Te gustan? —preguntó Marga.

—Claro.

—Me alegro mucho. Me encanta que las lleves puestas. Así no te olvidas de lo que te quiero.

Susana se rió y se agachó para darle otro beso a su madre.

—Adiós.

Tomó rumbo a su cuarto. Cuando iba por el pasillo Marga le dijo:

—Te quiero mucho, hija. Sabes que yo nunca podría abandonarte por ningún motivo.

—Vale —oyó Marga que decía su hija, sin detenerse.

Un momento después, Susana se asomó a la puerta del salón, con su pequeño bolso cruzado en bandolera, y dijo adiós con la mano derecha, cerrada alrededor de su teléfono móvil. Luego, con un solo golpe, la puerta de la entrada se cerró.

Marga no se movió ni un ápice de su sitio, como si tuviera miedo de romper alguna clase de equilibrio al hacerlo. Como si muchos objetos a su alrededor pudieran empezar a derrumbarse con sólo agitar el aire que los rodeaba.

Pasado un tiempo, seguramente bastantes minutos después, se levantó, observó el sofá, ahuecó un poco la cortina, aplastó con la punta del pie la esquina doblada de la alfombra y se dirigió a su dormitorio. Quiso que volviera esa euforia que la invadió tras la increíble comida con su compañera Paula, esa perspectiva soñadora que la hacía protagonista de su propia vida, y no víctima. Quiso que volviera el bienestar, el embrujo del viernes, pero al desplazarse por la casa sintió que arrastraba una extraña estela, como un incómodo velo de novia. Antes de entrar al dormitorio levantó el auricular del teléfono para escuchar el contestador. El servicio contestador de telefónica le informa de que no tiene mensajes.

En los diecisiete años que llevaba viviendo en esa casa, no había conseguido aprenderse cuál era el interruptor del dormitorio, cuál el del pasillo de armarios y cuál el del baño. La sacaba de quicio:

ninguno coincidía con lo que cabría esperar y eso suponía dos o tres intentos inútiles cada vez que quería encender alguna luz. El dormitorio olía al ambientador del baño. Caty lo había dejado tan ordenado como siempre. Se quitó los zapatos y comenzó a desvestirse, quizá con la esperanza de desprenderse también de ese molesto velo anclado a su cuerpo.

Desnudarse no fue una liberación. Era demasiado consciente de todo. Conocía demasiado bien aquel olor del ambientador, aquella ficticia luminosidad que creaba la cortina de color crudo, las texturas de cada objeto, de la colcha, del suelo, de las paredes, lugares donde las vivencias de tantos años se habían impregnado definitivamente. Al ver sobre la cama la ropa que acababa de quitarse pensó que más tarde, en esa misma noche, a lo mejor salía a algún lado con aquellas mismas prendas con las que se había visto tan guapa en el espejo del portal. La falda por encima de la rodilla, la camisa negra, los zapatos granates, la chaqueta de ante. No guardó nada en el armario. Necesitaba hacer algo, necesitaba pensar que lo iba a hacer, que eludiría la memoria acumulada en los objetos a su alrededor, lentos de reflejos, incapaces de adaptarse a la nueva situación, la que esta mañana había quedado inaugurada. ¿Esta mañana? ¡Si parecía que había pasado un mes!

Se miró al espejo y tuvo la impresión de que los manchurrones que poblaban su piel, esos patéticos lunares del tamaño de pelotas de tenis, estaban menos rojos. O a lo mejor no. Se miró en el espejo del baño, que era donde estaba habituada a verse, y comprobó que estaban igual de rojos. Eran los mismos, los mismos, los mismos de siempre. A una le daban ganas de borrarlos, de coger el estropajo de aluminio y frotar hasta acabar con ellos, aunque doliera, aunque saliera sangre, aunque fuera mucho peor el remedio que la enfermedad. Nunca había detestado tanto esas manchas como las detestaba ahora. Sentía que eran una invasión de su persona, que no venían de ella, que eran como parásitos encargados de señalarla y de lastrar su libertad. Antes era capaz de sobrellevarlos, ahora no. No quería nada en su cuerpo que no fuera ella misma. Si estaba sola, se quería sola, así de fácil.

Sintió un picor inaplazable en una de las manchas de la espalda, la que coincidía con el broche del sujetador. Abrió el armario para buscar la crema hidratante y refrescarse un poco la zona. ¿Qué había pasado? ¿Por qué la balda de arriba estaba así?

Salió zumbando del baño. Bordeó la cama. Abrió el armario de Charlie. Estaba vacío, completamente vacío. El orden obsesivo de camisas, corbatas y trajes había dado paso a un silencio tan anónimo como pulcro, que sólo una persona en el mundo podía haber propiciado. Abrió un cajón, miró la mesilla, volvió al baño. Todo, se lo

había llevado todo. Como un ladrón, a escondidas, sin dar la cara, le había robado una parte de su vida, y, muy propio de él, había tenido el cinismo de dejarlo todo limpio, todo equitativo, todo (cuanto quedaba) en su sitio.

Marga se puso un pantalón cómodo.

¿Cuántas maletas había necesitado Charlie para llevarse toda su ropa?

Una camiseta de manga larga.

¿Cuántos viajes había hecho hasta el coche? ¿Había tenido ayuda? ¿Había coincidido con Caty? ¿Y con Susana? ¿Había coincidido con Susana? ¿Le había contado algo?

Fue a por el bolso, colgado en el perchero de la entrada.

¿Se había llevado más cosas aparte de su ropa? ¿Había algo más que pudiera importarle en aquella casa, algo que no fuera fácilmente reemplazable a golpe de tarjeta Visa?

Sacó su teléfono móvil y marcó.

¿Dónde demonios se lo había llevado todo?

—¿Charlie?

—¿Qué quieres?

—¿Puedes explicarme qué está pasando, querido? Empiezo a tener una ligera curiosidad —se sentó en el sofá del salón.

—Ya te lo he explicado, Marga, no era ninguna broma.

—¡Pero ¿qué me has explicado, anormal, si no has hecho más que lloriquear y salir corriendo?!

—Marga, por Dios, ahora no puedo hablar.

—¡Cómo que no puedes hablar! ¡¿Pretendes decirme que no puedes hablar conmigo, que tienes cosas más importantes que hacer?!

—A ver...

—¡¿Qué hago?, ¿pido cita a tu enfermera o espero a que me llames esta noche cuando estés menos liado?!

—A ver, Marga, no perdamos los nervios...

—Voy a ser muy clara, Charlie. Si te vas, te vas. No vuelves a pisar esta casa, no vuelves a cruzar palabra conmigo y no pienses ni remotamente en volver mendigando el perdón.

—Está todo decidido. Me he llevado la ropa.

—Huy, qué bien, qué previsor.

—Marga, esto ya no tenía sentido, hay que saber aceptarlo, a mí también me duele...

—A mí no me duele, me estimula, no sabes cómo me estimula. Y me gustaría que al menos tuvieras la valentía de confesar la verdadera razón por la que te vas.

Charlie no respondió. Marga creyó oír algún ruido al otro lado de la línea. Tuvo la impresión de que Charlie estaba atendiendo otra cosa, quizá hablando con alguien.

—Vamos a dejarlo, ¿vale? —dijo Charlie entonces.

—¿Dónde estás? Los viernes no tienes consulta.

—Marga, por favor.

Marga quiso no haber hecho la última pregunta, quiso haber resistido aquella tentación infantil y aparecida a traición. Colgó el teléfono. Sin fuerzas. Cualquier forma de pensamiento, de sentimiento, de acción, era ahora suplida por un tenue zumbido que ocupaba sus sentidos. Ni siquiera era capaz de saber si aquel zumbido procedía de sí misma o de su entorno, o, probablemente, de todo a la vez. Dio a un botón del mando a distancia del televisor, quizá para apagar el zumbido, quizá para velarlo.

—... insistimos en que hasta el momento éstas son las únicas imágenes difundidas sobre lo ocurrido en Japón, y que seguimos a la espera de poder contactar con nuestro redactor desplazado al aeropuerto de Barajas, donde, como venimos informándoles, un avión de la compañía Iberia que realizaba el vuelo París-Madrid ha efectuado un aterrizaje de emergencia con un problema en el ala derecha, problema que, según parece, podría estar relacionado con los sucesos de Japón y Turquía.

Era la presentadora habitual del telediario de la primera cadena. Estaba consultando sus notas y hablaba muy lentamente. Eran más de las seis menos cuarto, una hora a la que, según entendía Marga, aquella mujer no acostumbraba a salir en pantalla.

Aparecieron unas imágenes un tanto caseras de una ladera cubierta de nieve en la que un extraño objeto envuelto en vapor dejaba ver su superficie de apariencia viscosa, gris y brillante. Parecía bastante grande. A continuación la imagen cambió a un largo plano aéreo de la estación de esquí y del amplio cerco policial, un polígono irregular totalmente rodeado de esquiadores curiosos e informadores que se había formado alrededor del objeto. La presentadora se limitó a describir con algunos titubeos las imágenes que se veían en pantalla, en Sapporo, en la isla japonesa de Hokkaido, repetía una y otra vez. A la hora de referirse a aquella masa gris, seguía utilizando las palabras «formación», «objeto» y «fenómeno».

Las imágenes se interrumpieron. La presentadora habló entonces del caso de Turquía, del que todavía no había imágenes, y en el que al parecer un objeto de apariencia similar al caído en Japón se había encontrado sobre el tejado de un restaurante de carretera en una localidad del interior. Una especie de chisporroteo la hizo callar. Se incorporó un poco sobre la silla, ladeó la cabeza y se dirigió a los espectadores con un brote de energía renovada.

—Bien, nos comunican que en este momento podemos conectar con nuestro compañero desplazado al aeropuerto de Barajas. ¿Cuál es la información que tenemos en este momento sobre lo sucedido, Juan

Carlos, qué últimas noticias podemos ofrecer?

—Pues en este momento, Ana, la información es confusa y nos llega con cuentagotas. Como podéis imaginar las medidas de seguridad son muy grandes y las restricciones que estamos encontrando los informadores también —el redactor, un chico delgado y de apariencia nerviosa, se encontraba cerca de un acceso al aeropuerto, desde el que se veía, a su espalda, la Terminal 4, con sus característicos techos ondulados—. Tratando de ordenar la información de la que disponemos en este momento podemos decir que a las tres y cincuenta y tres minutos de la tarde un Airbus A319 que realizaba el vuelo París-Madrid IB3435 de Iberia ha efectuado un aterrizaje de emergencia en la pista de esta terminal, y que, como habéis relatado, el avión llevaba una formación adosada al ala derecha, una masa gris abrazada a su parte trasera y superior y que parece haber dañado parcialmente la estructura del ala, aunque no de gravedad. Sobre el origen y composición de este objeto no disponemos todavía de mucha información, pero por aquí, Ana, nadie parece dudar en relacionarlo con las formaciones aparecidas en Japón y Turquía, dadas las evidentes semejanzas que parecen existir en los tres casos.

Marga se echó hacia delante y apoyó los codos casi sobre sus rodillas. ¿De qué demonios estaban hablando? ¿Qué cuento de ciencia ficción era aquél? ¿Qué película iban a contarles ahora? No lo sabía, pero estaba dispuesta a escuchar lo que le narraran. En realidad ahora no era muy consciente de su existencia, ni de sus movimientos, y ése era un fin en sí mismo nada despreciable.

—El caso, Ana, es que tras tomar tierra, el aparato, suponemos que recibiendo órdenes desde la torre de control, se ha detenido en uno de los itinerarios de acceso a la terminal, donde permanece quieto. Hay quien dice que en primer lugar el Airbus de Iberia se ha acercado a la terminal y que entonces se le ha obligado a alejarse, pero esta última información acaba de sernos desmentida por algunas personas con las que hemos hablado y que han podido ver las maniobras desde diversos ventanales de la terminal. Asimismo —volvió a mirar sus notas—, parece que tras este aterrizaje se han suspendido tanto los despegues como el resto de los aterrizajes previstos y que todos los aviones con destino a esta terminal han sido desviados a otros aeropuertos cercanos. Por último tenemos que decir, Ana, que lo que ha desatado todas las alarmas tanto entre el personal del aeropuerto como entre los viajeros que en ese momento había en la terminal han sido precisamente las enormes medidas de seguridad que se han desplegado a partir de ese instante. Puedo decirte que el nerviosismo por aquí es enorme, la terminal está siendo desalojada por la policía, y según nos dicen nadie entiende casi nada y nadie está recibiendo explicaciones de lo que pasa.

El corresponsal explicó que la terminal se había cerrado por completo al tráfico aéreo y que el estado de tripulación y pasaje era, según se creía, bueno.

—¿Puedes ver el avión desde tu posición, Juan Carlos?

—Sí, muy lejanamente —el redactor se giró un momento hacia su espalda—. No sé si la cámara podrá captar la imagen del avión detenido, allí —señaló hacia el punto exacto, a la izquierda de la gran terminal que acaparaba la mayor parte del plano—, a la izquierda, si os fijáis, aun desde aquí puede apreciarse la existencia de algo que oscurece parcialmente el ala derecha.

La cámara luchaba por encuadrar, ampliar y enfocar el lejano avión en el atardecer invernal. Efectivamente, algo oscuro abrazaba el ala de aquel solitario aparato.

¿Qué era aquello?

Ahora sí, Marga sintió un cosquilleo de nervios en el estómago. Aquella mancha oscura le asustó más de lo que hubiera podido imaginar un par de minutos antes. Probablemente empezó a entender lo extraordinario de las noticias. Se encendió un cigarrillo. La verdad es que no tenía muy buena pinta. Por un momento se le ocurrió relacionar todo aquello, en algún sentido, no sabía cuál, con el comportamiento del anormal de... pero se acercó el cenicero, no quería pensar más en eso. Sólo quería escuchar, atender, ver. Después de todo se encontraba mucho mejor de lo que se había encontrado en toda la tarde.

—En el caso de Japón, Juan Carlos —dijo la presentadora—, se ha mencionado la posibilidad de que la formación aparecida procediera de las capas más altas de la atmósfera o incluso del espacio exterior. ¿Se comenta por allí algo en este sentido con respecto al avión español?

—Nadie se atreve, Ana, a aventurar nada todavía. Nuestra impresión es que por el momento no se descarta ninguna hipótesis, ¿quizá un fenómeno meteorológico?, ¿quizá una avería?, ¿quizá un ataque terrorista? Lo que sí parece confirmado es que tal y como ha sucedido en Japón, la formación adherida al ala ha sufrido algunas transformaciones visibles que afectan a su fluidez y a su consistencia y que probablemente, como han explicado algunos expertos de aquel país, esto puede deberse a los cambios de temperatura que sufre la sustancia en cuestión, sea cual sea.

¿Qué extraño hilo invisible recorría todas las cosas que estaban sucediendo hoy?

¿Existía tal hilo?

¿Había algún ente superior al que responsabilizar de estos nuevos acontecimientos, alguna clase de voluntad encargada de manejar los hilos y socorrer a Marga cuando las cosas se ponían más difíciles?

En el estudio, junto a la presentadora, había ahora un hombre de mediana edad y aspecto saludable, al parecer piloto y autor de varios libros de divulgación sobre cuestiones aeronáuticas.

—No, no, sin duda esto no es algo frecuente. En primer lugar porque en principio no es normal encontrarse objetos flotando en la atmósfera, y menos de estas características, y en segundo lugar porque tengamos en cuenta que un avión vuela a una velocidad entre cuatrocientos y mil kilómetros por hora, y a esa velocidad, como comprenderán bien nuestros espectadores, el contacto con cualquier otro objeto sólido o incluso líquido generaría un impacto verdaderamente tremendo, pero poco más; quiero decir que es difícil imaginar que a una diferencia relativa de casi mil kilómetros por hora pueda producirse un fenómeno de adherencia o de ensamblaje como aparentemente es el que nos ocupa.

Aquel tipo mostraba una delectación con las palabras que sólo es posible encontrar en un hombre, pensó Marga, y no quiso pensar más en hombres sino en sustancias extrañas, fenómenos sobrenaturales.

—Es cierto que en algunas ocasiones se han encontrado restos de globos aerostáticos meteorológicos dentro de un motor, o que fragmentos de hielo ocasionalmente grandes han podido impactar alguna vez contra un avión, o a veces se ha hablado de la posible existencia de algas o incluso de ciertos anfibios en algunas nubes con condiciones de presión y temperatura muy específicas... pero, sinceramente, no creo que sea ninguno de éstos el caso que nos preocupa en el Airbus de Iberia. Además es importante señalar que la sustancia en cuestión se encuentra en la parte de atrás del ala, y eso nos debe hacer pensar en la posibilidad de que sea el avión el que haya sido alcanzado por algo que llevaba una velocidad mayor. ¿El qué? Sinceramente, no lo sé.

El experto explicó que en cualquier caso no había que descartar la hipótesis de que esos objetos fueran meteoritos, aunque si lo fueran deberían ser compuestos muy resistentes al calor y capaces, a lo mejor por su ligereza y elasticidad, de llegar a la tierra a velocidades relativamente bajas, lo suficientemente bajas para no descuartizar el ala de un avión tras el impacto o para no dejar un cráter en el terreno.

—Quizá al ciudadano de a pie puede parecerle increíble o fantasiosa esta posibilidad, pero a quien, como yo, haya pasado más de cincuenta mil horas de su vida atravesando los cielos de este planeta en la cabina de un avión, sin duda no le resultará tan extraño.

Marga apagó el cigarro en el cenicero. ¿Meteoritos? ¡Qué raro era todo!

La presentadora agradeció la presencia del experto aeronáutico y dio paso a una redactora desplazada al Ministerio de Fomento, que informó de que la ministra estaba siguiendo el caso muy de cerca y

que se mantenía en contacto permanente con el presidente del Gobierno.

Marga dejó de escuchar.

Se levantó. Se acercó al ventanal y dejó que una parte de ella lo atravesara. Hacia el este, más allá de las instalaciones deportivas que había bajo su casa, el cielo oscurecía. ¿Qué estaba pasando?

6.

Tras comer un bote de judías verdes, Pedro se había echado una siesta de más de dos horas. Desde que vivía en la nave le resultaba más fácil dormir de día que de noche, no porque la noche, el viento o los ruidos diversos en las naves de al lado le dieran miedo, sino porque durante el día los objetos de alrededor le arropaban lo suficiente para reposar su pensamiento, detenerlo y conducirlo hasta el vacío mental y el sueño. De noche, en cambio, la oscuridad reinante era incapaz de acotar el pensamiento, que se retroalimentaba fácilmente y cogía velocidad en cada uno de los descensos fatales que uno pudiera imaginar.

A las cuatro menos diez de la tarde se encontró con los ojos abiertos y muy descansado: la siesta le había preparado definitivamente para ser una persona del mundo que tiene citas con mujeres, en este caso mujeres de piel clara y pelo corto, como Luz Pérez Veiga, la periodista. Encendió la estufa del baño y se metió en la ducha. Salía abundante vapor de las gotas de agua, pero el plato de loza seguía frío. Antes se calienta un cuerpo que una gruesa pieza de loza blanca. La temperatura del agua era muy alta, desde luego, pero la falta de hábito le hizo pensar a Pedro que podía ser lo normal. Estaba con la cabeza gacha bajo la alcachofa, como si por principio quisiera respetar la verticalidad del agua, como si quisiera entablar con ella un diálogo de tú a tú. Los brazos le colgaban inertes a ambos lados del cuerpo. Cuando se balanceó ligeramente hacia atrás y la lluvia de perdigones cayó también sobre sus antebrazos y sus manos, sintió la altísima temperatura del agua en las yemas de los dedos, en aquel lugar que se quemó por la mañana, cuando intentó agarrar la extraña sustancia viscosa que encontró en la loma.

Luz Pérez Veiga era una chica de unos veinticinco años que, recién salida de la carrera de periodismo, hacía colaboraciones para algunas de las revistas del grupo editorial de su padre. No lo ocultaba, al menos a Pedro fue lo primero que le dijo, con la mayor naturalidad, sin un ápice de orgullo ni tampoco de ironía: «Es de mi padre, se supone que yo estoy aprendiendo, pero en realidad hago lo que quiero, allí soy la niña mimada». Pedro ya lo sabía, porque su propio padre, que era quien le había conseguido el contacto, y que por su parte también realizaba ocasionalmente diseños para el grupo del

padre de Luz, ya le había advertido. También le había dicho que Luz era una chica joven y guapa. Sin embargo, la primera vez que oyó a Luz, por teléfono, Pedro no pudo dejar de imaginar a una mujer mayor al otro lado de la línea: tanta pausa, mesura y fragilidad tenía su voz que imaginó algo parecido a una profesora buena y tranquila, de vida sosegada y cultural. Quedaron en un café de la calle Fuencarral que Luz conocía y Pedro no. Ella quería escribir algo sobre Pedro pero todavía no sabía bien el qué.

No era frecuente. En realidad no había ocurrido nunca: que a estas alturas viniera alguien interesándose por su pintura o por su forma de vida; que a alguien se le ocurriera dejar un mensaje en ese móvil que Pedro se preocupaba de encender sólo en ciertas ocasiones, cuando por algún motivo quería saber la hora exacta; que su padre tuviera a bien recordar que su hijo era pintor e incluso fuera capaz de hablar de algo así con alguien; y, en definitiva, que Pedro hubiera de manejar con naturalidad una conversación telefónica con una periodista desconocida y una posterior cita en pleno corazón de Madrid.

—Hola, ¿eres Pedro, verdad? —dijo aquella cara que se acercó a su mesa en el café de Fuencarral. Cuando ella se sentó, Pedro ladeó la cabeza y casi diseccionó su rostro con los ojos. Pero más que la cara, fueron la mirada y la voz las que resultaron muy confortables para Pedro. Ya no era posible imaginar otro cuerpo ni otra persona en aquella voz, pero sí era agradable descansar en ella, dejarse envolver por una mirada que te respetaba, que por algún motivo establecía una complicidad contigo. Muchos recelos, acumulados en un proceso de sedimentación lenta en los últimos años, desaparecieron en un momento.

—Me he adelantado un poco —dijo Pedro, ya cómplice, y Luz se rió.

Estuvieron más de una hora hablando. Luz preguntó algunas cosas a Pedro. Era muy tranquila, lejos de cualquier prejuicio que Pedro pudiera tener sobre las mujeres o sobre las periodistas o sobre las personas en general. Pedro explicó cómo era su nave y también algo, no mucho, de por qué se había ido a vivir a un sitio así. No era fácil de explicar. Ella le dijo que muchos pintores escogían esa forma de vida, y puso algún ejemplo. A Pedro le gustaba oírla. Sus labios eran tan finos que no podían dar forma a la voz, apenas un hilo neutro que emergía de la laringe o de un lugar similar.

Luz preguntó a Pedro en qué trabajaba ahora. Pedro dijo que estaba aprendiendo a pintar otra vez, que no es que quisiera ejercitarse para pintar mejor, que lo que le gustaba era el momento de aprender, ese instante sublime en que se pasa de no ser nada a serlo todo.

—Es como si tú —dijo, entusiasmado con la idea— aprendieras a montar en bici otra vez. ¿Ha habido en todas las veces que te has subido a una bici un momento más maravilloso que ese en el que por

primera vez te mantuviste en equilibrio sobre las dos ruedas y sin dejar de mover nerviosamente el manillar avanzaste por ti sola unos cuantos metros?

—Es muy bonito —dijo Luz—. Eso sólo lo puede hacer alguien que ama mucho la pintura.

—Yo he llegado a odiar la pintura —dijo Pedro.

—¿Sí? —preguntó Luz. Luego dijo que su idea era preparar una semblanza corta para la sección de Personajes de la revista, pero que estaba pensando que con la excusa del estudio y tal, podría intentar hacerle un reportaje más amplio.

—Eso suena bastante bien. A lo mejor este reportaje es como tu primer viaje en bicicleta, y es el propio reportaje el que te descubre a cada momento el camino, más allá de todo lo aprendido anteriormente, de todos los esquemas mentales que ya tienes sobre cómo hacer un reportaje. Podemos intentarlo.

Luz sonrió.

—La no periodista entrevista al no pintor —añadió Pedro.

Luz propuso quedar al cabo de dos viernes, y preguntó cuál era la mejor manera de llegar a su casa para alguien que no tenía coche. Es decir, su caso. En tren, dijo Pedro, a las seis en la estación de Alcalá.

Se afeitó en la cocina. Debía de ser una de las pocas personas que todavía utilizaban brocha y jabón para afeitarse. Tras embadurnarse bien, y dejar que el jabón ablandara la barba, puso una hoja nueva en la cuchilla, la metió bajo el chorro de agua caliente y empezó con pulso firme a segar la alfombra tupida de pelos, sonora pero bien camuflada tras la espuma. El espejo que había colgado en la balda era muy pequeño, y Pedro no podía moverse mucho si quería que su cara permaneciera encuadrada en él. Con la barbilla enjabonada, el pelo mojado y echado hacia atrás y la mirada limpia y brillante después de la siesta y la ducha, Pedro parecía de nuevo un jovencito sin curtir, un chaval de veintipocos que todavía no había cambiado la piel.

Se puso los pantalones de pana gruesa, camisa y dos jerséis, el segundo de cuello alto y lana virgen. El frío en la moto era siempre superior a lo que uno podía sospechar previamente. Cargó la estufa, dejó todo bien colocado y salió afuera. Estaba anocheciendo ya. El cielo estaba en esa fase en la que parece empeñado en demostrar que se sabe todos los colores. Ahora eran el rosa, el violeta, el morado, el azul, el... ¿negro? Saludó a Constable desde lejos y se acercó a su viejo ciclomotor. El suelo de tierra contiguo a la nave estaba húmedo, pero había perdido la dureza que mostraba por la mañana tras la helada nocturna. En realidad hoy había hecho bastante bueno, lo que ocurría era que ese trozo de suelo, siempre al norte, no acababa de secarse en todo el invierno. Al abrir el candado de la moto pensó que era la segunda vez en el día que soltaba una cadena. Pero ni la moto ni

Constable tenían la autonomía suficiente para utilizar su propia libertad. Como los esclavos de Platón, que ni siquiera sospechaban que hubiera un mundo más allá de su mundo de sombras.

Iba siempre sin casco, y muy despacio. Tampoco la moto daba para mucho. Donde más notó el aire frío de finales de noviembre fue en los ojos, siempre húmedos y forzosamente expuestos. La carretera estaba ya muy negra y en el horizonte, a la derecha, por encima de Madrid, todavía quedaban algunos tonos puros, con una frialdad más de acrílico que de óleo. Cuando llegó a la estación notó un ambiente extraño, pero lo cierto es que él solía vivir con extrañeza casi todos sus bautismos sociales tras tantos días de aislamiento.

Había corros en el vestíbulo, dos corros de gente a los que algunos recién llegados trataban de asomarse para coger tajada. ¿Acaso regalaban algo? Las caras eran serias y el volumen de voz no muy alto. Pedro se detuvo un momento, tratando de discernir si realmente estaba pasando algo raro o era a él a quien le pasaba algo raro. Decidió que todo era normal y salió al andén a fumar un pitillo y esperar. Dio por sentado que era aquél el andén del tren de Madrid, o mejor dicho, dio por sentado que era allí donde él iba a esperar, caminando de un lado a otro, demorando su vista y su pensamiento en cada una de las conexiones de las vías con las traviesas, de las baldosas oscuras que pisaba con las más claras que no pisaba, de las puertas del edificio con sus bisagras, de las ventanas con los cristales, de los bancos con los soportes metálicos y de los soportes metálicos con el suelo, baldosas oscuras y claras, baldosas oscuras y claras.

—Perdone —le profirió un hombre mayor con el pelo blanco a cepillo y la cara llena de pliegues como un bulldog—, ¿tiene usted fuego?

Pedro sacó el zippo del bolsillo del pantalón, lo abrió con fuerza y lo acercó al cigarrillo de aquel señor.

—Muy amable —con la misma mano que sujetaba el pitillo, el hombre señaló hacia las vías—. Parece que traen retraso, todos los de Madrid.

—Sí —dijo Pedro riendo abiertamente, como si ésa fuera la respuesta correcta que debía dar a ese comentario. Entonces se dio cuenta de que su risa era absurda y que había comprendido las palabras de su interlocutor demasiado tarde, algo que por alguna circunstancia solía ocurrirle con la gente mayor—. ¿Ah, sí? ¿Todos los de Madrid?

—Eso dicen.

—Vaya.

Pedro miró hacia el final del andén, hacia la entrada oeste de la estación, por donde venían los trenes de Madrid. Las filas de postes, señales y cables que en su fuga parecían inclinarse ligeramente hacia

la izquierda destacaban en negro sobre un fondo de azul intenso casi ultramar. Se volvió. Quiso que el fumador anciano hubiera desaparecido. Era de esa clase de personas que sólo buscan a los demás para darles malas noticias. Pedro hizo amago de entrar de nuevo al vestíbulo.

—Para mí que ahí hay algo raro, se están callando algo.

—Sí —dijo Pedro, que interrumpió su marcha, y que por supuesto no entendió nada.

—En lo de Barajas, digo.

—Ya, ¿me permite un instante?

Pedro dejó plantado al hombre y entró al vestíbulo. No quería ni volver la cabeza. No quería ni pensar que hoy, precisamente hoy, precisamente en la estación, algunas cosas estaban empezando a salir mal. Los corros se habían dispersado en grupos más pequeños. Al pasar cerca de uno de ellos volvió a oír la palabra «Barajas», que no le gustó.

Preguntó en taquilla. Le dijeron que el tren de Luz llegaría con retraso, y que el último tren de regreso era a las once y veintiséis. Se sentó en un banco y observó el suelo entre sus rodillas. Tiró el pitillo y lo pisó. Media hora en el mundo. Intentó no pensar en nada.

Al rato la voz del anciano agorero le sacó de su somnolencia.

—Hasta luego —dijo camino de la calle—. Ya falta poco.

Señaló con el pulgar hacia su espalda y se marchó. Al parecer toda la labor de aquel hombre había sido esperar al tren, pero no a nadie que viniera dentro. Una de esas personas cuya única misión ya en el mundo era saber hasta qué punto las cosas se adaptan a la tradición. Seguramente a aquel hombre le produciría el mismo placer que el tren llegara a su hora como que se retrasara. Ambas cosas ponían de manifiesto la misma circunstancia consoladora: que existían las rutinas, que existían los horarios, que nadie se había olvidado de darle cuerda al mundo.

Minutos más tarde llegó el tren. Pedro esperó en medio del andén a que se bajara toda la gente. En seguida se vio envuelto y casi arrastrado por la masa de viajeros, que excesivamente apresurados, según él, se dirigían hacia la estación.

—Hola, Pedro —le dijo Luz, parándose delante de él, sonriente. Hoy todo el mundo se manifestaba de la misma manera, de golpe. Se dieron dos besos. Luz, que no era muy alta, llevaba un plumífero largo, negro, que por contraste hacía más pequeña su cabeza. Un gran bolsón negro cruzaba su pecho en bandolera. Era un pájaro, envuelto en plumón, con la cabeza pequeña y un timbre gutural en la voz—. Te has enterado, ¿no? Por lo visto han desalojado el aeropuerto, ha llegado un avión con una cosa en el ala.

—¿En serio? —dijo Pedro.

—Está todo el mundo revolucionado.

—Sí, ya lo he visto. La verdad es que no he conseguido entender bien lo que pasaba.

Luz no supo explicar mucho más. Se habían quedado solos en el andén. Caminaron juntos hacia la moto.

—Menos mal —dijo Luz—, no sabía si vendrías.

—¿Por qué no iba a venir?

—Podrías haberte olvidado, o haberte asustado con lo del bicho ese.

—No sé nada del bicho ese. Al contrario, llevo todo el día pensando en esta cita —y se rió mirando a Luz, que no dijo nada.

Pedro se agachó para desatar la moto.

—¿Vamos a casa entonces?

—Claro. ¿Es tuya?

—Sí, hace su labor.

Luz no dijo nada. Pedro levantó la cara para mirarla.

—¿Vamos a ir en moto? —preguntó ella.

—Bueno, ésa era mi idea, la verdad. Igual te da miedo.

—No me gusta mucho.

—Lo siento, no lo había pensado.

Pedro dijo que no veía una solución fácil, que no se había dado cuenta de que la moto no era un vehículo muy ortodoxo para llevar a un invitado. Luz dijo que no pasaba nada. Pedro estaba preocupado, pero aun así consiguió bromear.

—Ya te dije que tenías que olvidarte de tus esquemas mentales.

—El no pintor y la no periodista viajan en moto. No es nuestro primer viaje en bici, pero sí en moto —dijo Luz y alzó la pierna y se subió a la moto y con ello desconcertó a Pedro, porque en ningún plan estaba previsto que ella se subiera a la moto antes que él, antes incluso de que él terminara de quitar el candado.

Luz, ya a horcajadas, se cimbreó sobre la moto para colocarse bien el plumífero. Él montó también. Iba a intentar arrancar dando pedales, lo cual se aventuraba más difícil que cualquiera de los trabajos de Hércules. Pero Pedro era así.

Consiguió arrancar a los quince metros. Pararon en la gasolinera a comprar un par de cervezas y tabaco para Luz. El ciclomotor aguantó heroicamente el último repecho antes del desvío hacia la nave. Pedro se sentía un ser afortunado, vivo, conduciendo aquel ciclomotor en la noche mientras ella se pegaba a su espalda. La amarillenta luz de la moto apenas tenía capacidad para iluminar la parte más baja de las señales.

Giraron en el camino. Pedro no quiso perder la escasa velocidad que traía y torció sin frenar. Recuperó con cierto esfuerzo el centro del camino. Aquí la luz servía aún menos. No había referencias, sólo una pista de tierra homogénea y sin relieve. A ambos lados, la noche, la

misma de siempre, la oscuridad.

—¡¿Adónde vamos?! —le gritó Luz al oído.

—¡A casa, adónde vamos a ir!

—¡¿Está muy lejos?!

—¡No!

Poco después Pedro frenó, delante de la valla. Se bajaron de la moto y caminaron por la explanada hasta la entrada de la nave. Constable lanzó un par de ladridos.

—Tranquila, nos está saludando. Sólo quiere que le respondamos.

Pedro fue hacia el perro, asomado al borde mismo de su condena imaginaria. Cuando vio llegar a Pedro se sentó muy sumiso y movió el rabo. Pedro le acarició, apoyó una rodilla en el suelo y le abrazó, juntó su cara con el cuello del animal. Luz había caminado detrás de Pedro, también de forma sumisa en aquella oscuridad.

—¿Es tuyo?

—En cierto modo.

—¿Cómo se llama?

—Constable.

—¿Como el pintor inglés?

—Sí, sí, te veo muy puesta.

—Es un nombre buenísimo.

Subieron a la nave. Pedro se había preocupado, antes de salir, de dejar todas las luces encendidas y de cortar la corriente con el diferencial de los automáticos (que la nevera se quedara sin luz, teniendo en cuenta lo que había en su interior, no le preocupaba ni lo más mínimo). Ahora, con un solo interruptor, la totalidad de la nave, sus diversas intensidades lumínicas y sus altísimos techos, aparecieron de una sola vez, como un imponente escenario teatral. Luz no pudo evitar una exclamación de asombro.

Después, con una concreción que Pedro atribuyó al oficio, ella dejó de lado la colección de objetos repartida por estantes y mesas, y buscó de inmediato el meollo del asunto, el centro de la nave, el gran rectángulo que se formaba bajo el lucernario, entre la pared de pintar en un extremo, y la cocina, con el sillón de orejas y la estufa, en el otro.

—¡Qué maravilla! —dijo Luz girando sobre sí, hasta completar los trescientos sesenta grados—. ¿Duermes allí?

—Sí.

—Qué bonito.

Luz se descolgó el bolsón negro y se desabrochó el plumífero. Pedro le ofreció dejarlo en el perchero de la entrada. Era una chica muy menuda y delgada. Sacó su cuaderno y una cámara digital.

—Bueno, ¿me lo enseñas?

Una hora más tarde Pedro y Luz habían culminado su recorrido por

la nave. En los dos últimos años habría sido imposible reunir otros sesenta minutos en los que Pedro hubiera estado igual de a gusto. En cierto modo cabía decir que una cosa habría sido imposible sin la otra, que sin esos dos años de maceración, de detallista reconstrucción de uno mismo, de identificación entre lo que tú eres y lo que tú vives y el hábitat donde vives, habría sido realmente inimaginable que Pedro alcanzara semejante nivel de satisfacción con lo propio. Empezaron por donde había que empezar, la colección de objetos. Hablaron de lo fascinante que resulta la arqueología; Luz contó que ella había trabajado en verano en una excavación, durante un campamento, y que fue durísimo; luego Pedro detalló cada uno de sus lugares favoritos del Rastro, y Luz escuchó con mucha atención, tanta que llegó a apuntar algunas referencias; Pedro demostró un conocimiento en piedras, árboles e insectos que sorprendió a Luz; Pedro dijo que había libros para todo; Luz también anotó las mejores librerías de viejo y mostró verdadero interés por los gabinetes de las maravillas de los que Pedro le estaba hablando; las tijeras eran de su abuela; la fotografía de aquella iglesia la había encontrado en un libro, pero no había conseguido averiguar a qué pueblo pertenecía; Luz hizo algunas fotos con flash y explicó que esas fotos no eran las definitivas, que si le aprobaban el reportaje entonces mandaría a un fotógrafo con todas las indicaciones; hablaron de la naturaleza, de la relación del hombre con la naturaleza; Pedro dijo que formaba parte de la naturaleza del hombre ir en contra de la naturaleza, o de lo que se llama naturaleza, y también en contra de sí mismo; Luz preguntó si el candelabro oxidado funcionaba y Pedro dijo que el nombre de Luz era muy bonito; que para él era lo más importante, la luz; que en el momento actual era lo único que quería pintar; que pensaba pintar el interior de la nave al amanecer, en ese momento en que todas las cosas permanecen en silencio y sólo la luz comienza a expresarse; Luz anotó esto y dio las gracias por el piropo, a ella también le gustaba el nombre; volvieron a hablar del coleccionismo, esa extraña pulsión humana.

Vieron el resto de la nave, con igual parsimonia: el altillo con la cama, la cocina, la estufa, los ventanales, las mesas de trabajo, el pupitre... Pedro se reconoció a sí mismo en cada uno de los comentarios que dijo. Se aceptó. No había distancias ni barreras entre el pensamiento y la palabra. A su vez, cada una de las palabras que dijo Luz le sirvieron para reafirmarse; también su mirada, que le acogía, y su voz, sobre la que era fácil columpiarse como un trapecista. Y al terminar el recorrido tuvo la impresión de que los dos habían transitado con los pies y con la palabra por el interior de su propio cuerpo, y a lo mejor también el de Luz. Que todo aquello era una exhibición de sí mismo, o a lo mejor también de Luz, o de todo lo

que los dos podían hacer cuando estaban juntos.

—Y todavía nos falta lo más importante —dijo Luz.

—El qué.

—Los cuadros.

—Muchas gracias —dijo Pedro.

—¿Por qué me das las gracias? —se reía.

—Porque sí, porque te las mereces, nada más.

—Bueno, gracias a ti.

—Los cuadros te los enseño luego.

Pedro se volvió hacia la estantería del altillo.

—¿Y esto? —dijo Luz, al ver lo que Pedro le mostraba, la plancha de zinc con el último de sus hallazgos.

—A ver si averiguas lo que es.

—No, ¿qué es?

—Yo tampoco lo sé.

Lo observaron con detenimiento. Pedro explicó las circunstancias del hallazgo en la loma que quedaba más arriba de la nave. Lo tocó con tranquilidad. El objeto permanecía blando y frío. Su adherencia y su altísima temperatura sólo habían durado unos minutos cuando Pedro lo encontró.

—Oye, a lo mejor tiene algo que ver con lo que ha caído en el avión y todo eso —dijo Luz.

Pedro la miró divertido.

—¿No quieres tocarlo?

—¿Sí? No lo sé, me da un poco de...

—Es una especie de gelatina.

Luz miró a Pedro. Acercó los dedos y acarició la sustancia.

—Me siento afortunado, me gusta que esto haya caído aquí, precisamente aquí —dijo Pedro, y devolvió la piedra a su sitio.

Luz echó otro vistazo a la nave y dijo que quería pasar al baño. Pedro le mostró el camino y se quedó mirando la estufa, que pedía con urgencia un par de troncos más antes de que las ascuas se convirtieran en ceniza. Por un momento temió no haber recogido su ropa sucia del cuarto de baño, pero luego recordó haberlo hecho.

Luz salió en seguida. Pedro atizaba las ascuas con un hierro.

—No tienes espejo.

—Ah, no. ¿Has usado el lavabo?

—Sí, ¿no se podía?

—Bueno, no pasa nada, se me ha olvidado decírtelo.

—¿Qué pasa?

—Tiene el desagüe picado, cala la pared.

—Lo siento.

—No pasa nada.

Pedro metió dos troncos en la estufa, cerró bien la puerta y dejó el

trapo en el suelo. Se levantó.

—El espejo está allí. Pero no te hace falta, estás muy guapa.

—Era para ponerme bien una lentilla, me está molestando.

—Ah, pues allí, si quieres más luz...

Pedro, entretanto, sacó de las bolsas las cervezas que habían comprado. Se sentaron cerca de la estufa, de cara al gran cuadro de Pedro, que permanecía tapado por las dos largas planchas de contrachapado. Luz abrió el tabaco y le ofreció un cigarro a Pedro. Fumaron.

—¿Sabes qué? —dijo Luz—. Éste es un lugar al que se llega llorando.

—¿Sí? —dijo Pedro—. Bueno, no sé si te entiendo.

—Cuando veníamos en la moto notaba que me caían gotas en la cara. Al principio no sabía lo que era, pero en seguida he percibido su sabor salado y he entendido que eran lágrimas tuyas.

—Ah —Pedro reía—, es por el aire.

—Ya. ¿Me dejas que lo cuente en el reportaje?

—Claro, pero ¿acaso crees que a la vuelta no vamos a llorar? Tendrás que decir que se llega llorando y se abandona llorando.

Luz dijo que era cierto.

—¿Y no te sientes muy solo?

—Bueno, la soledad me acompaña —dijo Pedro—. En realidad es lo que quería, aprender a estar solo. Cuando necesitas a los demás, los demás abusan de ti, utilizan su posición de fuerza.

—Perdona —dijo Luz levantándose. La música que interrumpió la conversación era la de un teléfono móvil. Pedro tardó en comprenderlo, y en realidad sólo se dio cuenta cuando, en cuclillas junto a su bolsón, Luz sacó el aparato y respondió.

Pedro echaba el humo hacia arriba mientras esperaba.

Ella hablaba en voz muy baja, con discreción. Parecía tranquilizar a alguien. Dijo que tenía una entrevista fuera de Madrid y que luego volvía. Se despidió con una mezcla de paciencia, cariño y pudor frente a Pedro. ¿Su padre? ¿Su madre? Luz reiteró sus disculpas a Pedro por la interrupción. Pedro propuso entonces enseñarle el cuadro. Le pidió a Luz que permaneciera en el sitio, y apartó las planchas de madera que cubrían el cuadro. El entusiasmo de ella al verlo le llenó.

Pedro explicó que para él el aeropuerto era un lugar mágico y que el momento en que los aviones levantan el vuelo era el más mágico de todos. Ésa era su intención con el cuadro: pintar aquel momento, pintarlo de verdad, penetrarlo en toda su complejidad, porque las cosas pintadas no son las mismas que sin pintar, porque la pintura es una forma de conocimiento superior, por su proceso, por su descomposición de la mirada, algo que va mucho más allá del simple efectismo de la imagen hacia el que camina el arte de hoy, impactos

visuales que, más que de sí mismos, dependen siempre del contexto, o de la teoría con que se los envuelve.

Después vieron la ristra de bocetos de aviones, en papel y en madera, y las fotografías de los despegues.

—Como término medio, ¿cuánto tardas en pintar un cuadro?

—Entre cuarenta y cincuenta años.

Luz rió.

—Si por mí fuera creo que nunca terminaría este cuadro, que siempre lo estaría cambiando. Los cuadros crecen, respiran y aprenden como las personas.

—O sea, que no produces mucha obra.

—Yo lo que hago es pintar, no fabricar cuadros. Pintar es una actividad mía que tiene que ver con mi manera de vivir, con cómo quiero yo vivir. Pero lo otro, la cantidad de obra que produzco y demás, tiene que ver con el mercado y con el fetichismo que existe alrededor de la obra de arte. A mí eso no me interesa.

—¿Y enseñar la obra te interesa? La pintura es también una forma de comunicación.

—Claro que lo es. Bueno, a mí no me resulta muy fácil relacionarme con la gente, supongo que ya te habrás dado cuenta, lo tuyo es sólo una excepción. Pero siempre tengo la impresión de que todo lo que tengo que decir lo digo en mi pintura, que en ella estoy yo mejor que en ningún lado.

—O sea, que hay algo exhibicionista en la pintura.

—Quizá sí, a mí me encanta que veas mi cuadro, lo reconozco.

—¿Has expuesto muchas veces?

—No, muy pocas.

—Y si no vives de la pintura, ¿puedo preguntarte de qué vives?

—Si te refieres al dinero con el que pago esto y la comida con que me alimento... en fin, hubo un tiempo en el que gané algo de dinero. Después es cuestión de administrarlo con cuidado, y cuando se acabe, volver a ganarlo. Yo no tengo problema en trabajar de albañil, si es necesario.

—¿Cómo escoges los temas?

—No los escojo. Nunca me he hecho la pregunta: ¿y ahora qué pinto? Siempre tengo esperando un tema que me obsesiona.

—¿Y estás enterado de lo que se hace actualmente? ¿Ves exposiciones? ¿Compras catálogos?

—No me interesa. No tiene que ver conmigo. Cuando veo algo me decepciona.

—Pero ¿no es obligación del artista mirar a los demás, conocer en cierto modo su lugar en la propia historia del arte?

—Es obligatorio mirar al mundo. Si no lo miras no puedes pintarlo. Lo que pinten los demás, ¿qué más da?

—A lo mejor por eso tu pintura tiene tanta personalidad y se parece tan poco a los demás.

—Lo importante es si el cuadro dialoga con el mundo, si en cierto modo lo refleja o lo transciende.

—Pues creo que en este caso lo consigues.

—Gracias.

—¿No te parece una coincidencia extraña que todo el mundo esté hablando de ese avión de Barajas y tu cuadro sea precisamente de un avión?

—Sí, es curioso. Quién sabe, a lo mejor es un guiño del destino.

—A lo mejor.

Luz dejó de tomar notas y miró a Pedro.

—Me han dicho que hay muchísimo nerviosismo, que están todas las teles hablando de ello, por lo visto es muy extraño, no encuentran ninguna explicación.

—Siento mucho no tener tele.

—Tranquilo.

—Ni radio.

—Ni Internet —bromeó Luz.

—Tampoco —dijo Pedro, sonriendo.

El sonido seco y pautado que Pedro percibió era el de los techos ondulados de plástico. Clonc. Clonc-clonc-clonc. Se levantaban cuando el viento soplaba y caían con fuerza sobre sus soportes metálicos cuando la ráfaga pasaba. Pedro no sabía si Luz era consciente de aquellos sonidos.

—Yo no tengo particular interés, pero tú a lo mejor quieres que vayamos a algún lado a verlo. Hay un bar con tele en la carretera.

—No te preocupes, es pronto. Estoy muy a gusto aquí.

Se miraron. Bebieron cerveza a la vez. Constable ladró un par de veces. No le gustaba el viento. Clonc. Clonc-clonc-clonc. Luz quiso saber si Pedro creía en los ovnis, en otras civilizaciones, en la posibilidad de que otras formas de vida nos hubieran visitado o enviado señales en alguna ocasión. Pedro dijo que desde luego creía que el hombre no estaba solo en el universo, que le parecía imposible, y demasiado caprichoso, que, dado el tamaño del universo, sólo existiera un lugar donde se dieran las condiciones necesarias para la existencia de vida inteligente.

—Si se dan las condiciones está claro que la vida aparece. ¿Quién se cree que en todo el universo no va a haber otro lugar en el que se den unas condiciones similares a las de la Tierra?

—¿Y eso es suficiente?

—¿Qué quieres decir?

Luz ofreció otro pitillo a Pedro, mientras pensaba. Pedro le dio fuego. Fumaron.

—Yo no puedo creerme que todo lo que somos, todo lo que representa la humanidad y lo que cada uno de nosotros es, sea una mera consecuencia de que en este planeta se dieran una serie de condiciones para el nacimiento de la vida y el desarrollo de la evolución.

—Ya —dijo Pedro. Estaba verdaderamente interesado.

—No sé cómo explicarlo, no digo que exista Dios ni nada así, pero tengo la certeza de que el hecho de que existamos y seamos conscientes de nosotros mismos y compongamos sinfonías no es consecuencia en última instancia de que en nuestro planeta se dieran unas condiciones que en los planetas de alrededor no se dieron.

—Pero eso es creerse que somos muy importantes. No creo que seamos para tanto.

—¿O sea, que es posible que en algún otro lugar del universo existan sinfonías y novelas y cuadros tan buenos como los nuestros?, ¿sólo bastan ciertas condiciones físicas y químicas en el origen, y una evolución de millones de años? Me cuesta pensarlo.

—Yo no digo que sean iguales. Sólo digo que el hecho de que haya formas de vida tan desarrolladas como la nuestra en otros lugares del universo me parece perfectamente normal. Y seguramente tengan su propia técnica, su propio arte y su propia emotividad. ¿Por qué no? No somos tan raros, no tenemos que creernos tan especiales.

—¿Sabes?, me parece que esta forma de pensar se corresponde con tu modestia natural.

—No lo sé.

—Y que quede claro que a mí me encantaría que realmente existieran esas otras vidas, y que pudiéramos comunicarnos con ellas.

—A mí también.

Otra ráfaga de viento: su silbido, los golpes secos de los tejados. Clonc. Clonc-clonc-clonc.

—En cualquier caso me encanta que ahora estemos en una nave —dijo Luz y se rió.

Pedro sirvió más cerveza. Luz preguntó qué era ese ruido. Pedro lo explicó. Dijo que el viento levantaba los tejados ondulados de plástico. Dijo que era una música habitual en la nave, pero que él de día no era consciente de ella, que era sólo al caer la noche cuando esos ruidos y otros muchos le obsesionaban terriblemente.

Se quedaron un momento callados, atentos a unos ruidos que, precisamente ahora, se resistían a llegar. Rieron. Pedro miró a Luz.

—He pensado que me encantaría pintarte —dijo.

7.

Me siento en la cafetería y me tomo una tónica, no quiero más café. Miro a mi alrededor, que es algo que me gusta mucho, mirar a la gente, y me considero la persona más afortunada del mundo, sé que la mía puede parecer una decisión egoísta y en cierto modo lo es, no lo voy a negar, pero es que no puede ser de otra manera, es una fuerza demasiado arrolladora que no quiero ni puedo negar, me doy cuenta de que no soy capaz de negarla, de que me gusta demasiado, de que así sí quiero vivir, y lo siento por las personas que a lo mejor están sufriendo por esto, lo siento por Javier y por los niños, pero sé que van a salir adelante, que a la larga va a ser mucho mejor para todos, y que atormentarme por culpa del supuesto dolor que les provoca mi marcha no sirve absolutamente de nada, porque si hay algo claro es esto: me marcho, me voy con Miguel Ángel, y no hay mala conciencia que me detenga. De hecho, lo más sorprendente de todo es que ni siquiera tengo mala conciencia, ninguna, y eso es algo que nunca habría podido imaginar. A veces hay que vivir las cosas para saber lo que se siente cuando se viven.

No había estado todavía en la terminal nueva, me parece alegre y diáfana, me gusta que sea así, porque me permite abarcar una zona muy grande con la mirada y así tengo la sensación de que podré verle mucho antes cuando él llegue. Me gusta pedir una tónica, siento que es algo especial, aunque en realidad creo que hubiera pedido lo que hubiera pedido, hubiera hecho lo que hubiera hecho en este rato que falta hasta nuestro encuentro, me habría resultado igual de especial, porque ahora mismo todo me parece especial, lo que siento, lo que respiro, el edificio, la luz, la gente, las maletas. Esto no se parece a la vida. De verdad que para mí la vida ha sido siempre otra cosa. Tengo la impresión de haber descubierto una forma de existencia distinta, en la que voy diez cuerpos por delante y ni siquiera me doy cuenta, ni siquiera lo pienso, no pienso en nada, sólo disfruto. Estoy enamorada, ahora resulta que soy una romántica... ¡Qué cara ha puesto Marga cuando se lo he dicho! Mira la mosquita muerta, ha debido de pensar. Estoy convencida de que para ella yo soy una mosquita muerta, triste y aburrida. Bueno, quizá lo soy, o mejor dicho, lo era. Ésa es la imagen que he arrastrado durante demasiados años.

Me gusta haber llegado con tanto tiempo, casi tres cuartos de hora

antes de nuestra cita. Sabía que existían los billetes con tarjeta de embarque, pero, la verdad, nunca se me habría ocurrido enviar el equipaje con un servicio de mensajería. Voy a esperar a que me llames o aparezcas por algún lado con los ojos entornados como siempre. No quiero adelantarme en la llamada ni meterte prisas porque eres muy puntual y ya hemos hablado antes de comer y hemos quedado en que probablemente yo llegaría antes de la hora pero tú no, y que por eso me llamarías en cuanto te bajaras del taxi y entraras al aeropuerto, qué bien, te quiero, pero que en cualquier caso nuestro lugar de cita sería esta cafetería, o sea, la cafetería Medas que hay justo delante de la puerta diecinueve, que es la más habitual para nuestro vuelo a Múnich, como tú sabes muy bien.

No puedo pensar en otra cosa, en ti, en tu nombre, en tu cara. Me muero de impaciencia por que llegue el momento de encontrarnos al fin y no separarnos ¡durante meses! Los dos juntos en el avión, los dos juntos en Alemania, en Tubinga, en nuestra nueva vida. Qué raro, qué raro es todo. Me cuesta darme cuenta de quién soy yo exactamente y lo que estoy haciendo, pero me da igual, no importa, hay que vivirlo y hacerlo y disfrutarlo. Y si se trata de disfrutar, verás, me encanta imaginarme tu cara, porque aunque parezca mentira, se me olvida, no soy capaz de reproducirla exactamente. Esto mismo me ha ocurrido otras muchas veces, cuando acabamos de despedirnos, pero entonces me entra una desesperación muy grande, me da mucha impotencia, ojalá nunca más tenga que padecerlo. Ahora es distinto. Es divertido tratar de visualizar tu cara o hacer otros juegos igual de tontos, para mí es una manera de anticipar el momento maravilloso en que apareces, pero sabiendo precisamente que ese momento en que apareces va a superar siempre con creces cualquier imaginación posible, porque tu presencia es tan real y arrastra tal cantidad de sensaciones que todo lo anterior se convierte en una anécdota tan tonta que ya ni siquiera sería capaz de recordarla, en el caso de que lo intentara. El que tiene algo es que tiene algo.

Normalmente lo que haces es decir mi nombre y abrazarme. No acostumbras a decir piropos ni a ponerme sobrenombres. No acostumbras a saludar por saludar o decir frases hechas. Te basta con decir mi nombre, Paula, pero de esa manera en que lo haces tú, sintiéndolo, apretándome en un abrazo. Me gusta que no necesites nada más que esas cinco letras para decir lo que sientes en ese momento, que mi nombre tenga tantísimo significado para ti, y me consta que lo tiene. Por mi parte es cierto que suelo llenarlo todo de palabras tontas y abrumarte con todo tipo de preguntas y muestras de alegría, pero tú te ríes y sé que en el fondo te gusta y por eso lo sigo haciendo. No sé si hoy te vas a limitar a decir mi nombre y abrazarme o vas a estar tan nervioso con las puertas de embarque y todo eso que

ni siquiera vas a besarme, pero da igual, por supuesto, éste no es más que un juego tonto con el que me entretengo.

Creo que ha pasado algo porque al otro lado de la cafetería suenan algunas voces más altas de lo normal y la gente se está acercando a aquellos ventanales. Desde aquí no puedo ver realmente nada, sólo a la gente que va hacia allá y no tengo ningunas ganas de levantarme, la gente es tan curiosa que no puede dejar de ver lo que están viendo los demás, pero sinceramente ése no es mi caso. Un par de ejecutivos extranjeros corren por el vestíbulo hacia ese lugar y eso, la verdad, ya me parece un poco más chocante. El camarero que me ha atendido, un chico grande y con un tipo extraño, está limpiando la mesa de al lado y me ha mirado con complicidad y ha sonreído por todo este revuelo que se está montando. Pensaba preguntarle si sabía algo pero en ese momento ha llegado un hombre con mono de trabajo, supongo que un limpiador o algo así, le ha dado una palmada en la espalda y le ha hablado de lo que estaba ocurriendo. Se han ido los dos hacia el ventanal y entonces no me ha quedado más remedio que hacer yo lo mismo. Han encontrado un hueco entre los viajeros que se amontonan junto a los cristales, y yo me he puesto a su lado, aunque ellos no saben que les he seguido. He tardado en localizarlo, pero el caso es que a la izquierda, en una de esas pistas que traen a los aviones hasta la terminal, está detenido un avión con una mancha enorme en un ala. El camarero y su amigo no dejan de manifestar su sorpresa, pero a la distancia a la que nos encontramos sólo se percibe algo oscuro que cubre más de la mitad del ala y dobla prácticamente su grosor. La verdad es que yo tampoco tengo ni idea de lo que es, tiene un aspecto fluido, sobre todo en la parte de atrás del ala, donde el recubrimiento oscuro parece más fino. Es curioso pero el enorme agujero de la turbina permanece despejado, como si la masa esa no se hubiera atrevido a enfrentarse con el poder del motor, menudo motor.

He mirado a mi alrededor. La gente acude cada vez más a los ventanales. Hablan, exclaman, cruzan miradas interrogativas con las personas que tienen cerca. Algunos se retiran y aprietan teclas de su teléfono móvil. Yo también lo he hecho, casi sin darme cuenta, pero el teléfono me ha devuelto unos pitidos muy cortos que han venido a decirme que no ha sido buena idea intentar hablar, porque por algún motivo, vaya usted a saber, ahora no es posible establecer la comunicación.

Vuelvo al ventanal. El camarero ríe los comentarios de su amigo, que socarronamente sugiere la posibilidad de un ataque bacteriológico o de una invasión de marcianitos en forma de larvas gigantes acoplándose a nuestra flota. Los dos se vuelven hacia la cafetería. Son antagónicos. Uno es pequeño, nervioso y como grasiento. El otro, el camarero, es grande y desarticulado, con un tipo exactamente

contrario al de un reloj de arena.

He vuelto a sentarme en la cafetería. La verdad es que es bastante raro lo del avión ese. Ahora sí que tengo auténticas ganas de que llegue Miguel Ángel para enseñárselo y ver cómo reacciona, pero me temo que todavía falta un rato. Espero que nada de esto afecte a los vuelos, aunque mientras estemos juntos a mí me da igual lo que suceda. Como si tenemos que irnos a dormir a un hotel, da igual, da completamente igual. Si me apuras, más divertido. Con él estoy bien. Con él siento cosas que no había sentido nunca. Una paz, una tranquilidad muy especial. Como si estuviera fuera de mí misma, sin preocupaciones, como si los problemas fueran incompatibles conmigo y todo fuera fácil, muy fácil.

Dos azafatas con pasos cortos y rápidos cruzan el vestíbulo por delante de la cafetería, a un ritmo distinto al del resto de los mortales. Yo sigo mirando alrededor con la esperanza de ver la cara de Miguel Ángel por algún lado. Su cara, sus ojos, en cuestión de minutos él estará conmigo, sí, conmigo, nos vamos los dos a Alemania, somos pareja, nos queremos, le quiero y me quiere, no hay nada más fácil de entender, nada más sencillo que esto, querer estar con una persona y estar con ella. Lo demás no importa. Dónde estás, amor, no veo tu cara, dónde estás.

Ahora otras personas han venido a hablar con el camarero y su amigo. Son bastante jóvenes también y parecen compañeros de otros comercios. Hablan de que en Japón y en Turquía han caído cosas muy parecidas. Qué raro. Algunos de ellos están bastante nerviosos.

De repente el camarero ha cruzado la mirada con la mía y no me ha quedado más remedio que sonreír, porque era evidente que estaba escuchándoles. Pero él ha apartado entonces la mirada y ha seguido atento a la conversación del grupo. Por mi parte he procurado centrarme más en lo mío. Estoy moviendo los hielos que quedan en mi vaso cuando me parece oír algo extraño, como un aleteo electrostático casi imperceptible, como si se hubiera abierto una ventana a un lugar desconocido y un ser superior hubiera decidido escucharnos. Es la megafonía:

—Señoras y señores. El aeropuerto de Madrid-Barajas lamenta informar a todos los viajeros de que por motivos de funcionamiento interno han sido momentáneamente suspendidas todas las operaciones de aterrizaje y despegue de esta terminal. Rogamos a los viajeros pendientes de embarcar que se mantengan a la espera hasta que su compañía pueda darles una nueva hora de embarque. Gracias.

La chica de megafonía ha repetido el mensaje en inglés y francés, incrementando en el vestíbulo el nerviosismo que ya había provocado la intervención en español. Un montón de gente se ha desplazado desde los ventanales hasta las diversas puertas de embarque, donde los

escasos representantes de las compañías aéreas tratan de mantener la calma frente a lo que se les está viniendo encima. Por mi parte no tengo muy claro lo que significa nada de esto, pero decido levantarme y acudir a pagar la tónica al camarero, que se ha quedado solo tras el mensaje de megafonía. No tengo ganas de seguir esperando en la mesa, me siento ridícula ahí sola en medio de tanto revuelo. Prefiero darme una vuelta, aunque sea sin alejarme mucho, y de paso intentar averiguar qué va a pasar con nuestro vuelo.

El camarero me cobra pero por algún motivo está serio y no me mira a la cara. Creo que le gusto y ahora le da vergüenza estar solo conmigo. Llevo toda la vida oyendo que soy una chica muy tímida, pero el noventa y nueve por ciento de las personas que conozco son mucho más tímidas que yo. A veces se llama timidez a hablar en voz baja o a ser reservada y callada. Entonces yo sí soy la mayor tímida que existe, pero sólo en ese caso. Porque yo nunca he dejado de mirar a la gente a la cara o de decir lo que pienso cuando considero que debo decirlo. Jamás he dejado de hacer algo por vergüenza o por miedo a los demás.

—Me voy a vivir a Alemania con el hombre al que amo.

Ahora sí, el camarero ha levantado la cara y me ha mirado. Sonrío. La verdad es que al pobre chico le da igual lo que yo haga, pero de pronto me ha apetecido decirlo, creo que a veces también es bueno contar a los demás las cosas buenas que nos suceden. El camarero me da un platito con las vueltas y sonríe nasalmente.

—Pues enhorabuena, hombre. Ahora sólo falta que tu avión pueda despegar.

—Da igual, nada puede detenernos —le digo, y me río, en parte porque puede parecer un poco ridículo hablar así, pero también, tengo que reconocerlo, porque me he sentido llena de alegría al decirlo.

Me he dado la vuelta y me he ido de allí tirando de mi pequeña maleta de azafata. En el monitor de salidas parpadea el mismo letrero de *DELAYED* en todos los vuelos, pero veo que al nuestro todavía no le había sido asignada una puerta de embarque, con lo cual no sé muy bien dónde puedo preguntar. Me acerco en cualquier caso al mostrador de la puerta diecinueve, que es, según Miguel Ángel, la más habitual para nuestro vuelo. Hago cola tranquilamente. Siento que a mi alrededor el revoloteo de la gente es tremendo. Parezco la única que no camina hacia ningún lado, la única que no tiene prisa, la única que tiene un lugar asignado alrededor del cual todo se mueve.

Una pareja de americanos mayores, que empujan el carrito de las maletas como si fuera un andador, me preguntan por la puerta catorce y les mando al otro lado de la cinta transportadora. Cuando me toca el turno una señorita muy educada y con acento italiano, no sé por qué, me informa de que es imposible saber cuándo volverá la normalidad a

los vuelos, pero que ya de entrada nuestro avión, que estaba viniendo desde Múnich, será probablemente desviado a otro aeropuerto, lo que ya pone las cosas muy difíciles para volar hoy.

Me he apartado y he llamado de inmediato a Miguel Ángel. Bueno, no le he llamado, sólo lo he intentado, porque el móvil me ha vuelto a enviar la misma señal perseverante de negación. La verdad es que produce bastante impotencia que el móvil falle. No sé qué puedo hacer. Supongo que esperar y nada más. Tampoco creo que Miguel Ángel tarde ya mucho, pero no quiero ni imaginarme la rabia que le va a dar todo esto, él que tenía tantas ganas de llegar hoy mismo a Tubinga para enseñarme el apartamento e instalarnos bien el fin de semana. Empiezo a tener unas ganas insoportables de verle. Paseo un poco, busco su cara, me acerco más a la cafetería. Pero veo que de nuevo hay cierto revuelo en los ventanales.

Dos pequeños camiones de bomberos se acercan en línea recta al avión manchado, ignorando cualquiera de las señalizaciones y trazados que marcan el suelo por todas partes. Se detienen casi debajo del ala, un rato, sin hacer nada. Al fin salen tres bomberos de los camiones. ¡Llevan máscaras antigás y trajes especiales! ¡Trajes aislantes! Aislantes de qué, Dios mío, esto parece una película de ciencia ficción. Cada uno de los bomberos se arma con una larga barra metálica, la acerca despacio a la parte de atrás del ala y palpa el material con su pértiga. Vistos desde aquí, en la lejanía, y frente a la enorme presencia del avión y su mancha, parecen parásitos, hormigas, miembros de una especie insignificante. Yo creo que quieren averiguar si la sustancia está viva, no lo sé, aunque desde luego sería un sistema muy primario. Cuando finaliza la prospección, los bomberos montan de nuevo en los camiones y desaparecen por la parte izquierda de la pista. Antes de apartar la vista del ventanal me imagino que Miguel Ángel va a estar justo detrás de mí, esperando a que me vuelva para darme un susto, pero acto seguido me quito esa idea de la cabeza y me digo que no debo fantasear tanto. Me giro y Miguel Ángel no está, pero yo no me preocupo y vuelvo a caminar y ni siquiera quiero saber la hora que es.

La gente que hay a mi alrededor se detiene de pronto y yo también.

—Señoras y señores, el aeropuerto de Madrid-Barajas informa a todos los viajeros de que por motivos de seguridad esta terminal va a ser desalojada. Les rogamos que de manera ordenada, y atendiendo siempre a las indicaciones que les den el personal del aeropuerto y los miembros de seguridad, abandonen estas instalaciones. Insistimos en que se salga de una manera tranquila. El aeropuerto dispondrá autobuses gratuitos que les llevarán a lugares donde serán oportunamente informados. Se ruega asimismo que conserven su tarjeta de embarque, con la cual podrán volver a embarcar tan pronto

como la seguridad de las instalaciones y de los vuelos pueda ser garantizada de nuevo.

El vestíbulo se llena de voces, de pasos apresurados, de carreras. Yo también soy víctima de los nervios y corro, por hacer algo, hacia la cafetería. Nadie conocido. Megafonía está repitiendo los mensajes en inglés y francés. Me parece increíble que esté ocurriendo esto precisamente hoy, precisamente ahora. Me parece increíble. El móvil sigue sin funcionar. Sé que todo va a salir bien, sé que todo esto no es más que un envoltorio que hará más maravilloso el momento en que nos encontremos. Sé que es así, lo sé, lo sé, no sé qué hacer, qué hago, dónde espero, la gente se va, la gente obedece y se va, lo tienen muy claro, todos lo tienen muy claro, pero yo no.

Me siento en un banco. Tengo que estar tranquila. El vestíbulo se vacía muy deprisa. Cada vez hay menos caras posibles, menos miradas que reconocer. No hay escenas de pánico ni protestas ni aglomeraciones. La conmoción de la gente debe de ser tan grande que obedece como un rebaño asustado. Los comercios cierran, el camarero recoge todo y cubre la caja registradora con una funda. Algunos guardias de seguridad invitan a la gente a desalojar la terminal. Parece que de pronto le ha entrado una prisa tremenda a todo el mundo. No sé qué demonios será lo del avión ese, pero me parece un poco exagerado todo esto. Muy exagerado. Las cosas no son así. Nada de esto estaba previsto. Nada de esto tenía que estar ocurriendo. Lo que es a mí está empezando a cansarme todo este asunto, porque sinceramente no sé qué hacer, no quiero irme de aquí, es aquí donde he quedado y nada ni nadie tiene por qué cambiarme los planes de esta manera, es absurdo, yo no quiero irme de aquí ni por mucho que se empeñen, me da miedo irme y que él aparezca en ese momento por algún lado y no me encuentre donde hemos quedado. Vuelvo a levantarme. ¿Dónde estará, Dios mío?, ¿qué hora es?, ya tenía que estar en el aeropuerto, ¿habrá llegado ya al aeropuerto?, ¿le habrán dejado entrar?, ¿por qué no está ya aquí? Miguel Ángel, ven, te lo pido por favor, aparece ahora mismo por detrás de aquel quiosco que está bajando los cierres.

Me doy la vuelta de pronto porque siento algo a mi espalda. Un hombre muy alto se acuclilla delante de una niña rubia guapísima que está llorando y trata de explicarle algo, pero una mujer corpulenta y visiblemente nerviosa llega, planta en los brazos del hombre el cuerpo de otra niña rubia diminuta, y arrambla en los suyos con la niña llorona. Pienso que yo soy esa niña que no quiere irse. Siento lo mismo. Me aparto un momento junto a la entrada de unos cuartos de baño y observo desde allí cómo se marchan los padres con las dos niñas. Sé que salir de aquí es muy fácil, en cierto modo es una tentación ver si Miguel Ángel está afuera, pero prefiero esperar un

poco, la verdad, seguro que al otro lado hay un follón tremendo en el que será casi imposible encontrarse, más aún si me obligan a abandonar el aeropuerto, que es lo más probable. No lo sé, no lo sé, ya no queda casi nadie, dónde estás cariño, no quiero que aparezcas si yo me voy, no voy a irme.

Pruebo otra vez con el móvil, todas las veces que haga falta. Mientras espero alguna señal miro hacia los ventanales, donde, más allá de los reflejos que emiten las propias ventanas, se adivina la silueta del avión, con la ligera elevación en el ala derecha, cada vez más solo en medio de la noche que cae. Me parece una presencia bastante inofensiva, la verdad. Los pilotos de los extremos de las alas y de la cola están encendidos, parpadean. Lo que ahora mismo pueda estar ocurriendo en el interior de aquel avión, ciertamente, me importa bien poco. Me importa más el silencio del teléfono móvil, que ya ni siquiera manda señales. Me doy la vuelta. Me asusta un poco lo vacía que se está quedando la terminal. Creo que ya no tiene sentido permanecer más tiempo aquí. Es evidente que él no está y que ya no tiene manera de entrar, aunque lo pretenda. Arrastro mi maleta, no sin mirar una última vez hacia la cafetería donde hemos quedado, y me dirijo hacia la salida. Pensándolo bien, en el caso de que él haya conseguido llegar al aeropuerto a la hora prevista es casi seguro que no le han dejado entrar y por lo tanto lo único que hay que pensar es lo que él haría si ocurriera algo así. Es evidente, es evidente, sólo hay una posibilidad: Miguel Ángel me está esperando en la salida más cercana a la puerta de embarque diecinueve, o sea esa salida de emergencia que han abierto junto al control policial y que es la que ha utilizado todo el mundo que estaba en esta parte de la terminal. Sé que él puede estar allí, sé que ahora mismo es la posibilidad más lógica, doy unos cuantos pasos, vuelvo a dudar, ¿y si no está? Pero ya no soy capaz de esperar más.

Paso junto a los policías nacionales que custodian la puerta y que me invitan a darme prisa y entro a un pasillo en ele donde otro policía me señala la puerta de salida y que me lleva delante de una cafetería a cuya derecha está el vestíbulo de entrada al aeropuerto, donde se encuentran los mostradores de facturación. Para mi sorpresa todo esto está también muy vacío. Más policías me indican las puertas de salida hacia el exterior. Pero yo me detengo y miro con la máxima atención a mi alrededor, buscando a Miguel Ángel, o buscando al menos un lugar donde haya más personas y donde acaso podría estar también él buscándome a mí. Pero no hay nadie, este vestíbulo de facturación ha conseguido ser desalojado casi antes que el otro. Un policía me empuja ligeramente por la espalda y me pide que salga. Obedezco. Afuera sí que hay un montón de gente, montando en autobuses, microbuses, taxis, en un caos que cuatro o cinco policías con silbato

no parecen muy capaces de controlar. Paso entre la gente, voy de un lado a otro, aunque no sé muy bien lo que voy a conseguir con esto, porque, la verdad, apenas tengo ocasión de ver la cara de tantísimas personas, y porque, la verdad también, dudo ya mucho que Miguel Ángel esté metido en esta masa anónima, dudo que de haber llegado a esta situación no haya conseguido hacerse ver de alguna manera mucho antes. Me parece imposible.

Me alejo un poco por la calzada. Necesito tomar distancia de este barullo. Pero una pareja de policías me impide alejarme más y me ruega que vuelva a coger un autobús. Me incorporo a la primera fila, o algo parecido, que encuentro. Quiero pensar un poco. Pienso, pienso, pienso. Voy a comunicarme telepáticamente con él. Siempre he creído que era capaz de mandarle algo con el pensamiento, que era posible cierta forma de comunicación cuando él estaba metido en su cama por la noche y yo en la mía. Se trata de pensar con fuerza, de pensar muy fuerte. Miguel Ángel, dónde estás, dónde estás, Miguel Ángel, yo estoy en la zona de salidas, en el lugar donde te dejan los taxis, estoy en la acera donde está todo el mundo esperando los autobuses, dónde estás, dónde estás Miguel Ángel, quiero sentirlo, quiero saber lo que tengo que hacer.

En la cafetería donde hemos quedado.

Es como si lo hubiera oído, como si Miguel Ángel me estuviera diciendo que está en la cafetería Medas, la de la puerta diecinueve, que si quedamos en un sitio quedamos en un sitio, siento que me lo está diciendo, ya sabía yo que no tenía que haberme ido de allí, que tenía que haber confiado más en él, que si no hay forma de comunicarse hay que respetar lo último que se ha dicho y lo último que habíamos dicho es que quedábamos en la cafetería Medas, ha sido mi culpa que no he confiado lo suficiente en que él consiguiera llegar allí.

Los policías que hay en la puerta no quieren dejarme entrar ni en broma, por más que les digo que me he dejado otro bolsón de viaje que llevaba, que me he sentado en la cafetería de la puerta diecinueve y se me ha olvidado cogerlo. Es lo único que se me ha ocurrido, porque he pensado que pretender contar la verdad, que iba a buscar a otra persona con la que había quedado en el interior, me iba a servir de poco. He hecho un poco de teatro, he dicho que llevaba cosas importantísimas y de mucho valor. Que no podía irme de allí sin el bolsón. Prácticamente me he echado a llorar y he dicho que no estaba dispuesta a irme hasta que no lo recuperara. Que era una cuestión personal y que me importaba un bledo el resto de lo que pudiera ocurrir a mi alrededor. Un policía que había permanecido un poco al margen y con pinta de ser jefe de todos los demás me ha preguntado si yo podría llevarle al lugar exacto donde se encontraba esa cafetería.

Le he dicho que por supuesto, que estaba muy cerca y que no tardaríamos más de dos minutos. Me ha pedido que le acompañara y hemos entrado los dos. Ni siquiera me he molestado en mirar a la cara del resto de policías que se habían empecinado en negarme la entrada.

Con el policía he deshecho exactamente el camino que había hecho un rato antes. Es un hombre no demasiado mayor pero ya con el pelo muy blanco y una cabeza muy pequeña y una mirada interesante. A veces lo de ser mujer te abre puertas inesperadas. Hacer el camino en sentido inverso por este vestíbulo de facturación me produce una sensación extraña. Es como si todo a nuestro alrededor nos señalara, como si fuéramos unos bichos raros circulando en un sentido prohibido, violando una orden sagrada, accediendo al más peligroso de los lugares. Por un momento me siento expulsada de algún lado, como si un profesor me estuviera acompañando al despacho del director de mi colegio.

Pasamos por el pasillo en ele y llegamos al vestíbulo de las puertas de embarque. La verdad es que he puesto tanto énfasis en que me dejaran entrar, y tengo unas sensaciones tan extrañas junto a este policía, que casi he olvidado el motivo por el que realmente entro. Ahora pienso que quizá todo esto sea absurdo y me parece bastante improbable que Miguel Ángel esté tan campante en la cafetería o en sus proximidades esperándome. No lo sé. Se está haciendo de noche. La iluminación de la sala no es capaz de luchar contra la penumbra que se cuela desde el exterior.

Miguel Ángel no está en la cafetería. Ni él ni nadie más.

—No está —le digo al policía.

—¿Seguro? ¿Dónde lo había dejado?

—Ahí, pero no está, alguien se lo habrá llevado.

El policía, en una muestra de buena voluntad, mira un poco bajo las sillas. Yo, agotada repentinamente, me siento un momento en una de ellas. El policía deja de buscar y me mira. Me sonríe con... excesiva amabilidad.

—Creo que no voy a poder ayudarla.

—No se preocupe —le digo, y me levanto.

Cuando estamos haciendo el camino de vuelta la iluminación general del vestíbulo se apaga de pronto. También la luz de todos los comercios y la de todos los indicadores y monitores que rodean las puertas de embarque. Pienso que es extraño ver una terminal como ésta tan muerta, que probablemente nunca, desde el momento de su inauguración, haya estado así. Algo atrae mi mirada en los ventanales. Sin la iluminación del vestíbulo han desaparecido todos los reflejos de los cristales y ahora puede verse con nitidez lo que sucede afuera. Creo que no debería estar viendo lo que estoy viendo, y supongo que el policía también lo cree. Pero el caso es que él se detiene a mirar.

Dos tanques del Ejército se acercan por ambos lados a la cabeza del avión manchado. A su vez, dos largas ristras de tanquetas están posicionándose sobre la pista, como si quisieran marcar un único camino posible al avión, un camino que desemboca precisamente en el lugar de la terminal en el que nos encontramos nosotros. ¿Qué está pasando? No puedo creerme que todo esto sea cierto, ¿qué está pasando?

El policía me ha puesto la mano en el hombro y me ha dicho que teníamos que salir. Entonces siento algo parecido a un ahogo, como si un fluido que permanecía fuera de mí hubiera conseguido atravesar mi piel e inundar mi interior casi de golpe.

Salimos al exterior. Mi pensamiento no es capaz de ir más allá de lo que la vista le ofrece: un aeropuerto oscuro, sitiado por la policía y el Ejército, como en una guerra.

8.

Hubo muchos más casos en diversas partes del planeta, pero llegó un momento en que Marga apagó la tele. En silencio, recuperó mentalmente la conversación telefónica que había tenido antes con Charlie. Como no pudo soportarlo más, se levantó, se fue a su cuarto y volvió a vestirse. En realidad ya lo había decidido un buen rato antes: iría a buscar a Susana y la encontraría allí donde estuviera. No tenía ganas de quedarse en casa de brazos cruzados y luego arrepentirse de ello. Que a lo mejor su actitud era calificable de alarmista o en exceso temerosa, puede que sí, pero no estaba dispuesta a admitir otra posibilidad que la de reencontrarse con su hija, abrazarla, y llevarla de vuelta a casa en esta noche absurda, caótica, teñida de fantasías y amenazas milenaristas. Realmente no sabía si los sucesos de Barajas y del resto del mundo eran tan importantes como hacía pensar la televisión. De momento la única conclusión segura que se atrevía a sacar Marga era que nadie sabía a ciencia cierta qué estaba pasando, que aquellas extrañas apariciones viscosas que regaban el mundo escapaban por completo a los estrechos patrones de comprensión de todos los científicos que se habían dignado a opinar públicamente (y no digamos de los que no lo habían hecho). Ésa y el espectacular revuelo montado ya le parecían razones suficientes para buscar la compañía de su única hija de dieciséis años y evitar que campara a sus anchas por la ciudad.

A medida que los casos proliferaban, las autoridades y los comentaristas no se cansaron de lanzar mensajes de cautela pidiendo a los ciudadanos que permanecieran en sus casas y que sólo utilizaran el teléfono en caso de estricta necesidad. Pero Marga era de naturaleza tal que le bastaba oír un mensaje así en la televisión para sentir el impulso inmediato de descolgar el teléfono y acto seguido salir a patear las calles de la ciudad. Y así lo hizo.

Llamó varias veces al móvil de Susana, pero la comunicación no llegaba siquiera a establecerse. Un silencio sordo, tan compacto como el propio teléfono móvil, era la única respuesta. Resultaba frustrante. Necesitaba oír la voz de su hija en un momento como aquél, necesitaba decirle que se volviera para casa cuanto antes, pero no podía. La red colapsada, saturada por gente como ella a la que la insistencia en que no se utilizaran los móviles había generado la

imperiosa necesidad —sólo unos segundos, sólo excepcionalmente, sólo esta llamada y nada más— de sentir cerca a los suyos. Hoy todas las puertas parecían cerrarse alrededor de Marga. Por eso se fue a la calle y empezó a caminar Bravo Murillo abajo.

Susana le había dicho que iba a casa de su amiga María, en la plaza de Olavide. Ése fue el rumbo que tomó Marga, sin pensar siquiera en lo que tardaría, sin pensar apenas en nada, sólo en caminar y llegar junto a su hija. Pero a medida que avanzaba, a medida que les pedía mayor velocidad a sus piernas, más fuerza, más impulso contra el suelo, aumentaba también su nerviosismo. Como si la impaciencia, la indeterminación e incluso el sentimiento fatalista se alimentaran con cada paso, como la luz de una dinamo que creciera a medida que se movían las piernas. Se detuvo en el cruce de Cea Bermúdez y por un momento descansó: sin energía, el sistema nervioso se relajó.

Hacía frío, era evidente, en la cara, en las manos, pero Marga sentía que el frío no iba con ella, ni con nada, que se había convertido en una mera comparsa en aquella tarde-noche extraña y apocalíptica. Levantó la cabeza hacia el cielo, respiró, quizá buscando alguna señal, algo en el aire, en la luz, en un firmamento al que Marga nunca había dedicado más de diez segundos seguidos en su vida. Pero no encontró nada. También el cielo —el lejanísimo y difuso parpadeo de algunas estrellas ocultas tras la burbuja de contaminación y luz urbanas— era una comparsa. También los coches, y los peatones dispersos. También el concesionario de la esquina, con el mismo luminoso rojo e intermitente de siempre, y la pareja de chicos que esperaban al otro lado del paso de cebra. Todo era una comparsa. Todo parecía vacío, falto de alma. Algo en el ambiente señalaba una ausencia: la ausencia de lo más importante, la ausencia de lo que sólo ocurre en las casas, en los televisores, en las neveras, en las confusas y perturbadas mentes de los ciudadanos. Tarde-noche de viernes. La calle sólo era un fatigoso intermediario entre unas viviendas y otras.

Continuó por Bravo Murillo, en esa parte más comercial y transitada anterior a Quevedo. Las tiendas estaban cerradas. Vio que algunas personas corrían: primero un hombre que la adelantó; luego otro en dirección contraria, con el móvil en la mano; luego otra mujer que llevaba en brazos a su hijo con dramatismo excesivo. Un grupo de sudamericanos hablaba en una esquina. El cine Verdi bajaba sus cierres, aunque no eran ni las ocho de la tarde. Más peatones, chicos, chicas, una mujer que rastreaba en su bolso al tiempo que andaba, un hombre que resoplaba con el abrigo doblado en el brazo. Nadie estaba allí, nadie se miraba a los ojos, todos estaban de paso. Marga seguía con la misma sensación: que lo importante era lo que no podía verse, lo que precisamente faltaba, y alrededor de lo cual todo parecía reorganizarse. Esto aumentó su impaciencia. Quiso llegar ya, estar ya

allí.

¿Qué demonios estaba pasando? ¿Qué broma de mal gusto agitaba de tal manera el mundo y su vida? ¿Quién hubiera podido sospechar, sólo veinticuatro horas antes, que Marga iba a verse en una tesitura como ésta, sola, completamente sola, buscando a su hija en la ciudad mientras la Tierra se conmovía por una extraña invasión desconocida? ¿Había que lamentarlo o había en realidad que alegrarse por ello? ¿No era una buena noticia? ¿No era algo con lo que una, en su adolescencia, había soñado noche sí y noche también, que ocurrieran cosas así, que nuevas realidades nos estimularan, nos abrieran sus puertas, nos dijeran: adelante, lo que conocéis es sólo una mínima parte de lo que la vida puede ofreceros? ¿No era también la patética y ramplona marcha de Charlie una magnífica noticia? Entonces, ¿por qué esta congoja, por qué estos nervios?

De pronto estaba corriendo. Sí, ella. Y lo increíble es que ni siquiera fue consciente del momento en que empezó a hacerlo. Era como si aquél fuera un estado superior del alma —las zancadas, la velocidad, el balanceo de la cabeza— que una vez alcanzado olvidaba con arrogancia cualquier otra cosa. Todo, el nerviosismo y las dudas, había quedado atrás. Ahora sólo quería correr, correr, sin vergüenza, sin disimulos, respondiendo a algo de dentro que la empujaba como a una niña. Adelantó a muchas personas, esquivó buzones, zanjas y multitud de hojas secas con las que a lo mejor podría resbalarse. Sentía que si la calle no se daba por aludida, si la calle permanecía inerte, anónima y casi imperturbable, eso no debía anestesiar sus deseos, ni los de nadie.

Es cierto que, de pequeña, Marga había sido muy buena corredora. Pero ahora llevaba tantos años sin correr y sin hacer ejercicio —ella que odiaba tanto el deporte y a los deportistas— que la sola idea de verse a sí misma corriendo le habría producido, en cualquier otra circunstancia, un verdadero ataque de risa. Pero ahora no, qué diablos, quería correr, necesitaba hacerlo, le sentaba bien, sorprendentemente bien. Ni el mal estado de forma por culpa del tabaco y de la edad, ni la falda tan estrecha, ni los inadecuados zapatos, ni la escasa elegancia con que debía de estar arrastrándose le importaban lo más mínimo. En realidad nada de esto existía. Existía un objetivo. Correr clarifica enormemente los objetivos. Dos autobuses urbanos bajaron por el centro de Bravo Murillo a gran velocidad, vacíos.

Giró a la izquierda por una de las bocacalles anteriores a Quevedo y continuó hasta Olavide por Álvarez de Castro. Al detenerse en el paso de peatones de la calle Eloy Gonzalo estuvo a punto de practicar esa costumbre tonta de los corredores urbanos: seguir corriendo sobre el sitio, levantar un pie después de otro a la espera de que el semáforo se

pusiera verde. Pero no lo hizo, y cuando realmente pudo cruzar la calle, decidió emprender de nuevo la carrera, convencida de que si no lo hacía, ya no podría dar un paso más. Otra mujer empezó a correr también a su lado, aunque Marga la dejó en seguida atrás.

Llegó al portal de la casa de María, en la misma plaza de Olavide, un lugar privilegiado como pocos en Madrid. No estaba tan cansada como hubiera cabido esperar. Respiró hondo cuatro o cinco veces y eso le disparó la tos y también las ganas de fumar. ¿Qué locura era ésta, qué hacía ella corriendo, cuánto tiempo lo había hecho? Tosió algo más, miró alrededor, los bancos de la plaza iluminados tenuemente por las farolas, el parque infantil, los dos sudamericanos bebiendo cerveza sobre el balancín. Miró el cielo, y luego, a la redonda, el continuo de fachadas que cerraban la plaza, una perfecta retícula de ventanas y balcones que parpadeaban por el resplandor de los televisores. Se desabrochó el impermeable, se encendió un pitillo y probó a empujar la puerta del portal, que estaba abierta, lo que por algún motivo no le gustó.

Llenó de humo y de transpiración caliente el ascensor. Se detuvo en el cuarto piso. Marga conocía bien esa casa, en la que había recogido a su hija en multitud de ocasiones, cuando era más pequeña. Abrió la puerta el padre de María, un hombre alto, con la corbata aflojada y masticando algo parecido a frutos secos.

—Eh, soy Marga, la madre de Susana.

—Ya, sí, qué tal estás —le dio dos besos, encorvándose. Olía a alcohol y a... ¿avellanas? Marga no creía haber coincidido con él en más de un par de ocasiones. Siempre encontró en aquel hombre algo como de prestado y a la vez de suficiencia, como si lo que ocurriera en aquella casa, en aquella familia, no fuera del todo con él.

—Venía a buscar a Susana, me ha dicho que habían quedado aquí —señaló con su mirada hacia el interior.

—¿Ah, sí?, pues... —sonrió, miró también hacia dentro y según creyó Marga estuvo a punto de gastar alguna broma que finalmente reprimió—... lo siento, creo que aquí no está. Pero María tampoco, se ha marchado con su madre a la sierra.

—¿En serio? —dijo Marga.

El padre de María asintió.

—No sé, si puedo ayudarte en algo, ¿quieres usar el teléfono?

—No, no, gracias, no funcionan los móviles. Es que estoy un poco preocupada con toda la historia esa del aeropuerto.

—Ya, pues... —se quedó mirando la mano de Marga—. Oye, ¿quieres tirar la ceniza?, espera, o pasa mejor, igual te apetece tomar algo —se metió hacia dentro, sin esperar a Marga.

—No, de verdad —reaccionó Marga, pero no obtuvo respuesta. Vio que de su pitillo, encendido, pendía un largo gusano de ceniza. Puso el

cigarro en posición vertical, manteniendo en equilibrio la ceniza. Se quedó sola en el pequeño vestíbulo, pero ese vestíbulo le importaba realmente poco en aquel momento. Pasó. Tras el ángulo recto del pasillo, el salón quedaba a la derecha y la cocina a la izquierda. El padre de María apareció con un cenicero. La televisión estaba puesta.

—Digo yo que estará con otras amigas, tampoco tienes que preocuparte —la agarró del brazo durante un par de segundos, en algo parecido a un gesto de cariño.

Marga sacudió la ceniza y apagó el pitillo. Le pareció que en aquel lugar hacía un calor inhumano.

—¿No quieres tomarte nada?

—No, muchas gracias —dijo mientras se quitaba el impermeable. Si el sudor había llegado a la chaqueta de ante prefería no saberlo. Vamos, que le daba igual—. Tengo que irme. Quiero encontrarla antes de que un moco gigante le caiga sobre la cabeza —bromeó.

Él sonrió, pero había desviado su mirada hacia la televisión, fijándose en algo.

—Te voy a aceptar un vaso de agua, he venido tan deprisa... —dijo Marga.

—Por supuesto, ¿no prefieres una cerveza? —dijo él, ya en la cocina.

—No, gracias.

Marga entró al salón. Se fijó en la televisión, en las imágenes de algo que estaba sucediendo en Francia, en un lugar llamado, al parecer, Saint-Mamert. Era en un bosque. Había una zona acordonada, en el centro de la cual, en la misma base de un tronco bastante ancho, había aparecido otra gran masa de apariencia fluida y con una enorme cantidad de ramas y hojas adheridas a la superficie. El teleobjetivo de la cámara luchaba por obtener más detalles del cuerpo, pero la calidad de la imagen, tomada ya en un momento de escasa visibilidad, era poca.

—Aquí tienes el agua. Te he traído también una cerveza y una Coca-Cola, por si acaso —dijo el padre de María, con una bandeja en las manos.

—No, agua. Estaba viendo esto.

—Ah, ¿qué es?, ¿otro?, ¿dónde?

—En Francia, creo.

—¿Sabes que ya ha habido un caso de suicidio colectivo en Estados Unidos?

—¿En serio? —dijo Marga, consciente de que era la segunda vez que respondía así.

—Qué más necesitan los de las sectas que una noticia así.

—Ya, desde luego.

De pronto Marga se dio la vuelta, casi violentamente.

—Me están poniendo de los nervios —dijo—. Voy a buscar a mi hija.

—Bueno —dijo él—. La verdad es que es todo rarísimo.

Se miraron a los ojos. Marga bajó la vista y se agarró al vaso de agua.

—Perdona, te he hecho traerme todo esto y ni siquiera he bebido.

Bebió agua. Observada por aquel hombre, alto, fuerte, de pelo ya medio cano, se sintió como una niña. No sabía beber si la miraban, al menos ahora. Sintió el agua que bajaba por su garganta, que hacía demasiado ruido, que la delataba en cierto sentido. Dejó el vaso. Él la miraba de una manera que, desde luego, rebasaba algunos límites. Marga se sintió incómoda y a la vez se sintió bien. Se rió y cambió de tema.

—Tampoco van mucho a la sierra. Esperanza y las niñas, digo.

—No —respondió él, con un velo de tristeza, como si el cambio de tema le hubiera pillado con las defensas bajas, o como si, más bien, pensó ahora Marga, quisiera impresionarla—. De hecho, no creo ni que sepan llegar —y se rió a carcajadas.

Aunque fuera difícil de reconocer, Marga se sentía halagada por aquel pavoneo tan bobo. Salió hacia el recibidor. Se detuvo delante de la puerta.

—Perdona, ni siquiera me acuerdo de tu nombre, qué vergüenza.

—Javi.

—Bueno, yo Marga, ya lo sabes.

—¿Te importa avisarme cuando la encuentres?

—¿A Susana? —Marga dudó un momento—. ¿Eso me lo dices en serio, o sólo porque estás tratando de ligar conmigo?

—Sólo porque estoy tratando de ligar contigo.

Ella también rió.

—Vale, te digo lo mismo, si cuentan algo importante en la tele me llamas y me informas.

—¿Y tu marido?, ¿no te llama él para contarte?

Marga se quedó cortada, bajó la mirada, no supo responder. Abrió la puerta.

—Si no me dices tu móvil, cómo quieres que te llame —dijo él.

Marga dictó el número cifra a cifra, como quien dice la matrícula a un policía que le va a multar. Él lo anotó en su propio móvil y al terminar dio al botón de llamada. Marga dio a otro botón, el del ascensor, y acto seguido su móvil comenzó a sonar en el impermeable. Él colgó.

—Parece que ahora sí funcionan los móviles. Ahí tienes mi número, ¿sabes guardarlo?

—Muy gracioso —dijo Marga, abriendo la puerta del ascensor, y dudando muy seriamente que supiera hacerlo.

—Oye, ¿tú qué crees que es? —ahora el tono de él era distinto.

—El qué.

—Lo de Barajas y demás.

—No tengo ni idea. Lo único que sé es que quiero verlo con mi hija en casa, con una buena ración de palomitas entre las dos. Gracias —se metió en el ascensor.

—Suerte. Hasta luego.

Ya en el portal repitió mentalmente su nombre: Javi, nunca lo hubiera dicho. Al salir a la plaza la noche le pareció más cerrada y más fría. Se puso el impermeable, respiró hondo y se sentó un momento en un banco a reflexionar. Si él se asomara a la ventana la vería allí abajo, en el banco, dubitativa. Sacó un pitillo y se lo encendió. Marcó el número de Susana en el móvil: ahora sí daba la señal, pero su hija no lo cogía. Saltó el buzón de voz.

—Susana, llámame en cuanto oigas esto, te lo pido por favor, llámame. Quiero que te vuelvas a casa ya, pero llámame, por favor.

Guardó el teléfono en el bolso y emprendió la marcha. Al mirar de nuevo el portal por el que acababa de salir no pudo reprimir un brote de alegría en su interior, de ilusión. Sonrió, sabía que era absurdo, que todo lo que le estaba ocurriendo hoy era absurdo. Salió de la plaza por la calle Trafalgar y se dirigió hacia Tribunal, al parque que había en la plaza de Barceló, un lugar que, tanto Susana como otros tantísimos chicos y chicas de su edad, frecuentaban las tardes de viernes y sábado. Caminó más tranquila, relajada, con muchas más cosas en la cabeza, casi distraída. Ya no tenía ganas de correr: de hecho le parecía imposible que hubiera sido capaz de hacerlo un rato antes. Ahora tuvo la impresión de que la calle era un sitio estupendo donde estar en aquel momento. Pensó que tampoco le importaría visitar alguna casa más, hablar con los propietarios, intercambiar miradas, agradecimientos y números de teléfono.

Tardó menos de diez minutos en llegar a Tribunal. Tenía la impresión de que la ciudad se iba vaciando por momentos, y desde luego esta impresión se vio completamente confirmada en la plaza de Barceló, en el parque. Estaba desierto, congelado. Siberia. Era posnuclear. Hasta las farolas, tal como ya ocurriera en Olavide, parecían cansadas de iluminar, apáticas y sin fuerzas. Una fina niebla provocada por la humedad de las escasas plantas y praderas vagaba entre los bancos, papeleras y árboles. No había más y a Marga ni se le ocurrió adentrarse en el parquecillo. De nuevo empezó a ponerse nerviosa, como si aquella ciudad casi vacía, aquel páramo helador le marcara demasiadas direcciones al mismo tiempo, o como si hubiera una clave secreta que ella desconocía y que la estaba dejando sola. Creyó entender el mensaje: que ella no era importante y que no iba a recibir ayuda para encontrar a su hija.

Se acercó a la discoteca del antiguo teatro, donde un portero le informó de que habían cerrado a las siete y media.

—¿No conocerás a Susana Espinosa?

El portero sonrió pero la insultó con la mirada. Marga consideró que el don de la sonrisa era una de las capacidades más admirables de los gorilas. Volvió a llamar al móvil:

—Susana, por favor, si oyes esto llámame, llámame.

Llamó también a casa, a ver si por casualidad había vuelto ya, pero tampoco. Dejó otro mensaje.

Con el móvil en la mano, paseando de un extremo al otro de la gran acera que había delante de la discoteca, Marga maldijo a su hija por hacerle esto en un día como hoy. Pero decidió, por el momento, no pensar más en ello ni en los motivos por los que Susana podría haberla engañado y empezó a andar en dirección a Malasaña y la plaza del Dos de Mayo. En realidad no sabía muy bien dónde buscar. No tenía ni idea de los lugares del barrio a los que Susana podía ir y además... era imposible, era imposible, Madrid era una ciudad enorme y Marga no tenía la más mínima pista de dónde podía haber ido su hija en aquella tarde. De repente, le vino a la cabeza una imagen de la plaza de Alonso Martínez, y después de la calle Fernando VI. ¿No le había enseñado Susana un bar junto a la Sociedad de Autores en el que a veces quedaba con sus amigos, sobre todo recientemente? Dio la vuelta sobre sus pasos y empezó a correr, otra vez.

Pero ya nada era lo mismo. Las zancadas no eran tan limpias ni autosuficientes. En cualquier caso Marga decidió no comparar y se entregó a la carrera y a su único objetivo. Cuando recordó la manera en que había empezado a correr se le ocurrió pensar que probablemente correr y llorar, siendo dos actividades antagónicas, eran a la vez parecidas, dos tensiones acumuladas que explotan y de pronto se manifiestan de manera muy visible. Quizá corriera por no llorar.

Dejó de correr un poco antes de llegar a la Sociedad de Autores, para no llegar con el sofocón. La verdad es que no se encontraba muy bien. Tosió unas cuantas veces con fuerza. Se metió por la primera bocacalle. Allí era, el bar estaba abierto. Había varias personas mayores viendo la televisión en la barra, pero la zona de las mesas, a la que presumiblemente solía ir Susana, estaba vacía, con las luces apagadas. Entró. Los hombres la miraron, rastrearon en su cara para intentar averiguar si estaba al corriente de lo que sucedía en el mundo. Quizá tuvieran la suerte de encontrar a un alma cándida a la que dar la noticia. Marga decidió no preguntar nada, era inútil. Miró un momento la tele, sólo para darse tiempo antes de emprender la retirada y para distraer la tristeza que le petrificaba el rostro. Fue territorio abonado, fácil:

—Menudo debe de estar el aeropuerto, con el Ejército y todo.

—Paco, tú qué dices, ¿son los extraterrestres?

—Yo digo que nos la quieren meter doblada.

Risas.

—Que sí, joder, que esto es una tapadera, que nos están escondiendo algo, y si no, al tiempo.

—Pero si han caído en todo el mundo, canalla, si lo están diciendo, que eso no lo ha hecho el ser humano ni tampoco la naturaleza.

—Lo que han dicho es que nos quedemos todos en casa tranquilitos y mira el caso que les estamos haciendo.

Marga detectó la mirada del hombre, que buscaba su complicidad. Salió sin decir nada. Volvió a Fernando VI. No iba a llorar, pero se sentía impotente, incapaz de encontrar a Susana, ridícula por sólo haberlo intentado. Decidió volver a casa. Ni siquiera el recurso, que por un momento atravesó su cabeza, de llamar a Charlie e informarle de que Susana no aparecía y acaso pedirle ayuda, le parecía planteable. Todo lo que iba a conseguir era que Charlie se mofara de ella, de su credulidad y del estúpido espectáculo que estaba dando la televisión.

Daba igual, no pasaría nada, Susana regresaría a casa tranquilamente en el momento en que ella quisiera. Quizá esta ansia por encontrarla no había respondido tanto a la necesidad de proteger a su hija como a la necesidad de protegerse a sí misma, de cobijarse en la compañía de lo único que tenía en ese momento. A Marga le resonaron en la cabeza las expresiones «está todo decidido» y «lo nuestro ya no tenía sentido», pronunciadas por Charlie en la última conversación telefónica. Al sentir el dolor íntegro de su significado, no tuvo otra idea, otro propósito, que el de proteger la relación con su hija, no dejar que las mentiras entraran en ella como había ocurrido esta tarde, o como le había ocurrido a ella con Charlie, no permitir que la dichosa separación (maldita palabra) dañase a Susana, la desequilibrara en una edad tan difícil. Ese empeño, otra vez ese empeño, sólo ese empeño.

En un momento pensó que también podría pedirle ayuda a él, al padre de María, Javi, que podría llamarle al móvil y decirle que no encontraba a Susana... pero era absurdo, sabía que era absurdo marcar su número, oír su respuesta, hablar. De pronto se imaginó que era él, Javi, quien le decía «está todo decidido, lo nuestro ya no tiene sentido», le pareció verle con toda nitidez cuando pronunciaba esas palabras, y sintió verdadero rechazo por la idea de llamarle e incluso se reprochó a sí misma el simple hecho de haberlo imaginado.

Entonces pensó también en Paula, por primera vez en toda la tarde se acordaba de su compañera de trabajo, que, con enorme puntería, había escogido esa tarde para comenzar una nueva vida. ¿De qué

manera afectaría todo este lío a los proyectos de Paula? ¿Hasta qué punto su enamoramiento, su ansia de levantar el vuelo y creer en algo quizá por primera vez en su vida, podía verse perjudicado por estos acontecimientos llovidos del cielo? ¿Cómo podía una asumir semejante fatalidad, semejante confabulación del destino: que tan traumática y difícil decisión se viera acompañada —quizá teñida, arruinada, machacada— por una orquestación de fanfarrias impenetrable e impositiva? Después de todo a ella, a Marga, no le hacía más daño que desembarcaran en Madrid cuantas sustancias extrañas tuvieran a bien hacerlo. Pero sí a Paula. Deseó que todo le saliera bien, que no abortara sus planes bajo ningún concepto. Que si su objetivo era vivir (para Paula ésa era la única manera de vivir, dar el salto), viviera, porque lo difícil era ver ese extremo con tal claridad, y una vez visto, ningún envoltorio, ninguna revolución cósmica, nada, debía cegarla. ¿Dónde estaría ahora Paula?, ¿qué estaría haciendo? ¡Qué distintas eran unas vidas de otras, qué trayectorias tan distintas podían seguir, qué momentos tan desiguales están reservados incluso a una sola vida! ¿Y si todas estas apariciones, las masas gelatinosas, transformaban todo, revolucionaban todo, cambiaban nuestra concepción de todas las cosas, de la vida, de la muerte, de todo? ¿Y si el amor, por ejemplo, dejaba de tener sentido? ¿Y si éste era un momento marcado en la historia en el que al hombre se le dan una serie de claves que hasta el momento le han estado vedadas? ¿Y si un nuevo orden, una nueva humanidad, un nuevo universo estuviera naciendo? ¿Y si las historias como la de Paula, o la de ella con el anormal de Charlie, o incluso la de la relación de madre e hija con Susana, la preocupación por encontrarla y por darle todo lo mejor, carecieran ya de sentido tras las nuevas revelaciones y de hecho desaparecieran para siempre? ¿Explicaba esto el hecho de que no fuera capaz de encontrar a Susana?

Cruzando la plaza de Alonso Martínez fue pitada por un coche que casi la atropella. Marga sonrió por su descuido, por olvidarse de la existencia de los semáforos y de los pasos de peatones. Y sonrió también, negó con la cabeza, por todas sus reflexiones anteriores. Al terminar de cruzar la calle, algo le llamó la atención: un motorista paró la moto a un lado y sin quitarse el casco caminó hasta el coche que le precedía en el semáforo, conducido por un hombre pequeño y bastante calvo. El motorista gritaba desde el interior de su casco. El hombrecillo se bajó de su coche a plantar cara y recibió dos terribles golpetazos en la cara, no puñetazos, guantazos que no llegaron a derribarlo al suelo, sólo contra el coche. Tras ello el motorista le siguió insultando, le agarró del cuello y lo zarandeó. El hombrecillo estaba conmocionado, no podía reaccionar: parecía que más que los golpes era la brutal presencia de aquel hombre mucho más alto que él

y cobardemente protegido con un casco lo que le aturdía. No pudo hacer nada. Cuando el hombre de hierro se marchó, se quedó inmóvil, doblado, apoyado sobre la ventanilla de su puerta. Marga quiso cruzar la calle Almagro para acudir en su ayuda, pero antes de que se diera cuenta de esto, el hombrecillo entró renqueante en su coche, arrancó y se fue también. Ella se vino abajo. Ahora sí tenía ganas de llorar. Se sentía impotente y enferma. Sentía que ningún lugar en el mundo le estaba reservado, que ya nada estaba en su mano. Se acercó a un portal, se sentó en el escalón y devolvió en el suelo.

De vuelta a casa, caminó por las calzadas, como si por algún motivo ahora estuviera prohibido utilizar las aceras, tan altas, tan llenas de árboles, tan antiguas, tan ajenas a todo. Se miró el talón, que ya venía molestándole desde hacía un rato, y comprobó que el zapato le había hecho una herida. Quiso ir descalza, pero el suelo debía de estar demasiado frío. ¡¿Y qué?! ¡¿Acaso importaba ya eso?!

9.

Ella vista desde arriba, de pie, mirando el objetivo. Pedro se tumbó en el altillo con la cámara y le pidió a Luz que le mirara. Una cara ovalada perfecta sobre unos hombros sin cuello y luego una fuga brutal hasta los pies, apoyados en un suelo neutro y monocromo que Pedro ya imaginaba, quizá algo parecido al de *El cómico* de Velázquez. Era un encuadre extraño, que le gustaba: el pájaro sin vuelo, con los pies en el suelo, buscando en lo alto una señal de algo que le ampare.

La segunda serie de fotos la hicieron delante del cuadro. Luz de pie, con las manos en los bolsillos de su plumífero, observa la obra en actitud serena. Parece grande y pequeña a la vez, se produce un juego extraño de proporciones entre su cuerpo, en primer plano, y el gran avión que levanta el vuelo tras ella, un diálogo en el que lo real está fuera de sitio, fuera de contexto, incómodo, demasiado compacto, brillante y anecdótico frente al velo de lo pintado, que lo domina todo. Bien, está bien, pero quizá no hace justicia a Luz, a lo que Luz representa para Pedro.

La tercera posibilidad fue la que más ilusionado dejó a Pedro. En un momento determinado le apeteció que Luz tuviera algo entre las manos. Que, a la manera de la pintura antigua, tan narrativa, tan portadora de información en cada objeto y cada gesto, hubiera una leyenda oculta que en cierto modo rellenara de sentido la presencia de Luz en el cuadro. En seguida pensó en el trozo de piedra caído en la loma y depositado en la plancha de zinc, y pensó que no había nada mejor, nada más enigmático y exclusivo de aquel día irrepetible. Pintar a Luz, otra vez de pie, con la plancha en las manos, y la piedra en el centro exacto de la imagen, era también una manera de pintar aquella velada, su esencia. Hizo varias fotos con este tema.

Pedro lo había comprendido desde el principio, que nunca se atrevería a pedirle a Luz que se desnudara para las fotos. Que aquélla sería una manera de estropearlo todo. Que él ni siquiera lo deseaba, por improcedente, por desafiante, porque había aprendido a respetar a Luz lo suficiente para aceptar su más que probable pudor, y compartirlo. No era la piel de Luz lo que le apetecía pintar ni lo que le apetecía ver. Era la Luz que conocía, con jersey, con plumífero, con pelo de niño bueno. En realidad era su voz lo que habría querido pintar. O, dicho de otro modo, era a la propia Luz a quien quería, no

un cuadro de Luz, no una Luz ficticia, teatral y desnuda.

—¿De verdad te gusta vivir solo? Me cuesta creerlo.

Estaban de pie. Luz había colocado la plancha de zinc sobre una mesa y ella misma también se apoyó en ella. Probablemente ya habían terminado la sesión de fotografías.

—¿Por qué?

—No lo sé. Creo que en el fondo, en el fondo, nadie elige vivir solo.

—Yo lo he elegido, al menos en la medida en que nos es dado elegir algo.

—Exacto, pero ¿cuál es esa medida?, ¿en realidad cuántas alternativas has llegado a tener?

—Las mismas que tiene el que escoge vivir en pareja.

—¿Sí?

—Todos los hombres que conozco preferirían un harén, pero entre las posibilidades que les ofrece nuestra cultura escogen el modelo de la pareja.

Luz sonrió.

—¿Y tú también preferirías un harén a la soledad?

—Sí, pero eso no quiere decir que la soledad no me guste. Llega un momento en que uno conoce demasiado bien el comportamiento del mundo y de las personas para saber qué es lo que quiere.

—Ya.

—Además, yo no me siento solo, ¿cómo puede sentirse solo quien siempre vive solo? La soledad es lo que te queda cuando las compañías desaparecen, pero ahora no tengo compañías. Lo único que han hecho las mujeres por mí a lo largo de mi vida es ahondar en mi soledad cuando me han abandonado.

—¿Y si hubiera una chica que no te abandonara?

—No me digas.

—Sí, que no te abandonara, que te gustara, que te quisiera, que te tratara bien, que quisiera vivir contigo.

Pedro soltó una carcajada.

—¿Eso existe?

—¿Por qué no? —dijo Luz, el pájaro, con voz tranquila, alegre, y afán persuasivo.

—Una chica como tú...

—Claro, una chica como yo, por ejemplo. No me digas que no preferirías compartir la vida con una chica como yo a estar solo, que no preferirías cenar con ella, dormir con ella, viajar con ella.

—Si eres como pareces, sí —dijo Pedro clavando los ojos en los de Luz, sintiéndose más seguro con una mujer de lo que probablemente se había sentido en toda su vida.

Luz bajó la mirada. Tardó un par de segundos en volver a levantarla.

—¿Quieres más cerveza? —dijo un poco seria.

—Claro —Pedro fue solícito a llenar los vasos.

Luz se había sentado en el sofá cuando Pedro le entregó su cerveza, con poca espuma, aunque todavía fría. Era un sofá negro, de piel seca y cuarteada, que en su día estuvo en el estudio de su padre. Pedro empujó los libros, los trozos de táblex y las herramientas que se amontonaban encima, y se sentó junto a Luz.

—¿Qué crees que habrá sido de nosotros dentro, por ejemplo, de cinco años? —dijo Luz.

—Que me habrás abandonado —bromeó Pedro—, probablemente ya lo hayas hecho dentro de cinco minutos.

—¿Por qué eres tan pesimista? Lo dices en broma, pero en realidad es lo que piensas.

Pedro sonreía. Claro que lo pensaba.

—Mi opinión es que no conviene pensar demasiado en el futuro. Conviene llevar una existencia inmediata, suprimir el deseo, respirar y actuar y no proyectarse más allá del momento actual. No aspirar a nada, a ningún modelo. No pretender la felicidad, ni siquiera el placer.

Luz asintió. Bebió. Miró a Pedro.

—¿Sabes que voy a casarme el próximo verano?

Pedro carraspeó. Bebió también.

—Ya sé que no tengo por qué contarte mi vida, pero me hace raro no decírtelo.

—Por supuesto.

Luz sonrió. Pedro quiso protegerse con alguna pregunta rápida.

—¿Y cuál es el nombre del afortunado, si puede saberse?

—Álvaro, es venezolano. Después de la boda nos vamos a vivir a Caracas, al menos tres años.

—¿Él vive allí?

—No, no. Aunque ahora precisamente está allí, por temas de trabajo.

—Enhorabuena —Pedro chocó el vaso con el de Luz.

—Gracias.

Pedro se recolocó en el sofá.

—El futuro —dijo—, eso sí que es el futuro. Qué decisión, ¿no? Me imagino que ante una decisión así te sentirás como si vieras pasar tu vida entera por delante, en un instante, como si ya pudieras ver sus pasos más importantes hasta el final.

—Sí —dijo Luz.

—Está bien. Es un modelo de vida muy definido, y supongo que bastante cómodo. Lo que pasa es que en un momento uno tiene que decidir si se queda con ese modelo, si extiende su firma en un papel y se queda con él.

—Exactamente —la voz de Luz sonó apagada.

—Bueno, no hace falta que te pongas triste.

Luz sonrió con cierta vergüenza.

—No, pero es que eso es precisamente lo que me asusta, ¿sabes?, que haya un camino tan marcado, que sea posible imaginar cómo serán muchas cosas dentro de cinco, de diez, de quince años.

—La bola de cristal. ¿No te gusta acaso lo que ves en ella?

—No es que no me guste, es que... preferiría no verlo con antelación, que lo que tuviera que llegar, llegara. Vivir y ya está.

—Te entiendo perfectamente.

—Preferiría sentir que soy yo misma quien va haciendo mi vida a cada paso, que soy libre, que queda algo en mi mano, que no tengo que renunciar a tantas cosas de una sola vez.

—Oh, la libertad.

—A lo mejor te piensas que me refiero a... ¿sabes?, la fidelidad y demás, pero no es eso, el hecho de que sea fiel o no, creo que no dependerá de si me caso. Es otra cosa. Por ejemplo, esto que estoy viviendo esta noche, de esta manera, con estas sensaciones, ya no podré vivirlo más, este tipo de experiencias... Preferiría ser como tú, que no te planteas nada de tu vida dentro de cinco años, y que si te lo planteas es muy difícil que tengas una respuesta. El futuro no te asusta porque no puedes verlo, siempre va a tener la capacidad de sorprenderte.

—¿Y qué es lo que ves tan claramente en tu vida para dentro de cinco años?

—Me veo con dos o tres hijos, quizá ya definitivamente asentada en Venezuela, viviendo en un chalet de dos plantas en una de las mejores urbanizaciones de Caracas, con algo de acento, dedicada a mis hijos, a mis hobbies y a mis amigas pijas, mientras Álvaro, ya director general de su empresa, trabaja a destajo...

—Qué bonito.

—Nadie ha dicho que vaya a ser necesariamente así, hemos hablado de ir sólo tres años, pero creo que las cosas pueden tomar poco a poco ese rumbo. Y no es que esté mal, supongo que si realmente llega a ocurrir es porque yo lo acepto y soy feliz con ello. El problema de verlo por anticipado es que ves también todo a lo que renuncias, y eso cuesta más.

—Y el problema, digo yo, es que en tu caso renuncias a mucho, porque dejas tu país. Igual lo que te incomoda no sólo es que el camino esté marcado, sino también cómo está marcado, que sea un camino tan alejado.

—Sinceramente creo que eso a mí no me afecta, en serio, creo que si fuera a vivir aquí me pasaría lo mismo.

—Bueno, a lo mejor dentro de cinco años te has separado.

—Ya, pero eso representaría el fracaso del modelo que voy a firmar.

Se supone que si me caso es porque quiero que las cosas salgan bien, porque quiero que las cosas dentro de cinco años sean de una determinada manera. Que las cosas puedan salir mal no me hace sentirme más libre.

—Pues lo eres, antes y después de casarte. Todos tenemos mucha más libertad de la que pensamos, o de la que nos gusta pensar que tenemos. A veces resulta muy cómodo pensar que no tenemos libertad.

—Eso es lo que admiro de ti, que aunque pareces casi desterrado, en el fondo eres muy libre.

—Y tú también lo eres. Eres libre de escoger ese modelo de vida, el del matrimonio y la familia feliz que la sociedad te vende como idílico, o renunciar a él. Lo que no resulta posible es tenerlo todo, no renunciar a nada y además aspirar a la idea de éxito y felicidad que tu sociedad te ha vendido.

—Yo no aspiro a eso.

—Sí que aspiras a ello. Lo tienes metido en lo más hondo de tu forma de ser, lo has mamado, la sociedad te ha enseñado a ser un representante perfecto, te ha enseñado cuál es el modelo de vida si quieres protegerte de la marginación, de la infelicidad y de la soledad.

—¿Sí?, ¿tú crees?

—Tú quieres ese modelo, pero no quieres renunciar a nada de lo que tienes ahora. Pero, ah, amiga, ése es un precio que hay que pagar, el modelo social te lo impone así. Es un modelo social como cualquier otro, pero llevamos creyendo en él ni se sabe el tiempo. Aunque insisto en que tienes la suficiente libertad para darle carpetazo.

Luz sonrió.

—No lo sé, de verdad, no lo sé.

—¿Estás enamorada o no?

Ahora Luz soltó una carcajada.

—Es que me da la impresión —dijo ahora Pedro— de que ése es el único problema. Se supone que cuando uno está enamorado no le importa renunciar a cuantas cosas hagan falta con tal de vivir con su amado.

Luz sonreía. Miraba a Pedro con un brillo especial en los ojos.

—Di, ¿estás enamorada o no?

Luz volvió a reír.

—Sí, supongo que sí —dijo.

Minutos más tarde explicó —con un nuevo vaso de cerveza, otro pitillo, sentada sobre sus piernas en la postura del loto— por qué le fascinaba (sí, ésa fue la palabra que utilizó) la personalidad de Pedro. Dijo que en su artículo pensaba mencionar rasgos como su pureza, la paz que transmitía, su autenticidad o su austeridad. E insistió en que estaba muy a gusto allí.

—Es como si hubiera descubierto un mundo paralelo —dijo.

—Me alegro —sonrió él.

Pedro propuso cenar algo y se fue a prepararlo. Mientras calentaba agua, Luz abrió la estufa y echó un par de troncos más, le hacía ilusión. Pedro tuvo que cerrar el grifo porque oyó que Luz le estaba diciendo algo.

—... ¿En serio?... Ya... Ya...

En realidad estaba hablando con su móvil, de pie, junto a la estufa, con la mirada perdida en el techo de la nave. Estaba hablando con su madre, Pedro lo supo en seguida. Hablaban de lo que estaba pasando en Barajas. Luz comentó que no había visto nada, que había estado haciendo la entrevista al pintor de Alcalá. Sonrió a Pedro. Luego le dijo a su madre que hoy no había hablado con él (¿con quién?), que hoy tenía un par de reuniones y que seguro que al acabar la llamaría. También dijo que estaba bien y que si no había visto nada de la tele era porque allí no había ninguna tele. Entonces empezó a caminar por la nave, tocando distraídamente unos objetos y otros de la colección que había en las mesas. Pedro dejó de escuchar lo que decía.

Cenaron espaguetis con ajo y guindilla. Luz contó que estaban ocurriendo fenómenos similares al de Barajas en todo el mundo, que habían aparecido ya en un montón de sitios y que de momento no encontraban ninguna explicación. Que estaba todo el mundo revolucionado, que todas las televisiones tenían una programación especial, que se había recomendado a la gente permanecer en las casas y no abusar del teléfono ni de la electricidad. Que al parecer la cosa podía ser seria. Que todo el mundo pensaba en lo mismo pero nadie se atrevía a confesarlo.

—Extraterrestres.

—Sí.

—Ay, nos gustaría tanto que la vida se pareciera a nuestros sueños.

—Ya, pero... es un poco raro, ¿no?... y en todo el mundo.

—Bueno, esperemos que no caiga ninguno en Venezuela.

—Qué bobo.

Luz se acercó a por la plancha de zinc con el pequeño trozo de mineral viscoso.

—¿Dirías que esto es brillante?

—No mucho —dijo Pedro.

—Pero ¿dónde estaba exactamente?, ¿no has visto nada más?

—Estaba en el suelo. Ya te he dicho que al principio quemaba y era muy pegajoso.

—Tiene que ser lo mismo, Pedro, no me digas que no.

—¿Lo mismo que qué? Las cosas que cuenta la tele no se parecen en nada a las cosas del mundo.

—Bueno, pero tú eres el primero que no sabes lo que es esto, nunca has visto nada parecido, no entiendes por qué estaba así de caliente.

¿No te parece muy raro?, ¿no te parece demasiada casualidad?

Pedro sonreía.

—Sí, me parece raro. De hecho, creo que es un meteorito, pero eso tampoco quiere decir mucho más.

Luz se puso la masa en una mano, sintiendo su peso. La palpó, la dobló, la olió.

—¿Te importa llevarme a ese sitio, a la loma donde lo has encontrado?

—¿Ahora? —dijo Pedro.

—¿Está muy lejos?

—No, pero hace frío, y no creo que veamos mucho.

—Bueno, pero sabrás protegerme —dijo Luz. Pedro rió.

Mientras se ponían el abrigo, es decir, mientras Pedro, distraídamente, con una sensación parecida a la familiaridad, observó cómo Luz subía la larga cremallera de su plumífero hasta arriba, Pedro sintió que un calambre de euforia le recorría el cuerpo. Dio unos saltitos y unas palmadas para coger calor y, poniendo su mano en la espalda de Luz, dijo:

—Nosotros no necesitamos que nos cuenten las cosas por televisión, aquí las cosas ocurren en directo.

Constable los miró bajar desde su lugar propio. Hacía frío. La humedad parecía traspasar la ropa. La verdad es que Pedro no solía salir de noche durante el invierno. Tardaron un poco en acostumbrarse a la oscuridad. Cuando lo hicieron no resultó muy difícil distinguir entre la gran masa de aire oscuro, salpicada con volúmenes todavía más oscuros, el cauce claro —casi blanquecino por contraste— de la pista de tierra por la que tenían que caminar.

Pedro hablaba, del camino, de que en algunas noches de verano le gustaba subir a esa loma a mirar las estrellas. Pero aquélla, aunque no hubiera luna, no era una buena noche para contemplar las estrellas. La humedad que generaban los enormes viveros al lado de los cuales caminaban enturbiaba la visión. Pero sí era una buena noche para sentir el peso del cielo. Sólo de noche el cielo adquiere su verdadera dimensión, dijo. Basta pasear por el campo en plena noche para comprender lo que es el cielo, lo que es la oscuridad de un espacio vacío e infinito.

Luz asentía. Miraba hacia arriba.

Pedro dijo que si en lugar de uno hubiera dos soles, uno a cada lado, nunca sería de noche. O bastaría que hubiera unos cuantos objetos más del tipo de la luna cerca de la Tierra para que éstos funcionaran como grandes pantallas reflectantes capaces de iluminar todo el planeta y acabar de una vez por todas con el concepto de noche y todo lo que significa.

Dijo que él ya había afrontado alguna vez el tema del nocturno y

que de hecho podría intentarlo de nuevo, que quizá no estaría mal intentar pintar sólo el cielo, el cielo en una noche de luna nueva, e incluso pintar esa condensación del aire por la humedad. Explicó hasta qué punto se utilizan los colores para pintar la noche, y la cantidad inimaginable de gamas y matices que puede encontrar uno si mira con cuidado y con tiempo.

—¿Qué suena? —dijo Luz.

¿Pasos? ¿Ruido de pasos en algún sitio? ¿Alguien que corre? Pedro no tuvo tiempo de responder, ni siquiera de dudar. En seguida, tras ellos, apareció Constable por el camino, corriendo, emergiendo de la oscuridad con sus dos patas por delante. Pedro le esperó con una rodilla en el suelo y le acarició en la frente. Constable le lamió las manos.

—Has salido, ¿eh?, al fin te has atrevido, no has podido resistirlo.

Constable saltaba. Pedro le explicó a Luz la condena imaginaria del perro, que aun habiendo sido liberado esta mañana de su atadura, era incapaz de ir más allá de lo que ésta le había permitido hasta entonces. Ahora Pedro le hacía carantoñas a Constable en el cuello.

—Te gustan las chicas guapas, pillín.

Luz se rió.

Constable se entregó al olfato y empezó a recorrer con la cabeza gacha las dos lindes del camino. De vez en cuando se quedaba parado y miraba a un sitio y a otro, o más que mirar parecía escuchar, degustar quizá algunos sonidos completamente nuevos para él. Pedro reanudó la marcha. Abandonaron el camino y subieron campo a través, entre la jara.

—Ahora disfruta de su libertad, da gusto verle —dijo Luz.

—Como tú —dijo Pedro.

Luz no dijo nada. Pedro la miró y vio que estaba seria, pendiente de sus pies al caminar. Constable, en cambio, sí miraba a Pedro, con sumisión. Era como si de pronto se sintiera inseguro de hacer lo que estaba haciendo y necesitara la aprobación de Pedro. Subieron un rato más en silencio, un silencio que interrumpió Luz.

—¿Sabes?, si es el fin del mundo me gusta haberte conocido —dijo Luz.

—¿Y si no lo es?

—También.

—A mí también me gusta haberte conocido.

Llegaron a lo alto de la loma. Miraron a su alrededor. El resplandor de Madrid no dejaba nunca de sorprender a Pedro. Tenía tal potencia que convertía el cielo del oeste en algo completamente distinto. Era como la reverberación de una grandísima estación orbital navegando entre la nada. Siempre que observaba este espectáculo, en cierto modo desolador, Pedro se congratulaba de estar fuera: fuera de esa gran

central inabarcable, fuera de la cárcel-máquina que emanaba luz aun sin pretenderlo (eso sí, una luz fría, ambigua, culpable), lejos del terrible monstruo incandescente que se alimentaba de seres como él, y de muchos, muchos megavatios. Los agujeros negros son masas tan compactas y que generan tanta gravedad que ni siquiera la luz puede escapar de ellos. Pedro sentía que a Madrid no le faltaba mucho para convertirse en un agujero negro. A diferencia del sol, que lo daba todo, Madrid era como un alto horno, del que sólo escapaban fugas incontrolables.

Hacia el sur, el resplandor de Alcalá se unía con el de Madrid, de manera que sólo mirando al este y al norte podía verse realmente la noche. Pedro se sentó en una piedra.

—Bueno, pues ya estamos, éste es el sitio.

—Parece un lugar muy bonito.

Constable exploraba la zona con una mezcla de curiosidad y prudencia. El aire frío del oeste atravesaba la lana de los dos jerséis de Pedro. Luz preguntó por el punto exacto en que Pedro había encontrado la piedra, pero Pedro no supo dar el dato. Luz se dio una vuelta, observando con atención el suelo.

—Te dije que no íbamos a ver mucho —dijo Pedro.

—Ya —dijo Luz—. Qué raro.

—¿Qué esperabas encontrar? ¿Señales de otra civilización?

—No lo sé, algo. Igual que ha caído ese trozo por qué no iba a caer algo más.

Luz desistió pronto y se sentó en la misma piedra que él, a su lado, pierna con pierna, brazo con brazo, los dos juntos dándose calor.

—Supongo que al final todo se quedará en nada.

Pedro no estaba seguro de qué hablaba Luz exactamente.

—Sería tan bonito que esas apariciones significaran algo.

—Ya, claro.

El calor del cuerpo de Luz convertía todo lo demás en un sinsentido, el frío de alrededor, la irradiación de Madrid, los extraños meteoritos de los que la gente, como en un murmullo de fondo, no paraba de hablar.

—Tú no necesitas nada así —dijo Luz.

—Yo considero que esto que está pasando, que estemos aquí sentados los dos, ya es suficientemente especial. No necesito nada más.

—Desde luego —dijo Luz, y tras pensar un rato, añadió—: Pero a mí me cuesta separarlo. Para mí todo es tan irreal en esta noche, que, no sé, no me gustaría despertarme de pronto.

—¿Quieres decir que soy tan irreal como una de esas masas anónimas y desconocidas que están cayendo?

Luz se rió.

—Quizá sí —dijo.

Pedro creyó oírla pensar a través de su cuerpo. ¿O era su propio pensamiento el que rugía? Al menos, la respiración de Luz le hacía sentirse bien. Quiso que se alargara el silencio.

—¿Nos vamos? —dijo Luz.

—Sí —dijo Pedro.

Se despegaron sincronizadamente y comenzaron a deshacer el camino.

—Ahora sí que me gustaría que tuvieras una tele.

—Quieres volver al calor del hogar —Pedro buscaba a Constable con la mirada—. ¿Y el perro?

Se dieron cuenta de que llevaban un buen rato sin reparar en él. Volvieron a lo alto de la loma y como no le veían, empezaron a llamarle. A Pedro le sorprendió el acento tan británico con que Luz gritaba aquello de «¡¡Constable!!». La imaginó hablando en un perfecto inglés con el perro.

Hubo un momento en que Pedro pidió silencio. Creyó oír un llanto agudo, tan agudo que apenas podía distinguirse, procedente del lado contrario de la loma. Fueron rápidamente. A medida que se acercaban, el llanto (o más bien, aquellos gemidos temerosos) comenzó a alternarse con algunos ladridos. Al fin lo vieron.

Estaba husmeando en una gran masa de matorral. Al oír que llegaban, Constable se retiró un poco y dando saltos sobre las patas traseras pareció hacerle honores a ese grandísimo y denso arbusto. Pedro se detuvo súbitamente. ¡No era un arbusto! No. Brillaba, era compacto y grisáceo, como casi todo en aquella noche.

—¿Qué es eso? —dijo Pedro.

—¿Qué es? —dijo Luz.

El objeto tendría unos cuatro o cinco metros de diámetro y una forma ligeramente ovalada e irregular. A su lado el terreno parecía quemado, como si tras posarse en aquel lugar la sustancia se hubiera desplazado o hubiera reducido parcialmente su tamaño. Pero ¿cómo podía un objeto celeste, si acaso lo era, tener un tamaño tan impresionante?

—No te acerques —dijo Luz.

—Aquí lo tienes, el hermano mayor que estabas buscando.

Desoyendo a Luz, se agachó, lo tocó y detectó la misma consistencia blanda y ya fría que tenía el meteorito depositado en la nave.

—Es lo mismo —dijo—, sí.

Respiró hondo y se fue junto a Luz y Constable. Los dos le miraban.

—Constable, amigo —dijo—, éstas son palabras mayores, te has ganado un buen hueso de paletilla.

—¿No crees que deberíamos avisar? No sabemos si es peligroso —dijo Luz.

—¿Tú crees? Yo creo que no pasa nada. Podemos observarlo tranquilamente y después decidir lo que hacemos.

Pedro se sentó en el suelo, a escasos tres metros de la masa. Luz permaneció de pie, pero no dijo nada, lo cual debió de significar que aceptaba la propuesta. Constable se acercó de nuevo a olisquear la sustancia.

Al observarla en paz, Pedro supo que aquélla era una presencia benefactora, serena y hermética, como deberían ser todas las cosas. A su lado el mundo de las personas resultaba prosaico y caduco. La sustancia era imperturbable, solemne, extrasensorial.

Tuvo la impresión de que si aquello había atravesado el cosmos para llegar hasta aquel lugar, sería por algo. Sentía que en cierto modo esa sustancia tenía significado para ellos (Luz y Pedro) y sólo para ellos: que iba dirigida a ellos. Que era de ellos. Le hacía sentir bien. Ocupaba su mente con homogeneidad y suavidad.

Constable seguía entregado al disfrute de aquel enorme e insospechado tesoro. Pedro miró a Luz.

—Debemos confiar en el perro, ten la certeza de que su intuición para estas cosas supera con creces a la nuestra —dijo mientras se levantaba.

Se acercó al borde mismo de la sustancia y se fijó en el suelo.

—Creo que a los bichitos también les gusta.

Luz acudió a verlo. Luego Pedro le dio la mano y juntos empezaron a rodear el objeto. Fueron con cuidado, fijándose en cada detalle. Constable les acompañó. En pocos pasos, Pedro y Luz llegaron a la que hasta entonces había sido la cara oculta del objeto. De pronto Luz le apretó la mano con muchísima fuerza. Pedro dio un paso atrás inconscientemente. ¿Qué era aquello? Retomó la compostura y se acercaron con mucha cautela. ¿Qué demonios era? ¿Una gigante y perfecta piedra preciosa? ¿Un ente superior y abstracto? Emergía casi en su totalidad de la masa, no muy lejos de la parte más alta de ésta, como si tras el golpe contra el suelo o tras unas fluctuaciones posteriores de la masa se hubiera alejado de lo que uno hubiera dicho que era su lugar natural: el interior de la sustancia, su centro geométrico. Tenía una perfecta forma prismática, como una gran caja de zapatos, con una dimensión, podría decirse, no superior a los sesenta centímetros en su lado más largo. Y, aun en ausencia de luz, presentaba una apariencia metálica, un especial brillo iridiscente. Como el titanio, si es que alguien sabía cómo era el titanio. Como el ámbar. A Pedro no le cupo duda de que estaba ante un mineral precioso, formado en a saber qué momento y qué perdido rincón del universo. Era el meteorito más elegante que pudiera imaginarse. El más sublime de los objetos encontrados.

Pedro soltó la mano de Luz y dio un par de pasos más. Quería verlo

bien de cerca. No podría asegurar que aquel objeto no fuera peligroso, que no emanara alguna sustancia o radiación, que no reaccionara de alguna manera si intentaba tocarlo, pero no le importaba. Fuera cual fuera la consecuencia, merecía la pena. Quizá Luz tuviera razón y todo lo que estaba sucediendo esa noche fuera una especie de sueño extraño del que en algún momento habría de despertar.

Miró un momento atrás. Constable acudió a su lado, como si él también quisiera vivir esa experiencia. Luz permaneció quieta. Había miedo en su mirada. Pero Pedro acercó la mano, tocó el prisma un momento y volvió a retirarla. Estaba frío, como lo estaría cualquier metal en aquella noche. Volvió a poner la mano y la mantuvo allí un rato. Invitó a Luz con la mirada. Tras unos segundos de duda, ella se acercó silenciosamente y posó también su mano sobre el objeto. Eran peregrinos acariciando la piedra sagrada.

Se retiraron.

—Es maravilloso —dijo Pedro.

—Sí —dijo Luz.

Pedro la miró.

—¿Estás asustada?

—Sí, no lo sé.

Pedro la cogió por encima del hombro.

—Creo que esto es algo importante, Pedro, creo que nos está pasando algo importante.

Pedro no respondió. Miraba el objeto emergiendo de la masa. Noble, sereno, sencillo, sabio. Como una piedra ancestral llena de vida. Un ser superior que no necesita hablar muy alto para ser escuchado con devoción. Constable, con su olfato, lo disfrutaba.

—Voy a intentar cogerlo —dijo Pedro.

—Pero...

—Tengo la impresión de que lo otro es un envoltorio.

Se acercó de nuevo y apoyó un pie en la masa. Agarró el prisma con las dos manos y con sólo eso, sin apenas fuerza, fue suficiente para apartarlo de la gran flaccidez. Pesaba, pero no demasiado, no todo lo que Pedro hubiera esperado de un mineral ultracompacto. ¿Qué demonios era aquello? ¿Por qué no pesaba más? ¿Acaso era poroso? ¿Acaso estaba hueco? ¿De qué estaba hecho? Lo dejó otra vez sobre la masa y volvió con Luz.

—No podemos dejarlo aquí —dijo Pedro.

—¿Y qué hacemos?

—Nos lo llevamos.

—¿Tú crees?

—¿Dónde va a estar mejor? Siento que nos pertenece, o que nosotros le pertenecemos a él, me da lo mismo.

—Pero quién nos autoriza. Igual es una barbaridad arrancarlo de

ahí, no entendemos nada, no sabemos nada de lo que significa todo esto.

—Estoy de acuerdo. Pero si no lo cogemos nosotros, lo cogerá otro que tampoco sabe lo que significa.

Pedro soltó a Luz. Dio un paso hacia el objeto.

—¿Me ayudas?

—No me gusta.

—Lo siento, Luz, voy a llevar esta piedra a la nave.

Luz no respondió, pero a Pedro no le importó. No necesitaba mucho más que aquel silencio para tomar una decisión que en realidad ya tenía tomada. Se apoyó de nuevo en la masa y retiró el objeto. Anduvieron con toda la determinación que les fue posible hasta la misma entrada de la nave. No miraron atrás, no se detuvieron en ningún momento, hicieron verdaderos esfuerzos por no precipitarse y echar a correr como dos ladrones.

Cuando llegaron a la nave, Constable se quedó en su sitio y se despidió con un entrecortado llanto de resignación. Pedro y Luz entraron, dejaron el objeto en una mesa y, fatigados, y también un poco asustados, se dejaron caer en el sofá. En seguida, Pedro se levantó y le ofreció agua a Luz. Levantar el vaso fue una manera de beber, pero también de, instantáneamente, los dos a la vez, llevar la vista más allá del vaso inclinado y posarla sobre el ente perfecto, la gran piedra rectangular. Desde su nueva posición en la mesa de trabajo, el objeto mostraba su capacidad de atribuirse a sí mismo un lugar primordial.

Dejaron el vaso y volvieron a su lado. Ahora su apariencia era más grisácea que metálica, como si la abundancia de luz le hiciera ser más discreto, pero igualmente solemne. Pedro se quitó el jersey y miró a Luz. Sonrió.

—A este ritmo voy a tener que poner más estanterías para mi colección.

—Qué locura, teníamos que haberlo dejado allí —ella no se quitaba el abrigo; acaso contemplaba la posibilidad de volver a salir y devolver el objeto a su lugar.

Pedro se agachó y observó la piedra muy de cerca.

—¿Sabes que me estoy poniendo un poco nervioso? —dijo.

Como manera de serenarse, Pedro fue hacia el cuarto de baño. Se detuvo delante de la puerta y se volvió hacia Luz.

—¿No vas a quitarte el abrigo?

—Se me ha metido el frío dentro, estoy destemplada.

En el baño, frente al váter, una sucesión imparable de imágenes acapararon su pensamiento: el gesto mecánico, casi innato, con el que esa mañana (¿esa mañana?) había limpiado uno a uno sus pinceles; los golpes de la cuchilla de afeitar sobre el fregadero; la imagen de un

plumífero largo y negro en el andén de la estación; la luz amarilla del ciclomotor sobre la tierra del camino; la presión irregular de las manos de ella en su cintura; Venezuela, un país rico en petróleo; el olor a cerveza del aliento de ella en el sofá, alcohol destilado; el muro de cipreses en la noche, la alegría de Constable, la masa en la loma, la piedra, la piedra, la piedra.

Salió y vio que Luz, ya sin abrigo, estaba intentando avivar la estufa. Pero él se acercó a la mesa en la que se encontraba la piedra y la despejó de objetos alrededor. Volvió a agacharse. Un corte perfecto dividía el prisma longitudinalmente. Lo recorrió con la mirada en todo su perímetro. Sí, el objeto parecía estar formado por dos partes diferentes, como si una de ellas fuera una tapa.

Pedro levantó la vista. Luz estaba a su lado.

—Más sorpresas, señores —dijo Pedro.

—¿Qué pasa? —preguntó Luz.

—Creo que es una tapa. Esto no es un mineral.

—¿Qué quieres decir?

—Que parece una tapa, que voy a meter la espátula y voy a intentar abrirla.

Pedro fue a buscar una espátula.

—Espera —le dijo Luz—. Me da miedo.

Pedro dejó la espátula sobre la mesa y miró a Luz.

—¿Estás seguro de que no nos estamos equivocando? —dijo ella.

—No pasa nada, ya verás, no pasa nada.

Pedro cogió la mano de Luz y con la otra mano, la espátula.

—Simplemente déjame ver qué pasa al meter esto. Quiero ver si cede.

Introdujo la espátula por el corte que había en el prisma y la giró suavemente, con cuidado. El corte se hizo más grande, sin mostrar demasiada resistencia. Pedro repitió el movimiento en cada uno de los lados del prisma. Luz le apretaba la mano. La pieza más pequeña, la que era como una tapa, cedió y pareció quedarse suelta. Los movimientos de Pedro eran cada vez más inciertos, menos precisos, pero soltó la mano de Luz y cogió la tapa con las dos manos. La separó con facilidad y la colocó boca arriba sobre la mesa, dejando a la vista su parte interior, satinada, de un color neutro e indefinido. Entonces Pedro y Luz se dieron de nuevo la mano y se asomaron.

Un extraño ser yacía inerte en el interior de la caja, boca arriba. Tenía un aire humano, sin serlo. Un aire familiar y casi enternecedor. Era diminuto, realmente diminuto, y quizá fuera eso lo que más le distinguía de los seres humanos. Sin duda, no superaba los cincuenta centímetros. Tenía los párpados bajados, el gesto inexpresivo, la carne blanca y entumecida. La boca, una línea horizontal en la cara, estaba congelada en algo parecido a una sonrisa. El cuello era

particularmente fino, como la piel que lo recubría, casi transparente. Pedro admiró la delicadeza de sus pies pequeños, el orden de sus dedos, las yemas circulares y muy rellenas de carne.

10.

Eduardo y sus padres fueron acompañados por un policía hasta una de las infinitas puertas de la terminal infinita.

—¿Usted va a estar toda la noche acompañando a cada pasajero liberado hasta un taxi? Va a acabar con agujetas, ¿no?

El policía, que no tenía mucho aprecio a su profesión y que vestía el uniforme con menos gracia que un camarero de bodas, no respondió.

—En este país no existe el respeto a los policías que existe en otros países. Aquí todo el mundo le tiene manía a la policía y a los Estados Unidos, es increíble. Bueno, yo también, ja, ja, ja.

Llegaron hasta el taxi, detrás del cual había otro taxi.

—¿Antonio Trigo Salazar? —dijo el taxista, alto, con perilla, apoyado en el techo de su propio coche.

El padre de Eduardo asintió.

—¿Equipaje?

—Ya nos gustaría a nosotros —dijo Eduardo—. Demos gracias si no revientan el avión de un cañonazo.

Y después, cuando vio que su padre hacía amago de abrir la puerta del copiloto, dijo:

—Yo delante.

La mujer de jersey añil que era su madre y el hombre de camisa dos tallas grande que era su padre atravesaron un momento de duda que, ante la contundencia de los movimientos de Eduardo, hubieron de tragarse sin más. Eduardo, sin verlo, fue consciente de ese momento de duda. Fue como si hubiera visto la expresión de su madre. Por ello se abocó aún más a la política de hechos consumados. Se sentó y cerró su puerta. Poco después sus padres también cerraron las puertas de atrás.

—¿Infanta Mercedes, 61? —preguntó el taxista.

—Me ha leído el pensamiento —respondió Eduardo.

Se entregó a una observación detallista y serena de la película que iba pasando por su ventanilla. El aeropuerto era un lugar de accesos y desaccesos, de curvas que envuelven a otras, de puentes y sobrepuentes. En los lugares muertos (entre accesos, entre curvas, entre puentes) existía la tendencia de plantar césped, que ahora no refulgía. En la noche cerrada destacaban más los potentes haces halógenos alucinógenos de las farolas que convertían la maraña de

desaccesos en un escenario falso y frío y futurista. El parpadeo azul de las sirenas de la policía, en cada cruce, marcaba el camino de manera inapelable, o sea, impepinable. Las sirenas daban vueltas sobre sí mismas, pensó Eduardo, como los faros de la costa. En la ciudad son las sirenas de la policía las que nos marcan el camino, las que definen los límites de la realidad navegable. La radio estaba encendida, pero de oírla alguien sería el taxista, porque no había otro oído en la faz de la Tierra capaz de discernir en ese chisporroteo algo parecido a palabras con sentido. Más adelante toparon con un coche de policía que les impedía el paso, cruzado en medio de la calzada. Hubieron de dar media vuelta y tomar un túnel, un puente y otra curva más envolvente.

—¿Usted sabe si los aviones llevan volante? Me refiero para girar sobre la pista.

El taxista le miró exactamente de esa manera en que se mira a alguien que no sabes si te está vacilando o sencillamente está como una chota.

—Ni idea, si le digo la verdad.

Acabaron en una gran autopista de muchos carriles que, en palabras del jefe de operaciones, les llevaría hasta la Nacional I y la plaza de Castilla. Eduardo supo que el matrimonio de discretos españoles que ocupaba el asiento de atrás comenzaba a dar muestras de ofuscación ante la estrangulante red de circunvalaciones metropolitanas. Eduardo se sentía ya el lugarteniente del jefe de operaciones.

—Está muy mala la cosa, ¿verdad?

—¿Iban ustedes en el avión accidentado? —preguntó el taxista, y miró por el retrovisor.

El señor que iba atrás dijo que sí. El taxista explicó que no se hablaba de otra cosa, que estaba el mundo entero paralizado por todos los fenómenos que se estaban produciendo. La señora del jersey preguntó si toda esa policía que había en el aeropuerto era por lo de su avión, lo que el taxista confirmó. El padre de Eduardo volvió a centrar la conversación y quiso obtener más información sobre lo que estaba ocurriendo en el mundo, puesto que, aunque algo les habían contado mientras esperaban en el aeropuerto, en realidad no habían conseguido comprender prácticamente nada. El taxista trató de explicar algo que ni conocía ni comprendía bien. Se empeñó en utilizar la misma jerga que había oído en la radio pero no fue capaz de reunir de una manera digna palabras como «fenómeno», «inorgánico», «adherencia», «meteorito», «impacto» o «sobrenatural».

—Maneja usted muy bien los aforismos, joven, pero no le hemos entendido nada. Quizá debería decantarse por el verso libre —dijo Eduardo.

—La gente tiene miedo. Dicen que puede ser una invasión

extraterrestre o yo qué sé.

—Interesante, sí, sí. El problema de que lleguen los extraterrestres, ¿sabe cuál puede ser?: que sean negros, o moros o así. Si ya nos cuesta retenerlos al otro lado del estrecho imagínese que nos llegan también por el aire. Claro que siendo extraterrestres igual tienen estudios y son trabajadores cualificados o jubilados de lujo. A lo mejor se instalan todos en Mallorca.

El taxista dijo que tenía bastante curiosidad por conocer lo que había pasado en el avión.

—Fíjese que cuando hemos visto que había algo en el ala y el piloto nos ha comunicado esa «incidencia de vuelo», así lo ha llamado él, y nos ha informado de la inestabilidad del aparato y de que el aterrizaje sería un «aterrizaje de riesgo», yo, que estoy loco, he sido prácticamente el único que ha mantenido la calma, mientras que todos los demás, los cuerdos, los que no duermen encerrados bajo llave en un hospital psiquiátrico, se han puesto a temblar y gritar y llorar y rezar. Se da cuenta, ¿no? A mí la verdad es que me ha dado por reírme y estar tranquilo y me lo he pasado bastante bien en el aterrizaje, que por lo demás ha sido de lo más normal. Es por allí, ¿verdad?

—Sí, sí —dijo el taxista.

—¿Sabe cuál es mi teoría de por qué nos han desalojado en autobuses en lugar de hacerlo por el *finger*?

El taxista no respondió.

—Bien, se lo voy a contar, aunque usted no dé particulares muestras de interés.

—Supongo que porque querían mantener al bicho ese a una distancia considerable del aeropuerto.

—Es correcto.

Eduardo se inclinó lateral y sutilmente hacia el taxista.

—Óigame, joven, ¿podemos hablar confidencialmente?

—Eduardo, para, para, por favor, deja tranquilo al caballero —sí, sí, era el hombre del asiento de atrás, el de Trijueque, el perturbado mental.

—Sólo quería contarle la razón por la que, desde mi punto de vista, los conductores de los autobuses llevaban máscaras antigás. En serio, iban con unas máscaras antigás verdaderamente aparatosas y a mí, después de todo, me parece lógico, hay que tomar precauciones, tenga en cuenta que en esos momentos debían de estar barajando muy seriamente la posibilidad de que se tratara de un ataque terrorista, y si no ya me dirá qué pintaba allí tanto tanque y tanta historia, quizá un ataque químico o bacteriológico, y para ponernos máscaras a los ciento y pico pasajeros no creo que estuvieran preparados, sinceramente. Luego nos han tenido mucho rato esperando en una sala

donde había bocadillos y refrescos. Mi madre ha dicho que la tortilla era como poco de ayer, pero mi padre ha dicho que no la hacen con huevo de verdad y por eso estaba tan asquerosa. La tortilla rica es la que no lleva cebolla, con las patatas muy finas y bien fritas, lo que pasa es que si quieres que se conserve de un día para otro es mejor ponerle un poco de cebolla. ¿Cree que los extraterrestres sabrán hacer tortilla? Seguro que prefieren las hamburguesas, y las palomitas de maíz, no me diga, en estas cosas los americanos siempre triunfan. Yo una vez en París, bueno, en la casa en la que estaba, hice tortilla de patata en una fiesta, para que la probaran todos, la hice muy fina, como a mí me gusta, y no muy hecha, me quedó buenísima, lo que pasa es que me salió muy pequeña y tomaron todos un trozo canijo, un taquito, una birria, y luego ya no volví a hacerla, porque a veces es mejor dejar a la gente con la miel en los labios y no estropear lo que, desde el punto de vista de los demás, había sido un éxito personal mío extraordinario. ¿Sabe cómo se dice tortilla de patatas en francés? *Omelette aux pommes de terre*. ¿Y sabe cómo llaman los franceses a la tortilla francesa? *Omelette nature*. Son así, los pobres, deben de estar convencidos de que las tortillas las crea la naturaleza por generación espontánea. A nosotros no se nos ocurre llamar a la tortilla española tortilla natural, pero claro, es que nosotros tampoco nos consideramos el centro del mundo ni nada así.

Tras un confuso enlace entre carreteras, Eduardo divisó a su izquierda, todavía en la lejanía, las características torres inclinadas de la plaza de Castilla, que anunciaban la entrada en Madrid por la zona norte.

—Hombre, las torres Kio, ya las echaba yo en falta. Es difícil imaginar una arquitectura más espantosa. Hoy en día los arquitectos en lugar de resolver problemas con elegancia, se los crean, es absurdo. Cualquier día habrá que apuntalarlas, ya verá.

Las torres pasaron de estar a la izquierda a estar justo frente a ellos.

—Si le molesto, dígalo, es que yo hablo mucho. Ellos, bueno, los señores de atrás, ya lo saben. Pero si no fuera por mí se habrían aburrido mucho más esta tarde, con tanta espera. Porque después de tenernos no sé cuánto tiempo en el avión y luego en la sala de los bocadillos, han entrado algunos policías y azafatas y un médico para atender a un par de personas particularmente histéricas. Ellos ya no llevaban máscaras, claro, yo creo que ya habían descartado lo del ataque químico y tal, pero nos han mareado bastante, sabe usted, han ido interrogándonos uno por uno sobre lo que había sucedido y sobre nuestro estado de salud y ahí ha sido cuando yo, en fin, sabe usted, a veces pierdo los nervios, es una de las ventajas de estar loco, que puedes hacerlo, pero creo que si yo no hubiera dado todos los gritos que he dado y no hubiera dicho todas las verdades que les he dicho

por tratarnos como a cerdos en un matadero no habríamos salido ninguno del aeropuerto en toda la noche. Yo sé que debería lavarme la boca con jabón porque soy muy amigo del insulto personal particularmente ofensivo, pero es que me he puesto muy nervioso y me ha entrado un poco de claustrofobia de tanto encierro y cuando me he liado a patadas con la puerta y con los bocadillos de tortilla harinosa y con los dos policías que trataban de sujetarme yo creo que los responsables de nuestro encierro se han dado cuenta de que aquello no podía seguir así y han dicho que nos iban a sacar de allí y que nos irían llamando por nuestros nombres y curiosamente me han sacado a mí el primero y luego a mis padres y entonces nos han hecho un control médico, nos han vuelto a preguntar cuatro gilipolleces y nos han dicho que un taxi nos llevaría hasta casa, pero que deberíamos estar localizables, porque probablemente en las próximas horas o días seríamos requeridos para que volviéramos a aportar nuestros testimonios. Dígame, este taxi está ya pagado, ¿verdad?

—Sí —dijo el taxista, más parco en palabras.

—Viva el Ministerio del Interior —dijo Eduardo—. Aunque, pensándolo bien, no debería ser el Ministerio del Interior el que llevara este tema, porque si realmente se trata de una visita extraterrestre, como usted sugiere, pienso yo que debería ser el Ministerio de Asuntos Exteriores el que se ocupara del tema.

Eduardo respiró un momento. Miró al taxista que, con cara de cansancio, conducía rutinariamente. Se giró un momento hacia atrás. Seguían ahí, fingiendo indiferencia.

—¿Podemos hablar confidencialmente o no? —susurró Eduardo al taxista—. Mire, el asunto es que... quizá sea mejor que suba un poco la radio, es preferible que no nos oigan... verá, esas dos personas que lleva usted ahí atrás en realidad están mucho más trastornados que yo, ahí donde los ve, los pobres se han empeñado en que son mis padres y no dejan de decirlo y ¿sabe lo que le digo?, que se lo creen, están realmente convencidos de que son mis padres, y claro, la situación ha llegado a un extremo en que a mí no me queda más remedio que seguirles la corriente, aunque sea completamente falso, por supuesto, fíjese que mi padre murió hace casi veinte años, con decirle eso ya se hace usted una idea, y mi madre, que también está loca de atar, en eso sí coincide, vive en París, sabe usted, vivimos desde hace cinco años los dos juntos en la Rue Mabillon, cerca del Boulevard Saint-Germain. Mi nombre es José María. El hecho de que ellos me llamen Eduardo debe considerarlo usted una prueba más del tipo de personas con las que nos encontramos. Lo que sí le digo es que conviene no llevarles demasiado la contraria, porque aunque parezcan tan pacíficos, llega un momento en que acaban perdiendo los nervios, sobre todo ella.

Mi nombre es José María.

—Yo reconozco que no soy una persona muy normal, pero nada de lo que le puedan contar estos señores es cierto. No sé de dónde sacan esa capacidad para inventarse historias. Tampoco entiendo por qué dejan viajar a gente así sin más protección. Es que sólo tiene que imaginárselo usted por un momento, que dos perfectos desconocidos se le acercan y se empeñan en cambiarle su nombre y en decir que son sus padres. ¿Se hace a la idea o no?

El taxista miró un instante por el retrovisor.

—¡No, no los mire, aunque parezca que no, siempre están escuchando!

—¿Qué cogemos, el túnel o Bravo Murillo? —dijo el taxista al hombre de atrás.

—Vaya por el túnel, está bien el túnel, sí —dijo él, o sea, José María —. Veo que usted no confía en mí, que ha preferido consultar con ellos. ¿Tan poca credibilidad le parece que tengo?

Ahora el taxista sí le miró y sonrió un poco. Una mano tentacular llegó subrepticiamente desde el espacio oculto y se posó sobre el hombro de José María. Mi nombre es José María.

—Eduardo, vale ya, por favor, vale ya.

—No se preocupe —dijo el taxista.

José María estalló a reír con la mano en la boca.

—No se preocupe, eso sí que ha estado bien, no se preocupe. Veo que lo ha comprendido bien, es lo más fácil, seguirles la corriente. Fíjese que yo ya no les digo nada, llevan todo el día empeñándose en que soy su hijo y uno ya se cansa de desmentir lo obvio, así que les sigo la corriente y me voy con ellos a su casa como si realmente fuera su hijo. Tampoco me supone mucho problema, no se crea, son gente amable y a estas alturas tampoco sé bien adónde ir, tenga en cuenta que yo he venido a España por sorpresa, es que mi hermano Dimas se casaba hoy y yo he querido presentarme así de sopetón, porque él seguro que no contaba con mi presencia, dado que yo vivo en París con mi madre y dada la relación tan mala que mi madre y él tienen, no sé si lo he dicho ya pero mi madre le llama Dimas el mal ladrón, el caso es que él no sabe que yo venía, ni siquiera mi madre sabe que estoy en Madrid, pensaba llamarla desde la boda para darle un buen susto, ja, ja, pero claro, con toda esta historia, imagínese, seguro que la boda ni se ha celebrado, no todos los días tenemos invitados de otros planetas. ¿Qué es lo que sabemos de estos extraterrestres, joven?

—Por lo visto va a hablar el presidente del Gobierno a eso de las diez.

—¿A las diez? Bien, creo que llegaremos a tiempo. Es por allí.

—Veo que conoce bien el camino a la casa de estos señores.

José María, él, le mira fijamente.

—¿No se estará usted pasando de listo?

El taxista se encoge de hombros, lo cual viene a demostrar que los tiene de corbata y que no sabe bien lo que dice porque sus neuronas están exclusivamente dedicadas a la tarea de no gastar mucha gasolina. José María mira al frente. El comentario del taxista le ha descentrado por completo.

—Conozco esta ciudad como la palma de mi mano, joven. Cuando usted no había nacido yo ya me la recorría de punta a punta caminando. ¿Cuánto dice que se tarda andando desde la plaza de Castilla hasta la estación de Atocha? Pues no se lo voy a decir, descuide, si quiere averiguarlo mueva el culo, que falta le hace. Pare aquí, sí... pero métase más dentro, hombre, no interrumpa el tráfico.

—¿Qué tráfico? —dijo el taxista con desprecio, indicando con su mano la calzada vacía.

—Que pase usted buena noche —dijo él y se bajó del coche.

Abrió la puerta a sus padres. Vio que su padre firmó un papel que le extendía el taxista.

—Está pagado, papá, y ni un duro de propina.

El taxista adoptó una de esas sonrisas de superioridad que adoptan los imbéciles cuando quieren dejar en evidencia alguno de tus comentarios. Se asomó por la puerta.

—Esa sonrisa de superioridad puedes metértela por donde te quepa, chavalito. Que tenga mis rarezas no significa que sea menos que tú, hasta ahí podíamos llegar —dijo.

—Anda vete a casa con papá y mamá —dijo el taxista—. Y dales la mano antes de cruzar.

—Todavía te voy a partir la boca, tonto de baba —le señaló—. Llevo teniéndote ganas toda la noche.

—Vale, vale —dijo el padre bajándose—. Vámonos a casa, anda.

—Es un imbécil, papá.

—Ya, ya lo sé, vámonos.

—¿Me estás dando la razón como a un loco?

—No, no es así, creo que tienes razón, que el taxista no te ha respetado.

Cuando la mujer madre consiguió separar el trasero del asiento, alejarse breves centímetros del coche y cerrar la puerta, el taxista aceleró hasta el fondo.

—Tiene razón, era un altivo —dijo ella.

Eduardo agarró a su padre por encima del hombro.

—Le teníamos que haber zurrado bien entre los dos, papá, a veces me sorprende lo sensato que eres, ja, ja, ja.

Entraron al portal. Eduardo se empeñó en discutir con su madre si el suelo estaba mucho más brillante de lo que nunca lo había estado o si estaba más o menos como siempre. El padre, que debía de tener ganas de visitar el baño, les metió prisas desde el ascensor.

En casa la diáspora, o sea, Eduardo se dirigió a su cuarto y los otros al suyo. Sin embargo, Eduardo tuvo la vaga impresión (o por decirlo de otra manera, la total y absoluta seguridad) de que sus movimientos estaban siendo testados, observados con disimulo y mucho rabillo del ojo y oído avizor.

En el pasillo dio una patada precisa al rodapié que, por supuesto, tras varios meses, se había ido desprendiendo poco a poco de la pared. Se agachó y empujó el clavo con el dedo, como le gustaba hacer. Entraba suave, fácil, pero aún tenía capacidad de sujetar el rodapié durante un tiempo. Al levantarse le llamó la atención el color crema de su puerta. ¿Era nueva?, ¿la habían cambiado?

Entró y vio una habitación distinta. Las paredes, el color, la cama, el lugar de la cama, el suelo sin la moqueta, la fea imitación de madera, desnuda, fría, la estantería nueva, la ausencia total de cuadros y carteles. ¿Por qué? Se dio la vuelta y vio a su madre en la puerta.

—¿Y mi habitación?

—Eduardo...

—¿Y mi habitación? —repitió.

—Tienes ahí todos tus cuadros para que los vuelvas a colocar como a ti te apetezca. Ya verás, te acostumbrarás y te acabará encantando.

—¿Como al hospital de París?

—Hijo.

—Quiero la habitación tal como estaba.

—Estaba muy vieja, Eduardo, las paredes se caían y la moqueta daba asco. Nos hemos gastado mucho dinero en darte lo que necesitas.

—¡Lo único que yo necesito es que consultéis las cosas conmigo! Es la habitación más fea que pueda imaginar. Un verdadero altar al mal gusto. Típico de este país.

Miró a los ojos de su madre.

—Llama a los albañiles, por favor. La quiero exactamente como estaba.

El otro habitante de la casa, el hombre, llegó también junto a ella.

—¿Qué pasa aquí? —dijo, en un patético intento de afirmar su autoridad.

Pero nada estaba donde debía, ni las cosas eran como debían, ni había manera de estar tranquilo en este estado de cosas.

—¿Qué habéis hecho con mis libros?

La mujer explicó que estaban metidos en cajas, con mucho cuidado, para que él mismo los volviera a colocar en la estantería nueva.

—¿Dónde están las revistas?

—¿Qué revistas? —dijo ella.

—Falsa conciencia, levantas un muro de hipocresía para proteger tu pundonor de católica reprimida. ¡Las revistas pornográficas, cuáles van a ser, las mías, las que están llenas de tías buenas y demás

guarradas! Tenía ganas de echarles un vistazo esta noche.

—En la basura —dijo él.

—¿Las has visto, eh, pillín, y no le has contado nada a ella?

—Está mejor la habitación ahora, Eduardo, está mucho mejor ahora. Lo tienes todo, es más cómoda, más alegre...

—¿Creéis que por hacer una habitación nueva vais a conseguir tener un hijo nuevo?

Él resopló.

—¿Has visto el baño?

Eduardo preguntó si acaso se metía él en sus cosas, si hurgaba en sus posesiones, en la manera de decorar su habitación de convento, pero en realidad estaba pensando en la palabra baño. De alguna forma posible era posible que esa puerta corredera que señalaba el padre tuviera alguna relación extrínseca o bien intrínseca con la palabra baño.

—Hemos cambiado el baño, te hemos abierto una puerta por aquí y hemos quitado la otra. Ahora es tu baño, cariño —dijo ella.

Eduardo abrió la susodicha puerta corredera y encendió una luz de las de gran interruptor cuadrado y encontró un cuarto de baño de hotel, nuevo como en un hotel nuevo. El espejo ocupaba una pared entera. Las baldosas imitaban la veta de la piedra; los azulejos, enormes, también. En el lugar de la antigua puerta, había unos estantes de obra pintados de color rojo. La bañera era más amplia. Una mampara de grueso cristal transparente delimitaba su territorio.

—Me habéis dejado la bañera, menos mal, menos mal. Me llegáis a poner una ducha...

—¿Te gusta o no?

—Me encanta, pero para cagar voy a ir al vuestro, ja, ja, ja.

Volvió al dormitorio y empezó a abrir cajones en el armario.

—He dicho que no, pero la verdad es que a veces sí que hurgo en vuestras posesiones. En realidad, cada vez que os vais de casa, ja, ja, ja.

—¿Se puede saber qué buscas? —dijo madre con jersey añil.

—¿Mi camiseta de Estados Unidos?

—¿Para qué quieres esa camiseta ahora, hijo?

—Han llegado los ovnis, mamá, ¿no te parece motivo suficiente para ponérmela?

Madre encontró la camiseta. Él se la puso encima de la camisa. La bandera de Estados Unidos, rectangular y perfecta, ocupaba todo su pecho. En ese instante de silencio universal en el que Eduardo bajó la barbilla para observarse a sí mismo y ellos (como siempre, como todo el día, como toda la noche, como toda la vida) permanecían a expensas de sus palabras, de sus movimientos, de sus reacciones, Eduardo oyó al fondo del pasillo el sonido del televisor, que sin duda

alguna había encendido su progenitor, el hombre pequeño, unos minutos antes.

—¿Os apetece que haga tortitas con nata? —dijo.

—¿Ahora? —dijo el hombre.

—Sí, ahora, ahora. Si me va a apetecer hacerlas mañana o pasado mañana no tengo ni idea.

—Lo que tú quieras, hijo. ¿No quieres ver un poco la tele? Éste es un momento histórico y de alguna manera nosotros somos también protagonistas de él. Creo que todos deberíamos enterarnos de lo que está ocurriendo.

—A mí con que te enteres tú, me vale. Voy a la tienda de los chinos a comprar las cosas.

Ella dio un paso hacia la cocina, con gesto de orgullo.

—Hay de todo. Supuse que querrías hacerlas.

Eduardo le dio un beso en la frente.

—Eres mi madre, te voy a regalar un jersey.

En la cocina, Eduardo pasó largo tiempo preparando las tortitas. Se sentó, como acostumbraba a hacer, y fue mezclando los ingredientes con mucho cuidado y mucha reflexión. Sus padres se instalaron a ver la televisión en el cuarto de estar. Un hijo rellena mucho, calienta la cocina, crea sonidos sincopados, que quieras que no, acompañan. Eduardo mezcló la harina, el azúcar, la sal y la levadura en la fuente de cristal transparente de duralex arañado de toda la vida. En la luz blanca de la cocina, la de los fluorescentes, había un parpadeo que Eduardo conocía bien y que estaba fuera del tiempo. Casi todo en esa casa estaba fuera del tiempo, excepto el rincón psiquiátrico de la casa, a saber, su habitación de tres estrellas, que de golpe y porrazo había ingresado en el funesto siglo XXI. Batió los dos huevos en un cuenco, le añadió la cucharada de aceite y el vaso de leche. Cuando sigues los pasos de una receta de cocina, las reflexiones son opacas y los movimientos unívocos. Cada gesto lo es todo, un pulido espejo del alma, un lugar donde uno es persona y mitiga la velocidad de los pensamientos y de la palabra hablada. Agregó la mezcla polvorosa de harina, azúcar, levadura y sal y batió muy deprisa. Ya estaba. Observó la masa. Él quemaba el tiempo, él no era capaz de replegarse hacia atrás ni de proyectarse hacia el futuro, un rasgo de su forma de ser era que nunca se permitía la nostalgia, del mismo modo que no temía el porvenir *(l'avenir),* ni tampoco se ilusionaba con él. ¿Dónde quedaban ya Epinay y el doctor Rameau, con quien, cada mañana, conversaba por espacio de dos minutos, antes de que el doctor desapareciera riendo por el pasillo, con la mano levantada en gesto de despedida? ¿Tenía nostalgia del doctor Rameau, autor de las citadas observaciones sobre su personalidad? ¿Generaba en él alguna clase de resquemor su próxima vida, de nuevo en casa junto a sus padres?

Se dio cuenta de que se estaba mirando a sí mismo de hito en hito, y se asustó. No era para menos. Encendió la radio que estaba sobre la mesa.

—... y amigos, dejando a un lado la formidable cantidad de lecturas y posibilidades que el caso sugiere, parece a estas alturas indudable que nos encontramos ante un fenómeno de proporciones verdaderamente descomunales, ante el que nos deberemos enfrentar con la mayor cautela, pero también, por qué no, con la mayor pasión, la pasión que acaso requieren esos acontecimientos que sólo ocurren una vez en la historia de la humanidad. Acabamos de contactar con nuestros corresponsales en las principales capitales de Europa y de América; ustedes mismos han podido comprobar cómo más allá de la incertidumbre, del desconcierto e incluso de la ansiedad que el mundo respira en estos momentos, hay dos estados de ánimo que imperan sobre cualquier otro: miedo por una parte, esperanza, enorme esperanza, por otra. Da la impresión de que en cierto modo llevamos mucho tiempo esperando este momento, y quizá a la enorme esperanza, y al miedo a lo que pueda venir, habría también que añadir el temor a que todo se desinfle y quede en nada. Pero, señores, hablamos ya de más de una decena de casos parecidos y nos consta que hay otros muchos pendientes de verificación, y como nos ha contado Juan Ramón G. estamos dejando fuera la mayor parte de la superficie terrestre, despoblada y ajena a cualquier forma de civilización, y que junto con los océanos representa efectivamente más de un noventa por ciento de la superficie del planeta. Saben ustedes de sobra que jamás hemos sido amigos en esta casa de las alarmas y de las conclusiones precipitadas, y creo que no debemos ser víctimas del sensacionalismo en esta noche que se aventura larga, en estos días, quién sabe si quizá en esta nueva era de nuestra civilización, pero les invitamos a que, con toda la cautela del mundo, manejen estos acontecimientos como un diamante en bruto del que quizá no habrán de olvidarse nunca.

Amparado en cada una de las palabras escuchadas, Eduardo reflexionó sobre el paradójico significado de la expresión «diamante en bruto». Apagó la radio e intuyó que alguien le estaba observando desde la puerta de la cocina. Era ella, que tenía una tendencia inequívoca hacia el, por decirlo así, aparicionismo.

—¿Necesitas ayuda? —le dijo.

—¿Quieres hacerlas tú? Tengo agotamiento súbito.

—Anda, déjalo, ya las haremos mañana.

Eduardo echó su silla para atrás y se levantó.

—Mamá, ahora que los alienígenas van a arrasar la vida humana sobre la Tierra, quiero decirte algo.

—El qué.

—No se me ocurre nada, ja, ja, ja.

—Vente a verlo con nosotros, hijo, es muy emocionante.

Eduardo miró a su madre, salió de la cocina delante de ella y se metió en el salón. Allí estaba el ejemplar masculino, que había envuelto su cuerpo con una bata muy anclada en la tradición de nuestro país. A juzgar por la fuerza con la que agarraba el mando a distancia se diría que estaba asediado por una banda de izquierdistas que pretendían quitárselo.

—¿Cómo va la cosa?, ¿quién gana? —dijo Eduardo mirando a la tele.

—Parece un asunto muy serio, hijo.

Eduardo se sentó en el sofá, y a su lado, la sombra, su madre.

—Y pensar en lo cerca que lo hemos tenido —dijo ella—, todavía no somos conscientes de lo que nos ha pasado hoy.

—A ver —dijo el padre, con gesto de impaciencia.

—Qué pasa —dijo ella.

—Que cierres la boca, mamá, parece mentira que lleves cuarenta años viviendo con él y todavía no le conozcas.

—Bueno —dijo ella.

El padre había decidido subir el volumen. Un reportero hablaba desde las proximidades del Palacio de la Moncloa.

—... la primera y más probable tendría el fin de tranquilizar a la población, de enfriar el ambiente ante la proliferación de incidentes en los últimos minutos y pedir prudencia y paciencia a todos los ciudadanos para que los científicos e investigadores puedan desempeñar su trabajo. Es decir, sería una intervención con poco contenido informativo y sí apaciguador...

—Apaciguador, ¿qué significa apaciguador?

—... y la segunda línea, mucho menos probable, pero que nadie se atreve a descartar, sería la de una declaración de impacto, una declaración con alto contenido informativo que podría llegar a conmover los cimientos de la humanidad...

—Cimientos, ¿qué significa cimientos?

—Lo sabes de sobra —dijo su padre.

—Tengo lagunas.

La presentadora, desde el estudio, se despidió del reportero y dijo que en unos minutos continuarían con la información puntual de todo lo que estaba sucediendo. Cuando empezaron los anuncios, el ciudadano español fue presa de un ataque de mando a distancia.

—... fijarnos en este nuevo golpe al antropocentrismo, si Copérnico fue una revolución, si Darwin fue...

—... the soil samples from the Kansas case have recently been reexamined with the newest analytical techniques, but in the japanese affair...

—... même si certaines témoignages à Saint-Mamert affirment avoir vu un objet qui traversait le ciel à une vitesse relativement lente...

—... María, llena eres de gracia, el Señor es contigo, bendita tú eres entre todas las...

—¡Deja eso!

—¿Por qué?

—Me gusta verles, creo que deberíamos rezar los tres de la mano.

—No respetas nada, hijo. ¿Te crees mejor que todo el mundo? —dijo él.

Eduardo se echó de nuevo hacia atrás con media sonrisa en la boca. La otra media sonrisa desapareció debido a la rapidez de su movimiento.

Su padre puso la primera cadena, la más clásica por antonomasia, en la que un presentador que Eduardo no conocía hablaba de las diversas reacciones de la población.

—¿Sabes una cosa, mamá? El beneplácito con el que delegas el mando a distancia en sus manos demuestra clarísimamente tu posición de dominio moral.

—Para, hijo, para, por favor —dijo ella.

—Era un elogio lo que te he dicho, lo que pasa es que como eres mi madre te lo he dicho camuflado.

Ella no se atrevió a sonreír, quizá por miedo a lo que su marido pudiera pensar. La larga locución del presentador aburrió soberanamente a Eduardo. Se puso de pie.

—Con todos mis respetos, me retiro a mis aposentos.

—¿Sí? ¿No quieres ver más?

—No.

—Buenas noches, Eduardo —dijo el padre.

—Buenas noches, cariño —dijo ella—. ¿Estás contento de haber vuelto a casa?

Eduardo se detuvo en la puerta del salón.

—Son ustedes una gente muy amable y, aunque los padres de uno son insustituibles, me permitirán que les diga que ustedes ejercen su labor de falsos padres con verdadera dignidad, lo cual es de agradecer. Fíjense que he llegado al convencimiento de que no pretenden nada en particular conmigo, que si hacen todo esto es porque realmente consideran que son mis padres, ésa es su demencia y están en todo su derecho a padecerla. Así que dadas las circunstancias y mi complicada situación personal, y sabiendo que ustedes lo hacen de buen grado, voy a utilizar la habitación que me ofrecen para descansar unas horas, puesto que realmente lo necesito. ¿Dispone de sábanas la cama?, ¿a qué hora es el desayuno?

La mirada de la pareja de españoles mostraba una obnubilación transitoria alarmante.

Eduardo enfiló el pasillo, emulando, en cierta manera, los andares de un actor de Hollywood. Reflexionó sobre la identidad de tan extraordinarios personajes. ¿Qué demonios querían de él? ¿Por qué le asediaban de manera tan... sutil, es cierto, pero también perseverante? ¿Acaso tramaban algo? ¿Seguían viendo la tele, fingiendo que les interesaba, o habían empezado a actuar ahora que él se había ido? Bajo su disfraz de españoles campechanos aquellos dos personajes escondían mucho más de lo que parecía, eso estaba ya muy claro. ¿Por qué? Ah, amigo, quién lo sabía. Pero era precisamente la cordialidad con que le trataban lo que resultaba más terrorífico. Uno podía imaginar la mayor perversidad y frialdad en aquellos rostros de piel arrugada y pálida, en aquel costumbrismo de andar por casa.

De repente, sintió la imperiosa necesidad de correr y se encerró en su habitación nueva recién convertida en habitación nueva, y al darse cuenta de la traicionera falta de pestillo interior, decidió encerrarse en el baño, donde la agravante y traicionera falta de pestillo interior fue suplantada por el generoso empuje de su espalda sobre la puerta corredera. Respiró, pero los movimientos sibilinos que podía imaginar en sus raptores le hicieron empujar con más fuerza la puerta. De pronto no sabía dónde estaba, no reconocía nada, no sabía cuál era la manera de pensar que más le convenía ni la que menos, no sabía si el pensamiento emanaba de su cuerpo apoyado en la puerta o era otro el dueño de estos pensamientos y lo que tenía que hacer era desprenderse de ellos. La idea de hacerse con el teléfono inalámbrico que estaba en el pasillo irrumpió con fuerza en este marasmo, y de hecho era tan clara, contundente y unívoca que se agarró a ella con verdadera pasión.

Era una operación de alto riesgo, por supuesto, pero estrictamente necesaria para sus fines. Con la mayor rapidez y sigilo posibles, de una manera casi profesional, salió del baño y de la habitación y cogió el teléfono inalámbrico que reposaba sobre su sede en la cómoda del pasillo. Volvió a la carrera, cerró las puertas, apoyó de nuevo todo su peso en la puerta corredera del baño y respiró. Por un momento olvidó la finalidad de esta operación y llegó a plantearse si alguna vez la había tenido, pero fue al sentir, como un escalofrío mental, la amenaza de los otros seres tras las puertas cuando la recordó.

Según marcaba el 091, José María supo que estaba anticuado, pero más valía estar anticuado que paralizado. Sorprendentemente, alguien, en nombre de la policía nacional, respondió.

—Verá, señorita, necesito que vengan a socorrerme lo antes posible. Tiene usted que escucharme con paciencia porque mi caso no es sencillo y no tengo ganas de que tome a pitorreo lo que le voy a decir, ¿vale?

La telefonista dijo que sí y le instó a exponer el motivo de su

llamada lo antes posible.

—Verá, estoy pensando que lo mejor sería que mandara una unidad a este lugar desde ya, no estoy bromeando, es un caso muy serio, me acabo de esconder en el baño con el teléfono para que no me detecten pero en cualquier caso creo que sería bueno que fueran viniendo para acá mientras usted y yo hablamos porque le aseguro que en cualquier momento podríamos vernos obligados a abortar nuestra conversación, así que le ruego que tome nota sin más dilación: me encuentro en el número 61 de la calle Infanta Mercedes, el piso tercero derecha, ¿de acuerdo?

Nadie respondió al otro lado del teléfono.

—Oiga.

—Sí, dígame.

—¿Que si ha tomado nota?

—Sí, sí, dígame exactamente lo que le pasa.

—Claro, claro, eso es lo que pretendo, no se crea, me hago cargo de que no puedo ocupar la línea eternamente, me imagino que habrá otros casos como el mío esperando, bueno, exactamente como el mío no serán, pero oiga, todos son importantes, por supuesto...

—Bueno, dígame.

—Ya sé que le pareceré el típico pesado que está tan necesitado de compañía y de conversación que es capaz de llamar a la policía para pasar el rato, pero ése no es mi caso, señorita, yo me basto a mí mismo de sobra, y aunque no cabe duda de que el contacto social, según dicen, me beneficia, soy capaz de pasarme meses e incluso años sin cruzar una sola palabra con otra persona que no sea yo mismo. Y para demostrarle que es cierto lo que digo vamos a ir directamente al grano: hoy, el día de la boda de mi hermano Dimas, el primer día en cinco años que se me ocurre salir de París y cogerme un avión a España, he sido raptado por dos personas que dicen ser mis padres y que tienen tanto que ver conmigo como pueda tenerlo yo con su callista, por decir algo.

El teléfono emitió un pitido entrecortado que resultó muy característico. José María no supo si atribuir la incidencia a la intervención de las extrañas personas que se habían empeñado en fiscalizar y controlar su vida o si se debía simplemente a la mala baba de la propia telefonista. Salió de dudas volviendo a marcar. Aunque no tenía la certeza de si era la misma señorita la que respondió, dijo:

—Mire, a mí no me cuelga el teléfono ni el santo padre apostólico de la Virgen de Roma, me cago en Dios, si les he llamado es porque necesito ayuda, y le advierto de que es su obligación escucharme y socorrerme, y le pido que lo haga lo antes posible, porque esto no es ninguna broma.

—Dígame qué es lo que quiere —estas pobres chicas estaban

entrenadas para mantener la calma en toda situación, la de ellas, que al parecer es la que importa, porque la de él, ciudadano español con tantos derechos como cualquier otro, precisamente se veía alterada por esa tranquilidad impostada y ficticia.

—Estoy encerrado en un piso de la zona noroeste de Madrid, ahora mismo me encuentro camuflado en un cuarto de baño, hablando a escondidas con ustedes y comprometiendo con ello seriamente mi vida. Quiero que vengan a ayudarme de inmediato, me encuentro en manos de dos individuos que dicen ser mis padres, que se empeñan en controlarme y que decididamente me han secuestrado en este inmueble. Ya le he dicho a su compañera, bueno no sé si era su compañera o era usted misma, verá, que hasta esta mañana yo no conocía a estas personas absolutamente de nada, y le añado que aunque aseguren ser mis padres no lo son en absoluto, lo que pasa es que yo mismo, y creo no haberme equivocado en esto, he pensado que resultaba más conveniente seguirles la corriente, puesto que la reacción que pudieran tener semejantes personajes ante una negativa me era desconocida, pero algo me ha hecho pensar que podría ser terrorífica, y en última instancia mucho más dañina que el propio rapto del que en este momento soy objeto. ¿Me comprende?

De nuevo el mismo pitido entrecortado. José María estuvo a punto de lanzar el teléfono contra su propia imagen en el espejo. Probablemente fue esa mirada del espejo la que le detuvo, la que le asustó, la que le hizo, como escapatoria, llevar la vista hacia otro lado. Qué extraño cuarto de baño. Hubiera resultado placentero darse un baño caliente con espuma y demás en una bañera como aquélla, pero sabía que si lo hacía, de una manera o de otra, estaría obedeciendo a sus raptores. Decidió apartar la espalda de la puerta corredera, sabedor de que en el caso de que ellos se propusieran sacarlo de allí siempre podrían conseguirlo con sus sofisticadas artes. Así que, con ganas de descansar, se sentó sobre la tapa del retrete.

Un rato después seguía en la misma posición, en el centro exacto de sí mismo, tendiendo cámaras de descompresión entre él y el mundo. Los cuartos de baño siempre habían tenido para él un poder apaciguador. Representaban el súmmum de la racionalidad, del orden, de la concentración. Las paredes, la luz, el silencio, todo ayudaba a reunir los despojos de su personalidad, a inventariar los restos definitivamente perdidos, a establecer nuevas categorías desde las que sentirse seguro y feliz. Así que, ajeno al hecho de que la puerta no tuviera pestillo, abrió el grifo monomandocromadocontermostato de la bañera y subió el tirador con el que taponarla. El sonido del chorro lo embarulló todo al principio, arruinando cualquier posibilidad de aislamiento. Pero a medida que la bañera se llenaba y el chorro se hacía más penetrante y el vapor ganaba capas más altas del

ecosistema, la sensación de placer dominó por encima de cualquier otra. Se quitó la ropa, se metió en el agua casi hirviendo y chapoteó suavemente con los muslos.

Fue muy largo el rato en el que estuvo preguntándose por el procedimiento utilizado para ensamblar con semejante precisión los azulejos, entre cuyos extremos no era posible, ni siquiera en las esquinas, encontrar un mínimo espacio, un testigo de cemento o una gota de algún hipotético pegamento especial. De repente se incorporó a toda velocidad. Creyó haber oído algún ruido al otro lado de la pared, al otro lado del mundo, en algún lugar de la casa, quizá tras la puerta sin pestillo del baño o tras la puerta sin pestillo de la habitación. Se levantó, atrapó una toalla de un zarpazo, se envolvió con ella y salió de la bañera. Parecía mentira que no se hubiera dado cuenta antes. No había pestillo interior, pero ¿quién le decía que no lo había exterior? Baño nuevo, habitación nueva, posibilidades nuevas de encerrarle allí a traición. Empantanó de agua con sus pasos el suelo del baño y de la habitación. En su cabeza precipitada ya no cabía ningún espacio para la duda: sabía que los dos psicópatas, los del otro lado, le habían encerrado, que subrepticiamente le habían llevado a ese territorio-trampa para luego apresarle durante al menos toda la noche. Era un juego sucio, repugnantemente sucio, pero ellos eran capaces de eso y de mucho más. Malsujetándose la toalla con una mano giró el picaporte con violencia y tiró de la puerta.

Estaba abierta.

Una ráfaga de aire enfrió aún más sus pies mojados.

Su padre estaba allí, al otro lado del pasillo, iluminado por la luz del cuarto de estar. Era un hombre cansado, pequeño, triste, que le miraba interrogativamente. Él respiró hondo y se dio la vuelta con dignidad. De soslayo, comprobó que no había ningún pestillo exterior.

11.

El taxi estuvo un buen rato retenido en un túnel. Se había producido un accidente en la salida. Paula permanecía serena, mirando por la ventanilla los resplandores azules de las sirenas en la pared. Desde que fue trasladada, con otros muchos viajeros, a la Terminal 2, y finalmente consiguió hablar con Miguel Ángel, su estado de efervescencia inicial, y el posterior de angustia por el desencuentro, habían dado paso a la relajación, casi enajenación. Era como si la gran burbuja en la que había estado metida se hubiera diluido de golpe. Como si todos sus deseos, sus ilusiones y también sus miedos se hubieran alejado de ella, hasta confundirse con la realidad de alrededor.

Miguel Ángel le dijo que había tenido que volver al laboratorio, que le habían pedido que se quedara porque a lo mejor tenían que analizar la sustancia caída en el avión. Paula contestó que ella no estaba dispuesta a volver a casa, y que le esperaba en el mismo hotel de la última vez. Él le pidió un poco de paciencia y no pudo asegurarle si iba a estar con ella esa noche ni realmente cuándo sería posible para él tomar el avión rumbo a Alemania. Paula dijo más cosas, claro que las dijo. Dijo que a ella lo único que le apetecía era estar con él, que lo demás le daba igual. Le pidió a Miguel Ángel que le asegurara que nada iba a frenarlos, que nada debía estar por encima de ellos y de la decisión que habían tomado. Pero cuando colgó, la burbuja ya no estaba.

En el hotel no había habitaciones, aunque se había creado una lista de espera ante la posibilidad de anulaciones. El vestíbulo era grande. Numerosas maletas estaban repartidas por el suelo, delante de los sofás, como si guardaran el sitio a sus propietarios, que se amontonaban en la cafetería, donde un gran televisor panorámico atraía la atención de todos. Por lo visto eran muchas las personas que estaban en la misma situación de Paula, o parecida. Mientras esperaba en el mostrador, se fijó, a través de la cristalera que separaba la cafetería del vestíbulo, en las imágenes que emitía la televisión: un establo, una granja, montañas de paja, barro, un tractor en la noche y el rótulo en la parte baja de la pantalla que indicaba el lugar, Ucrania. Luego la cámara se giró hacia la izquierda y encuadró una babosa gigante posada sobre un prado y de la cual emergía la esquina de un

prisma metálico. Dios mío. Paula prefirió no seguir viéndolo.

Se sentó en un sofá. En el sofá que hacía ángulo con el suyo estaba sentada una mujer mayor, con el bolso sobre sus piernas juntas. Llevaba un traje pantalón de color rosa muy pálido que ninguna mujer española de su edad, ni de ninguna otra edad, se atrevería a ponerse.

—Buenas noches —dijo Paula.

—Buenas noches —dijo ella, con una sonrisa encantadora.

Por algún motivo la visión de aquella mujer generó optimismo en Paula. Puede que esto lo notara la mujer, porque casi de inmediato empezó a hablar. Tenía algo de acento, sí, pero mucho menos de lo que Paula hubiera esperado.

—En una noche así, si no hablamos los unos con los otros, estamos perdidos, ¿verdad? En algo se nos tiene que notar que somos personas y no piedras —la vitalidad de su habla y la expresividad de su mirada sorprendieron a Paula—. ¿De dónde eres, bonita?

—¿Yo?

—Si no es molestia.

—Bueno, soy de Madrid, lo que pasa es que vivo lejos, a bastantes kilómetros, y no compensa volver a casa para...

—Claro.

Entonces la mujer le contó que llevaba diecinueve años sin venir a España, que era asturiana, pero que vivía en Suecia desde hacía más de cuarenta años. Le dijo que Suecia no era un país ni mejor ni peor que cualquier otro, que los lugares los hacen las personas y que ella había tenido toda la vida la suerte de estar acompañada por una gente maravillosa.

Se quedaron en silencio. Paula la miró de reojo. ¿Estaría casada?, se preguntó. ¿Por qué se habría ido a Suecia? ¿Llegaría algún día Paula a la edad de ella? ¿Cómo sería entonces su vida, cuál sería su aspecto, dónde viviría, con quién?

Se cruzaron la mirada. Paula no pudo o no quiso apartar la vista a tiempo y de una manera casi temeraria se quedaron mirándose por las buenas durante bastantes segundos. Rieron. La mujer miró hacia la cafetería.

—A mí me importa poco si son marcianos o extraterrestres o astronautas o lo que sea.

Paula asintió.

—Lo que más me preocupa es mi gato, que está solo en casa. Le dije a mi vecina que fuera a verle, pero el pobre estará aburrido.

La mujer abrió el bolso y empezó a hurgar en su interior.

—Es un gato precioso. Es una pena, antes llevaba una foto suya, pero... —miró rápidamente en una cartera y en seguida desistió. Le contó que era un gato que había encontrado de cachorro en la calle, con una pata enferma, literalmente podrida, y que ella le había

cuidado con todo el mimo del mundo. Dijo que cada vez que ella terminaba de curarle él la miraba un instante antes de cerrar los ojos y descansar durante horas. Que era una mirada imposible de olvidar.

Paula sonrió y, con discreción, bajó la vista a sus propias manos. Luego vio que la mujer giraba sus piernas y también el cuerpo hacia ella. Paula se sentía a gusto. Curiosamente intentó pensar en su propia madre, pero el hecho es que no fue capaz de hacerlo.

—Eres muy guapa. Eres el tipo de mujer que les gusta a los hombres de ahora, guapa, dulce y tranquila.

—No crea —dijo Paula, pero su tono resultó menos alegre de lo que había pretendido.

Entonces la mujer le contó que había venido al cumpleaños de su madre, que cumplía noventa años, y que todo era gracias a su hermana, que era la única capaz de organizar una cosa así y movilizar a los cinco hermanos. Paula quiso que siguiera hablando, que le contara más cosas de su vida y la llevara en volandas con su conversación, pero una voz masculina sonó en el centro del vestíbulo. Era el recepcionista. Había dicho el nombre de una persona en alta voz y siguió con otros nombres. Se creó cierto revuelo. A medida que los nombrados aparecían, el recepcionista hacía una marca en la lista que llevaba en la mano. Fueron seis o siete nombres, pero el de Paula no estaba entre ellos. La mujer tampoco hizo amago alguno de moverse. Dijo que a ella, cuando dormía en un hotel, le obsesionaba saber quién había dormido en su habitación la noche anterior, y quién iba a dormir la noche siguiente.

Poco después la mujer cogió del suelo una bolsa de plástico y se la mostró a Paula.

—¿Quieres una? Las hace una amiga, son una especialidad sueca.

Eran unas galletitas estrechas y alargadas. Paula dijo que no quería. La mujer se metió media galleta en la boca y dejó la bolsa en el suelo. Paula miró un momento a su alrededor, pero la mujer dijo algo. No era a ella a quien se lo decía, sino a un hombre de tez rosada y notablemente calvo que llegaba en ese momento. Llevaba un traje negro cruzado que le quedaba un poco grande. Se le veía nervioso y cansado. Dijo algo en sueco, entre aspavientos. La mujer le indicó que se sentara a su lado. El hombre pareció referirse a lo que la mujer estaba comiendo y aceptó la galleta que ella le ofreció. Mientras masticaba reparó en Paula y bajó levemente la cabeza en forma de saludo. Luego, nervioso de nuevo, le dijo algo más a la mujer. Ella respondió en español.

—Tranquilo, que en algún sitio dormiremos.

Él negaba con la cabeza. No conseguía serenarse. Ella se rió y le miró de una manera que a Paula le pareció llena de ternura.

—No hay que tener prisa. Si he sido capaz de esperar veinte años

para ver a mi familia, ahora no pasa nada por esperar unas horas más —puso la mano en su rodilla y se la acarició brevemente.

El hombre resopló. Estuvieron un momento en silencio. Luego él se puso de pie y miró a la cafetería. En un español entrecortado, y mirando tanto a Paula como a la mujer, dijo:

—Va a hablar el presidente.

Paula, como una hija recién adoptada, acudió tras ellos a la cafetería. Estaba atiborrada, y tuvieron que quedarse de pie, muy cerca de la puerta. En la televisión había anuncios y un rumor nervioso invadía la sala. A Paula le resultó familiar una pareja que se sentaba a una de las mesas más cercanas a la tele. Tardó un poco en recordar que era precisamente allí, en ese mismo hotel, donde Miguel Ángel y ella se habían cruzado con esa pareja, y, al menos a Paula, le había llamado la atención la elegancia y distinción de ambos, e inevitablemente se había preguntado si el motivo por el que estaban en el hotel era el mismo que el de ellos. Paula sintió un cosquilleo en el estómago al recordar esto. Reencontrarse con aquellas dos piezas prohibidas en medio de aquella noche alucinógena la estimulaba bastante. Sin habérselo propuesto, su mente volvió a llenarse de Miguel Ángel.

Fijó la vista en la pantalla, en el anuncio de un coche que cruzaba un paisaje rocoso, azulado y brillante, como el propio coche. Se imaginó a Miguel Ángel y a ella en el interior, los dos juntos atravesando un recóndito paisaje de Suecia. Al terminar el anuncio, la música del telediario y un rótulo comunicaban que continuaba el Especial Informativo. Entonces aparecieron imágenes del presidente del Gobierno, que entró en una sala con gesto serio, atendiendo a sus pies al andar, y colocó sus papeles en un atril de pie. Tras él, las banderas de España y de la Unión Europea. El presidente del Gobierno: ¿qué más le faltaba por ver hoy a Paula? El silencio en la cafetería era absoluto. El presidente levantó la vista. A Paula, la mirada de aquel señor le produjo una mezcla de miedo y emoción. La verdad es que tuvo ganas de regresar al sofá, pero, evidentemente, no lo hizo.

—Buenas noches. Señoras, señores, el hombre no está solo en el universo. En esta noche de circunstancias extraordinarias es mi deber informarles de que más allá de los límites de nuestro planeta existen o han existido otras formas de vida. Esta afirmación de tan alto calado que les hago llegar no es gratuita ni me ha sido revelada de manera unilateral. Es la comunidad científica internacional la que, sondeada en múltiples instancias, ha hecho conocer a los principales gobiernos concernidos su certeza incuestionable: la certeza de que la totalidad de los objetos extraños estudiados hasta el momento tienen un origen exterior a nuestro planeta y la certeza de que, más allá de esto, dichos

fenómenos albergan en sí mismos la evidencia de una forma de vida desconocida e inteligente. En este mismo momento los presidentes de las principales potencias del mundo, con los que he mantenido contactos a lo largo de la tarde, anuncian a sus conciudadanos esta noticia de importancia histórica.

El presidente hizo una pausa. Clavó la mirada en la cámara, con sorprendente seguridad. ¿Qué sabía Miguel Ángel de todo esto? Paula miró un instante a su alrededor, a las caras que la rodeaban. Se sintió formando parte de un único organismo expectante.

—Nuestros visitantes están muertos. Los objetos que han conseguido atravesar nuestra atmósfera y posarse sobre la superficie de la Tierra son portadores de restos mortales, los restos mortales de unos seres que en algún momento estuvieron dotados de vida, pero que ahora resultan por completo inofensivos. Es todo lo que podemos decirles. Comprenderán que de momento desconocemos casi todo sobre el significado de estos fenómenos. Pero pensamos que éste debe ser un momento de reflexión para la humanidad.

El presidente bajó la vista un par de segundos, como si meditara.

—Ni la humanidad, ni nada de lo que ella representa, está siendo atacada. Tampoco existen hasta el momento indicios de que estos fenómenos puedan resultar peligrosos para la población. No es la intención de este Gobierno, ni la de ningún otro, crear alarma entre los ciudadanos. Es cierto que nos encontramos ante un desafío sin precedentes que exige una respuesta a la altura por nuestra parte, pero tengo la absoluta certeza de que hay motivos de sobra para que nuestra población permanezca tranquila.

Paula empezó a sentir mucho calor. ¿Qué estaba pasando? ¿Realmente las personas que había a su alrededor habían oído lo mismo que ella? ¿Estaba Miguel Ángel oyendo todo aquello? ¿Estaba realmente el presidente hablando para todos los ciudadanos? Miró a la mujer mayor, pero ella tampoco apartaba la vista de la televisión.

—El Gobierno de la nación, por encima de cualquier otra consideración, velará en todo momento por su seguridad. Del mismo modo, hago un llamamiento para que mantengamos el orden, para que demos tiempo a que se desarrollen las investigaciones científicas y para que respetemos el marco de convivencia que tantos siglos nos ha costado construir. Ni el mundo ni la humanidad pueden detenerse ahora. Creo que hoy podemos ofrecerles una hermosa lección a nuestros hijos. Creo que la humanidad tiene la ocasión de demostrar su grandeza. Éste es un día extraño, triste y alegre a la vez, pero sé que podré sentirme orgulloso de la respuesta que, estoy seguro, los ciudadanos de mi país y del mundo entero van a dar. Muchas gracias.

El presidente cogió sus papeles y abandonó la sala. Nadie en la cafetería parecía atreverse a decir nada. Justo delante de Paula, una

chica y un chico estaban abrazados, ella sollozando de la emoción. Él le acarició el pelo y al fin dijo: «Tenemos mucha suerte de estar viviendo un momento como éste, ¿te das cuenta, no?». Paula sintió que una corriente de emoción recorría la cafetería.

Miró a su izquierda y vio a la pareja mayor, que parecía más serena. La mujer le sonrió. El hombre seguía mirando la pantalla. Paula vio que, a la altura de la cintura, sus manos estaban entrelazadas. Retiró la vista y también miró a la pantalla. No era capaz de pensar. Lo único que sabía era que deseaba más que en ningún otro momento de la noche que llegara Miguel Ángel.

Se salió al vestíbulo, sacó el móvil y marcó su número.

—¿Miguel Ángel?

—Paula, estoy aquí.

Se dio la vuelta y le vio.

12.

Estaba muerta de frío. Desde que devolvió la comida en Alonso Martínez no había conseguido entrar en calor. Todo el sudor que había acumulado en sus insólitas carreras urbanas lo había ido reabsorbiendo de manera lenta, mientras el frío aire de noviembre le recorría los brazos hasta la espalda.

Había caminado un rato descalza por la calzada, pero el suelo estaba demasiado frío y duro. Probó un poco más con los zapatos. La herida del talón dolía más a cada paso. La tenía en carne viva. Daba igual que lo tuviera muy claro, que se le hubiera metido entre ceja y ceja llegar a casa lo antes posible: el dolor era inaguantable. Apoyada en un árbol, probó a meter un clínex entre el zapato y el talón. Peor aún: la presión contra la herida era todavía mayor. Dobló la parte de atrás del zapato hacia dentro, para apoyar la planta encima, como en una zapatilla de estar en casa, pero era un mocasín duro muy difícil de manejar. Aun así intentó caminar de esta manera, cojeando de una forma irrisoria, pero al menos avanzaba algo y no sentía dolor. ¿Cuánto faltaba para llegar a casa? Una manzana y luego la otra, dos, todo un mundo. Maldijo la hora en que se había comprado los dichosos zapatos, tan bonitos y tan originales que, hasta la fecha, apenas se había atrevido a ponérselos.

Un rato después conseguía llegar a la esquina de su calle. Cogió de nuevo los zapatos con la mano y caminó descalza lo que faltaba. Destrozó las medias nuevas y se clavó innumerables piedrecillas sueltas, pero era mejor. El objetivo estaba tan cerca que era preferible alcanzarlo rápido, aunque llegó casi fuera de sí, con las plantas de los pies entumecidas por el frío. Buscó la llave del portal de puntillas y tiritando. Cruzó el hall a la carrera y también de puntillas. No se paró a pensar en la infrecuente ausencia del vigilante nocturno. Sólo quería llegar a casa, entrar en calor, meter los pies en agua caliente y limpiarse la herida. Pero cuando empujó la puerta de casa y vio las luces encendidas y Susana salió a su encuentro desde el salón, todo esto quedó momentáneamente olvidado.

—Mamá, ¿dónde estabas?, ¿te has enterado?

Marga abrazó a su hija.

—Menos mal, hija mía, menos mal. ¿Estás bien?

—Sí, ¿y tú? ¿Dónde estabas?

—De parranda, bonita, rastreando los lugares más marchosos de la ciudad.

Susana se fijó en los pies de su madre. En uno de ellos un par de dedos habían escapado por un enorme agujero de la media.

—¿Qué te ha pasado?

—¿Me puedes decir dónde estabas? ¿Es que no has escuchado ninguno de los quinientos mensajes que te he dejado? Llevo toda la noche pateándome Madrid para buscarte.

—Los he oído hace un rato. Te he llamado un montón de veces, mamá.

Marga dejó los zapatos en el suelo, sacó su móvil del bolso, comprobó que tenía varios mensajes nuevos y lo arrojó de nuevo a su lugar, con gesto de desprecio. Cogió el tabaco y el mechero. Se encendió un pitillo. Miró a su hija y pasó hacia el salón, donde la televisión estaba encendida.

—¿Te has enterado o no, mamá? Ha hablado el presidente del Gobierno, son extraterrestres.

—¿Cómo extraterrestres?

—¿No te has enterado de que han caído cosas en todo el mundo? Aquí también, en el aeropuerto y en otros...

—Anda, acompáñame, ahora me lo cuentas, estoy helada.

Pasaron al cuarto de baño de Marga, donde ésta encendió la estufa de aire y llenó el bidé con agua caliente. Se sentó en el taburete, aún con la chaqueta de ante y el impermeable puestos, recibiendo directamente todo el chorro de aire de la estufa.

—Bueno, ¿qué es eso de los extraterrestres?

—Mamá, por favor, quítate eso, te va a dar algo.

—Espera, espera, tengo el frío metido dentro.

—Yo aquí no puedo estar, qué calor —Susana hizo un aspaviento, pero finalmente no se movió del sitio—. Y encima fumando.

—¡¿Me vas a contar lo que ha pasado o no?! ¡¿O prefieres decirme dónde has estado toda la tarde, porque lo de casa de María no cuela, bonita?!

—Ay, mamá, me estás poniendo de los nervios. ¿Tenemos que estar hablando aquí con este calor?

—¡Si quieres quedamos en una cafetería y charlamos tomando un té!

—Cuando te pones así...

—¡¡Cuando me pongo cómo!!

Susana no respondió. Marga la miró. Se levantó del taburete enérgicamente.

—¡¿Ves?, ya he entrado en calor! —dijo de mala manera. Apagó su cigarro con el grifo del lavabo, se quitó el impermeable y la chaqueta y se los entregó a Susana—. Y apaga ese chisme, anda.

Susana desenchufó la estufa y llevó las prendas a la habitación. Entretanto, Marga metió los pies en el bidé. Susana regresó:

—Pero, mamá, no te has quitado las medias.

—Ya lo sé, ya lo sé —dijo Marga, que no tenía ganas de reírse, pero que de repente no pudo evitarlo. Susana rió también.

Marga se serenó, extendió la alfombrilla de los pies en el suelo, se levantó, se quitó las medias y volvió a meter los pies en el bidé.

—Mira lo que me han hecho los zapatitos de las narices. Vengo descalza desde antes de la gasolinera.

—¿En serio?

—Todo esto lo he hecho por ti, te he estado buscando toda la noche, me daba miedo que estuvieras por ahí.

No hubo respuesta. Marga sacó los pies del bidé, se los secó y se puso una tirita rápidamente. Levantó la vista, pero Susana ya no estaba ahí. Marga salió del baño y encontró a su hija sentada sobre la cama de matrimonio.

—He estado con papá, me ha contado todo.

—¿Qué te ha contado?

—Que os habéis separado.

—Qué bonito, nos hemos separado.

—¿Es verdad o no?

—Qué pasa, te ha llamado, ¿verdad?, te ha dicho que quería hablar contigo.

Susana asintió.

—La primera vez que se ocupa de ti en los últimos diez años.

—Mamá, eso no es verdad.

Marga miró a su hija y respiró hondo. Sacó del armario sus zapatillas de estar en casa.

—¿Cuándo te ha llamado?

—Al mediodía.

—Ibas a quedar con él y no me lo has dicho.

—No.

—¿Por qué?, ¿por qué tienes que decirme que ibas a estar en casa de María si era mentira?

—Por lo mismo que tú no me has contado que os habíais separado.

Marga dio dos manotazos en la pared, uno para apagar la luz del baño y otro para encender la lámpara del dormitorio, cuya luz cayó sobre Susana como en un interrogatorio.

—¡Primero, no nos hemos separado, eso no es muy exacto que se diga, y segundo, no me parece que se pueda comparar una cosa con la otra!

—El qué.

—¿Cómo que el qué?

—¿Qué es lo que no se puede comparar?

—¡¡¡No lo sé!!!

Susana negó con la cabeza, en expresión de paciencia.

—¡No te pongas estupenda encima! —dijo Marga. Volvió a respirar hondo—. A ver, si yo no te he contado nada era porque se suponía que era viernes y estabas a punto de ir a pasártelo bien y porque además no tenía nada que contarte. ¿Qué iba a decirte si ni siquiera sabía lo que estaba pasando? ¿Lo entiendes o no?

—Sí.

Marga empezó a desabrocharse la camisa.

—Bueno, perdona. Papá me llamó y me dijo que tenía que contarme una cosa, nada más, que tomáramos un café al lado de la consulta.

—Sí —dijo Marga impaciente.

—Pues eso, que yo tampoco sabía nada, no sabía lo que quería contarme papá, pensé que igual tú no debías enterarte y por eso te he dicho lo de casa de María.

—¡No sé qué narices tiene que contarte tu padre! Ha visto tantas películas el pobre, se cree que todo lo hace bien y no hace más que...

Susana la estaba mirando. Marga, que jamás había sentido pudor delante de su hija, se metió al baño a quitarse la ropa. No sabía el motivo, quizá fuera la presencia de esos grandes manchurrones en su piel lo que la incitó a desnudarse en el baño, o quizá no. Susana volvió a hablar desde fuera:

—Y lo de casa de María no era mentira. Pensaba ir después, y de hecho he ido.

—Pero María no estaba.

—Se ha ido a la sierra. Me ha dicho su padre que habías estado allí. Te hemos estado llamando, pero no sé para qué tienes móvil si nunca lo oyes.

—¿Quiénes me habéis llamado? —Marga se puso la bata y salió.

—El padre de María y yo.

—Ah. ¿Y entonces qué has hecho?

—Nada, me he venido para acá, qué iba a hacer, según estaban las cosas.

—Qué cosas.

Susana se levantó y puso sus manos sobre los hombros de Marga.

—Mamá, por favor, mírame, mírame. La Tierra ha recibido una lluvia de meteoritos procedentes de otro planeta, y lo que hay dentro de cada uno de esos meteoritos es un alienígena muerto. Es increíble, pero es así.

Marga se quitó de encima a su hija. Se fue junto a la ventana.

—Me estalla la cabeza, me estalla la cabeza, creo que me estoy volviendo loca. ¿Tú crees que todo esto puede estar ocurriendo a la vez? Perdona, hija, pero no soy capaz de asimilar lo que dices, tú probablemente no lo puedas entender pero ahora mismo los

alienígenas me la traen lo que se dice al pairo.

—Vaaale.

Marga dejó que la vista se escapara por la ventana, hacia la noche, la oscuridad, el cielo, las esporádicas luces de los coches y el parpadeo de las ventanas. Necesitaba relajarse, pero no podía. Había demasiadas cosas que no entendía, y estaba empezando a hartarse. Por ejemplo:

—¿Has estado mucho en casa de María? Perdona, Susana, pero ese señor no me ha caído muy bien.

—A mí tampoco. De todas formas no me iba a violar ni nada así.

—Ya, hija, ya lo sé.

Susana se había vuelto a sentar sobre la cama, ahora con las piernas cruzadas. Estaba exactamente enfrente del espejo, y se miraba. Marga se fijó entonces en las medias de cebra que le había regalado por la mañana.

—Te quedan muy bien.

—Sí. Papá se ha dado cuenta de que eran tus medias. Le ha sentado fatal.

—No hace falta que me lo jures, hija, parece que le estoy oyendo.

Susana no dijo nada.

—Y te ha dado veinte euros para que te compres algo, ¿me equivoco?

—Cincuenta.

—Mejor me lo pones.

—Os acabáis de separar, o lo que hayáis hecho, y ya os estáis peleando por mí.

—Dime lo que te ha contado, anda.

—Lo que me ha contado de qué.

—Susana, tu padre se ha ido esta mañana de casa, pero a mí no me ha contado nada, ¿sabes? Cero, cero patatero.

—Me ha dicho que os habíais separado, nada más. Que se ha marchado porque era lo mejor para todos, que ya no podíais seguir juntos.

—¿Y a ti te ha valido con eso? ¿Te parece que es una explicación suficiente?

—No le he preguntado nada más.

Marga resopló, resopló, resopló. Sus labios resoplaron. Su corazón resopló. Su estómago resopló.

—Me ha dicho que prefería que siguiera viviendo contigo, como siempre.

—No te digo, sólo faltaría eso, que te fueras tú con él. ¡Te digo que lo mato, si lo vuelvo a ver en persona lo asesino! Pero ¿tendrá poca vergüenza? No tiene bastante con arruinarme a mí la vida para encima...

Marga hizo un gesto de desprecio con la mano, como si se hubiera hartado de oírse a sí misma.

—Perdona.

—No tienes que pedirme perdón, mamá. Me imagino perfectamente cómo te sientes.

Marga estaba enajenada.

—No comprendo nada, hija.

—Tienes que pensar en otras cosas, tenemos que dejar de hablar de esto ya de una vez.

—Ya lo sé, ya lo sé, pero me parece que las cosas no se hacen así. Claro que cuando te has pasado toda tu puñetera vida haciendo lo que te viene en gana dentro de casa y siendo un verdadero lameculos fuera de casa, pasa lo que pasa...

—¿Y tú cómo haces las cosas, mamá?

—¿Qué quieres decir?

—Nada.

—¿Qué quieres decir, Susana? ¿Cómo hago yo las cosas?

—Creo que estás muy nerviosa últimamente. A la mínima te enfadas.

—¿Ah, sí? —Marga sonrió desconcertada—. Te ha dicho eso, ¿verdad? Ya te ha lavado el cerebro.

—No me ha dicho nada, mamá. Pero te recuerdo que yo también vivo en esta casa y tengo ojos.

—Ya.

Marga se sentó junto a su hija, agotada de pronto.

—Perdona, no creo que sea contigo con quien me tenga que desahogar en contra de tu padre.

Susana asintió levemente.

—Esto nunca más va a ocurrir.

—El qué.

—Que tú estés en medio, que te hagamos jugar al ping-pong, que nos desahoguemos contigo, que te disputemos o te utilicemos para ganar batallas. Quiero que sepas que a partir de ahora a mí lo único que de verdad me va a importar es cómo estás tú, que tú estés bien, que siempre me cuentes cómo estás, que me pidas ayuda cuando la necesites. Te pido por favor que borremos todo lo anterior. Hoy es un día muy difícil para mí, pero déjame empezar de nuevo, ¿vale?

Marga atrapó un brazo de su hija y lo acarició con las dos manos. Susana sonrió.

—Dime cómo estás, dímelo, por favor, dime cómo te has sentido cuando papá te lo ha contado.

—Bien, no sé, me ha extrañado, pero, yo qué sé, tampoco me ha extrañado tanto.

—¿Habías pensado alguna vez que tus padres se podían separar?

—No sé, a veces sí, pero igual que piensas otras muchas cosas, la verdad es que ahora sí se me hace muy raro, no sé, es que es tan pronto que yo qué sé.

—Tienes razón —dijo Marga—, es muy pronto.

Susana intentó liberar el brazo de las caricias de su madre. Marga entendió en seguida que era un simple y reflejo mecanismo de defensa, al igual que la risa con la que dijo:

—No sé, al principio, en un momento, he pensado que a lo mejor tú decías lo mismo, que preferías que yo viviera con papá.

—Cariño, cariño —Marga intentó abrazarla.

—No, si ya lo sé, mamá, pero te digo que por un momento lo he pensado.

—Bueno, me alegro de que me lo digas, pero eso no lo debes pensar nunca.

Se puso de pie. Quería dejar respirar a su hija, no abrumarla.

—Ya has visto que en todo caso lo que haremos será pelearnos por ti —y se rió.

Cenaron una pizza congelada en la cocina. El pequeño monitor de televisión (que Charlie había instalado sobre un brazo metálico anclado a la pared) estaba encendido. Susana explicó cómo se había enterado ella de las noticias de esa noche, primero con Charlie, tras recibir éste una llamada de móvil, luego con el padre de María y luego con algunas amigas con las que había conseguido hablar por teléfono. Cuando llegó a casa se pegó al televisor.

Marga no conseguía hacerse del todo permeable a la noticia. Cuando su hija le hablaba de extraterrestres muertos lo hacía en un lenguaje que no podía comprender, para el que no estaba preparada. Ella había seguido la información sobre los acontecimientos con verdadero interés al principio de la tarde, pero ahora sentía que aquello la desbordaba con creces. De momento sólo podía aferrarse a certezas más mundanas, como la pizza y la posibilidad de sacar otra del congelador si acaso se quedaban con hambre. Ya ni siquiera era muy capaz de prestar atención a la televisión cuando Susana se giraba para mirarla. Sin quererlo, la mente se le iba a la conversación que habían tenido en el dormitorio. ¿Por qué Susana le había reprochado que llevaba una temporada muy nerviosa? ¿Era una manera de responsabilizarla de la marcha de Charlie? Bueno, daba igual, eso ya daba igual. Marga se vio a sí misma de mal humor en las últimas semanas, sacando de golpe toda la tensión que previamente le metía Charlie con sus silencios y sus vacíos, y se prometió a sí misma enterrar para siempre esa forma de ser.

Charlaron un rato más. En la tele proliferaban las apariciones de personajes famosos (intelectuales, escritores, directores de cine, científicos, etcétera) opinando sobre lo que estaba sucediendo y su

relevancia capital.

—Por cierto, te ha llamado una amiga. ¿Paula, puede ser?

—Puede ser —dijo Marga, casi asustada.

Susana la miraba.

—¿Y? ¿Qué te ha dicho?

—Que te diera las gracias.

—¿Dónde estaba?

—No lo sé, me ha dicho que te esperaba, que tú eras la próxima, algo así.

Marga sonrió.

—¿Te ha dicho algo más?

—No.

La próxima. La próxima en qué. ¿La próxima en dar el salto? ¿Qué salto le quedaba por dar a Marga, si ya habían dado todos los saltos por ella? ¿Acaso quería dejar algo atrás? ¿No era al contrario? ¿No era precisamente eso lo que temía: quedarse atrás, que también su hija la dejara atrás?

Marga amontonó en un extremo del plato los bordes de la pizza que no se comió. Paula había conseguido su objetivo, ni una invasión extraterrestre había podido detener la fuerza que llevaba dentro. Pero ¿qué vida le depararía el futuro? ¿Qué le depararía el futuro a Marga?

Algo dejó de existir repentinamente y todo se quedó oscuro. Un silencio espeso invadió el espacio, hasta el borde mismo de los ojos.

—Se ha ido la luz —dijo Susana.

—Sí —dijo Marga. Los sonidos y los movimientos eran amortiguados por un fluido oscuro. Al poco tiempo, cierta claridad exterior perfiló la forma de la ventana de la cocina. Por el patio comenzaron a llegar algunos sonidos del vecindario, voces tranquilas e interrogativas: un apagón es un bálsamo para todos, que nos uniformiza.

Marga extendió el brazo hacia los cajones de debajo de la encimera, donde recordaba que había velas de cumpleaños. Sabía que tenía que actuar y comenzar a moverse a través de aquel espacio denso que era como una parte de sí misma. ¿Por qué eran siempre los hombres los que tomaban la iniciativa en ocasiones como ésta, los que mandaban a su clan un mensaje de tranquilidad y seguridad? ¿Por qué eran las mujeres las que sabían dónde estaban las velas? ¿Por qué no le apetecía nada asumir ninguno de los dos papeles?

Encendió un par de velas de cumpleaños y con ellas se fueron al salón, donde prendieron las dos grandes velas con forma cúbica que decoraban sendas mesillas a ambos lados del sofá. Marga se acercó al cuadro de automáticos que había en el pasillo, justo encima de la puerta de entrada. No entendió nada. Al levantar la vela para iluminar vio cómo una gota de cera resbalaba y, a punto de caerle encima, se

precipitaba en el suelo, entre sus pies. Una forma de flor perfecta inmortalizada sobre el parqué.

Marga vio que Susana estaba asomada al ventanal de la terraza. Se acercó.

—Se ha ido en todos los lados. Mira, no hay luz en ninguna casa, la gente está encendiendo velas. Ni siquiera funcionan las farolas.

—Bueno, lo arreglarán pronto —Marga había puesto ya la vista en el sofá—. Supongo que nos viene bien, para reflexionar un poco.

El final de la frase fue una especie de gemido, el de su cuerpo al sentarse en el sofá.

Susana también se sentó.

—O sea que es verdad —dijo Marga sonriendo.

—El qué.

Marga se encendió un pitillo con la vela. Qué bien se estaba en aquella semipenumbra, las dos solas, sin más estímulos que la propia comodidad del sofá.

—Que existen los extraterrestres. Me parece algo...

—Es increíble, ¿verdad?

—Increíble, no se puede decir otra cosa.

—¿A ti no te da un poco de miedo, si lo piensas?

—No, mujer, qué miedo vamos a tener.

—No sé, ahora mismo es todo tan raro, no se sabe nada de lo que va a pasar, mamá.

Susana de pronto se lanzó encima de su madre y le dio un achuchón en el brazo.

—Ay, es que me pongo nerviosa, ¿te das cuenta de lo que está ocurriendo?, es la bomba.

—¡Hija, por Dios, qué susto me has dado! Si vas a dar más respingos avisa, bonita.

Susana se reía. Marga se miró la bata para comprobar que no se había quemado con el pitillo. Le hubiera gustado compartir el estado de efervescencia de su hija, pero no podía.

—¿Cuántas veces en tu vida has pensado que algo así podría ocurrir?, ¿cuántas veces lo has hablado con tus amigos?, ¿cuántas películas hemos visto de extraterrestres? En serio, mamá, no me digas que no te has preguntado nunca si estamos solos, si dentro del gigantesco universo éste es precisamente el único sitio donde ha nacido la vida.

Los límites de la vida. Los límites de la existencia. Los límites del lugar que habitamos. Qué sentido tenía preguntarse por nada de eso. Lo que somos, lo que podemos ser, lo que conocemos, lo que deseamos: nada de ello iba ahora para Marga más allá del teatro de sombras que las dos velas creaban en la pared de enfrente, ni de los reflejos perfectos que como dos grandes ojos verticales enviaba la

pantalla del televisor apagado. Estaba muy cansada. Tenía ganas de decirle a su hija: ¡vivan los extraterrestres! Y también: cuánto te quiero. Fumó.

—Por lo visto ya hay gente que dice tener fotos, ten en cuenta que han caído muchos, es imposible controlar eso. He mirado antes en Internet, pero todavía no había nada. La verdad es que es lo último que te imaginas, que lleguen extraterrestres, pero muertos. Es rarísimo, ¿no?

—Desde luego.

—Pero ¿los lanzarían al espacio ya muertos o es que de camino a algún sitio se han muerto porque algo ha salido mal? Dicen que es casi seguro que llevan mucho tiempo muertos, que en realidad es una especie de enterramiento espacial, que a lo mejor son ataúdes que han estado flotando por el universo durante millones de años, antes de encontrarse casualmente con la Tierra.

—Y cómo pueden saber todo eso, me pregunto yo. ¿Qué significa que están muertos?

—Ay, mamá, eso se sabe, si lo dicen es porque...

—¿Cómo pueden saber que están muertos sin haberlos visto nunca vivos?

—Digo yo que tienen maneras de saberlo. Me imagino que cuando podamos verlos lo entenderemos.

—Sí, no lo sé.

Se quedaron un momento en silencio. Susana tenía la mirada perdida.

—¿Tú no te has preguntado nunca qué sentido tiene estar vivo —dijo—, por qué estamos vivos, por qué tenemos que morirnos, de qué sirve existir si luego vamos a dejar de hacerlo para siempre? ¿No te pasa a veces que de pronto te das cuenta con mucha fuerza de que existes, de que eres tú y te parece imposible que algún día vayas a morir y desaparecer del todo? Es que no existir, no ser nada, no lo sé, pero a mí me parece imposible.

Marga miraba con fascinación a su hija. La veía muy volcada en sus palabras, verdaderamente apasionada con un discurso que parecía mucho más interiorizado de lo que nunca hubiera podido imaginar en ella.

—¿Ves? Ahora, por ejemplo, estamos aquí las dos con la luz apagada y de repente lo he visto clarísimo, ¿sabes?, es como un escalofrío que te recorre el cuerpo y te dice que no todo puede ser como parece, que si somos así y podemos preguntarnos estas cosas es por algo, que no todo es por casualidad, que resulta imposible que todo acabe así como así cuando nos muramos.

—Está muy bien —dijo Marga, y pensó divertida que no todo acaba cuando nos morimos. Hay cosas que acaban antes.

El móvil de Susana sonó en la cocina. Sin moverse del sitio, Marga pudo escuchar la conversación de su hija, que entraba y salía del salón. Un susurro al que apenas prestó atención.

—... con velas... ¿Y en tu casa?... Han dicho que sí...

Marga cerró los ojos. No era la voluntad la que había bajado los párpados. Era la paz, el recogimiento. Era la necesidad del cuerpo de proteger lo suyo.

—... ya, ya lo sé...

Marga no levantó los párpados, pesaban demasiado.

Se despertó varias horas después. Fue el sonido de la televisión de la cocina, cuando volvió la luz, lo que le hizo abrir los ojos. Tardó bastante en entender nada de lo que ocurría, por supuesto. Estaba amaneciendo. La luz ya era apreciable en el exterior de la casa, en el cielo, en las copas de los inmensos pinos de las instalaciones deportivas que había bajo su terraza, y no tardaría en atravesar el ventanal y habitar su casa. Susana estaba dormida a su lado, acurrucada sobre un costado. Marga sopló su vela y, agarrotada, se levantó a apagar la otra. Se abrazó a sí misma para no perder el poco calor que tenía y miró por el ventanal. La quietud era máxima. La limpieza del cielo, la ausencia de viento, presagiaban un día espléndido. El perfil de las cosas, de las fachadas de la calle Boix y Morer, de los campos de tenis, comenzaba a trazarse con una limpieza casi cristalina. Por un momento, Marga tuvo la certeza de que nada de lo que aparentemente había sucedido el día anterior podía ser verdad, que de alguna manera era todo un equívoco, un sueño, una confusión pasajera. Que frente a la seguridad de las sensaciones actuales, lo otro, tanto la llegada de los extraterrestres como la marcha de Charlie, era un extraño y anómalo paisaje mental completamente prescindible.

Fue a por una manta y arropó a Susana.

13.

La estufa, con la portezuela del tiro ligeramente abierta, dejaba ver su interior en combustión. Las ascuas crepitaban, les calentaban los pies e iluminaban con sus resplandores rojizos los gruesos pantalones de pana de Pedro. Al otro lado de los metacrilatos del lucernario se intuía la noche: cierta luminosidad, cierto misterio, no más.

Pedro y Luz hablaron junto a la estufa, uno enfrente del otro, casi toda la noche. Curiosamente, el hecho de que se hubiera ido la corriente eléctrica, lejos de preocuparles o atemorizarles, les relajaba, porque no les daba más alternativas.

El cuerpo inerte yacía en una mesa alta de trabajo, a escasos dos metros de la estufa. Pedro se había atrevido a sacarlo de la caja, a observarlo con detenimiento, a tocarlo y fotografiarlo desde todas las perspectivas. Ya antes de que Luz fuera informada por el móvil de la intervención del presidente del Gobierno, Pedro y Luz tenían el convencimiento de que estaba muerto. Es decir, que aquel rostro, aquellas manos, aquellas piernas, habían estado alguna vez llenas de vida, pero que ya nunca volverían a estarlo. Hablaron infinitamente, cuando tenían corriente eléctrica y también cuando llegó la oscuridad, de las posibles consecuencias que este hallazgo iba a tener en sus vidas y en las del resto de la humanidad.

Después hablaron de otras muchas cosas. De la vida, de la muerte, de la soledad, de aquello que hace humano al ser humano. De las ciudades, de los ancianos que mueren solos en sus casas y nadie los echa en falta durante años. De las neuronas, de las células en general, de su extraña condición caduca. Del mito de la reencarnación. De las cosas que se repiten y de las que nunca has vivido. De la cerveza (cuando bebieron cerveza) y del café (cuando tomaron café). Del amor, por supuesto, de la pulsión general en los seres vivos de querer estar cerca de los suyos y no separarse nunca. De la infelicidad de la gente, de las posibles causas de esa infelicidad, de la fractura entre lo que esperas de tu vida y lo que obtienes, del hombre moderno, que no es capaz de vivir lo que es sino lo que pretende ser.

Luz insistió en la idea de que por primera vez en mucho tiempo sentía que estaba viviendo el presente, que era eso lo que le gustaba de aquella nave, y de Pedro, e incluso de aquellos acontecimientos que habían cambiado cualquier posible orden de prioridades. El ser que les

acompañaba, con su presencia callada, teñía la situación de magia y exclusividad.

Poco a poco la permeabilidad en el lucernario anunció el amanecer. Algo después, en las ventanas, la noche también empezó a levantarse, se fue disipando por un tamiz muy fino hacia la nada. Llegaba el amanecer casi de incógnito, como ignorándoles, como ignorando lo extraordinario de todo lo que, al menos a ellos, les estaba sucediendo. Pero entonces sonó un chasquido, quizá una especie de soplido como el de la creación, y toda la nave se iluminó de pronto. La potente y repentina descarga de vatios hizo olvidar cualquier posible transición natural hacia el día. Los objetos mostraron sus límites de una manera casi fotográfica, asumieron un protagonismo insospechado y, probablemente, invitaron a Pedro y Luz a abandonar la conversación y pasar a la acción.

Pedro vio que Luz, por un momento, se sentía extraña, ruborizada, o quizá súbitamente consciente de la situación. Él se levantó del sillón, se estiró, entrelazó los dedos de ambas manos y retorciéndolos hizo sonar en cadena todas las falanges. Bostezó. Se acercó a la mesa de trabajo. Volvió a admirar la delicadeza de aquel cuerpo, tan parecido al nuestro.

—¿Qué vas a hacer? —le preguntó Luz, sin moverse de su sitio.

—Voy a enterrarlo.

Luz se levantó y fue junto a Pedro.

La misma sonrisa, afable e incierta, permanecía congelada en la boca del extraterrestre. Eso, el aire familiar que había en toda su presencia, y la fragilidad que unas facciones tan pequeñas permitían presuponer, lo hacían muy cercano, casi querible. Parecía a punto de hablar, y a la vez muy lejos de hacerlo: los párpados bajados y la terca permanencia del gesto alejaban cualquier posibilidad. Pero, al mirarlo, Pedro sentía que se identificaba con la historia de aquel ser, que la entendía, fuera cual fuera, y le enternecía.

—Estás de acuerdo, ¿verdad?

—Sí, supongo que sí.

—Si no podemos devolverlo al espacio, permitámosle al menos un poco de intimidad. Que pueda pensar que ha tenido suerte por caer en nuestras manos y no en otras. No quiero imaginar las perrerías que les estarán haciendo a sus congéneres.

Con el máximo cuidado, introdujo sus manos bajo la nuca y las rodillas y depositó el cuerpo en el interior de la caja en que había viajado. Apoyó su mano (la mano de un amigo, casi una condolencia) sobre la piel fría de su pierna izquierda, por encima de la rodilla. La morbidez de la musculatura volvió a sorprenderle. Colocó la tapa encima y prefirió no pensar más en el ser que dejaba dentro, en su soledad, su frío, su oscuridad. Miró a Luz.

—Buscamos vida en el universo, y mira.

Luz no entendía.

—La vida es un paréntesis, un episodio muy breve rodeado de muerte por todos los lados.

—Ya, pero sólo hay muerte donde antes ha habido vida.

—Claro.

El frío intenso del exterior les sorprendió. Constable les recibió al pie de la escalera, un tanto extrañado y también un tanto dormido, pero sin dejar de golpearles las piernas con los movimientos de su rabo. Fueron con la caja a la parte de atrás de la nave, una estrecha franja de terreno en la que, en su día, Pedro intentó plantar tomates y pepinos. Cogió una azada que había bajo un pequeño tejado de madera y en el sitio más despejado que encontró, comenzó a cavar. La tierra estaba dura y le llevó un buen rato abrir un hoyo lo suficientemente grande. Constable se entretuvo olisqueando toda la zona. Luz sujetaba en sus brazos la caja y sometía a su cuerpo a un sutil baile para combatir el frío, pero llegó un momento en que, incómoda y cansada, dejó la caja sobre el suelo. Constable aprovechó para acercarle una vieja pelota deshinchada, que ella le lanzó lejos una y otra vez mientras Pedro cavaba. Más allá de la tela metálica oxidada y curva que delimitaba la finca, una fría extensión de terreno yermo se extendía casi indefinidamente.

Pedro se detuvo, descansó, se llevó las manos a la espalda y probó a meter la caja en el agujero, donde cabía perfectamente. Fue cubriéndola con la propia azada, una tarea fácil y agradecida. Por fin lo aplastó todo con los pies. La tierra sobrante hizo que se levantara una especie de túmulo, pero nadie que no supiera de su existencia daría más valor a esa ligera protuberancia del terreno que a cualquiera de las muchas que había a su alrededor.

—Si queréis llorar, llorad. No sabemos si alguien lloró por él en el día de su muerte.

Pero no lloraron. A Luz le habían salido coloretes por el frío y por el ejercicio que había hecho con Constable. Pedro se miró las manos enrojecidas y luego levantó la vista al cielo, despejado y ya muy luminoso. No encontró en él signos de ninguna índole. Pedro y Luz entraron de nuevo en la nave.

—Estoy agotado —dijo Pedro—, creo que deberíamos dormir un rato.

—Yo me voy a marchar, Pedro —y no hizo falta que Luz dijera nada más, porque ya su mirada había hecho el grueso del trabajo, o así lo interpretó Pedro. Punto.

La llevó en moto hasta Alcalá, donde al parecer Luz había quedado con su padre para que la recogiera. Cuando regresaba a casa, solo en la moto, Pedro no pensaba en Luz, sino en sí mismo, en lo que haría

consigo mismo en las próximas horas y días. Ya dentro de la nave se dio cuenta de que no tenía ganas de subir a su cama en el altillo, con un día tan luminoso. Se hizo café y se lo tomó sentado en el sofá. Después se tumbó en el propio sofá. Pensó que pronto crecerían la hierba y los cardos sobre el túmulo del ser enterrado. También en la parte de atrás de la nave había enterrado hacía unos meses un par de cachorros de gato que había encontrado en un coche abandonado en el camino, y recordó que entonces, en la soledad de la nave, sintió algo parecido a lo que sentía ahora: que un lenguaje subterráneo le comunicaba con aquellos seres muertos, más de lo que ningún otro le había comunicado nunca con los vivos.

Cerró los ojos. Volvió a abrirlos. Miró el techo. Intentó leer algo, pero pasaba la vista por las palabras sin entender su significado. Ahora sí, lo sucedido a lo largo del día, y más exactamente de la tarde, en el tiempo compartido con Luz, le asaltaba la mente como un latido que viene y va: su cara, su cuerpo, sus palabras, el olor de su aliento. Trató de eludir esos pensamientos y relajarse, no pensar en nada. Pero de ninguna de las maneras podía quitarse de la cabeza la sonrisa nerviosa de Luz cuando se despidieron en Alcalá, ni el color negro profundo de sus pupilas redondas cuando le dijo:

—Pensaré en ti.

14.

—Buenos días, estupendamente, muy buenos días, eso es, por la izquierda hay más sitio, no se me apelotonen, sin empujar, que nadie empuje, pío, pío, que yo no he sido, así me gusta, orden y concierto, no más de tres periódicos por persona, por favor, no más de tres periódicos por persona, que tiene que haber para todo el mundo, tres periódicos es más que suficiente, ¿verdad, señora?

La señora de pelo azul (¿cómo conseguirían los miembros de su especie esa coloración intergaláctica?) pareció asustarse. José María asumió una sonrisa de cordero degollado, que con habilidad supo transformar en una sonrisa de cordero de Dios, o de crudo cuarentón católico reprimido, o de buen yerno que toma sopa. Dejó a la buena mujer en paz.

—¡Prensa barata, señores, prensa barata! ¡Los escuadrones de *tanatos* nos visitan! ¡Todo sobre el advenimiento de la nueva era, todo sobre el fin del mundo, todo sobre el día del juicio final y la resurrección de los muertos! ¡Han llegado, no estamos solos, reivindiquemos nuestro espacio en los cementerios! No me mire así, caballero, no estaba pensando en usted, lo digo de una manera genérica. ¿Se ha parado alguien a pensar en las consecuencias de esta funesta invasión? La Tierra convertida en el cementerio de una civilización superior, como lo oyen, nuestro planeta rigurosamente seleccionado como destino óptimo para un buen montón de marcianitos muertos, cuántos, quién lo sabe, quién nos dice que una millonaria cantidad de féretros no ha sido propulsada, tras unos primeros lanzamientos de tanteo, hasta nuestra atmósfera, quién nos dice que en un plazo no muy largo no moriremos aplastados por una lluvia indivisible de mocos gigantes, eh, quién nos lo dice, hay que fastidiarse. Y preocúpese usted del calentamiento global, señora, tiene gracia, yo que usted usaría toda la laca del mundo y más, total, a los muertos les importa poco la cantidad de CO_2 que haya en la atmósfera.

Una mujer despampanante y carente de indecisiones se metió entre la gente y al agacharse a coger su periódico exhibió un busto portentoso.

—Sí, sí, señorita, usted está pensando que son las mías las típicas fantasías de un loco, pero todo lo que digo es tan cierto como que su

rostro y sus pechos están dotados de una tersura salvaje verdaderamente insuperables. Es usted lo que, en rigor, yo llamo una mujer «echada para delante».

La mujer borró la sonrisa de su cara y cargando con el hombro se abrió paso entre el populacho.

—¡Pasen por la izquierda, señores, una edición histórica, uno de esos periódicos para guardar toda la vida, un ejemplar más para el secreter del pasillo: ha muerto Franco, ha muerto Lady Di, ha muerto el oso Chu-Lin, han llegado los extraterrestres!

José María estaba sentado allí, en aquel banco de Infanta Mercedes, ya casi en General Perón, desde primera hora. La mañana era magnífica. Los ciudadanos *(citoyens),* de una media de edad no inferior a los setenta años y calzoncillos limpios, hacían acopio en el quiosco adyacente de la prensa conservadora de la capital del reino, del mismo modo que, bien antes, bien después, hacían acopio en la panadería de las barras de pan de chapata, de pueblo, baguettina, integral, bien tostadito, por favor, o de las grageas para la garganta en la farmacia, las pastillas de la tensión, las juanolas, la pomada que le dio usted a mi mujer el otro día cómo se llamaba, señorita. Algunos jóvenes de cincuenta años paraban el todoterreno en doble fila y bajaban a comprar el periódico y un paquete de chicles, que también este género tenía salida un día como aquél, e incluso diez paquetes de cromos para sus criaturas, qué ricos, maniatados en esas sillas de seguridad que protegían al resto de los mortales de sus terribles garras. A veces cuando se abría la puerta de uno de esos todoterrenos uno de los susodichos maniatados le gritaba ferozmente a su padre por no haberle comprado una bolsa de gusanitos, y los demás teníamos que padecerlo.

—Madrid es una de las ciudades de provincias más grandes de nuestro país, si no la que más. En París, sin ir más lejos, no se venden gusanitos, *mon dieu,* y menos en un quiosco. Me da *Le Monde* y una bolsa de gusanitos, eso es impensable, se lo digo yo —comentó José María con un espontáneo de mirada extemporánea que, según creyó José María por un momento, compartía con él su aversión hacia la excesiva permisividad con la que nuestras nuevas generaciones estaban siendo educadas.

La verdad es que hacía mucho tiempo que José María no se lo pasaba tan bien. Además, el hecho de llevar puesta la camiseta con la bandera de Estados Unidos bajo la cazadora le hacía sentirse especialmente ufano.

—¡Prensa barata, la actualidad del día, hordas de cadáveres son arrojadas sin escrúpulos sobre la faz de nuestro planeta y el presidente de Estados Unidos declara que es un gran día para la humanidad y para el pueblo americano y se queda tan ancho, y acto seguido

asegura que en un plazo de por lo menos dos años no piensa invadir a nuestros nuevos vecinos, ja, ja, ja, viva Bush, vivan los Estados Unidos de América, viva la Tierra, defendamos nuestro planeta, designemos a George Uvedoble Bush como el mejor representante de nuestra especie!

Algunos de los transeúntes no podían disimular una mirada recriminatoria hacia las excentricidades de José María, él era consciente. Pero debían de pensar que la mañana de sábado era demasiado festiva y soleada e histórica, tras la convulsa jornada del viernes, como para estropearla con una discusión con uno de esos escasos desechos que todavía perduran en nuestra sociedad. Así que José María se encontraba a sus anchas y él mismo hubiera agradecido sumarse a una de las múltiples tertulias de bar que un rato después proliferarían por la ciudad y en un contexto más relajado, campechano y varonil empujar con la punta del pie las cabezas de gambas que irían cayendo sobre el serrín.

—¿Qué territorio ignoto de posibilidades se abre ahora en el campo de la investigación científica? ¿Qué tienen que decir a esto nuestros más afamados arzobispos? ¿Qué revoluciones nos esperan en el terreno de la investigación física, moral, médica, biológica? ¿Acaso nos traerán estos muertos la llave de la inmortalidad, ja, ja, ja? Ustedes no pueden verse sus propias caras, señoras, señores, pero yo estoy aquí para decírselo: están henchidos de esperanza, no caben en sí de ilusión, piensan acaso que, de golpe y porrazo, todos sus problemas se van a resolver por obra y gracia de la buena nueva que hoy nos ha traído el Señor. Ah, ingenuos, pobres criaturas, vuestras esperanzas son vacuas y, lo peor de todo, ridículas.

—Por favor —era el quiosquero, que por segunda vez le reprendía por su locuacidad—, le rogaría que dejara tranquila a la gente.

José María fue presa de un ataque de risa.

—Disculpe, disculpe, tiene usted razón. Bien, a continuación rogamos un minuto de silencio en honor a los caídos.

De nuevo la risa se apoderó de él, y luego, ciertamente, se preservó en un silencio más verbal que mental, pero antes de que pudiera darse cuenta, y ante la incesante llegada de nuevos transeúntes, se decantó de nuevo por el arte de la oratoria:

—Pues no, señores, no, señoras, nada va a cambiar, ¿o qué piensa usted, buena mujer, que acaso los niños africanos van a dejar de tener hambre?, ¿y los elefantes africanos?, ¿y las cebras?, ¿y los escuálidos guepardos?, ¿acaso ellos van a dejar de tener hambre, acaso el nuevo advenimiento va a acabar con esta lacra que es el hambre en África?, ¿acaso piensa usted, señorita, que tras este nuevo amanecer para el género humano las mujeres dejarán de tener la regla?, ¡oh, ilusa!, verdaderos ríos de tinta se avecinan y nadie podrá pararlos, por

mucho que pensemos lo contrario, por mucho que soñemos que unos recónditos bichejos vengan desde la otra punta del universo a cambiarnos lo que nosotros no hemos sido capaces de cambiar en nuestra puñetera vida. Eh, confiesen, ¿quién de ustedes no ha pensado que se acabó el madrugar, que se acabó el trabajar, que se acabó el frotar?, ¿cuál de estos caballeros no ha imaginado que los marcianitos abrirán el camino de la promiscuidad al ser humano, una nueva e intensa vida en la que cepillarse sin tapujos a la vecina del cuarto izquierda?, ¿cuál de estas damas no ha soñado con una existencia paradisíaca en la que ese invento devoraconciencias llamado fútbol desaparezca de manera silenciosa y sea definitivamente olvidado como una deidad prehistórica? Eh, eh, no hace falta que me respondan, sólo les pido que reflexionen. ¡Reflexionen! ¿Acaso alguien ha pensado que los maridos violentos dejarán de serlo?, ¿acaso alguien ha puesto en duda que, más temprano que tarde, la diñaremos todos, y que cuando esto ocurra estaremos ligeramente mermados para el disfrute de todas estas venturas que ustedes, en su bondad natural, atribuyen a esos supuestos alienígenas maltrechos?

Una mujer sudamericana había sido extrapolada desde su ancestral cultura indígena hasta el marco del casticismo más madrileño, en el mismo distrito de Tetuán, y ejerciendo sus labores de cuidadora ayudó a su protegido, un ancianito de gorra a cuadros, a sentarse al lado de José María. Era una mujer baja de cuerpo entero y cuando el viejo golpeó con la punta del bastón en el otro extremo del banco para que se sentara, ella sonrió sumisa y obedeció. José María les dedicó unos minutos de observación perpleja, con la curiosidad del taxidermista, antes de establecer un diálogo franco y amigable, más que nada con ella, que era la única que parecía haber recibido el don del oído.

—Perdone que le moleste, pero hay una pregunta que me está rondando desde primera hora de la mañana. ¿Cómo se está viviendo todo este jaleo en el cono sur?

—Ah, pues con mucha devoción —y José María admiró semejante capacidad de síntesis.

—¿Sabe usted una cosa que a mí me obsesiona especialmente en todo este asunto?: saber quiénes eran cada uno de los caídos, saber a qué se dedicaban, cómo era su vida, cuáles eran sus sufrimientos y cuáles sus placeres. Escuche —José María bajó un poco el tono de voz —, yo tengo dos hermanos, uno es policía y habitualmente está destinado en el aeropuerto de Barajas, el otro es taxista, bueno esto no viene al caso ahora, pero es un chulo intolerable, mi relación con él podría ser calificada de entre mala y muy mala, ¿querrá creer que en nueve años de licencia que tiene sólo he montado una vez en su taxi y porque no había más remedio? Es un prepotente, no ha hecho otra cosa en toda la vida que mirarme por encima del hombro aunque es

mucho más joven que yo, en fin, a lo que iba, no quiero seguir hablando de este personaje porque me descompongo, resulta que mi otro hermano, el policía, con eso de trabajar en el aeropuerto maneja muchas veces información privilegiada, y en esta ocasión me ha contado algunas cosas, él es muy distinto del taxista, es serio y muy profesional, pero es una buena persona y un buen padre de familia, ya lo creo, el caso es que me ha filtrado que el extraterrestre del avión, sabe usted, el del avión que aterrizó en la terminal nueva, era un poeta, al parecer un poeta muy reconocido en su planeta, al menos todo lo reconocido que puede ser un poeta, y que como ilustre representante de su especie se le proporcionó una vida eterna vagando en el espacio, porque es sólo una minoría muy seleccionada la que alcanza tal privilegio, el resto de los mortales de su civilización son arrojados al terrible océano de lava situado en la parte prohibida del planeta. Se trataba al parecer de alguien muy querido, un tipo encantador, generoso y sencillo, y ahora a usted y a mí no nos costará imaginar el momento de su lanzamiento al espacio, esa ceremonia ritual en la que el féretro de este insigne poeta fue despedido por algunos de sus congéneres más ilustres y por una multitud de allegados llorosos que quemaban tracas sin cesar.

La indígena sonrió, como si ella misma acabara de decir algo, pero en realidad no había dicho nada, o al menos eso creía José María, que de repente se quedó desconcertado, puesto que había perdido completamente la cadencia del diálogo, incluso la del discurso, y eso le sumía en una introspección poco apetecible en un momento como aquél.

—¿Perdón? —dijo para probar.

Pero la sonrisa de ella volvió a ser la misma, una sonrisa de tal naturaleza que uno olvidaba irremisiblemente en qué momento de la conversación se encontraba.

José María se puso de pie y se despidió.

—Tengan ustedes buenos días. Creo que otros menesteres me llaman.

Se dio la vuelta y pasó por delante del quiosco. Eludiendo la mirada del quiosquero, y con una sonrisa de oreja a oreja, se fue calle arriba.

—¡Prensa, prensa barata, señores, últimos ejemplares de esta edición histórica, ya están aquí, ya han venido, no estamos solos en el universo, compre tres y pague dos, los extraterrestres nos visitan, todo sobre el cumpleaños de la Infanta, todo sobre el derby de mañana, el partido del siglo!

Giró por la primera bocacalle a la izquierda y, curiosamente, desapareció de su propia vista.

Agradecimientos

Mi más sincero agradecimiento a Mónica, como siempre, porque su lectura, que sabe ser fría y apasionada a la vez, y sus sugerencias, son mucho más que un complemento de mi proceso de escritura; a mis padres, por ser como son y por haberme puesto siempre las cosas tan fáciles; a los amigos y familiares que me han leído y que me han iluminado con su interpretación; a mi amigo Miguel Aparicio, fuente inagotable de verdad; a la gente de Alfaguara, que ha aportado su sabiduría para orientarme; a Gustavo, por entrar sin parar a mi despacho mientras escribo, pero, al fin y al cabo, no superar nunca la media de tres visitas a la hora; a Julia, por su esfuerzo de mantener la media de su hermano e incluso, a veces, hacer coincidir sus visitas con las de él; a mi vecino de abajo, por haber dejado atrás su afición a la música bacaladera en beneficio de un pop más comercial, que siempre es más grato; a mis suegros, por cuidar de los nietos y regalarme, en consecuencia, jornadas enteras de trabajo; y, en fin, a la J. Paul Getty Foundation de Los Ángeles, a la Biblioteca Pública de San Francisco y al departamento de Literatura Comparada de la Universidad de Stanford, lugares que, aunque nunca he tenido el placer de visitar, deben de ser estupendos para la investigación y el trabajo intelectual.

Biografía

Licenciado en Filosofía por la Universidad Complutense de Madrid, en la actualidad la actividad prioritaria de Rodrigo Muñoz Avia (Madrid, 1967) es la literaria, que alterna con la de guionista de cine y con la difusión e interpretación de la obra de sus padres, los pintores Lucio Muñoz y Amalia Avia. En 2005 publicó su primera novela para adultos *Psiquiatras, psicólogos y otros enfermos* (Alfaguara), acogida con notable éxito por los lectores y reeditada en múltiples ocasiones. Ha publicado además las novelas juveniles Lo que no sabemos (Alfaguara Juvenil, Premio Jaén 1996) y *El portero de hockey*, y las novelas infantiles *Julia y Gus visitan el top manta* y *Los perfectos* (Premio Edebé de Literatura Infantil 2007). Como guionista de cine colabora asiduamente con su hermano Nicolás Muñoz, destacando los guiones del largometraje *Rewind* (1998), del documental *El viaje de Susu* (2003) y del largometraje en fase de producción *Animales de compañía* (2007). En las últimas fechas ha realizado la labor de compilación e introducción de dos libros especialmente queridos para él, uno sobre su mejor amigo, un alpinista fallecido en el Himalaya en el 2001 (*Alfonso Vizán, un pirata en la montaña*, 2004) y otro sobre los escritos que dejó su padre (*Lucio Muñoz, el conejo en la chistera*, 2006). Igualmente ha publicado diversos estudios de arte contemporáneo, fundamentalmente sobre la obra de Lucio Muñoz.

© 2007, Rodrigo Muñoz Avia
© De esta edición:
2011, Santillana Ediciones Generales, S. L.
Avenida de los Artesanos, 6
28760 Tres Cantos - Madrid
Teléfono 91 744 90 60
Telefax 91 744 92 24
www.alfaguara.com
ISBN ebook: 978-84-204-0851-4
Diseño de cubierta ebook: María Pérez-Aguilera
Diseño de interiores realizado por Santillana Ediciones Generales, basado en un proyecto de Enric Satué
Conversión ebook: Víctor Igual, S. L.
Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con autorización de los titulares de propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. Código Penal).

Alfaguara es un sello editorial del Grupo Santillana

www.alfaguara.com

Argentina
www.alfaguara.com/ar
Av. Leandro N. Alem, 720
C 1001 AAP Buenos Aires
Tel. (54 11) 41 19 50 00
Fax (54 11) 41 19 50 21

Bolivia
www.alfaguara.com/bo
Calacoto, calle 13, n° 8078
La Paz
Tel. (591 2) 279 22 78
Fax (591 2) 277 10 56

Chile
www.alfaguara.com/cl
Dr. Aníbal Ariztía, 1444
Providencia
Santiago de Chile
Tel. (56 2) 384 30 00
Fax (56 2) 384 30 60

Colombia
www.alfaguara.com/co
Calle 80, nº 9 - 69
Bogotá
Tel. y fax (57 1) 639 60 00

Costa Rica
www.alfaguara.com/cas
La Uruca
Del Edificio de Aviación Civil 200 metros Oeste
San José de Costa Rica
Tel. (506) 22 20 42 42 y 25 20 05 05
Fax (506) 22 20 13 20

Ecuador
www.alfaguara.com/ec
Avda. Eloy Alfaro, N 33-347 y Avda. 6 de Diciembre
Quito

Tel. (593 2) 244 66 56
Fax (593 2) 244 87 91

El Salvador
www.alfaguara.com/can
Siemens, 51
Zona Industrial Santa Elena
Antiguo Cuscatlán - La Libertad
Tel. (503) 2 505 89 y 2 289 89 20
Fax (503) 2 278 60 66

España
www.alfaguara.com/es
Torrelaguna, 60
28043 Madrid
Tel. (34 91) 744 90 60
Fax (34 91) 744 92 24

Estados Unidos
www.alfaguara.com/us
2023 N.W. 84th Avenue
Miami, FL 33122
Tel. (1 305) 591 95 22 y 591 22 32
Fax (1 305) 591 91 45

Guatemala
www.alfaguara.com/can
26 avenida 2-20
Zona nº 14
Guatemala CA
Tel. (502) 24 29 43 00
Fax (502) 24 29 43 03

Honduras
www.alfaguara.com/can
Colonia Tepeyac Contigua a Banco Cuscatlán
Frente Iglesia Adventista del Séptimo Día, Casa 1626
Boulevard Juan Pablo Segundo
Tegucigalpa, M. D. C.
Tel. (504) 239 98 84

México
www.alfaguara.com/mx
Avenida Río Mixcoac, 274
Colonia Acacias

03240 Benito Juárez
México D. F.
Tel. (52 5) 554 20 75 30
Fax (52 5) 556 01 10 67

Panamá
www.alfaguara.com/cas
Vía Transísmica, Urb. Industrial Orillac,
Calle segunda, local 9
Ciudad de Panamá
Tel. (507) 261 29 95

Paraguay
www.alfaguara.com/py
Avda. Venezuela, 276,
entre Mariscal López y España
Asunción
Tel./fax (595 21) 213 294 y 214 983

Perú
www.alfaguara.com/pe
Avda. Primavera 2160
Santiago de Surco
Lima 33
Tel. (51 1) 313 40 00
Fax (51 1) 313 40 01

Puerto Rico
www.alfaguara.com/mx
Avda. Roosevelt, 1506
Guaynabo 00968
Tel. (1 787) 781 98 00
Fax (1 787) 783 12 62

República Dominicana
www.alfaguara.com/do
Juan Sánchez Ramírez, 9
Gazcue
Santo Domingo R.D.
Tel. (1809) 682 13 82
Fax (1809) 689 10 22

Uruguay
www.alfaguara.com/uy
Juan Manuel Blanes 1132

11200 Montevideo
Tel. (598 2) 410 73 42
Fax (598 2) 410 86 83

Venezuela
www.alfaguara.com/ve
Avda. Rómulo Gallegos
Edificio Zulia, 1º
Boleita Norte
Caracas
Tel. (58 212) 235 30 33
Fax (58 212) 239 10 51